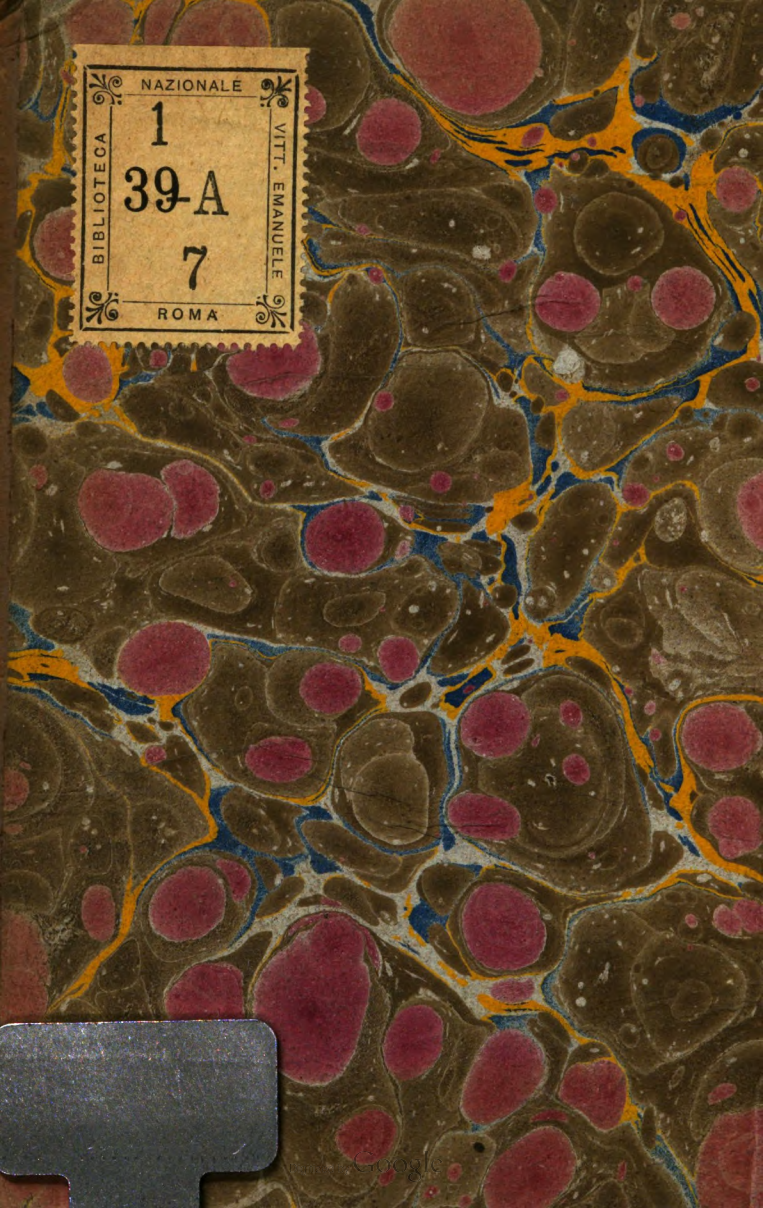
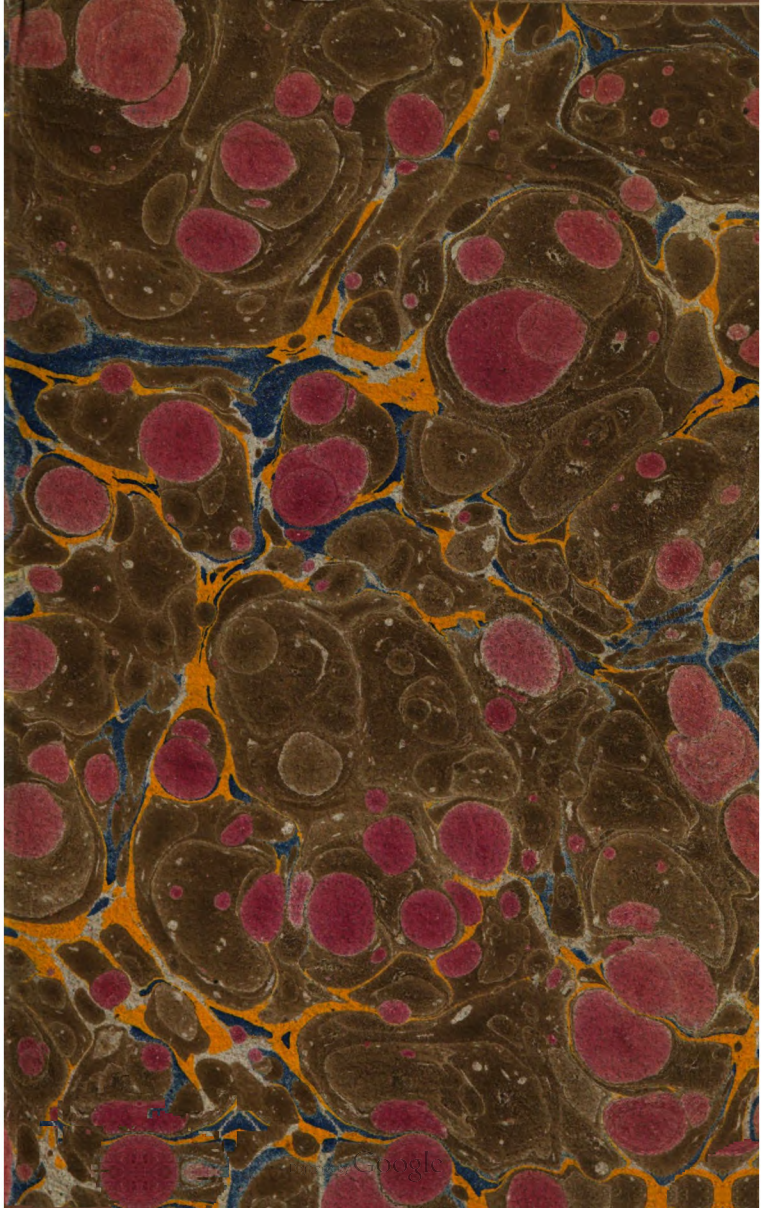




NAZIONALE
1
39-A
7
ROMA
BIBLIOTECA
VITT. EMANUELE





XXXVI. 5

1/6

TESORO
DE
AUTORES ILUSTRES.

TOMO LV.

ORLANDO FURIOSO.

II.



ORLANDO FURIOSO

DE

LUDOVICO ARIOSTO.

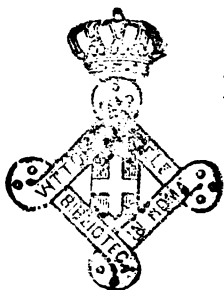
TRADUCIDO EN VERSO CASTELLANO

POR

D. A. de Burgos.



TOMO II.



BARCELONA.

POR D. JUAN OLIVERES, IMPRESOR DE S. M.

CALLE DE MONSERRATE, N. 10.

1846.

CANTO XVII.

Carlomagno y sus paladines embisten al rey de Argel. — Descripción de Damasco. — Historia de Noradino y Lucila. — Torneo de Damasco. — Proezas de Grifon ; cobardía de Martano ; engaños de Origile. — Grifon es víctima de un error del rey. — Condena y venganza.

 Cuando , colmada por las culpas nuestras
 La medida que el cielo les señala ,
 Darnos el Ser supremo quiere muestras
 De que á su gracia su justicia iguala ,
 Para el trono designa
 Los mas fieros tiranos y los dota
 De gran poder y de intencion maligna.

 Por eso , á gobernar á las naciones
 Vinieron Sila , Mario , dos Neronos
 Domiciano y el último Antonino.
 Por eso , desde el fango de la plebe ,
 Se elevó hasta el imperio Maximino ,
 Por eso , á Tebas gobernó Creonte ,
 Y de un Mecencio la insaciable furia
 Ensangrentó los campos de la Etruria ;
 Por eso , en fin , gimió la Italia en manos
 De lombardos , de godos y de alanos.

 ¿ Qué de Atila diré ? ¿ Qué de Ezelino ,
 ¿ Qué de otros cien tiranos
 Que el enojo divino
 Mandó por castigar á los humanos ,
 Lanzados del error en el camino ?

 Y esto , no menos que la edad antigua ,
 La edad en que vivimos lo atestigua.

 ¡ Qué ! ¿ Cual viles ganados ,
 Por ventura no estamos entregados

A lobos carniceros
 Que , hartos ya , tanta presa
 Devorar no pudiendo , á otros mas fieros ,
 Que de la selva ultramontana salen ,
 Invitan á que de esta rica mesa
 Con los pingües despojos se regalen ?

Mas huesos insepultos
 Que los que , en Trebia , en Trasimeno y Canas ,
 Dejaron de Cartago los insultos ,
 Dejarán estas fieras inhumanas
 En la hermosa campiña fecundada
 Por el Ronco y el Mella , el Tar y el Ada.

En gravedad y en número infinitos
 Son ya nuestros delitos.
 El cielo , por vengarlos , hoy envia
 A gente aun mas que nuestra gente impía.
 Mañana acaso , si hácia el bien volvemos ,
 Y que al término llegue del castigo
 Nuestro fiero enemigo ,
 A destrozár sus costas volarémos.
 En la mente de Dios , profundo surco ,
 Sin duda , nuestros crímenes trazaron ;
 Que el árabe y el turco ,
 Nuestro suelo corriendo , estrago y ruina ,
 Y luto y mengua por dó quier sembraron.

De sangre humana el rey de Argel beodo
 Señaló su coraje sobre todo.

Ya dije cual , la triste nueva oyendo ,
 A la plaza el rey Cárlos se traslada.
 Allí , gran parte de su gente viendo
 O muerta ó mutilada ,
 Sus hogares y templos destruidos ,
 Sus habitantes que huyen abatidos.
 « ¿ A dónde vais ? ¡ oh míseros ! les grita :
 « ¿ Qué otro refugio os queda
 « Si esta ciudad el agareno os quita ?

« ¿ Es posible que un hombre , un hombre solo ,
 « En vuestros muros preso ,
 « A miles de hombres venza
 « Y de París despues se salga ileso ? »

Así , lleno de cólera y vergüenza ,
 Diciendo , llega al sitio adonde muerte
 A tantos daba el agareno fuerte.

Muchos , buscando donde estar seguros ,
 Al palacio acogiéronse aquel día
 Que , provisto de todo , bien podía
 La guerra sostener desde sus muros.
 De orgullo y de ira Rodomonte ciego ,
 La plaza ocupa. Su derecha mano
 El hierro vibra ; su siniestra el fuego ,
 Y , lanzándose luego
 Contra las puertas de la real morada ,
 Hace sobre ellas resonar su espada.

Desde los altos muros , entretanto ,
 El alma llena de mortal congoja ,
 Torres y almenas cada cual arroja.
 Por dar muerte al pagano , no hay quien tema
 Derribar techos , piedras , columnatas ,
 Y artesonadas vigas
 A sus abuelos y á sus padres gratas.

Cual , despojada de su piel antigua
 Y ufana con la nueva ,
 Saliendo una serpiente de su cueva
 Y el ardor de sus tiempos juveniles
 Sintiendo renacer , con ojo altivo ,
 Y , con trilingüe boca , la batalla
 Presenta audaz á los demás reptiles ,
 Así , con ademan provocativo ,
 Junto al umbral su reluciente malla
 Muestra el de Argel : sobre ella , en vano , llueven
 Piedras , almenas , dardos y maderos ;
 Que sus brazos por eso no se mueven

Con frecuencia menor , ni menos fieros
 Son los golpes que bravo
 Sobre la puerta dá. Hiéndela al cabo
 Y , por sus rajás , puede
 Ver pintado en los rostros el espanto
 A que la turba , amedrentada , cede.
 Los gritos oye , el suspirar y el llanto
 De infelices matronas
 Que , sin piedad rasgándose los pechos ,
 Corren , cubriendo de ósculos los lechos
 Que , en otro tiempo , de su amor testigos ,
 A serlo van en breve
 Del triunfo de sus fieros enemigos.
 Tal era el riesgo en que París se hallaba
 Cuando , seguido de su hueste brava ,
 Cárlos llegó. Sobre sus fuertes manos ,
 Siempre por Cristo á combatir dispuestas ,
 La vista tiende y dice : « ¡Qué! ¿son estas
 « Estas las mismas manos que á Agolante
 « Arrancaron la vida en Aspramonte ?
 « Las que á Troyano , á Almonte ,
 « Y á cien mil adalides de su raza
 « Dieron la muerte , ¿ temblaron acaso
 « Porque á París un bárbaro amenaza ?
 « No , no , mostremos ánimo y pujanza.
 « Con tal que acabe con honor , ¿ que importa
 « Si noble empeño nuestra vida acorta ?
 Dice ; y , alzando su robusta lanza ,
 Contra el de Sarza su bridon empuja.
 Las suyas de la cuja
 Sacan á un tiempo todos sus guerreros ;
 Oger , Avolio , Naines , Oliveros ,
 Avino , Oton y Berenguer avanzan
 Y á Rodomonte atacan juntamente
 En el pecho , en el flanco y en la frente.
 Mas dejemos , señor , por Dios , dejemos

De hablar de guerra y de cantar de muerte.
Del feroz cuanto fuerte
Rey de Argel , las hazañas olvidemos ,
Y hácia Damasco con Grifon tornemos
Y con la dama que , á su lado , lleva
Al mozo infame de quien es manceba.

Damasco es una de las mas pobladas
Y mas ricas ciudades del Levante.

De ella á siete jornadas
Está Jerusalem. El fértil llano
Sobre que aquella gran ciudad se extiende
Está verde en invierno y en verano ,
Y una leve colina
La protege del aura matutina.

Dos rios cristalinos ,
Cuyas fragantes aguas hay quien dice
Que pudieran mover varios molinos ,
Por dos distintas partes se derraman ,
Los aires embalsaman ,
Y un número infinito fecundizan
De frondosos vergeles ,
Por medio de los cuales se deslizan .

De Damasco entapizan
La calle principal hojas y flores.
Las ventanas , paredes y las puertas
Resplandecen cubiertas
De vistosos tapetes de colores ,
Y de damas pulidas ,
Ricamente adornadas y vestidas.

Su tiempo el pueblo alegremente pasa ,
Que un baile se celebra en cada casa ;
En tanto que , en magníficos caballos ,
Cubren las calles reyes y vasallos
Cargados de cuanto oro y pedrería
La fertil India en sus entrañas cria.

Seguido de su infame comitiva ,

El buen Grifon por la ciudad , despacio ,
 La vista alzando á todas partes , iba ,
 Cuando halla un caballero
 Que á subir le convida á su palacio ,
 Donde , segun el uso , afable ofrece
 A cada cual aquello que apetece ,
 Al baño los conduce y en seguida
 Á una espléndida cena los convida.

Cuéntales luego como el rey de Siria
 Del suyo y de los reinos extranjeros ,
 Convoca á los guerreros
 A la liza que debe
 El nuevo sol iluminar en breve ,
 Y díceles que pueden
 Dar , si les place , de su esfuerzo muestra ,
 Saliendo á combatir á la palestra.

Bien que tal de Grifon , yendo á Damasco ,
 No fuese el plan , acepta este convite
 Que su honor rehusar no le permite.
 De esta funcion la causa luego inquiere ,
 Y si es antigua usanza ó fiesta nueva ,
 Con que hacer el rey prueba
 Del valor de sus súbditos hoy quiere.

« Esta , fiesta , responde el caballero ,
 « Por nuestro rey ha sido instituida
 « En memoria del dia , en que la vida
 « Salvar logró de riesgo grave y fiero.
 « Cuatro meses , plañendo su fortuna ,
 « Vivió sumido en deplorable cuita :
 « Desde hoy , por eso , á cada cuarta luna
 « Ordena que esta fiesta se repita.

« Sabed , Señor , que de la noble y bella
 « Hija del rey de Chipre , enamorado
 « Por mucho tiempo anduvo Noradino ,
 « Y cuando á ser esposo suyo vino ,
 « Con damas y guerreros á su lado ,

CANTO XVII.

« Emprendió hácia la Siria su camino.
« Pero, no bien se vido á toda vela
« Nuestro bajel en alta mar lanzado ,
« Una tormenta atroz nos desconsuela ,
« Dejando hasta al patron desconcertado.

« Tres dias y tres noches anduvimos
« Sin rumbo cierto por la mar. Cansados
« A un sitio en fin llegamos, donde vimos
« Frescos arroyos, plácidos collados.
« Alto, al pié de unos árboles, hicimos ;
« Mesas alzamos y encendimos lumbre ,
« Mientras el rey, siguiendo su costumbre ,
« Por la vecina selva con dos siervos ,
« Que su aljaba llevaban, iba en busca
« De corzos, de venados y de ciervos.

« Del mar, cabe él sentados una tarde ,
« Vemos salir un monstruo que, corriendo ,
« Se dirige á nosotros. Dios os guarde
« De ver, Señor, un ente tan horrendo ;
« Mejor es á la fama dar creencia
« Que ir á hacer por sí propio la experiencia.
« Su enorme busto es mas que largo grueso.
« De amarillento hueso
« Una bola saliente ,
« En vez de ojos, se nota
« A cada lado de su torva frente ,
« Y de su hocico, que inmundicia brota ,
« Cual el de un jabalí se avanza el diente.
« Corriendo viene y levantando el morro
« Cual podenco que sigue alguna pista ,
« Quien al temor resista
« No se halla en nuestro consternado corro ,
« Pues que, si bien privado de la vista
« El monstruo se halla, es falta que compensa
« De su nariz la sutileza inmensa.

« En vano, cual el viento, por la arena ,

« Todos , huyendo de él , se dispersaron ,
 « Que , de cuarenta que eramos , apenas
 « A nado diez hasta el bajel llegaron.
 « Bajo el brazo á los unos en manojos
 « El orco , hacina y de otros con despojos
 « Su vientre y su zurrón ansioso llena.
 « De mármol cual la nieve , fabricada
 « A la orilla del mar , vese una cueva.
 « El monstruo allí nos lleva
 « Y contemplar nos deja una matrona
 « Que á doloroso llanto se abandona ,
 « En medio de otras damas y doncellas ,
 « Viejas y feas , jóvenes y bellas.

« No léjos de esta cueva , y de la roca
 « En lo alto casi , hay otra , dó encerrados
 « El orco tiene todos sus ganados ,
 « De que nadie mas que él sabe la cuenta.
 « El mismo , en todo tiempo ,
 « Los cuida , los mantiene y apacienta ,
 « Mas bien , á la verdad , por pasatiempo
 « Que por necesidad ; pues , devorando
 « A tres de nuestros jóvenes , señales
 « Claras nos dió de que la carne humana
 « Prefiere á los despojos de animales.

« De la boca de este antro levantando
 « Una gran losa , en él nos introduce ;
 « Salir hace á su grey , y hácia sus pastos
 « Al son de la zampoña los conduce.

« Del bosque nuestro rey saliendo en tanto ,
 « Llega á la playa. Allí , no sin espanto ,
 « Su pabellón abandonado advierte ;
 « Y adivina su suerte
 « Cuando , á lo léjos , á su gente mira
 « Que alza las anclas y las velas tira.
 « Bien presto , hácia él , expidese una barca ;
 « Mas , en ella , el monarca ,

« Lo que pasa sabiendo , entrar no quiere.
 « Recorrer la comarca ,
 « En seguimiento del raptor , prefiere ;
 « Ir luego en busca de su esposa bella ,
 « Y libertarla ó perecer con ella.
 « Por la playa siguiendo ,
 « De las que ve , las mas recientes huellas ,
 « Lleno de amor , de pena y de coraje ,
 « Llega luego al paraje
 « Dó de nosotros cada cual creía
 « De la fiera ser pábulo aquel dia.
 « Sola por dicha en casa estaba entonces
 « Una mujer que con el orco vive.
 « Huye , al mirar al rey , huye , le grita :
 « Triste de tí si el orco te percibe. »
 — « Que me perciba ó no , poco me importa
 « Dice el rey , que engañado aquí no vengo.
 « Mi paso guian el amor y el ansia
 « Que de morir junto á mi esposa tengo. »
 « E informándose luego de la suerte
 « Que á sus secuaces cupo ,
 « Preguntó si cautiva
 « Lucina estaba ó si sufrió ya muerte.
 « De la piadosa dama entonces supo
 « Que su adorada esposa estaba viva ,
 « Y que no moriria
 « Pues mujeres el monstruo no comia.
 « — Yo , añade , y las demas que aquí vivimos ,
 « Ser de aquesta verdad podemos prueba.
 « Jamás el menor daño recibimos
 « Siempre que no salgamos de la cueva ;
 « Mas , si evadirse della intenta alguna ,
 « Llore luego su mísera fortuna ,
 « Pues viva él la sepulta ó la encadena ,
 « O al sol , desnuda , expónela en la arena.
 « En aquel otro lóbrego recinto

- « Donde tu gente agora está revuelta ,
 « Por el olfato á todos distinguiendo ,
 « Separará los sexos á su vuelta .
 « No temas que dé muerte á las mujeres ;
 « Pero tampoco esperes
 « Que ni un solo hombre ha de quedar con vida ;
 « Pues , de cuatro ó seis dellos , cuando sienta
 « Hambre ha de hacer el orco su comida .
 « Por librar á tu dama , no imagino
 « Que nadie aquí consejo pueda darte ;
 « Parte pues , hijo , parte ,
 « Y bástete saber que su destino
 « Será el nuestro en las penas y placeres ;
 « Parte , por Dios , si perecer no quieres ,
 « Pues por aquí , llegando el Orco , pasa ,
 « Y huele hasta un raton que haya en la casa .
 « No ; no haré tal , responde el rey ; al lado
 « De mi esposa querida ,
 « Prefiero yo mil muertes á la vida ,
 « Si vivir debo della separado . »
 « Por persuadirle la mujer se afana ;
 « Mas viendo en fin que su insistencia es vana ,
 « En ayudarle á conseguir su intento ,
 « Pone todo su afan y entendimiento .
 « Pendientes de las bóvedas , los cueros
 « Víanse allí de chivos y corderos .
 « De un animal de aquestos con la grasa ,
 « Su cuerpo al punto mándale que frote ,
 « A fin de que , al volver el orco á casa ,
 « La diferencia de su olor no note .
 « Hecho esto , al rey en una piel envuelve ,
 « Y , encargándole andar siempre encorvado ,
 « Al sitio se lo lleva
 « Dó está Lucina en tenebrosa cueva .
 « Noradino obedece
 « Y , al borde de la cueva , permanece

- « Durante muchas horas , aguardando
 « Que llegue con su grey el monstruo infando.
 « La tarde , en fin , caida
 « Era ya , cuando suena
 « La hueca caña que al ganado ordena
 « Que de la húmeda yerba se despida.
 « Pensad , Señor , pensad cual temblaria
 « El rey al ver aquella fiera impía.
 « De su terror , empero ,
 « Triunfó un amor tan firme y tan sincero
 « Y , entre chivos y cabras , por la puerta
 « De la caverna entró , viéndola abierta.
 « El orco entonces hácia nosotros viene ,
 « Y , la puerta cerrando ,
 « Oliendo va , dos víctimas buscando
 « Con cuya carne aquella noche cene.
 « De espanto tiemblo y sudo á tal recuerdo.
 « Parte por fin. De su disfraz , no lardo ,
 « Nuestro rey se despoja
 « Y entre los brazos de su bien se arroja.
 « Lucina , en vez de gozo y alegría ,
 « Dolor profundo siente ,
 « Al ver al rey que , tan inutilmente ,
 « A inevitable riesgo se exponia.
 « En medio , ella decia ,
 « De mi grave dolor , me consolaba
 « El pensar que tus dias no amagaba
 « Desgracia igual á la desgracia mia.
 « Muriendo , de mi daño
 « Solo tenia que quejarme ; agora
 « Mas que mi suerte , oh Dios , la tuya plaño.
 « — Responde el rey. Movidamente
 « Por mi esperanza de salvar contigo
 « A tantos infelices , aquí vine.
 « Si en libertad ponerte no consigo
 « Mi triste vida de una vez termine ;

- « Mas cual vine saldré ; y de aquí , conmigo ,
 « Saldrá aquel que la peste
 « De un disfraz como aqueste
 « Algunas horas resistir no tema. »
 « Enséñanos así la estratajema
 « Con que puede burlar nuestro conato
 « Del ciego monstruo el exquisito olfato ;
 « Y bien pronto , siguiendo sus consejos ,
 « Cuantos éramos , hombres y mujeres ,
 « Muerte otros tantos dimos
 « De aquellos animales y , escogiendo
 « Los de olor mas infecto y los mas viejos ,
 « El cuerpo con su grasa nos cubrimos ,
 « Vistiéndonos despues con sus pellejos.
 « En esto el sol de su mansion salia ;
 « El primer rayo de la luz del dia
 « El monstruo viendo , con sonora caña
 « Hace á su grey salir de la cabaña.
 « Temiendo que , escondido en la manada ,
 « Alguno de nosotros se le evada ,
 « Al borde de la cueva se coloca ;
 « A cada cual que sale palpa y toca ,
 « Y á todos libremente
 « Deja salir , si pelo ó lana siente.
 « Así partimos todos sin que nada
 « Notase el orco hasta que el turno vino
 « De la esposa infeliz de Noradino.
 « Lucina , ora que untarse no quisiera ,
 « Cual nosotros , de grasa ; fuese acaso
 « Por lo lento ó lo breve de su paso ,
 « O ya porque algun grito profiriera
 « Al sentir de la fiera
 « La dura mano que oprimió su lomo ,
 « Reconocida fué , yo no sé como.
 « Al riesgo propio cada cual atento ,
 « De los demás no advierte la congoja.

- « Yo , empero , de la dama oigo al acento
 « La vista vuelvo , y noto al orco impío
 « Que , de la piel que viste , la despoja ,
 « Y á hundirla vuelve en la caverna oscura.
 « Confundidos en medio á sus ganados ,
 « Llegamos los demás á una llanura
 « Situada entre dos fértiles collados.
 « Mientra , á la sombra de un vergel frondoso ,
 « Tendido el orco , entregase al reposo ,
 « Nosotros la ocasion aprovechamos ,
 « Y , hácia los montes , unos el camino ,
 « Otros del mar la direccion tomamos.
 « Nuestras huellas no sigue Noradino ;
 « Que , resuelto á morir como no pueda
 « A su dama librar , allí se queda.
 « Tal fué su enojo , su dolor tan fuerte ,
 « Que buscando la muerte ,
 « Del monstruo atroz hácia la boca avanza ,
 « Y arrojárase en ella
 « Si no le contuviera la esperanza
 « De romper las cadenas de su bella.
 « Volviendo el orco á su antro , ve con pena
 « Que nuestra fuga le dejó sin cena ;
 « Culpa á Lucina y á vivir atada
 « Sobre un alto peñasco la condena.
 « De su esposa adorada
 « La grave cuita Noradino advierte
 « Sin poder aliviar su triste suerte.
 « Confundido entre cabras y entre ovejas ,
 « Mañana y tarde , el infeliz amante
 « Los ayes y las quejas
 « Escucha de su amada. A cada instante ,
 « Oye su triste voz que le suplica
 « Abandone una tierra , dó sin fruto
 « Va , con su muerte , á sepultarla en luto.
 « Tambien la esposa del guardian le ruega

- « Que parta , mas en vano ;
« Que , firme siempre en su proyecto insano ,
« A partir sin su amada el rey se niega.
« Así vive en la cueva ,
« Dando de amor irrefragable prueba ,
« Hasta que allí , por singular acaso ,
« Llegó con Mandricardo el rey Gradaso.
 « Llenos mas de valor que de cordura ,
« A la playa descenden.
« El rey de Chipre que , en el buque , aguarda
« A Lucina no tarda
« En ver venir con ellos ,
« Mientras que , con el monstruo y su ganado ,
« En la cueva encerrado ,
« Antes del alba , estaba Noradino.
 « Cuando , al albor del rayo matutino ,
« Saliendo el rey de la profunda cueva ,
« De la mujer del orco oye esta nueva ,
« Gracias da al cielo , cierto de que , agora
« Que del furor del monstruo fué salvada ,
« Reconquistar á aquella á quien adora
« Podrá con su oro , su ánimo ó su espada.
 « Lleno de gozo , pues , con el ganado
« Al verde prado sus pisadas guia ,
« Y no bien nota que , en la selva umbría ,
« Se entrega al sueño su guardian malvado ,
« De allí se aleja. Andando noche y dia
« Y no previendo ya nuevos reveses ,
« Se embarca en Satalía
« Y llega á esta ciudad hace tres dias.
 « Por los castillos y ciudades todas
« De Siria y Chipre , de Africa y de Rodas ,
« En vano de su bella
« Hizo inquieto hasta aquí buscar la huella.
« Tan solo antes de ayer , supo que puerto
« En Nicosia encontró del padre al lado ,

« Despues de haber andado
 « Largo tiempo en la mar sin rumbo cierto.
 « De esta nueva felice
 « En memoria , una fiesta
 « Ordena nuestro rey , que , cual aquesta ,
 « A cada cuarto mes se solemnize.
 « Renovar es su intento
 « El júbilo que siente en este dia
 « En que , tras cuatro meses de tormento ;
 « Ve cambiada en placer su suerte impia.
 « Testigo yo de una gran parte de esto ,
 « Por quien lo padeció conozco el resto ;
 « Y puedo asegurar no está al corriente
 « Quien esta historia de otro modo cuente. »

Así de la funcion que se prepara
 La causa el huésped á Grifon declara.

Casi toda la noche se consume
 En referir y en escuchar la historia ,
 En que del Rey de Siria se resume
 Todo el amor y la piedad notoria.
 De la mesa , en seguida ,
 Levantándose el huésped , á una estancia
 De cuanto es necesario apercebida
 A cada cual de sus oyentes lleva.
 Allí , del claro sol á la luz nueva
 Y al sol de alegre universal concierto ,
 Alegre cada cual se halla despierto.

El ruido de atambores y trompetas
 A toda la ciudad junta en la plaza.
 El de hombres , de caballos y carretas
 Escuchando Grifon , su escudo embraza
 Y viste la coraza
 Que impenetrables hizo
 De protectora mágica el hechizo.

Tambien su cota viste el de Antioquia ,
 Y marcha de Grifon en compañía.

Gruesas lanzas , robustas como entenas ,
 Entrégales el huésped , que seguido
 De un escuadron lucido ,
 Al campo viene con los dos guerreros ,
 A quienes da sirvientes y escuderos .

Allí llegando , sin mostrar deseo
 De salir al combate , se retiran
 Del sitio del torneo
 Y á los guerreros que á lidiar aspiran ,
 Uno á uno y dos á dos , mostrarse miran .
 Cual , el color acompañando al arte ,
 Su gozo ó pena muestra en su estandarte ;
 Cual dice en su cimera y en su escudo
 Si le es benigno amor ó si le es crudo .

Armábase cual se arma el occidente ,
 En aquel tiempo , la Siriaca gente ,
 Que , sin duda , esta usanza
 Tomo del Franco , dueño de la tierra ,
 Donde el sepulcro del Señor se encierra ;
 Tierra que , bien que altivos , sin pujanza ,
 Dejan hoy los cristianos
 En poder de esos bárbaros paganos .

En vez de combatir por el aumento
 De la fe de su Dios , necios ó locos ,
 La guerra sé hacen entre sí los pocos
 Que tienen de su ley conocimiento ,
 ¡Gente española , helvética y francesa !
 Y tú , Germania , el hierro sanguinario ,
 Que contra el pueblo que tu ley profesa ,
 Tu ciego enojo de vibrar no cesa ,
 Vuelve hoy contra tu pérfido adversario .

Si quereis cristianisimos los unos ,
 Los otros que católicos se os llame ,
 ¿Porqué , porqué vuestra codicia infame
 En la sangre se ceba
 De aquel que , acaso , vuestro nombre lleva ?

¿Porqué Jerusalem gime oprimida
 En poder de esa turba fementida?
 ¿Porqué á Bizancio el árabe perverso
 Ocupa, y lo mejor del universo?
 Y tú, vecina de Africa, ¡oh España,!
 De quien tantos ultrajes recibiste,
 ¿Porqué, impunes dejándolos, tu saña
 Diriges hoy contra la Italia triste?
 En la embriaguez de reprobados goces,
 ¡Oh Italia! ¿no conoces
 Que de aquel que tus leyes respetaba
 Estás hoy hecha la servil esclava?
 Y tú, ¡Suizo infeliz! si á Lombardia
 El recelo te guia
 De morir de miseria allá en tu cloza;
 Si del ageno pan escasas migas,
 Ó pronta muerte por piedad mendigas,
 ¿Porqué de Europa, ó de la Grecia al menos,
 No corres á lanzar los Sarracenos?
 Tesoros ganarás con tal victoria
 Y con la muerte duradera gloria.
 Tambien hablo al Tudesco tu vecino.
 De allí no estan muy lejos las riquezas
 Que de Roma condujo Constantino;
 Ni el Edmo, ni el Pactolo, que oro fino
 Arrastran, ni la Libia, la Migdonia,
 Ni aquella tierra venturosa y rica
 De quien la historia el esplendor publica.
 Y tú, Leon, que á los mortales puedes
 Cerrar y abrir las eternas sedes,
 A Italia no permitas
 Vivir mas tiempo en lánguidos placeres.
 Tú, tú, su sosten eres,
 Y, si el nombre que llevas te dió el cielo,
 Fué porque en su defensa
 La fuerza unieses y el valor al celo.

Mas ¿ de uno en otro asunto ,
 Adónde , adónde va la pluma mia ?
 De retornar de mi partida al punto
 Es , sin embargo , tiempo todavía.
 Ya dije cual , á la francesa moda
 Vestido , el sirio acude á la ancha plaza ,
 Cubierta entonces toda
 De guerreros con yelmo y con coraza.

Las bellas damas rosas y jazmines
 Arrojan á los bravos paladines.
 Sus ágiles bridones
 Al son de las trompetas y clarines
 Hacen ellos salir á la palestra.
 Uno su gracia en manejarlo muestra ;
 Rigiéndolo con mano poco ducha ,
 Del pueblo otro , tras sí , la risa escucha.

El premio del combate ser debia
 Bella armadura hallada en un camino
 Por un mercante que de Armenia vino.
 Una espléndida túnica , cuajada
 De oro tan rico y tanta pedrería
 Que inestimable su valor hacia ,
 Añadió Noradino
 Al bello don , que para sí guardara ,
 Si su mérito inmenso sospechara.

Mas de una lanza rota ,
 Mas de una fuerte cota
 Cedió ya al choque de tajante espada ,
 Cuando vino Grifon á la estacada.
 Ocho jóvenes nobles , aguerridos
 Y al rey caros , se muestran en la plaza
 Dispuestos á lidiar solos ó unidos ,
 Con asta , espada ó maza ,
 Contra todo el que prueba
 A hacer con ellos de valor se atreva.

No menos que en combate verdadero ,

Con sus golpes crueles ,
 Hacen saltar lorigas y broqueles.
 La sola diferencia
 Que , entre este juego y un combate existe ,
 Es que del rey se deja á la prudencia
 El evitar todo suceso triste.

El fementido moro de Antioquía ,
 Martano apellidado , se presenta
 En el campo tambien , haciendo alarde
 De la sombra de esfuerzo y osadía ,
 Que á su pecho cobarde
 Infunde de Grifon la compañía.
 Con él se llega de la liza á un lado ,
 Y el fin allí de una batalla fiera
 Por dos guerreros disputada , espera.

El señor de Selenco , que era el uno
 De los ocho que dije , combatiendo
 En esto con Ombruno ,
 Dale en el rostro un golpe tan tremendo
 Que pone fin á su gloriosa vida.
 Por todos fué sentida
 La muerte de este noble caballero ,
 El mas bravo y cortés del mundo entero.

Testigo de tan áspera refriega ,
 Al terror y á la fuga el vil se entrega.
 Grifon , que está á su lado , con el gesto
 Y con la voz le anima
 A embestir á un guerrero que , dispuesto
 A combatir , hácia ellos se aproxima.

Cual can que , por su dueño estimulado ,
 Diez pasos , tal vez veinte , al lobo sigue ,
 Y , parándose luego de repente ,
 De miedo , mas que de ira ,
 Ladra cuando oye el rechinante diente ,
 Cuando la llama de sus ojos mira ;
 Así , trémulo , el tímido Martano

Vuelve el corcel hácia la diestra mano.

Escusarse su fuga bien podía,
La culpa atribuyendo á su caballo;
Mas, al ver la flaqueza y cobardía
Con que el acero esgrime,
Su defensa no creo

Aceptara Demóstenes sublime.

Huyendo, pues, por medio á aquel gentío
Y escuchando insultante vocerío,
Pasa el vil como loba que, acosada,
Veloz corre á esconderse en su morada.

Turbado el buen Grifon, en una hoguera
Mejor que donde está, verse quisiera,
Fuego lanza su vista; el pecho arde
Como si suya aquella mengua fuera:
El pueblo todo verle dar espera
Cual á Martano pruebas de cobarde;
Mas Grifon, que el efecto producido
Por la fuga de aquel borrar pretende,
El bridon empujando, se adelanta
Y, con su fuerte lanza, en tierra estiende
Al de Sidon, que en breve se levanta.

Grifon le deja y torna á la pelea;
Y, recobrando el asta, en tres pedazos
La hace volar, hiriendo en lo mas alto
Del escudo al señor de Laodicea
Que, sorprendido por tan rudo asalto,
Pálido y aterrado, titubea.

Recobrándose en fin, la espada saca,
Vuelve al caballo y á Grifon ataca.

Al ver Grifon que del arzon no basta
A sacar este embate á su enemigo,

«Lo que no pudo el asta

«Con la espada,» se dice, «á hacer me obligo.»

Y, dándole en la sien un golpe rudo,
Otro redobla, y otro,

Hasta que el suelo arrójale del potro.

Dos hermanos de Apamia allí se hallaban ;
Corimbo y Tirsis , ínclitos guerreros
Que acostumbrados á vencer estaban.

Al hijo de Oliveros
Ceden los dos. El uno á tierra viene
Al primer choque ; contra el otro tiene
Que usar Grifon su espada. De la liza
Vencedor cada cual le proconiza.

En ella se presenta Salinterno ,
Gran mariscal é ilustre condestable ,
Cuyo brazo , en la guerra formidable ,
De la Siria , en la paz , tiene el gobierno.
No pudiendo sufrir que de esta lucha
Venga á obtener el premio un extranjero ,
Enarbola su lanza
Y furibundo hácia Grifon avanza.

Entre diez lanzas la mas fuerte elije
Grifon y la dirige
Contra el broquel de Salinterno. Escudo
Y peto y pecho y espaldar traspasa ,
Saliendo por detrás , el hierro crudo.
Por su avaricia odiado ,
Del pueblo el mariscal ni un ¡ ay ! obtuvo ;
Solo el rey triste de su muerte anduvo.

Tambien vienen á tierra en corto instante
Dos de Damasco , Ermófilo y Cormundo ;
General el primero , y almirante
De las tropas del rey es el segundo.
Quedaba solo el de Seleuco. Armado
Mejor , mejor montado
Y mas pujante que los otros siete ,
En la lid presentándose , acomete
Al buen Grifon. En el contrario casco ,
Con furia igual , se estrella cada lanza ;
Mas , del violento choque á la pujanza ,

Pierde el izquierdo estribo el de Damasco,
Sueltan las lanzas y , con hierro en mano ,
Se atacan ambos con furor no visto.

Al pagano el de Cristo

Un golpe da , que un yunque apedazara ,
Y que el hueso y el hierro del escudo ,
Escogido entre mil , saltar haciendo ,
El muslo le tronchara ,
A no ser la armadura

Que le encubre tan sólida y tan dura.

A Grifon , su adversario alarga en esto

Un golpe atroz , que fuérale funesto ,
A no estar su celada ,

Como sus otras armas , encantada ;
Mas al bravo Grifon herir no puede
Mientras de este al furor su cota cede.

El pueblo ve que infanda

Va á ser al musulman esta contienda ,
Y á los heraldos Noradino manda
Hacer que sin tardanza se suspenda.
Del uno así fué el otro separado ,
Y el sabio rey por todos elogiado.

Los ocho caballeros que , atrevidos ,
Con la idea del triunfo se halagaron ,
Por uno solo al verse así vencidos ,
Uno tras otro , el campo abandonaron.
Vana fué , pues , de los demás la pena ,
Que desierta encontráronse la arena.

Una hora duró corta

Toda aquesta funcion ; mas Noradino ,
A quien el juego prolongar importa ,
Del palco baja ; el campo despejando
En dos mitades la su gente pone
Y , á cada cual un adversario dando ,
A empezar nueva justa se dispone.

Lleno mas de coraje y de despecho

Por la infame conducta de Martano ,
Que de su propio triunfo satisfecho ,
Grifon el paso hácia su estancia lleva ,
Dó con el vil encuentra á su manceba
Por calmar ambos su ira
Añaden el baldon á la mentira.

Si Grifon los creyó , no sé ; discreto
Su excusa , empero , acepta ; y en secreto
Manda que al punto apresten su partida ,
Temiendo que , á la vista de Martano ,
Contra él se agite el populacho insano.
Y él mismo , luego por vereda extraña ,
Fuera de la ciudad los acompaña.

De allí á dos millas , por tomar reposo ,
Y dar alguno á su caballo , se entra
En una venta que á su paso encuentra ;
Desármase , desnúdase en seguida
Que quita á su corcel arnés y brida ;
Solo , despues hácia una estancia oculta
Se parte , y en el lecho se sepulta ,
Do presto dél el sueño se apodera.

Con la infiel embustera
Martano , entonces , á un jardin viniendo
Que allí cerca se hallaba , el mas horrendo
Concibe , el mas extraño
Plan á que nunca se asoció el engaño.

Su bridon y sus armas al guerrero
Sustraer imagina , y presentarse
Al rey en vez del bravo caballero
Que acababa en la lid de señalarse.
De la intencion á la obra pasa en breve ,
El caballo mas blanco que la nieve
Roba á Grifon , y róbase el escudo ,
Las armas , la divisa y vestimenta ,
Y en la plaza , con ellas , se presenta
En el momento en que á su gente brava

Las armas deponer el rey mandaba ,
 Y mandaba asimismo
 Que el premio á recibir de su heroismo
 Se presentase el jóven que, montado
 Sobre blanco bridon , de blancas plumas
 Y blanca vestidura iba adornado.

Cual el asno cubierto
 Con la piel del leon , el vil Martano ,
 Estas voces oyendo , se adelanta ,
 Y al rey se llega con semblante ufano.
 Cortés el rey , al verle , se levanta ,
 Le abraza y á su lado le da asiento.

Obsequiándole así por varios modos ,
 Esmerarse en su obsequio manda á todos ,
 Y vencedor ordena
 Que al son de las trompetas se proclame
 Al caballero , cuyo nombre infame ,
 De palco en palco , con loor resuena.
 De su lado le ruega no se aparte
 Y atiéndale cual á Hércules ó á Marte.
 En su palacio , luego ,
 Suntuoso alojamiento le destina
 Y , con él , á sus pajes y escuderos
 Festeja , y á su torpe concubina.

Mas tiempo es ya de que á Grifon tornemos.
 Al despertar , notando con sorpresa
 Que ya empezaba á declinar la tarde ,
 Salta del lecho y busca á toda prisa
 La habitacion del impostor cobarde.
 No hallándole , no viendo
 Sus armas ni su ropa , agitado
 Torna á buscar , y su inquietud se aumenta
 Cuando , en vez de la suya ,
 Del vil Martano ve la vestimenta.
 Llega el huésped en tanto , y le da cuenta
 De como retornado ,

Del resto de su gente en compañía ,
 El vil Martano á la ciudad habia ,
 Todo de blancas armas adornado.
 Por las huellas que , en vano ,
 Tanta tiempo siguió , corriendo agora ,
 Ve bien Grifon que de su infiel señora
 Es aquel el galan y no el hermano.

Duélele , pero tarde , sin recurso ,
 Haber dado mas crédito al discurso
 De una embustera ingrata
 Que del griego á la voz cuerda y sensata.
 Mientras pudo vengarse , no lo quiso ;
 Hoy que ya no lo puede , lo desea ;
 Y del traidor las armas y el caballo
 Toma ¡ incauto ! por ir á castigallo.

Mejor que en embrazar el torpe escudo.
 O que en vestir la deshonrada cota ,
 Grifon hiciera en ir todo desnudo.
 Su riesgo , empero , en su furor , no nota ;
 Vístese y torna á la ciudad. Al dia
 De luz quedaba una hora todavía.

Hácia la izquierda de la puerta , adonde
 Llega Grifon , levántase un castillo ,
 De cuyo interno lujo al raro brillo
 La exterior solidez no corresponde.
 Congregada en opíparo banquete
 Allí del rey la noble compañía ,
 Se entregaba al placer y á la alegría.

El palacio , y la roca en que se asienta ,
 La campiña dominan y la via
 Que á la ciudad por aquel lado guia.
 Así , no bien hasta sus puertas llega
 Grifon , cubierto de la cota , insignia
 De oprobio y de ignominia ,
 Con el traidor cobarde , confundido ,
 Como tal fué befado , escarnecido.

En gran favor y en el primer asiento .
De su digna manceba estaba al lado
El impostor malvado.

El rey , de verle junto á sí contento ,
Le preguntaba el nombre y nacimiento
De aquel que á la ciudad tornar osaba
A hacer de su presencia ignoble alarde ,
Despues de dar tal prueba de cobarde .

« Extraño me parece , le decia ,
« Que siendo caballero tan pujante
« Aceptado hayas tú tal compañía .
« Tu objeto fué , sin duda ,
« Cuando aquí lo guiaste ,
« Realzar tu valor por el contraste ;
« Mas , por el Dios del cielo , yo te juro
« Que si mi admiracion por tu persona ,
« Mi indignacion contra él no contuviera ,
« Justo castigo á su vileza diera
« Mi enojo, que á los viles no perdona ;
« Y sepa que si marcha sin castigo ,
« Lo debe solo á que llegó contigo . »

— « Alto señor , el pérfido responde ,
« No vuestro enojo esa razon contenga ,
« Que yo ignoro de donde
« Ese hombre infame á vuestra Corte venga .
« Llegando de Antioquia ,
« Dí con él , por acaso , en el camino
« Y á su aspecto juzgué que fuese dino
« De venir de mi gente en compañía .
« Por lo demás , no sé que consumado
« Haya nunca otra hazaña
« Que la que habeis vos mismo presenciado ,
« Y de la cual mi saña
« Tal castigo le diera que de nuevó
« Presentarse en la liza le vedara ,
« Si el respeto que debo

« A vuestra Majestad no lo estorbara.
 « Ni por salvarle le valdrá que un día
 « Vivió en mi compañía.
 « Della yo avergonzándome, con pena
 « Veré, señor, que al vil no se condena.
 « Colgado, en vez de permitir que parta,
 « Si quereis complacerme, de una almena;
 « Digno tan noble ejemplo me parece
 « De un rey que á los cobardes aborrece. »

Estas razones Origile apoya :

« Mas no, » responde el rey ; « de ese guerrero
 « El proceder, la muerte no merece.
 « Otro castigo yo imponerle quiero. »
 Dice, y llama á un heraldo, á quien al punto
 Sus instrucciones le da sobre este asunto.

Parte el heraldo, y de su armada gente
 En reunir buen número no tarda.

Della pónese al frente ;
 En la puerta en silencio el héroe aguarda,
 Y, cayendo sobre él á la improvisa,
 Lo coge sin dar tiempo á que resista,
 Y le befa y le insulta

Y en oscura mazmorra la sepulta.

El sol apenas, el regazo blando
 De su jóven esposa abandonando,
 Las cumbres de los Alpes colórbaba
 Y del valle las sombras desterraba
 Cuando, temiendo la presencia y la ira
 Del valiente Grifon, el vil Martano
 Al rey pide licencia, y se retira.

Viendo aqueste que, en vano,
 Con viva instancia, á detenerle aspira,
 Del usurpado triunfo añade al precio
 Un monumento insigne de su aprecio.

Pero partir dejemos al aleve
 Que sus infamias va á pagar en breve.

Llena estaba de gente la ancha plaza
 Cuando , sin yelmo el héroe y sin coraza ,
 De una túnica solo revestido
 Y cubierto de oprobio , conducido
 Cual se lleva al cadalso á un delincuente
 Fué sobre un alto carro , lentamente
 Tirado por dos vacas
 De largo ayuno , débiles y flacas.

Del carro ignoble en torno caminaban
 Viejas horribles , sórdidas rameras
 Que el placer de regir se disputaban
 E injurias contra el héroe vomitaban,
 Contra él tambien denuestos
 Rapazuelos inberbes exhalaban ,
 Y lanzábanle piedras , y le hirieran ,
 Si á juegos tan funestos
 Los hombres de razon no se opusieran.

Detrás del carro , hundidas en el cieno ,
 Van las indignas armas
 Que le hacen hoy pagar delito ageno.
 Párase en fin el carro ; ante sus jueces
 Llega Grifon , y allí se le condena
 A soportar ignominiosa pena.

Delante á cada templo y cada casa ,
 Por exponerlo al público , lo llevan ;
 Por dó quiera que pasa
 Insultos é improperios se renuevan.
 Así llega á las puertas
 De la ciudad , de cuyo seno ciertas
 De arrojarle por siempre se creian
 Las gentes que á Grifon no conocian.

Mas este , apenas de sus férreos lazos
 Sus pies ve libres y sus fuertes brazos ,
 Su espada empuña y á la chusma embiste ,
 Que á sus terribles golpes no resiste.
 Hasta otro canto , empero ,
 Esta importante narracion difiero.

CANTO XVIII.

Márchase Rodomonte de París, y se encuentra en el camino con un enano que le da fatales noticias de Doralice. — Vuelve Carlomagno á fortificar á París. — Proezas del jóven Dardineo. — Noradino aplaca á Grifon. — Fin de la historia de Origile. — Nuevos combates en Damasco. — Carácter y valor de Marfisa. — Embárcase esta con sus compañeros. — Tempestad. — Dardineo muere á manos de Reinaldo. — Huyen los moros. — Audacia de Medoro y Cloridano.

Al placer de ensalzar vuestras virtudes,
Magnánimo Señor, no se si puedo
Entregarme sin miedo
De que lo humilde ó tosco de mi lengua
De vuestro alto esplendor redunde en mengua.
Una, entre otras virtudes, sobretodo
Mueve mi admiracion. Grata acogida
Encuentra siempre en vos el que á vos viene;
Vuestra alma, empero, su impresion contiene
Y aguarda así que la razon decida.

¡ Al acusado ausente, cuantas veces,
Su defensa abrazando, disculpasteis,
Y tiempo le dejasteis
De venir á exponeros sus razones!
En su gesto, en su voz, en sus facciones
Buscando la verdad, un mes, un año,
Suspende os he visto vuestro juicio,
Por no fallar del inocente en daño.

No tanta injuria, á obrar de esta manera,
El rey de Siria al buen Grifon hiciera.
Señor, de eterna gloria
Vuestra prudencia os cubre. Noradino
Mancilló para siempre su memoria

Y deshecha su gente y maltratada
Vió por Grifon , cuya tremenda espada
Treinta derriba y mas cabezas. Huye
La chusma por el campo y la calzada ,
Y las puertas obstruye
De la ciudad , dó , por entrar , refluye.

Los que , en mover las plantas mas ligeros ,
A sus puertas llegaron los primeros ,
Alzando en esto el puente
Y penetrando en la ciudad , se alejan
Sin pensar en sus tristes compañeros
Que al furor de Grifon expuestos dejan ,
Y que , volver la consternada frente
Sin apenas osar , despavoridos,
Huyen lanzando quejas y alaridos.

De aquestos hombres , en sus fuertes brazos ,
Alzando á dos el paladin valiente ,
Contra un peñasco duro
La cabeza del uno hace pedazos ;
Y por encima al muro
En la ciudad arroja
Al segundo , en quien , lleno de congoja ,
Mirar el pueblo todo se imagina
Al paladin que á tantos extermina.

A armarse el uno va ; llega otro armado ;
Al rónico son del atambor , mezclado
Del clarin y del pífano el acento ,
Hace terrible resonar el viento.
Mayor en fin no fuera
El terror ni el bullicio , si á atacarlos
El egipcio sultan allí viniera.

Mas , por volver á Cárlos ,
Mi narracion es fuerza que difiera.
Seguido por el duque de Baviera ,
Y Oger de Dinamarca ,
Oton , Avolio Avino ,

Berenguer y Oliveros, el monarca
 Corre en pos del indómito Argelino
 Que en la gente francesa
 De sembrar ruína y destrucción no cesa.

Su fuerza toda encomendando al asta,
 Los ocho á un tiempo al musulman embisten;
 Mas tanto golpe impávido él contrasta.
 Que, cual girando práctico piloto
 Del Abrego y del Noto
 Conjurar suele la terrible saña,
 Así supo evitar el agareno
 El duro embate que á tocar de lleno
 Hubiera derribado una montaña.

Ranero, Salomon, Ricardo, Guido
 Ganelon el traidor, Turpin discreto,
 Angelino, Angeler, Marcos, Ugueto,
 Mateo é Ivon á aquellos congregados
 Y á Ariman y á Odoarte de Inglaterra,
 Atacan al infiel por todos lados.

Pero no brama, de la alpina sierra
 Allá en las cimas, huracan tremendo
 Cuando, fresnos y encinas destruyendo,
 Viene á estrellarse contra fuerte roca,
 Que su impotente cólera provoca,
 Como brama el soberbio sarraceno
 Que, ardiendo en sed de sangre y de venganza,
 Con el fragor del trueno
 Y la presteza de la bala, hiere
 A todo aquel á quien su enojo alcanza.
 Hasta los dientes dividido, en tierra
 A Ugueto lanza, sin que yelmo fino
 Conjurar pueda su fatal destino.
 En vano cada cual se sobrepuja
 Y á Rodomonte con coraje embiste,
 Que, cual yunque á la punta de una aguja,
 A las espadas su pavés resiste.
 El caudillo francés del alto muro

Las esparcidas tropas retirando ,
Hácia el paraje acércase volando
Donde ve que mayor es el apuro.
En torno á su persona ,
A buscar proteccion , en esto , llega
La gente que sus lares abandona
Y que á la fuga y al terror se entrega.

Del jefe amado, la presencia , en breve ,
Logra un tanto calmar su desaliento ;
Y , cual , tal vez , si de feroz leona
En la choza se atreve
A penetrar un toro , sus rugidos
Espantosos huyendo , al ver sus cuernos ,
Se esconden en los antros mas internos
Los cachorros que , presto , de su madre
Por el audaz ejemplo conmovidos ,
A su adversario sobre el cuello saltan
Y su tostada piel de sangre esmaltan ;
Así , contra el pagano , aquella gente
De los balcones proyectiles lanza ,
Por la espalda acométele y de frente ,
Y en torno dél de modo se atropella
Que , por librarse Jella ,
No bastaran al moro veinte soles ,
Aunque pudiese , á su sabor , ponella
En manojos , cual rábanos ó coles.

Nada en efecto, ó poco le aprovecha ,
Si á mil contrarios su valor destruye ;
Que cuantos mas derriba , mas le estrecha
La multitud que nunca disminuye.
Por esto , y además porque sospecha ,
Que como á tiempo el campo no abandone ,
Tal vez mas tarde , exhausto de fatiga ,
Resistir al torrente no consiga ,
A hacer cesar la lucha se dispone.

Alza la vista , en tanto , y obstruida

Ve por dó quier su marcha ; mas , en breve ,
 A mil y mil privando de la vida ,
 Abrirse paso con su espada debe .

Cual toro , á quien hostiga audaz canalla ,
 Despedaza la valla ,
 Y á cuantos topa tunde ó extermina ,
 Tal , mas terrible acaso ,
 Fué el estrago y la ruína
 Que señaló de Rodomonte el paso.
 Por medio al cuerpo , á quince ó veinte trunca ,
 A otros tantos cercena la cabeza
 Sin que , por consumir tanta proeza ,
 Tenga que dar segundo golpe nunca.
 Y , cubierto de sangre , y en pedazos
 Por el campo esparciendo
 Las cabezas , los troncos y los brazos ,
 Su camino va impávido siguiendo
 Por medio de la hueste numerosa
 Que , en audacia su miedo convirtiendo ,
 Le persigue , moléstale y acosa .

Cual fiera que del Atlas perseguida
 En las selvas , tornando á su guarida ,
 Las melenas eriza y amenaza
 A cuantos le dan caza ,
 No de otro modo , hiriendo y amagando ,
 Ante la turba el moro se repliega ,
 Hasta que al sitio llega
 Adonde el Sena , una insula formando ,
 De París la exterior muralla riega .
 Allí , tres veces , furibundo y bravo ,
 De nuevo , en medio de la grey , se arroja
 Y de su acero la hoja
 Vuelve á teñir en sangre , hasta que , al cabo ,
 De la razon la cuerda voz escucha ;
 Lanzase al Sena , y fin pone á la lucha .
 ¡ Africa altiva ! tú que en tus arenas

Un Anteo , un Anibal produjiste ,
Con Rodomonte comparable apenas
En ellas ver un paladin pudiste.
Cubierto de su sólida armadura ,
Que á sus robustos miembros no mas pesa
Que si fuera de escamas ,
A la contraria márgen atraviesa ,
Dejando atrás los muros que se duele
De no haber dado en pábulo á las llamas.

Y de tal modo en su angustiado pecho
El orgullo se agita ,
De tal modo atorméntale el despecho ,
Que retornar á la ciudad medita
Á arrancar de sus muros los cimientos
Y á esparcir sus cenizas á los vientos.

Mas , á aumentar la cuita que le aflije
Se acerca , por la orilla , un personaje ,
De quien en breve os hablaré. Ya dije
Cual , emprendiendo la Discordia el viaje ,
Al campo de Agramante se dirige.

A su pérfida amiga encomendando
Que atize el fuego que en sus claustros arde ,
Parte pues del convento aquella tarde ;
Y luego , no dudando

Cuanto serle útil la Soberbia puede
Marcha en su busca. A acompañarle accede
Ella , á la Hipocresía

Dejando en su lugar. En compañía
De la Soberbia la Discordia andando
De los zelos encuentra al monstruo infando
Que va tambien al campo de Agramante.

A su lado venia

Un enano , con quien al regio amante
Nuevas la bella Doralice envia ,
Rogándole que venga sin tardanza
A recabar de su raptor venganza.

La causa oyendo que al enano guia ,
 Se llena la Discordia de alegría ,
 Y , presto , persuadida de que en vano
 Se esforzara en buscar pretexto alguno
 Mas breve y oportuno
 De enemistar al hijo de Agricano
 Y al feroz Rodomonte ,
 Con el enano parte , y llega al Sena
 Cuando tocaba el rey de Argel su arena.

Este , no bien de su adorada amiga
 Reconoce al exiguo mensajero ,
 Su faz serena , su furor mitiga ,
 A su alma torna su valor primero.
 Hacia el enano en acorrer no tarda
 Y , á mil leguas distante
 De sospechar el golpe que le aguarda ,
 « Donde está , grita , mi señora ; dime
 « Dime ¿ no es ella la que aquí te envia ? »

« — No es tu señora ni señora mia , »
 Dice él , « la que hoy bajo otro yugo gime ;
 « Que ayer un caballero tu enemigo
 « Nos la robó y se la llevó consigo. »
 Del corazon del rey , á tal anuncio ,
 El áspid de los zelos se apodera
 Y , de la dama , el nuncio
 Le relata la historia lastimera.

El eslabon de acero sobre el sílex
 La Discordia agitando sin tardanza ,
 Saltar hace la chispa , á cuyo fuego
 La yesca arrima la Soberbia luego
 Y , encendida , la lanza
 En el pecho del moro , cuyos zelos
 A la tierra amenazan y á los cielos.

Cual onza que , privada de sus hijos ,
 Con desvelos prolijos
 Buscándolos , registra el monte , el rio

Y , ansiosa , del raptor la huella sigue ,
Sin que lluvia , ni viento , sol , ni frio ,
Su incierto viaje á suspender le obligue.

Así , bramando el sarraceno altivo ,

Y , al enano volviéndose , le dice :

« En busca de mi cara Doralice
« Conmigo ven ; » y solo , y preparado
A conquistar de bueno ó de mal grado
El primer palafren que se presente ,
A pié parte lijero cual serpiente
Que , la sombra buscando entre la yerba ,
Un sendero traspasa

Cuando el rayo del sol la tierra abrasa.

Su triste estado la Discordia advierte
Y á la Soberbia , sonriendo , dice.

« Pues que tal es su afan , fuerza es amiga
« Hacer á todo trance
« Que , sin nuevas querellas , no lo alcance.
« Del rumbo , pues , que siga
« Todo bruto alejemos , cuyo dueño
« No pueda contrastar su audaz empeño. »

Quien fuese este diré ; mas ora es fuerza
Que hácia el rey Cárlos mi atencion se tuerza.

Viendo al moro partir , viendo apagado
El fuego que á su Corte consumia ,
En dar órdenes Cárlos ocupado ,
A reforzar algun endeble puesto
De sus guerreros una parte envia ,
Mandando que á atacar se apronte el resto ,
Y que , de San German y de San Víctor
Por las puertas saliendo , á unirse vaya
En la vasta llanura , dó sus vistas
El arrabal de San Marcelo explaya.

Para el combate , allí , viéndolas listas ,
A sus huestes anima , las ordena
Y les manda embestir á la agarena.

Su arzon , en esto , el hijo de Troyano
 Recobrando á despecho del cristiano ,
 Combate con Zerbino.

Sus armas mide con el rey Sobrino
 El valiente Lurcanio y , con su acero ,
 El paladin de Montalvan en fuga
 O en trizas pone un escuadron entero.

Seguido de una escolta numerosa
 De á caballo y á pié , y á los acentos
 De mil estrepitosos instrumentos ,
 Cárlos , en tanto , por la opuesta parte
 La retaguardia de Marsilio acosa
 Y de España á la gente belicosa
 Que está formada en torno á su estandarte.

Replegaban las huestes de Agramante
 Y por siempre jamás se dispersaran ,
 Si , en este instante , al campo no llegaran
 Grandonio , Serpentino , Balugante
 Y Ferragut , que , con bramidos fieros ,
 « ¿ A donde vais , » gritaba , « compañeros ?
 « A vuestras filas retornad y nada
 « Temais de esa canalla bautizada.
 « Por vuestro honor mirad ; mirad el premio
 « Que , si venceis , os guarda la fortuna ;
 « La ignominia temed y el duro apremio
 « En que tendréis que suspirar cautivos
 « Si en poder del cristiano quedais vivos.

Así diciendo , y empuñando un asta ,
 Corre hácia Berenguer , de quien en vano
 Argalifa la cólera contrasta.

Yelmo y cabeza rompe el hierro insano
 Que en tierra lo derriba y al impulso
 De otros diez golpes fieros ,
 Sucumben otros tantos caballeros.

Estrago igual , por otra parte , hacia
 Reinaldo en esto , huestes dispersando

Y de vivos vacía

La tierra , dél en rededor , dejando.

El valiente Lurcanio , el buen Zerbino
 En valor y en esfuerzo competian
 Y al Tártaro profundo ,
 Heridos por sus manos , descendian
 Balastro y Finadur , jefe el primero
 De las tropas de Alzerbe , y el segundo
 De las de Fez y de Marruecos. Pero
 Se me dirá : ¿ No hay por ventura un moro
 Que las armas maneje sin desdoro ?
 Sí , si los hay. Mirad á aquel mancebo ,
 Al noble Dardinelo , hijo de Almonte
 Que de Zúmara es rey. Delfin del Monte ,
 Claudio del Bosque , Uberto de Misfordia ,
 Miden la tierra á impulso de su lanza.
 De su acero la indómita pujanza
 A Elliot , á Anselmo de Stratfort derriba ,
 Y á Raimundo el inglés y á Pinamonte.
 De vida á cuatro de estos jefes priva ;
 Al quinto deja herido ;
 A los demás privados de sentido.

Maş no puede de un hombre aislado el celo
 Reforzar á un ejército cobarde ,
 Ni al suyo puede el bravo Dardinelo
 Hacer que firme aguarde
 Al cristiano , que en número le cede ,
 Mas que en pericia y en valor le excede.

Los de Zúmara pues , los de Canarias
 Con los de Tánger y de Ceuta huian ,
 Y á las de Alzerbe , entre estas huestes varias ,
 Su temor y desórden distinguian.
 Dardinelo , oponiéndose á su paso ,
 Ora con ruegos , ora con voz dura ,
 Animo en ellos infundir procura.

« Si el recuerdo del padre , » les decia ,

« Que estar debiera en vuestras almas fijo ,
 « No os mueve á hacer vuestro deber , espero
 « Que , en peligro tan fiero ,
 « No negaréis vuestro socorro al hijo ,
 « A quien siempre colmasteis de alabanzas
 « Y en quien fundabais tantas esperanzas.

« Deteneos , por Dios , si para siempre
 « No quereis de su sangre mas preciosa
 « Al Africa privar. Por donde quiera
 « Obstáculos , barrera
 « Hallaréis , y atajados
 « Los caminos al veros dispersados.

« Nuestro recurso es el valor. ¿ No tiene
 « Por ventura , decid , cada numida
 « Un corazon , un alma y una vida ? »

Así diciendo , con su lanza fuerte ,
 Al bravo conde de Otonley da muerte.
 Al recuerdo de Almonte , en cada pecho
 Nuevo entusiasmo súbito se enciende ,
 Y cada cual del bando que defiende
 Sus armas y su ardor vuelve en provecho.
 Al de Burnick , que un palmo en corpulencia
 A los demás llevaba , Dardinelo
 Con su espada cortó la diferencia ;
 Rodar hizo en el suelo
 De Ariman de Cornualles la cabeza ,
 Y á su hermano , que vino á su socorro ,
 Con el hierro homicida ,
 De parte á parte atravesó , en seguida.

La vida el triste Bogio de Vergala
 De otro golpe cruel á impulso exhala ,
 Y así del juramento ,
 Hecho á su cara esposa queda exento.

No léjos de él , el musulman advierte
 A Lurcanio gallardo
 Que á Dorquino y á Gardo da la muerte.

Por evitar su furia , un golpe Alfeo
Recibe atroz que frustra su deseo.

Al ver de este mancebo que le es caro
La suerte , Dardinelo alza la lanza
Y , respirando cólera y venganza ,
A Mahoma promete
Que , si el triunfo en la lid le facilita ,
Colgará en su mezquita
Las armas de Lurcanio con su almete ;
Y lleno de tal cólera le ataca
Que el hierro , con que hiere por el pecho ,
Ensangrentado , por la espalda saca.

Muerto Lurcanio , ordena
Que las armas le quiten. De Ariodante
No es posible expresar cual fué la pena
Ni cuanto fué su anhelo
De mandar al infierno á Dardinelo.
En vano , empero , por llegar ansia
Hácia este que tambien le desafía ;
Que , en confuso tropel , á los cristianos
Mezclándose los grupos sarracenos
Venir no les permiten á las manos.

En balde el uno francos y britanos ,
En vano el otro infieles desbarata ;
Que , al paladin de Montalban , el cielo ,
Cuya es la triste humanidad esclava ,
La gloria reservaba
De dar la muerte al bravo Dardinelo.

Mas tiempo es ya de que , aquí dando punto
A los gloriosos hechos del Poniente ,
Cambie , Señor , de asunto
Y vuelva hácia Grifon , á quien ha poco
Dejé luchando contra aquella gente ,
A cuyas voces vino ,
Con gruesa hueste armada , Noradino.

Con pena ve este príncipe el desórden

Que al pueblo todo aterra y desconcierta ;
Y, allí llegando con los suyos , órden
Da de que se abra sin tardar la puerta.

De aquella gente , en tanto ,
Viendo Grifon la ruina y el espanto ,
A ceñir va las armas con que piensa
(Bien que cubiertas de baldon eterno)
Prolongar algun tiempo su defensa ;
Y , resguardado por el muro externo
De un templo circundado por el foso ,
Se defiende animoso.

De enemigos , en esto , un nuevo grupo
Acude allí ; Grifon que nunca supo
Que es temor , de esa chusma no se espanta ,
Antes , audaz , hácia ella se adelanta ,
Y , su espada á dos manos esgrimiendo ,
Hace en las filas un destrozo horrendo.

Si la turba le acosa , torna al puente ,
De nuevo luego á la calzada sale ,
Y no sale una vez que su salida
Con nueva mortandad no se señale.

De frente y de revés , de tajo y punta ,
Infantes y caballos derribando ,
Hiere sin descansar ; mas , nueva gente
Al ver que dél en derredor se junta
Grave riesgo barrunta
En luchar solo contra tal torrente ,
Falto de fuerza , respirando apenas ,
Y , por el hombro y por el muslo heridos ,
Perdiendo ya la sangre de sus venas.

Mas al valor y á la virtud es raro
Que deje el cielo de prestar su amparo.
Noradino , acudiendo ,
En medio del tropel , hácia la puerta ,
La gente vió que muerta
En el campo yacia , y con su mano

Las heridas midiendo ,
 Dignas del brio de Héctor el Troyano ,
 Conoció con pesar lo injustamente
 Que ultrajara á un guerrero tan valiente.

Acercándose luego , el muro advierte
 Que en torno de Grifon alzó la muerte ,
 Y á Horacio piensa ver , solo , luchando
 Contra el etrusco bando ;

Mas , temiendo por él , y el alma llena
 De noble y generoso sentimiento ,
 La lucha suspender al punto ordena .

La su desnuda y desarmada mano ,
 De paz y de amistad emblema augusto ,
 Tendiendo entonces á Grifon : « Injusto ,
 « Injusto fui para con vos , le dice :

« Un engaño infelice

« Consejeros fatales me ofuscaron ,

« Y al varon mas intrépido y mas noble

« Como al ente mas vil , me presentaron .

« Vuestro valor la afrenta y el denuesto

« Lavo , Señor , que mi ignorancia os hizo ,

« Y que yo á reparar estoy dispuesto

« Con cuanto valgo y soy . ¿ Quereis riquezas ,

« Tierras , honores , villas , fortalezas ?

« De cuanto yo dispongo

« Hoy la mitad á vuestras plantas pongo .

« Con mi afecto contad ; y que ese brazo ,

« De eterna union en prenda ,

« La victoriosa mano aquí me tienda . »

Dice ; y , saltando del corcel , la diestra
 Presenta al paladin , á quien admira
 La franqueza cordial que el rey le muestra .

Al mirarle llegar , la espada y la ira

Depone y , baja la soberbia frente ,

Al rey las plantas besa humildemente .

Cuando la sangre Noradino nota

Que de las llagas del guerrero brota ,
A sus gentes ordena que al palacio
Con esmero lo lleven y despacio.

Herido allí , durante
Algunos dias permanece , en tanto
Que buscándole Astolfo y Aquilante ,
De Palestina el territorio santo
Recorriendo y los templos de Solima ,
Parten , tal vez , á mas remoto clima.

Nuevas , empero , ni uno ni otro obtiene ,
Cuando á dárselas viene

El griego peregrino
Que les narró como encontrado habia ,
Viniendo de Antioquía ,
Al galan y á Origile en su camino.

Preguntale Aquilante si de aquesto
A Grifon dió noticia ; y , escuchando
Que sí , la causa , presto ,
De la partida de su hermano alcanza.
Por recabar venganza ,
No duda que el amor sus pasos mueve
Hácia Antioquía , en busca del aleve.

Hácia allí , pues , sus armas revistiendo ,
A partir al instante
Se dispone Aquilante , no queriendo
Que , solo , en tal camino ,
Se abandone Grifon á su destino ;
Y , al duque Astolfo por favor pidiendo
Que su viaje retarde ,
Y que en Solima hasta su vuelta aguarde ,
Baja á Zafa y embárcase ; esta siendo
La mas directa y la mas fácil via
Desde Jerusalem hasta Antioquía.

Impelido el bajel por el Siroco ,
Ve la tierra del Sur al sol siguiente ;
Llega á Jafet á poco ;

Pasa á Beyrut y á Gibeli , y dejando
 A Chlpre hácia el Poniente ,
 A Tortosa de Trípoli , y á Leza ,
 Y al golfo de Layacio se endereza.

Desde allí , hácia levante el marinero
 Vuelve la proa á su bajel lijero
 Y, aprovechando la ocasion , procura
 Del Oronte ganar la embocadura.
 Entrando en él , sobre el corcel pujante ,
 Salta á tierra Aquilante
 Y, siguiendo su vega ,
 De la ciudad á las murallas llega.

Decir escucha allí que , con la aleve ,
 Partió Martano hácia Damasco , en donde
 Brillante fiesta celebrarse debe.
 Cierto , esta nueva oyendo , que su hermano
 En seguimiento del raptor corria ,
 Por ir tras de Martano ,
 Parte de la ciudad el mismo dia
 Y hácia Lidia y Larisa ,
 Por tierra , caminando ,
 La hermosa Alepo tras de si divisa.

El Señor , por mostrar que , siempre amigo
 Del bueno , al malo da siempre castigo ,
 A una legua de Mámuga , le guia
 A topar con Martano
 Que de Damasco , ufano ,
 Con los trofeos de la lid , venia.

Las armas y la blanca vestidura
 Aquilante al mirar que el vil ostenta ,
 Corre , creyendo que es Grifon ; mas , presto ,
 Su triste error advierte.
 Cambiando , pues , de pensamiento y gesto ,
 Y algo tal vez temiendo de funesto ;
 « Dime ladron , » le grita , « ¿ de qué suerte
 « Adquiriste esas armas ? ¿ por que acaso

« Ese lujoso arzon tu peso oprime ?
 « ¿ Qué es de mi hermano, dime ?
 « ¿ Porqué de ese bridon no rige el paso ?
 Esto oyendo Origile , vuelve el freno
 Y huye veloz. Tras ella
 Parte Aquilante ; alcánzala y , de bueno
 O de mal grado , logra detenella.
 Pálido , entonces , hácia el héroe viene
 Martano sin aliento ,
 Trémulo mas que débil hoja al viento.
 Aquilante , colérico , le grita
 Y , agitando la espada ,
 Dar muerte á los dos cómplices medita
 Si es la verdad por ellos recatada.

Martano , á quien su situacion ofusca ,
 De atenuar su maldad un medio busca.

« Sabe , » le dice , « que mi hermana es esta.
 « Que el ser de buena y noble gente tuvo
 « Magüer que , un tiempo , en vida deshonesta ,
 « Por tu hermano Grifon sumida estuvo ,
 « Tal mengua soportar yo no pudiendo ,
 « Ni fuerza en mí sintiendo
 « Para luchar contra Grifon , la idea
 « De obtener sin pelea
 « Mi objeto me propuse. Decidida
 « A dejar de una vez tan torpe vida ,
 « Me declara Origile
 « Que separarse intenta de su dueño
 « Mientras este entregado se halle al sueño.
 « Yo su designio apruebo
 « Y , á fin que de Grifon al apetito
 « No quede expuesta esta infeliz de nuevo ,
 « Su caballo y sus armas yo le quito.
 « Este , Señor , es todo mi delito. »

Hábil era el ardid , que hasta explicaba
 El hurto de las armas del guerrero.

Justificar empero
 No pudo el parentesco con la dama ;
 Pues sabiendo Aquilante por la fama
 Que era el tal parentesco una mentira ;
 « Mientes, ladrón , » le dice , ardiendo en ira ,
 Y le da con el puño un golpe fiero
 Que dos dientes le arroja al tragadero .

Agárralo en seguida , con un cable
 Ambos brazos le liga é , inexorable ,
 Con él atando á la falaz manceba
 Por ciudades y villas se los lleva ,
 Dispuesto á recorrer , de aqueste modo
 Hasta hallar á Grifon , el orbe todo .

Así llega á Damasco , acompañado
 De numeroso séquito . Las voces
 Que , en sus alas veloces ,
 La fama esparce escucha enagenado .
 De boca en boca la noticia anduvo
 De que Grifon fue el inclito guerrero
 Que , con tanto tesón , la lid sostuvo ,
 Y á quien fué por Martano arrebatada
 La gloria de esta célebre jornada .

Con el dedo la plebe ,
 Reconociendo al impostor , señala .
 « ¿ Es ese , » dicen unos , « el alevé
 « Que á disfrazar se atreve
 « La infamia propia bajo agena gala ?
 « Y esa , ¿ No es la mujer que desdeñando
 « La pasión de Grifon , haciendo alarde
 « Va del amor que inspira á ese cobarde ?
 — « Tal para cual ; » esclaman otros , « quema »
 Gritan otros , « empala , descuartiza
 « Cuelga , cuelga al traidor , » aquellos gritan .
 Y todos , fulminando su anatema ,
 En la plaza , tras él , se precipitan .

De muy pocos seguido , hácia Aquilante
 Alegre el rey , desde el palacio , corre .

Con bondoso semblante
 Le recibe y le abraza ; en una torre
 Poner al punto á los malvados hace
 Y al sitio se dirige
 Donde, herido , Grifon , ha tiempo , yace
 Y sobre el lecho del dolor se aflige.

Aquilante un momento se complace
 En hablar á Grifon de su batalla ;
 Mas este , atento á vindicar su ofensa ,
 Su furia aplaca y en sus zelos piensa.

Aquilante y el rey dura condena
 Quieren que en imponer no se vacile ;
 Mas , movido á piedad por Origile ,
 Grifon desea aminorar la pena ,
 Y hasta excusas expone
 Porque á los dos malvados se perdone.
 El rey, poniendo fin á este debate ,
 Manda que del verdugo por la mano
 Sea azotado en público Martano.

De esquina , pues , lo llevan en esquina
 Así que ven la lumbre matutina.
 El fallo , empero , de la infiel difieren ,
 Que someterlo quieren
 A la opinion y al juicio de Lucina.

Consolarse el monarca no podía
 De haber hecho á Grifon tamaña ofensa.
 Y , de noche y de dia ,
 Un medio discurria
 De otorgarle merced y recompensa.
 Con este fin , anuncia
 Que , al mes siguiente , á celebrar se apresta
 Otra mas noble y mas brillante fiesta ,
 En que á entregar al héroe se prepara
 El premio que un traidor le arrebatara

Rápida esta noticia
 Por toda Siria cunde y por Fenicia.
 Oyéndola en el suelo Palestino

El duque Astolfo , en ir allá convino
Con el jóven é ilustre Sansoneto ,
A quien dió el agua del bautisimo Orlando
Y Cárlos dió de Palestina el mando.

Su viaje disponiendo ,
Parten los dos hácia Damasco , haciendo
Cortas jornadas ; pues , aun mas que pronto ,
El llegar descansados les importa.
Pasando un dia así por un paraje
Donde otra senda á la que siguen corta ,
Una persona vieron que , en su traje
Y en su ademan , un hombre parecia ,
Siendo mujer y de alta nombradía.

Marfisa esta doncella se llamaba ,
Jóven , noble y valiente ,
Que del héroe de Amon y del de Brava
Hizo , mas de una vez , sudar la frente.
Buscando , siempre armada , iba aventuras
Con que dejar atónitas pensaba
Las edades presentes y futuras.

Así , no bien , á Astolfo y Sansoneto
Viendo acercarse , nota
Su altivo aspecto y su robusta cota ,
De su valor los juzga digno objeto
Y , relajando á su corcel la rienda ,
Hácia ellos corre y los provoca á duelo.
Mas antes hace , por fortuna , el cielo
Que ella la vista sobre Astolfo tienda.

La dama reconócele al instante
Y , cuanto hizo por ella recordando ,
Su cólera olvidando , la visera
Alza y , libre del guante ,
Su mano tiende y tiéndele los brazos.
De gozo el uno y otro palpitante ,
Estréchanse con férvidos abrazos
Y , ansiosos preguntándose en seguida

La causa cada cual de su venida ,
A la doncella el paladin refiere
Que asistir es su intento á una gran fiesta ,
A que convida el rey á los guerreros
Que probar allí quieran sus aceros.

Marfisa , á combatir siempre dispuesta ,
A seguir á estos jóvenes se apresta ;
Y de ellos no fué poca la alegría ,
Al verse en tan ilustre compañía.

Juntos los tres á la ciudad llegaron
La vispera del dia
Que aquella fiesta iluminar debia.
De Damasco á las puertas se alojaron
En humilde posada , donde al sueño ,
Mejor que en regio alcázar , se entregaron ,

La bella aurora , á su caduco dueño
Despertando , alegraba
La tierra ya con su fulgor risueño ,
Cuando la virgen y los dos guerreros
Se levantan , se adornan
Y á la ciudad despachan mensajeros ,
Que con la nueva tornan
De que el rey , en el sitio designado
Para la lid , ya estaba colocado.
Sin mas tardar , dirigen su carrera ,
Por la calle mayor , á la gran plaza
Donde , armado de aliento y de coraza ,
Tanto guerrero la señal espera.

No dudando el buen rey que la victoria
Obtenga en este el bravo caballero
Que , en el lance primero ,
Sus blancas armas coronó de gloria ;
Y , ansioso de poder recompensallo
Cual su valor y esfuerzo lo merece ,
De la otra lid unir al premio ofrece
Un puñal y una maza

De piedras guarnecido ricamente ,
Y un soberbio caballo ,
Digno don de un monarca del Oriente.

Con el puñal colgado á la cintura ,
Hace el rey colocar junto á su grada
La preciosa armadura ,
Por el vil á Grifon arrebatada ,
Y , del arzon del bruto ,
La maza suspender , porque así logre
De su doble victoria el doble fruto.

¡Incauto! no previa
La resistencia que encontrar debía !
No bien colgadas , junto al rey , divisa
La célebre Marfisa
Aquellas bellas armas , reconoce
La armadura por ella abandonada
En un camino , cuando ardiente anhelo
De recobrar su espada
La hizo correr tras del ladron Brunelo.

Mas ¿ á qué referir esta aventura ?
Baste decir que , viendo su armadura ,
Apoderarse della
Resuelve la magnánima doncella.
La mano , pues , con brusco movimiento
Tiende y , sin miramiento ,
En su prisa excesiva ,
Mas de una pieza ante sus pies derriba.

Ofendido el monarca
De desacato tal , la ceja enarca.
A esta señal , agólpase al instante ,
En torno de la vírgen arrogante ,
La multitud que , á combatir dispuesta ,
Olvidó ya sin duda lo que cuesta
Acometer á un caballero andante.

No experimenta igual placer el niño
Que , en la bella estacion , trisca entre flores ,

Ni la beldad ornada con aliño
 De un baile entre los plácidos clamores ,
 Al que la virgen fuerte
 Siente en medio á los bélicos furores ,
 En medio de la sangre y de la muerte.
 En su bridon , impávida , se avanza
 Y , enristrando su lanza ,
 Con ella ataca á cuantos ve , primero ;
 Despues saca el acero
 Y hiere , y rompe , y mata y , en pedazos ,
 Hace saltar los muslos y los brazos.

Bien que del duque inglés y Sansoneto
 Otro fuese el objeto
 Al revestir aquella vez la malla ,
 Con semblante sereno
 No pueden ver trabarse esta batalla
 Y , arrojándose en medio á la canalla ,
 Con la lanza y la espada á un tiempo hieren ,
 Y victoriosos van por donde quieren.

Al ver el juego convertido en guerra ,
 De que la causa muchos ignoraban ,
 Atónitos estaban
 Tantos guerreros de distinta tierra
 Que allí , dispuestos á lidiar , se hallaban.
 De estos algunos , que al socorro vienen
 De la chusma , bien presto
 Grave ocasion de arrepentirse tienen ;
 Por poner fin á juego tan funesto
 Otros se esfuerzan , y otros , mas prudentes ,
 Los miran combatir indiferentes.

Mas no ser de este número podian
 Aquilante y Grifon , que de la furia
 Del monarca la causa conocian.
 Por propia aquella injuria
 Tomando cada cual , ase su lanza
 Y al campo viene ansioso de venganza.

Delante á los demas , por la otra parte ,
 Iba Astolfo montado en Rabicano
 Blandiendo siempre en su derecha mano
 La lanza que abatir pudiera á Marte.
 Con su hermano , en el acto ,
 Viene á tierra Grifon á su contacto ,
 Entanto que á los héroes de mas nota ,
 Pone en terrible aprieto
 El intrépido y fuerte Sansoneto.

El pueblo , en fin , la valla viendo rota ,
 • En tropel se retira
 Y el rey , ardiendo de ira ,
 Salir ve de la plaza
 A la bella Marfisa , que su nueva
 Y su antigua coraza
 Hacia su albergue , victoriosa lleva .

Siguenle el duque y Sansoneto , entanto
 Que Grifon y Aquilante , su accidente
 Ante el rey deplorando , apena osaban ,
 Avergonzados , levantar la frente.
 Alzanla al fin y montan sus caballos
 Y , en sí bien pronto vueltos ,
 Con nuevo ardor empiezan á aguijallos.
 Con una infinidad de sus vasallos ,
 A alcanzar gloria ó á morir resueltos ,
 Tras de Aquilante y de Grifon , camina
 El rey en tanto que , ávida de ruína ,
 La canalla insensata ,
 « Mata , le grita desde lejos , mata. »

Grifon , en esto , sobre el puente llega
 Y del britano advierte
 Las armas con que á Orrilo dió la muerte.
 En el campo , sin duda ,
 No las miró con atencion ; agora
 Las ve ; conoce al héroe , le saluda .
 E , informándose luego de la suerte

Que á sus valientes compañeros cupo ,
 Le pregunta porque la irreverencia
 El uno dellos cometido habia
 De arrancar , del monarca en la presencia ,
 Las armas del padron. De todo a quello
 Que es á sus compañeros relativo
 Da nuevas á Grifon el de Inglaterra ,
 Mas de su porte en la reciente guerra
 Alegar nunca pudo otro motivo
 Sino que , acompañando á la doncella ,
 Debíó abrazar su causa en la querella.

Llega en esto Aquilante ;
 Y , á Astolfo por su voz reconociendo ,
 De su semblante muda
 En gesto afable la expresion sañuda.
 Muchas gentes despues , allí viniendo ,
 Hácia los héroes avanzar no osaban
 Y de léjos su plática escuchaban ,
 Cuando un soldado , oyendo
 Que era la noble é intrépida Marfisa
 Quien del padron arrebató las armas ,
 Corre al rey , se lo avisa
 Y le encarga no vuelva
 Su cólera á irritar , como le importe
 Viva á su lado conservar su Corte.

Tan temido en Oriente
 Que siempre el nombre de esta vírgen rara ,
 Fue mas de un paladin noble y valiente ,
 Aun de léjos oyéndolo , temblara.
 Tiembla pues Noradino y , á su gente
 Formando en torno suyo , á toda prisa
 Marcha con ella en busca de Marfisa ;
 Grifon y Astolfo y Aquilante llegan
 Tambien , en esto ; y , por su amor , le ruegan
 Que ponga fin á obstinacion tan terca.
 La dama al rey se acerca

Y dice así : « ¿ porqué te proponias
 « Dar , á otro , ¡ oh rey ! las armas que son mias ?
 « De Armenia en el camino
 « Dejémelas un dia
 « Porque , á pié , me convino
 « Correr tras de un ladron que me ofendia.
 « En prueba de que es cierto cuanto diga
 « Grabado en ellas puedes ver mi lenia ; »
 Y muestra al Rey , volviendo la loriga ,
 En tres partes cortada una diadema.

« Verdad es ; le responde Noradino ,
 « Que aquestas armas á entregarme vino
 « Un mercader armenio hace unos dias ,
 « Y en tu poder , á reclamarlas antes ,
 « Fuesen tuyas ó no , ya las tendrias.
 « Yo , bien que á darlas á Grifon resuelto ,
 « No dudo que , cortés y generosa ,
 « Para este fin , me las hubiera vuelto.
 « Ni he menester , para que yo te crea ,
 « Ver tu divisa. Tu palabra quiero
 « Que nuestra ley en adelante sea
 « Tuyas , por otra parte , son las armas ,
 « Premio del vencedor en la pelea.
 « Tómalas pues y cese la contienda :
 « De mi afecto sincero
 « Yo á mi caro Grifon daré otra prenda.

Grifon que , mas que en verse de ellas dueño ,
 En ser grato al monarca tiene empeño ,
 A las armas renuncia sin disgusto.
 Mas Marfisa , pensando que no es justo
 Que sola así todo el honor se lleve ,
 Hacia Grifon se llega
 Y las armas le entrega
 Que dél , cual nuevo don , acepta en breve.

Con paz y con amor , cada cual luego
 A la ciudad se viene ,

Y allí se torna á comenzar el juego ,
 En que la palma Sansoneto obtiene .
 Por dejarle esta gloria ,
 Cual buenos compañeros .
 Disputar no quisieron la victoria .
 Ni Astolfo , ni Marfisa
 Ni los dos fuertes hijos de Oliveros .

Entre el placer , el júbilo y la risa ,
 Ocho dias ó diez allí pasaron
 Y , ansiosos de volver hácia Poniente ,
 Del rey la venia de partir tomaron .
 Marfisa que , hace tiempo , apetecía
 De la francesa gente
 Ver si era justa ó no la nombradía ,
 Grata se ofrece á hacerles compañía .
 Sansoneto , dejando
 Quien á Jerusalem rija en su ausencia ,
 Toma tambien licencia
 Y así , formando un escuadron brillante ,
 Que en el orbe no hallara semejante ,
 Emprenden su camino
 Hácia el piélago á Trípoli vecino .

Un bajel allí encuentran
 Que para Ocaso estaba aparejado ;
 En él , á su patron antes hablando ,
 Con sus caballos , los guerreros entran .
 Límpido el cielo está ; la mar serena :
 Próspera brisa entre las jarcias suena .

En la isla dó homenaje
 Se tributa al Amor , hay un paraje ,
 Llamado Malagusta ,
 Cerca del cual , con preferencia injusta ,
 Natura caprichosa
 Colocó una piscina perniciosa .
 Esta es del buque la primera escala .
 Mas , el hedor que aquel pantano exhala ,

Largo tiempo aquel aire
Vedándole aspirar , al viento el ala
Vuelve á dar , y navega
De Chipre en derredor , y á Páfos llega.

Sobre su verde orilla ,
Que flores mil esmaltan ,
Los guerreros , por ver tal maravilla ,
Y el traficante , á sus negocios , saltan.

De ligero declive
Seis millas hay ó siete ,
Desde el mar á un bosque
Que , en la cresta de un cerro , se percibe.
Mirtos cedros , laureles ,
Rosas , tomillos , lirios y claveles
De dulce aroma esparcen tanta suma
Que el viento de la tierra al mar perfuma.
De una límpida fuente , un arroyuelo
Fecundizando va todo aquel suelo.

Bien puede en fin decirse que morada
Es de Venus esta isla celebrada.
Amables allí y bellas
Son mas que en parte alguna las doncellas ,
Y de la edad adusta
El Amor , bien que niño , no se asusta.

Así que el viento favorable estuvo ,
Y á sus negocios hubo
Puesto fin cada cual , sin mas demora
Alza el patron el ancla ; da la vuelta
Y al buque por la mar las riendas sueltas
Por el mistral mecido , alegre , ufano
Vogaba. En esto , se alza de repente
Enemigo Poniente
Que , manso al pronto , con furor insano ,
Al esconderse el sol , ruge insolente.
Hínchase el mar , el cielo
Envuelto queda en tenebroso velo ,
Rasgado á cada instante

Por la luz del relámpago incesante.
Ruge la tempestad y ruge el trueno ;
Lluvia copiosa y fria
Lanzan las nubes del oscuro seno ,
Y, sobre el mar airado y formidable,
Tiende la noche el manto impenetrable.

De su arte el marinero
Los recursos agota. Cual , silbando ,
Da la señal del mando.
Las anclas este en aprestar trabaja ;
Cual tira el cable , y cual las velas baja ;
Cual el timon ó el mástil asegura ;
Cual la cubierta de limpiar se cura.

Crece él terror ; y toda aquella noche ,
Mas negra que el infierno ,
Boga el patron que , en alta mar , se lanza
Por dar á su bajel mejor gobierno.

Del mar á la pujanza
Siempre la proa con valor presenta ,
Y, el riesgo huyendo , abriga la esperanza
De que se aplaque un poco la tormenta.

Mas no se aplaca ; antes con mas violenta
Saña sigue soplando al otro dia ,
Dia que de sus horas por la cuenta ,
No por su claridad , se conocia.
Triste , por fin , sin esperanza alguna ,
Al viento encomendando su fortuna ,
La popa al mar torna el piloto y vuela
Sobre sus olas con humilde vela.

Mientras en tan grave cuita
A estos guerreros pone el mar , no menos
A ingleses y agarenos ,
Por el suelo francés , fortuna agita.
Allí hiere y maltrata
Y escuadras desbarata
Reinaldo , flor de la nacion francesa ,

Y del hijo de Almonte

Al ver la blanca y encarnada empresa ,

Al mirar sobre todo el alto monte

De las víctimas que hizo en el combate ,

Clava el hierro á Bayardo

Cierto de que , bajo sus armas , late

Un corazon intrépido y gallardo.

« Mejor , » dicese entonces , « antes que crezca

« Es cortar esa planta : »

Así diciendo , altivo , se adelanta ,

Y tal terror con su presencia inspira ,

Que , por medio de infieles y cristianos ,

Paso abriéndose va por donde mira.

Al jóven Dardinelo solamente

Nota Reinaldo en medio á tanta gente :

« Púsome , » dice , « en un fatal empeño

« El que de esa armadura te hizo dueño.

« Contigo á probar vengo como guardas

« De ese broquel los fúlgidos cuarteles :

« Si al verte en mi presencia te acobardas ,

« Al guerrero de Anglante hallar no anheles.

— « Sabe , responde el árabe mancebo

« Que , si estas armas llevo ,

« Es porque digno de llevarlas soy ,

« Y que con ellas , despreciando riesgos ,

« En busca corro de laureles hoy.

« Ni pienses que me alarmas ,

« Bien que jóven me ves , por mas que grites ;

« Si quieres estas armas

« La vida antes es fuerza que me quites.

« En Dios espero yo que así no sea ;

« Mas , vencedor ó muerto en la pelea ,

« Sufrir no quiero que por mi se frustre

« La larga gloria de mi estirpe ilustre. »

Dice ; el acero saca

Y al paladin de Montalban ataca.

Un sudor semejante al de la muerte
 Circula por las venas
 De cada moro , cuando al héroe advierte
 Que , cual leon sobre cerril novillo ,
 De Zúmara se avanza hácia el caudillo.
 El primero que hirió fué el africano ;
 Mas fué su golpe vano , que á dar vino
 Sobre el robusto yelmo de Mambrino.

Reinaldo , sonriéndose , « á mostrarte , »
 Le dice , « voy cuanto mayor es mi arte. »
 Y , empujando hácia el moro su caballo ,
 En el pecho le hiere con la espada
 Que , por detrás , asoma ensangrentada.

Cual cede del labriego ,
 Brillante flor , á la inclemente reja ,
 O cual , cargada de superfluo riego ,
 Mustia , su frente deja
 La amapola caer ; así , marchita
 La faz de Dardinelo ,
 De la muerte se cubre con el velo
 Y ardor y esfuerzo á sus secuaces quita.

Cual la onda con furor se precipita ,
 Cuando á romperse viene
 El recio malecon que la contiene ,
 Así , cayendo , el jóven Sarraceno
 Y , roto el solo freno
 Que á sus soldados sujetar podia ,
 Cada cual huye á dó el temor le guia.

Alejarse Reinaldo no les veda ,
 Y solo embiste al que en el campo queda.
 A su lado Ariodante
 Cubriendo va de víctimas el suelo ,
 Y Zerbino , Oliveros y Leonelo
 Van derribando á cuantos ven delante.
 Su deber tambien Cárlos ha cumplido ,
 Y Oger y Salomon , Turpin y Guido.

Del ejército moro fué aquel día
 El riesgo tal , que un hombre no quedara
 Si , con la poca gente que aun vivia ,
 La lid su cuerdo rey no abandonara.
 Mejor que ir á perder cuanto posee
 Dejar perdido lo perdido cree ;
 Mejor es replegarse y , de este modo ,
 Algo salvar sin exponerlo todo.

Hácia su tienda luego ,
 Por muros y por fosos resguardada ,
 Con sus banderas una hueste envia ,
 Mandada por el rey de Andalucía ,
 Por el de Portugal y el de Granada.
 Al rey de Berbería
 También manda á decir que se defienda ,
 Y que poco no hará si , en este día ,
 Su persona salvar puede y su tienda.

Agramante , que nunca tan incierta
 En su favor á la fortuna vido ,
 De tornar á Bicerter
 Casi toda esperanza ya ha perdido ,
 Cuando oye que Marsilio
 Puso en salvo una parte de su gente.
 Sus restos él formando prontamente
 Manda al clarin tocar á retirada ;
 Mas este son apenas
 Oye la multitud , de que , aterrada ,
 Va gran parte á morir dentro del Sena.
 Por animar al resto , esfuerzos vanos
 Hacen todos los jefes africanos.
 Por uno que en pié queda
 Huyen ó mueren dos. Cual por delante ,
 Cual por detrás , á ser herido viene ,
 Y , sin que nadie al vencedor refrene ,
 Todos , por él á un tiempo perseguidos ,
 Llegan al campo mustios y afligidos.

Y es probable que Cárlos ,
 Que jamás desperdicia conyuntura ,
 De sus murallas fuese á rechazarlos
 Si al fin , movido á compasion , el cielo
 No envolviese á la tierra en noche oscura.
 A mares por el suelo
 Corre la sangre ; al filo de la espada
 Ochenta mil cadáveres cayeron
 Que el lobo y el villano
 A devorar y á despojar vinieron.

Sin entrar en el campo del pagano ,
 Cárlos , de enfrente , lo que pasa acecha ;
 Sin descanso lo estrecha
 Y de grandes hogueras cubre el llano.
 El rey moro , entretanto , sin reposo
 Sus murallas repara , limpia el foso ;
 Ve si la guardia vela ,
 Y hace toda la noche centinela.

Llanto y suspiros , que el temor apenas
 En alta voz permite que se exhalen ,
 Del campo solo salen
 De las miseras gentes sarracenas.
 Este de algun pariente
 O un amigo la pérdida deplora :
 Aquel , herido , llora
 El mal futuro y el temor presente.

Allí , con otros muchos , se encontraban
 Dos mancebos nacidos
 En Ptolemaide de progenie oscura ,
 Y que un raro modelo presentaban
 De la amistad mas íntima y mas pura.
 Con varia suerte por el franco suelo
 Siguieron uno y otro á Dardinelo.

Agil era y robusto
 Cloridano , como hombre
 Que de la caza tuvo siempre el gusto.

Por su beldad , Medoro
 Era la flor del campamento moro.
 Negros sus ojos ; blanca
 Era su faz , su cabellera de oro
 Cual la de un ángel del superno coro.

Juntos estos dos jóvenes guardando
 El campamento desde el muro estaban ,
 Mientras , siguiendo su invariable curso ,
 Las estrellas al orbe
 Con soñolientos ojos contemplaban.

Medoro , á quien triste recuerdo absorbe ,
 « No te puedo expresar , oh Cloridano , »
 Volviéndose , le dice ,

« Cuanto á mi amo infelice
 « Me duele ver tendido en ese llano ,
 « Por pábulo del lobo ó del milano.
 « Yo , recordando su bondad , esclama ,
 « Mi vida diera por salvar su fama.

« No quiero que insepulto
 « Su cuerpo quede y en su busca parto.
 « Llegar espero oculto
 « Al campo , en donde , de despojos harto ,
 « El enemigo , reposando , yace.
 « Aquí quédate tu. Si mi fatiga
 « Al cielo santo coronar no place ,
 « Habrá al menos , yo muerto , quien revele
 « La noble accion á que el amor me impele.

Pásmase Cloridano
 Al ver tales afectos en un niño ,
 Y su ardiente cariño
 Combate su designio ; mas en vano ,
 Que enterrar á su dueño ó á su lado
 Morir el noble jóven ha jurado.

Viéndole en su propósito tan firme
 Cloridano responde : « á apercibirme
 « Para seguirte voy : que iguala al tuyo

« Mi ardor; yo nunca en los peligros huyo ,
 « Y ¿ á que vivir si , ingrata ,
 « La fortuna á Medoro me arrebató ?
 « Morir quiero con gloria á tu costado
 « Mejor que de dolor de ti privado. »

Así , resueltos á marcharse , dejan
 En su puesto otras guardias y se alejan.
 Fosos saltando y muros ,
 Llegan en breve al campo , dó seguros ,
 Despues de haber dejado
 Sus fuegos apagar , estan tendidos ,
 Entre armas y bagajes , los de Carlos ,
 En el vino ó el sueño sumergidos.

Cloridano , parándose un momento ,
 « ¿ Cómo , dice á Medoro , así dejarlos
 « Sin darles escarmiento ?
 « Tú , porque nadie sorprendernos pueda ,
 « Vigilarás atento ;
 « Por medio al enemigo ,
 « Paso yo , con mi espada , á abrir me obligo. »

Así dice y , entrándose en la tienda
 Dó al sueño suelta rienda daba Alfeo ,
 Médico y adivino
 Que á la Corte de Francia , há un año , vino ,
 De su alma y de su cuerpo corta el lazo ,
 Haciendo así mentir la profecía
 De que , lleno de edad , y en el regazo
 De su esposa , tranquilo moriría.

A sus costados mueren
 Cuatro guerreros que ni un ay profieren ,
 Cuyos nombres Turpin no ha mencionado.
 Y el tiempo en el olvido ha sepultado.
 La muerte Palidon recibe luego
 Mientras al sueño entregado está tranquilo.
 Sobre una cuba , ya apurada , Grilo
 A su lado yacía

Creyendo estar bebiendo todavía ,
 Cuando , en silencio , el moro se le acerca
 Y , cortándole el cuello ,
 De vino y sangre allí forma una alberca.
 Muerte da luego á un griego y á un tudesco
 Andrópono y Conrado
 Que una gran parte de la noche , al fresco ,
 Pasaron con la copa y con el dado.
 ¡Felices sí , á lo menos , hasta la hora
 En que nace la aurora
 Hubiera el juego ó el festin durado!
 Mas ¿qué hiciera el destino
 Sí en cada hombre existiera un adivino ?

De ovejas en un mísero rebaño ,
 Famélico leon no hace mas daño
 Que el que hace impunemente
 El jóven moro en la cristiana gente.

Ensangrentar su espada ni su brazo
 Hasta entonces no quiso el buen Medoro ;
 Mas al duque de Albrech viendo en su lecho
 Al lado de su dama á quien con lazo
 Estrecha tal que , entre uno y otro pecho ,
 Paso no hallara el aire , á ambos da muerte.
 ¡Oh deliciosa suerte !

Unidas sus dos almas ,
 Se elevan del amor sobre las palmas.

Perecen luego Artalico y Margano ,
 Noveles caballeros
 Del condado de Flandes herederos ,
 De cuya enseña el franco soberano
 A las armas unió las lises de oro ,
 Y á quienes prometiera
 Allá en la Frisia estados , que les diera....
 A no venírsele á estorbar Medoro.

Así llegaron este y Cloridano
 Al regio pabellon , del cual entorno

Velaban los guerreros
 Mas fuertes del ejército cristiano.
 Cansados de dar muerte , sus aceros
 Envainan los dos bravos compañeros ;
 Y , bien que allí podían
 Cargarse de despojos , de su audacia
 Mas premio no querían
 Que llegar sin desgracia
 Al paraje dó , entre armas y caballos ,
 En un lago de púrpura , yacían
 Pobres y ricos , reyes y vasallos.

De sangre , en vano , en aquel mar inmenso ,
 En aquel haz de cuerpos mutilados ,
 Buscarán los dos jóvenes osados
 Al que es objeto de su amor intenso ,
 Sí , de su faz hermosa
 Las luces hácia el cielo levantando ,
 No exclamara Medoro ; « ¡ Oh casta Diosa ,
 « A quien nuestros abuelos
 « Triforme apellidaron justamente !
 « Tú , que belleza muestras igualmente
 « En la tierra , en el Orco y en los cielos ,
 « Tú que , siguiendo por oscuras selvas
 « Vas , cual hacerlo mi señor solía ,
 « A las fieras con ánimo invencible ,
 « ¿ Será , será posible
 « Que el cadáver que busco no me vuelvas ? »

La luna , fuese acaso ,
 Fuese movida de este humilde ruego ,
 A través de las nubes se abre paso ,
 Bella su faz mostrando como el día
 En que a Endimion causó tanta alegría.

Descúbrense á su lumbré
 Los dos campos , París y todo el llano ;
 Montmartre , á diestra , en lo alto de una cumbre ;
 Lery , sobre otra , á la siniestra mano.

La luna con mas brillo
 Un rayo , en esto , arroja
 Sobre el cuerpo del mísero caudillo.
 La enseña blanca y roja
 Reconoce Medoro ; su congoja
 De tierno llanto inunda su carrillo.
 En alta voz no exhala , sin embargo ,
 Sus sentidos lamentos ,
 Que enternecer pudieran á los vientos.
 Fuérale el ser reconocido amargo
 Por temor , mas que de perder la vida ,
 De mirar su ilusion desvanecida.
 De su amado señor partiendo el peso ,
 La marcha apresuraban ,
 • Por llegar á su campo , los mancebos ;
 Del padre de la luz los rayos nuevos
 Astros , nubes , y sombras dispersaban ,
 Cuando Zerbino , cuyo heroico empeño ,
 En momentos cual este ,
 No le permite abandonarse al sueño ,
 Allí llegaba , al frente de la hueste
 Con que hostigó toda la noche al moro.
 A Cloridano viendo y á Medoro ,
 Hacia ellos presto tuercen el camino ,
 Ansiosos de botin , los de Zerbino.
 « Aquí dejemos , » dice Cloridano ,
 « La carga , amigo , ó perecer es cierto.
 « ¿ No fuera empeño vano
 « Morir dos vivos por saivar á un muerto ?
 Dice y , el busto helado
 Soltando , huye , creyendo
 Que , su ejemplo siguiendo ,
 Tras él camina el compañero amado ,
 Por quien hubiera , á sospechar su suerte ,
 Consentido en sufrir mil veces muerte.
 De su señor , Medoro mas amante ,

Sobre sus hombros el cadáver carga ,
 Mientras Zerbino , á recelar viniendo
 Que moros pueden ser , y conociendo
 Que no será su resistencia larga ,
 Con los unos les cierra toda via
 Mientra embestir á los demás encarga.

De altas hayas y espesos matorrales
 Allí una selva entonces existia ,
 Cuyo oscuro recinto ,
 Poblado de feroces animales ,
 Formaba inextricable laberinto.
 Por verse dentro de su sombra amiga ,
 Uno y otro mancebo se apresura ;
 Mas á otro canto es fuerza que me siga
 Quien saber quiera el fin de esta aventura.

CANTO XIX.

Medoro herido , y Cloridano muerto. — Amores de Angélica y Medoro.
 — Su enlace. — Su partida á Oriente. — Llegan Marfisa y sus cuatro
 compañeros al país de las mujeres homicidas. — Singular usanza
 de este país. — Los paladines y Marfisa penetran en la ciudad. —
 Combate de Marfisa con diez guerreros.

Mientra en el carro de fortuna rueda ,
 Nadie hay que decir pueda
 Si es con verdad amado
 Por los amigos de que está cercado.
 Mas la suerte feliz , como suceda
 Que en áspera se trueque , sin demora ,
 Vuelve la faz la turba adulatora ,
 Que solo amor sincero
 Es , en dicha y desdicha , duradero.
 Si llevarse pudiese descubierto

El pecho cual la cara ,
 Mas de un grande , estoy cierto ,
 Que á su rey muestra fe continua y rara ,
 De la plebe sumiérase en el fango ,
 A un plebeyo quizás cediendo el rango .

Mas , con este motivo , hablar de nuevo
 Quiero del fiel mancebo
 Que erra sin norte en la intrincada selva ,
 Y á quien la grave carga que se ha impuesto
 Veda que á dar con su camino vuelva .
 Cloridano que , entanto , con pié presto ,
 Los bosques ha traspuesto ,
 Se aflije , se arrepiente ,
 Y , de su amigo al contemplarse ausente ,
 « ¿ Cómo , » se dice , « como fuí tan loco ,
 « Cómo , ¡ oh Medoro ! te estimé tan poco
 « Que pude abandonarte
 « Donde no sé si volveré á encontrarte ? »

Dice ; emprende de nuevo su camino
 Por medio á la maleza
 Y , por la misma senda por dó vino ,
 Corre derecho á su fatal destino .
 Pronto , á escuchar empieza
 La enemiga algazara y gritería
 Y á Medoro ve , en fin , que la batalla ,
 Contra cien de á caballo , sostenía .
 Bien que , solo , y por tantos atacado ,
 Su vida en gran conflicto el jóven halla ,
 De su dueño el cadáver adorado
 Sobre la yerba tiende
 Y , de un fresno ó de un haya , vueltas ciento ,
 Entorno da con cauto movimiento .
 Tal osa , á quien sorprende
 En su guarida el cazador , luchando
 Entre el amor y la ira , se defiende ;
 A ensangrentar sus uñas y su boca

El furor la provoca ;
 Ternura y compasion su amor le inspira
 Y , viendo á sus cachorros , cesa su ira.

Como acorrerle en situacion tan grave
 Cloridano no sabe.

La muerte no le asusta ; mas , matando ,
 Quiere al menos morir. Aguda flecha
 Del arco lanza , pues , con diestra mano ,
 Que fuera á un escocés los sesos echa ,
 Sin vida derribándolo en el llano.

Vuelven todos la vista y , mientras uno
 A los demás pregunta
 De dó salió la emponzoñada punta ,
 Manda otra aquel , y con certeza tanta ,
 Que le corta la voz en la garganta.

El príncipe escocés , que de Medoro
 Respetar se propuso la existencia ,
 Pierde en fin la paciencia ;
 Hácia él se llega y su cabello de oro
 Agarrando con furia
 « Vas , » le dice , « á pagar tamaña injuria. »
 Pero no bien tan bella faz advierte ,
 En compasion su cólera convierte.

« Por el Dios que veneras , »
 Dice el moro con voces lastimeras
 « No me vedes honrar á mi buen amo ,
 « Este solo favor de tí reclamo.
 « Si hácia la vida algun amor conservo
 « Es á fin de impedir que águila ó cuervo
 « Su cadáver insulte.
 « Deja , déjame pues que lo sepulte
 « Y de mí dispon luego como quieras ;
 « Dame la muerte ; entrégame á las fieras. »

Del bello jóven al acento triste
 Zerbino no resiste ,
 Y el amor dulcemente

Mezclarse á la piedad en su alma siente.

En esto , empero , con osada mano ,
Un soldado villano ,
Que los mandatos de su jefe olvida ,
Hiere á Medoro el delicado pecho.
Llena al bravo Zerbino de despecho
Audacia tal , y su ira se redobla
Cuando al mancebo vé que el cuello dobla
Y al suelo viene sin señal de vida.
« No ha de quedar , « prorumpe , » sin venganza
« Tal desafuero ; » y lanza
Rápido su corcel en seguimiento
Del fiero matador , que huye al momento.

Cloridano que en tierra ve á su amigo ,
Ciego de enojo y de ira ,
Sale del bosque , el arco al suelo tira
Y , en medio del ejército enemigo ,
Se precipita ; su dolor le ofusca
Venganza y destruccion y muerte busca.
La tierra en breve con su sangre esmalta ;
Su furia aumenta , su pujanza afloja ;
Y , cuando al brazo en fin la fuerza falta ,
Junto á Medoro , por morir , se arroja.

Del irritado príncipe Zerbino ,
Por la selva , despues sigue el camino
Su gente , que al un moro
Muerto dejó y al otro vivo apena.
Largo rato tendido , el fiel Medoro
Su sangre derramó por ancha vena ,
Y su vida por ella se exhalara
Si un ángel á estorbarlo no llegara .
En esto , envuelta en traje de pastora ,
Llega allí por acaso una doncella ,
De regio porte y gracia encantadora .
Por si alguno lo ignora ,
La ilustre virgen era

Del gran Can del Catay rica heredera.

Llena de gozo , al contemplarse dueña
Del anillo que un dia
Brunelo le quitó , la compañía
De los héroes mas grandes ya desdeña ,
Y córrese al pensar que por amante
Tuvo un tiempo al de Anger y á Sacripante.
Mas que todo otro error , haber ardidido
Por el hijo de Amon le causa enojos ,
Que parécele haberse envilecido
Poniendo en él sus altaneros ojos.

Tanta arrogancia soportar no pudo
El rapazuelo Amor. De aguda flecha
Armando el arco crudo ,
Junto á Medoro á la doncella acecha.
Ella , no bien de una cercana muerte
La palidez en el mancebo advierte ,
Siente que poco á poco se desliza
En su alma una piedad que la esclaviza ,
Y que á medida aumenta
Que su mísera historia el jóven cuenta.

De una esmerada educacion preludio
Es en India el estudio
De la médica ciencia ,
Que al hijo siempre el padre da en herencia.
Recordándose Angélica de nuevo
Cuanto de este arte sabe , con el jugo
De una yerba que vido
Cerca de allí propónese al mancebo
Sustraer de la muerte el ímpio yugo.

Busca esta yerba , y córtala , y con ella
Hácia Medoro vuelve la doncella ,
Y , encontrándose acaso
Con un pastor que , con lijero paso ,
Tras de una yegua , que se huyó , corria ,
Le ruega le acompañe hasta el paraje

Que el triste jóven con su sangre esmalta.
De su caballo , allí llegando , salta
Y del suyo al pastor manda que baje.
Hácia Medoro luego se adelanta
Y , con sus lindas manos , de la planta ,
Entre dos piedras , exprimiendo el jugo ,
El tierno pecho , que atrevida punta
Hirió , y el vientre , y las caderas unta
Del bello jóven , dando en el instante
Fuerzas al cuerpo y gracias al semblante.

Del pastor el caballo pudo en breve
El mancebo montar ; pero insepulto
No piensa que dejar mas tiempo debe
El cadáver objeto de su culto.

Ni á Cloridano olvida y , en la tierra ,
Con su amado señor , al paje encierra.

Parte despues. A compasion movida
La dama , y á seguirle decidida
Mientras su riesgo dure , le acompaña
De un bondoso pastor á la cabaña.
Allí , despacio , examinando luego
Del moro la beldad , la gallardía ,
Siente Angélica en su alma cada dia
Crecer de amor el devorante fuego.

Entre dos altos montes se percibe ,
Sobre un llano , en la selva , la morada ,
Bella y recientemente edificada.
Donde el pastor , con su familia , vive
Y dó la dama con el jóven entra.
De nuevo , allí , venda su herida , y mientras
Cicatrizaba esta llaga ,
Su propio corazon lima y estraga
Otra mayor , mas honda
Que , con dardo invisible , abrió la mano
De Amor , oculta en la guedeja blonda
Del amigo infeliz de Cloridano.

Arde la dama y arde en llama inmensa :
 Cura el ageno mal , y el suyo agrava ;
 Y , olvidada de sí , tan solo piensa
 En aquel de quien es rendida esclava.

A medida que él sana ,
 En su pecho ella siente
 De una fiebre voraz ya el fuego ardiente ,
 Ya el helado temblor. Cada mañana
 Del moro la beldad , la gracia acrece ;
 La de Angélica entanto desaparece
 Cual nieve intempestiva ,
 Al ver del claro sol la lumbre viva.

La infeliz , que á su mal no ve remedio ,
 Sucumbir debe á su amoroso tedio
 Como , sin esperar á que él la invite ,
 Al jóven ella , audaz , no solicite.
 De la vergüenza , pues , rompiendo el freno ,
 De seduccion su voz sus ojos arma ,
 Y su pasion declara al sarraceno
 Que , bien que sorprendido , no se alarma.

¡Oh rey Circaso! ¡oh príncipe de Anglante!
 ¿De qué os sirven , decid , en este instante
 Vuestro valor , esfuerzo ó nombradía ?
 ¿Con cuál premio ha , decid , hasta este dia
 Esa fiera beldad correspondido
 A cuanto habeis por ella padecido ?
 Y tú , rey Agricano ,
 Que duro siempre hallastes é inhumano
 Su corazon , ¿qué pena no sintieras
 Si el mármol de tu tumba alzar pudieras ?
 ¡Oh Ferragut! y ¡oh en fin , cuantos , en vano ,
 Por esa dama ingrata ,
 Sacrificios hicisteis! ¿qué dijerais
 Si en los brazos la vierais
 Del que toda esperanza os arrebatá ?

A su Medoro Angélica confía

II.

5

La fresca rosa intacta todavía ;
 Que á nadie penetrar jamás fué dado
 En tan bello verjel hasta aquel dia.
 Por cohonestar la cosa , celebrado
 Es con gran ceremonia
 El matrimonio , que el amor termina ,
 Y del cual la pastora fué madrina.

Mas de un mes , con Medoro ,
 Quédase allí su enamorada amiga ,
 Y, bien que de ella el jóven no se aparta ,
 Bien que sus cuellos lazo eterno liga ,
 De verle jamás harta ,
 Siente ella sed que nunca se mitiga.

De noche y dia , en la cabaña ó fuera ,
 Del uno el otro marcha siempre al lado.
 Juntos , de algun arroyo la ribera
 Buscando van ó algun frondoso prado ,
 Y , cuando el sol á su zenit se eleva ,
 Tal vez se acogen en propicia cueva
 Cual la que , en brazos de la amante Dido ,
 Al adalid Troyano un tiempo vido.

Entre tanto placer , árbol no habia ,
 Junto á parlero arroyo ó fuente pura ,
 Que de los dos amantes la ventura
 No recordara en su vetusto lomo.
 Hasta en la peña dura ,
 Sutil cuchilla dibujara como
 De Medoro y de Angélica los pechos
 Une el amor con vínculos estrechos.

Volver hácia el Levante
 Desde allí piensa en breve la doncella ,
 A poner de su amante
 Sobre las sienes su corona bella.

Puesto Angélica lleva un brazaletes
 Que, de un amor que eterno le promete ,
 Le dió en memoria el paladin de Anglante.

Esta joya á Ziliante dió Morgana ,
Cuando oculto lo tuvo dentro al lago.
De Orlando la pujanza soberana ,
Libertando á Ziliante , obtuvo en pago
De tan heróica hazaña
La joya que él destina en el momento
A la beldad que causa su tormento.

Ella la acepta con placer , no tanto
Por su aficion hácia el guerrero , cuanto
Por su belleza é inestimable precio.
En la ínsula del llanto
Puesta en su bello brazo la tenia ,
Y yo no alcanzo como con desprecio
Pudo mirarla aquella gente impía.

No teniendo otra prueba de su aprecio
Que dar al buen pastor por su acogida ,
El brazaletes á su mujer entrega
Angélica , y le ruega

Lo acepte por su amor. De la cabaña
Saliendo luego , hácia los montes parten
Que dividen la Francia de la España.

Al pasar estos montes , divisaron
La mar que baña el campo de Gerona
Y , siguiendo su costa , al fin llegaron ,
Por trillado camino , á Barcelona ,
Dó aguardar es su intento

Por partir al Levante nave y viento.

Antes de entrar en la ciudad , hallaron
Junto á la playa un hombre que , de lodo
Cubierto el lomo , el pecho , el busto todo ,
Daba evidente indicio

De que no estaba en su completo juicio.

No bien á los dos jóvenes divisa ,
Hácia ellos corre , ansioso de hacer daño
Este hombre , cual mastin hácia un extraño.

Mas á hablar voy de nuevo de Marfisa ,

De Astolfo, de Grifon y de Aquilante
 Y de los otros que , en su afan prolijo ,
 La muerte tienen sin cesar delante.
 Cada vez mas soberbia y arrogante
 La mar los mece sin camino fijo
 Y , durante uno y otro y otro dia ,
 Por su encrespada espalda así los guia.

Rompe la onda enemiga
 El castillo de proa y la obra muerta ,
 Y al marinero obliga
 A lanzar en su boca siempre abierta
 Lo que á su enojo destructor escapa.
 Cual , á la luz de una linterna oscura ,
 Fijos los mustios ojos en el mapa ,
 Su incierta direccion hallar procura.
 De la popa á la proa discurriendo ,
 El mísero marino
 Al polvo que el reloj va desprendiendo
 Consulta sobre la hora y el camino.

En la cubierta , con el mapa en mano ,
 A sus marinos el piloto junta ,
 Y á cada cual su parecer pregunta.
 Cual piensa que lejano
 No debe estar de Límiso el bajío ;
 Cual las rocas de Trípoli barrunta ,
 Donde destroza el mar tanto navío ;
 Cual se aflige y suspira contemplando
 Que en torno á Satalía está girando.
 Diversamente cada cual opina
 E igual terror á cada cual domina.
 El viento que , con ímpetu , arremete ,
 Al tercer dia en fin rompe el trinquete ;
 La mar redobla su coraje fiero
 Y se lleva al timon y al timonero.

De mármol ó de bronce
 Tiene sin duda el pecho ó de diamante

Aquel á quien tal situacion no espante,
 Pues que, no obstante su sin par denuedo,
 Marfisa misma entonce
 Confesó que tembló. No menor miedo
 Aflige á los demás. Cual peregrino
 Partir piensa al Calvario, á Compostela
 Cual ir á Roma, Utino
 U otros parajes célebres promete.
 Del mar, entanto, su bajel juguete
 Baja al abismo ó por las nubes anda;
 En tal conflicto, por ahorrar trabajo,
 Que el mástil se eche abajo
 El cauto jefe á sus secuaces manda;
 Y que á la mar el cargamento arrojen,
 Y que de sus lujosos ornamentos
 Las espléndidas cámaras despojen.
 A las bombas atentos,
 Otros dentro del mar al mar rechazan;
 Otros unen las vigas y maderos
 Que, en su furor, las olas despedazan.

Cuatro dias enteros
 Duró esta cuita grave
 Que, á durar uno mas, victoria plena
 Diera á la mar sobre la rota nave.
 De su cansada gente la esperanza
 Vino á alentar, cual iris de bonanza,
 De Santelmo por fin la luz serena
 Brillando sobre un resto de cornisa,
 Pues en pié no quedó mástil ni entena.

Esta estrella de paz no bien divisa
 El marinero, póstrase de hinojos
 Y, con trémula faz y húmedos ojos,
 Pide al cielo merced. Callan de pronto
 Aquilon y Mistral. Unico dueño
 Queda poniente del airado ponto,
 Y de tal modo la onda amarga agita

Que por ella se lleva al frágil leño ,
 Cual halcon que su vuelo precipita ,
 Inspirando recelos al piloto
 De verlo en breve sumergido ó roto.

Remédiase á este mal , por popa echando
 Gruesas boyas que al buque retardando
 Dos tercios van en su veloz carrera.
 Esto alentando á la afligida gente ,
 Al bajel impidió que pereciera.

De Layacio en el golfo una ensenada
 Ve el patron por dos fuertes resguardada.
 Entrando en ella , con dolor advierte
 Su error funesto. Esclavitud ó muerte
 Allí le aguarda , y si de nuevo parte ,
 ¿Cómo podrá , con su indefenso leño ,
 Oponer á las ondas un baluarte ?

Mientras en tal indecision estaba ,
 El riesgo le amagaba
 De que , armadas , saltasen
 En sus naves las gentes de la tierra ,
 Y á la suya atacasen
 No apercebida para hacer la guerra.

La causa de esta cuita
 Preguntando el caudillo de Inglaterra ,
 Respóndele el patron : « Raza maldita
 « En esta tierra habita
 « De mujeres que , bárbaras , entregan
 « A muerte á cuantos hombres aquí llegan.
 « Solo evita el suplicio ó el oprobio
 « El que en el campo á diez guerreros vena ,
 « Y en el lecho de novio
 « A diez vírgenes sirva sin vergüenza.
 « Si , vencedor en el primer combate ,
 « Sucumbe en él de amor , mandan las leyes
 « Que , sin piedad , al punto se le mate
 « Y que , para cavar ó guardar bueyes ,

« Todo el que le acompañe quede esclavo.
 « Si hay alguno tan bravo
 « Que , en ambas lides , salga victorioso ,
 « Dando á los suyos libertad , esposo
 « Será de diez doncellas ,
 « Que elegirá á su gusto entre las bellas. »

No pudo Astolfo contener la risa ,
 Al escuchar costumbre tan extraña.
 Hacia él , en esto , lléganse Marfisa
 Y Grifon , Sansoneto y Aquilante.
 El patron á su encuentro se dirige ,
 Y , narrando la pena que le aflige ,
 « Morir quiero en el mar de una vez , » dice ,
 « No , esclavo , soportar vida infelice. »

Así los marineros ,
 Así los navegantes opinaron ;
 Mas de distinto parecer se hallaron
 Marfisa y sus valientes compañeros ,
 Que del airado mar á los embates
 Temblaron , mientras nada
 Temblar les hizo en medio á los combates
 Donde pudieran manejar la espada.

Por ir á tierra anhelan los guerreros
 Y , mas que todos , el Breton , porfía ,
 Que de su trompa á los bramidos fieros
 La destruccion de su rival confia.
 Los unos pues desembarcarse quieren ;
 Los otros á alta mar salir prefieren ,
 Cuando al patron el bando fuerte obliga
 A que hácia tierra su camino siga.

No bien entra en el puerto
 El mísero bajel , cuando , provista
 De mucha gente y de patron experto ,
 Aparece á su vista
 Otra nave mayor que , sujetando
 Al destrozado leño , remolcando

Hácia tierra lo vá. Contrario el Noto
 A las velas, empero,
 Se opone y al remero, y al piloto,
 Entanto que la cota y el acero
 Los guerreros alistan
 Y á sus gentes exhortan á que embistan.
 Tiene el puerto la forma de herradura
 Y mas de cuatro millas de contorno;
 Doscientos pasos tiene su abertura
 Y á cada lado un fuerte por adorno.
 Sobre un monte, á manera de anfiteatro,
 La ciudad, junto al puerto,
 De los vientos del Sur se halla á cubierto.

Apenas el bajel toca la orilla,
 Cunde veloz la nueva por la villa.
 Armadas de arcos llegan sin tardanza
 Seis mil mujeres que, segun su usanza,
 Con naves y con cuerdas, de la fuga
 Les quitan hasta la última esperanza.

De estas mujeres una, á quien arruga
 Decrépita vejez la altiva frente,
 Llamar hace al patron. Incontinente,
 De aquel reino le narra la costumbre,
 Y que elija le manda

Entre muerte ó perpetua servidumbre.
 « De eludir esta ley un medio os queda, »
 Dice: « si uno tan fuerte
 « Entre vosotros hay que dar la muerte
 « A diez guerreros en el campo pueda,
 « Y en el lecho en seguida
 « Servir á diez doncellas de consorte,
 « Dueño y señor será de nuestra Corte
 « Y partir los demás podreis con vida. »

En vez, la vieja de infundirles miedo,
 De los héroes dobló la gallardía,
 Que cada cual, merced á su denuedo,

En una y otra lid vencer confia.
 Marfisa, por desgracia,
 Entrar en la segunda no podia ;
 Mas en cambio esperaba que su audacia
 De tal obligacion la eximiría.

Todos de acuerdo, presto,
 Mandaron al patron que á tierra fuese
 Y á la vieja dijese que, dispuesto
 A combatir, en el bajel, se hallaba
 Mas de uno que sus pactos aceptaba.

Alzase el ancla pues, hácia la orilla
 Empujan el bajel los marineros,
 Y un grupo de caballos y guerreros,
 Sobre la puente improvisada, brilla.
 Por medio á la ciudad luego pasando,
 Miles ven de mujeres altaneras,
 Lijeras por las calles cabalgando,
 Y en la plaza lidiando cual guerreras.
 Calzar espuela, ni ceñir espada,
 Ni armas allí vestir el hombre puede,
 Que á diez tan solo este favor concede
 La antigua ley que arriba va citada.

Por esta usanza que los sexos trueca,
 A la aguja, ó la rueca
 Viven eternamente condenados
 Los pocos que allí viven, pues apenas,
 Por mil mujeres, se contarán ciento.
 En femenino traje embarazados
 Marchan con mustia faz y paso lento ;
 Alguno entre cadenas
 Vive, y otros vegetan destinados
 A arar la tierra ó á guardar ganados.

Dejar los héroes quieren á la suerte
 Que decida quien deba
 El primero tentar la doble prueba.
 Mas cada cual, al proponerlo, advierte

Que el nombre de Marfisa no entre en urna ,
 Pues no puede arrostrar la lid nocturna.

La dama este propósito combate ,
 Y la suerte decide que ella sea
 La primera que salga á la pelea.

« Morir prefiero , dice , en este embate ,
 « Que á torpe esclavitud no me acomodo.
 « Con este acero , » y muéstralo desnudo ,
 « De ese embrollo saldré , que bien el modo
 « Sé con que el Rey Lacedemonio el nudo
 « De Gordio desató ; y hacer hoy quiero
 « Que , mientras rueda el orbe sobre su eje ,
 « De nuevo el extranjero
 « Del furor de esas gentes no se queje. »

De su acento altanero
 Cada cual conmovido , á la contienda
 Sus esperanzas todas encomienda.

Cubierta de su malla
 Se presenta Marfisa en el cercado
 Que para tales juegos reservado ,
 De la ciudad en lo mas alto , se halla.

Entorno dél se extiende en anfiteatro
 Inmensa grada , y cuatro
 Puertas de bronce entrada
 Dan á la grey que marcha tras Marfisa
 A quien montada en esto se divisa
 Sobre un tordo corcel de manchas bellas
 Salpicada la piel como de estrellas.
 En su cabeza brilla
 Ojo radiante que revela audacia ;
 Jamás , en fin , pisó bajo la silla
 Caballo de mas garbo y de mas gracia.
 Tal pensáralo al menos Naradino
 Cuando á ofrecerle á la doncella vino.

Por la puerta que mira á mediodía
 Marfisa entró. De trompas y clarines

El eco estrepitoso oye bien presto
 Y á los diez paladines
 Ve luego entrar por el costado opuesto.

Mas que los otros nueve , el que los guia
 Muestra en su gesto esfuerzo y bizzarria.
 Delante llega comprimiendo el flanco
 De un fogoso corcel , cuya piel negra ,
 En el pié zurdo y en la frente , alegra
 De escasos pelos ramillete blanco.
 Del color del caballo , la armadura
 Del caballero claramente dice
 Que , cual huye la luz de noche oscura ,
 La dicha huyó de su ánima infelice.

Dada que fué de comenzar la seña ,
 Cada cual de los nueve el asta baja ,
 Exceptó el de lo negro , que desdeña
 Entrar en el combate con ventaja.

A la ley de esta tierra
 La ley anteponiendo de la guerra ,
 A un lado se retira
 Y el desigual combate , atento , mira.

Contra los nueve , en rápida carrera ,
 La dama corre , enarbolando el asta ,
 Que del buque eligió entre las entenas ,
 Y que á mover apenas
 La fuerza junta de cuatro hombres basta.

Del primer adversario á quien ataca ,
 Hace pedazos el fornido escudo ,
 Y la cota y el pecho atravesando ,
 De lanza un palmo , por su espalda , saca.
 Retirándola luego
 Sin vida del arzon á dos derriba ,
 Que al poder de su brazo solo iguala
 El del obús al despedir la bala.

Muchos embates resistió su cota ;
 Ninguno , empero , quebrantarla pudo ;

Pues, cual rechaza el muro á la pelota ,
Así los rechazó su fuerte escudo
Que , por raro prodigio ,
Templado en la onda fué del lago Estigio.

Párase ; vuelve luego
De su caballo á estimular el fuego ,
Y hasta la empuñadura
En sangre tiñe el hierro que , en pedazos ,
A aqueste la cabeza , á aquel los brazos
Corta veloz ; por medio á la cintura ;
Parte al otro dejando
La mitad de su cuerpo cabalgando ,
La otra mitad sobre la tierra dura.

Así partido aqueste
Uno de aquellos votos parecía
Que , agradecida á la bondad celeste ,
Cuelga en los templos una mano pía.

Huye el otro. Hasta el medio de la plaza ,
Le persigue la virgen y , de un tajo ,
La cabeza y el yelmo le echa abajo.
Muertos , en suma todos , ó en la tierra
Tendidos , cesa esta terrible guerra.

El que rigiendo á los demás venia ,
Hasta entonces inmóvil , á un costado
De la lid retirado ,
Los prodigios de esfuerzo y bazarria
Vé que uno solo contra nueve hacia ;
Y , no queriendo que á temor se achaque ,
La tardanza que puso en el ataque ,
La diestra alzando , en seña
De que algo tiene que exponer , avanza ,
Y « ¡oh guerrero ! » le dice , (pues ni sueña
Que quepa en una dama tal pujanza)
« De dar ya muerte estar debes cansado .
« Cansarte mas no fuera delicado ,
« Ni de mi espada en gloria

« Redundara , por tanto , la victoria.
 « Así pues , en tu obsequio , esta contienda ,
 « Pido que hasta mañana se suspenda.
 — « Gracias mil por tu oferta , que rehuso , »
 Interrumpe la virgen , « pues ni nuevo
 « Me es de las armas ni molesto el uso.
 « Ven y verás cuan presto te lo pruebo ;
 « Ven que tomar reposo honor me veda
 « Y al sol buen rato de su luz aun queda.
 — « Plugiese , » dice el otro , « al cielo justo
 « En todo , cual en esto , darme gusto ;
 « Mas teme que ese sol , cuando oscurezca ,
 « Por siempre para tí desaparezca. »

Dice ; manda que aprisa
 Se le traigan dos lanzas y , una dellas
 Entregando á Marfisa ,
 Espera solo del clarin el toque.
 Escuchándolo embístense , y el viento ,
 Y el mar , y el suelo , á tan violento choque ,
 Estremecidos zumban. Voz y aliento
 Contienen todos cuantos ven la lucha ,
 Y cada cual , atento ,
 Con ansia mira y con cuidado escucha.

Por arrojar á su contrario en tierra
 Contra él la dama furibunda cierra.
 Él , aguerrido y fuerte ,
 La lanza enristra para darle muerte.

Cual dos mimbres , que el sol puso pajizas ,
 Saltan al aire con crujido horrendo ,
 Las dos sólidas lanzas hechas trizas.
 El encuentro cruel los corbejones
 Troncha de ambos bridones que cayendo ,
 Derriban á los bravos campeones.

A embates de este género avezada
 La doncella aguerrida ,
 A miles de guerreros en su vida

La silla hizo perder de una lanzada ;
 Mas por la vez primera , hoy en el suelo
 Viéndose , siente inmensa pesadumbre.
 Ni es menor del contrario el desconsuelo
 Que , contra su costumbre ,
 Vino á tierra tambien. Apena tocan
 Ambos el suelo , se alzan , se próvocan ,
 Y , con golpes crueles ,
 Hacen crujir las cotas y broqueles ,
 Que deben ser mas sólidos que un yunque
 Para que tanto golpe no los trunque.

No es Marfisa mas fuerte que el guerrero ;
 Igual valor en ambos se percibe
 Igual arte y pujanza. Cada acero
 Vuelve al instante el golpe que recibe.

Testigo de esta bárbara querella ,
 La femenina turba no concibe
 Como el guerrero y como la doncella ,
 A tanto y tanto golpe , sobrevive ,
 Y proclama sin pares en valientes
 A los dos esforzados combatientes.

« No ha sido poca la fortuna mia , »
 Marfisa se decia ,

« De que se haya negado , tal denuedo

« Al de los nueve unir , su noble guia ,

« A quien apenas resistir yo puedo.

— « Dichoso fui , » pensaba el caballero ,

« De que fuese mi oferta desechada ,

« Que , casi en vano , defenderme quiero

« Contra esa diestra de matar cansada.

« ¿ Que será si una noche de reposo

« Torna á alentar el brazo vigoroso ? »

Así pensando , cada cual procura
 A su adversario herir. Mas ya la tarde ,
 Empañando del sol la lumbre pura ,
 Les veda hacer de su valor alarde.

Sobreviene la noche , y el primero

Así rompe el silencio el caballero :

- « Pues que , en igual fortuna ,
 « Nos viene á sorprender noche importuna ,
 « Soy de opinion que salva
 « Guardes la vida hasta que luzca el alba .
 « Si otorgar de tu vida
 « Solo puedo una noche á la medida ,
 « No te quejes de mí , mas bien te queja
 « De la ley que aquí rije. El cielo sabe
 « Cuanto te compadezco y á tu gente ;
 « Con ella pues hácia mi estancia vente
 « Si perecer no quieres ;
 « Pues de los nueve á quien mató tu lanza ,
 « Las noventa mujeres
 « Forjando estan ya planes de venganza .
 — « Acepto con placer , Marfisa dice ,
 « Tu bondoso hospedaje , pues confio
 « En tu ánimo cortés mas que en tu brio .
 « Mas cálmate por Dios. No temas verte
 « En la necesidad de darme muerte .
 « Teme mas bien por tí , pues bien has visto
 « Cual de tu espada el ímpetu resisto .
 « Así pues , cese ó siga la batalla ,
 « Alúmbrennos el sol ó las estrellas ,
 « Dispuesto siempre se halla
 « Mi brazo vencedor en mil querellas. »

A su rival , no obstante , otorgar quiso
 Que , hasta que el sol de nuevo apareciese ,
 Se dejase indeciso

Cual de los dos mas esforzado fuese .

En cambio el noble jóven á Aquilante ,

Al buen Grifon y á los demás se llega

Y que vengan con él tambien les ruega .

Sin recelo los héroes aceptaron

Este convite y , juntos caminaron .

Al resplandor de fúlgidos blandones,
A un suntuoso palacio dividido
En muchos y magníficos salones.

Al llegar á su estancia
Su yelmo alza el guerrero.
A todos sorprendiendo. De arrogancia
Llena su noble faz, no descubria
Diez y ocho años cumplidos todavía.

Estupefacta queda la doncella
De que quepa á esa edad tal bazarria,
Y estupefacto él quédase, al par della,
Al ver su rostro bello
Y de su sexo el delator cabello.
Mutuamente su nombre
El uno al otro se pregunta en tanto.
El del jóven empero no os asombre
Si descubrir difiero hasta otro canto.

CANTO XX.

Historia de Guidon el Salvaje. — Origen y establecimiento de aquella colonia de mujeres. — Marfisa y los paladines tratan de salir de allí. — Opónense las mujeres guerreras, á las cuales dispersa Astolfo valido de su trompa. — Llegada de Marfisa y sus compañeros á Marsella. — Extrañas reyertas de Marfisa con Pinabelo y con Zerbino por la vieja Gabrina.

Que las mujeres de la edad antigua
Grandes cosas han hecho,
De las armas y ciencias en provecho,
La historia claramente lo atestigua.
Arpálice y Camila son famosas
Por su ardor y pericia en los combates;
A Corina y á Safo obras preciosas

Por siempre han puesto al lado de los vates.

Cosa es tambien notoria
 Que á una alta perfeccion , en todo aquello
 A que se ha dedicado , el sexo bello
 Casi siempre llegó. Si á su memoria
 Ha habido edad que no haya tributado
 Los debidos honores ,
 Durar no puede siempre tal estado
 Que , sin duda , ha creado
 La envidia de ignorantes escritores.
 De mérito hay tal suma
 En muchas damas hoy , que conjeturo
 Que al papel y á la pluma
 Dará ocupacion en lo futuro.
 De la calumnia la malvada lengua
 Tendrá que enmudecer llena de mengua
 Ante tan nobles hechos , á los cuales
 Serán los de Marfisa apena iguales.

Mas , volviendo á Marfisa , decir debo
 Como al cortés mancebo ,
 De quien el nombre conocer desea ,
 Dice : « Marfisa soy , » y asaz es esto
 Que , esto sabido , se adivina el resto.

Cuando su turno llega el caballero
 Así mas amplio su discurso empieza :
 « Que de mi stirpe conoceis infiero
 « Cada cual el renombre y la grandeza ,
 « Pues no en Europa solo ,
 « Sino en India , en Etiopia , hasta en el polo ,
 « Es célebre el blason de Claromonte ,
 « De dó naciera el caballero fuerte
 « Que al Rey Mambrino y á Clariel y á Almonte
 « El reino arrebató , dándoles muerte.

« Mi padre , el duque Amon , de Francia vino
 « A engendrarme al paraje
 « Dó , por ocho ó diez bocas , al Euxino

« Va á prestar el Danubio su homenaje.
 « Por ir á Ocaso en busca de mi gente ,
 « A mi madre , un año ha , dejé doliente ;
 « Mas por tormenta , que turbó mi viaje ,
 « A esta tierra fatal fui conducido
 « Dó diez meses ó mas ha que resido.
 « Guidon me denominan el Salvaje ;
 « Ilustre no es mi nombre todavía
 « Bien que á mis manos, en fatal pelea ,
 « Murieron Argilon de Melibea
 « Y los nueve que al campo él conducia.
 « Victorioso en la lid de las doncellas ,
 « De entre las mas amables y mas bellas
 « Escoger y guardar puedo á mi lado ,
 « Segun mi antojo , á diez ; que todas ellas
 « El gobierno de esta ínsula me han dado ,
 « Cual lo darán al que , cual yo , consiga
 « Coronar con el triunfo su fatiga. »

A Guidon los guerreros el origen
 Preguntan de la ley que de esta tierra
 A los hombres destierra
 Y si , cual en los otros los varones ,
 En estos climas las mujeres rigen.

« De esta ley el motivo , »
 Guidon contesta , « en varias ocasiones
 « Oí , desde que vivo

« Aquí , contar y cual me fue narrada
 « A contárosla voy si es que os agrada.

« Cuando , despues de diez años de guerra
 « Y otros diez años de enemigos vientos ,
 « Arrasados de Troya los cimientos ,
 « Retornaran los griegos á su tierra ,
 « A sus damas hallaron
 « Que , temerosas de morir de tedio ,
 « A su viudez buscaron
 « Con jóvenes amantes un remedio.

- « De agenos hijos pues , á su regreso ,
« Llenas sus casas los de Grecia encuentran ;
« Empero , á sus esposas este exceso
« Perdonan al pensar cuan importuno
« Parecerles debió tan largo ayuno ,
« Y su ira reconcentran
« Contra el que no pecó , pues no consienten
« Que en su hogar tales hijos se sustenten.
« Vendidos unos son ; otros , ocultos ,
« Por el materno amor son sostenidos.
« En escuadras diversas los adultos ,
« Por aquí y por allí , van divididos.
« Cual cultiva las artes , cual la tierra ,
« Cual se entrega al estudio ó á la guerra.
« Fortuna á los demás , segun le place ,
« Pastores ya , ya cortesanos hace.
« Con otros , parte á ver climas extraños
« Un hijo de la altiva Clitemnestra.
« Su faz de diez y ocho años
« La gracia y lozanía
« De una recien cogida rosa muestra.
« Este , armando un bajel , en compañía
« De cien mancebos de su edad y arrojo ,
« De ribera en ribera
« Va sembrando el terror por donde quiera.
« Los de Creta , entretanto que , en su enojo
« Contra el fiero tirano Idomeneo ,
« Y en su ardiente deseo
« De lanzarle del trono , copia inmensa
« Hacen de gente y medios de defensa ,
« De Falanto (así el jóven se llamaba)
« Los servicios compraron
« A alzado precio y á su gente brava
« De Dictea la guardia encomendaron.
« Era Dictea entre las cien ciudades
« Que en su recinto Creta contenia ,

- « La mas fecunda en flores y en beldades
 « La mas rica en placeres noche y dia.
 « La juventud que con Falanto vino ,
 « Que era en gracia y valor la flor de Grecia ,
 « Inflama presto al sexo femenino
 « Que , en la amorosa lid al ver su brio ,
 « Sobre todo otro bien su afecto aprecia
 « Y con placer se rinde á su albedrio.
 « Mas concluyóse luego
 « La guerra que á aquel sitio los condujo ;
 « Y , faltando la paga , el jefe griego
 « A partir á sus jóvenes indujo.
 « De las damas de Creta amargo el llanto
 « Acerbo es el dolor , vano es el ruego.
 « Entonces , de Falanto
 « Bien decididas á seguir las huellas ,
 « Padres , hijos y esposas todas ellas
 « Abandonan , llevándose un tesoro
 « En ricas joyas y en montones de oro.
 « Tan favorable el viento
 « Y tan bien escogido es el momento ,
 « Que nadie en Creta la noticia sabe
 « Antes que en alta mar voga la nave.
 « Así vogando , al fin tomaron puerto
 « En un país recóndito y desierto.
 « Allí se reposaron
 « Y tranquilos gozaron
 « Del fruto de su audacia y de su pena.
 « De amoroso placer y de alegría
 « Algun tiempo fue estancia
 « Aquella triste y solitaria arena.
 « ¡ Mas ah ! ¡ Cuán verdad es que la abundancia
 « Los corazones jóvenes enfria !
 « Al undécimo día
 « De esta vida de amor y de placeres ,
 « La gente de Falanto , empalagada ,

« Resuelve abandonar á sus mujeres ,
 « Que mujer que no agrada
 « Es de todas la carga mas pesada.
 « Ellos, que la ganancia y el dinero
 « Mas que un gozar costoso apetecian ,
 « Vieron bien que la aljaba ó el acero
 « Mantener tantas bocas no podian.
 « Solas , pues , á las miseras dejaron
 « Y , de botin henchidos , se marcharon
 « Hácia la Pulia , donde de Tarento ,
 « Junto á la mar , echaron el cimientto.
 « Las damas , al mirarse abandonadas
 « Por aquellos que tanto les debian ,
 « Sobre la playa , tristes y angustiadas ,
 « Inmóviles estatuas parecian.
 « Viendo en fin que al dolor que las inquieta
 « Sus lágrimas no dan algun remedio ,
 « Por calmarlo discurren otro medio.
 « Unas proponen , retornando á Creta ,
 « De airado padre ó de ofendido esposo
 « Implorar el perdon , antes que el hambre
 « De su vida á cortar venga el estambre.
 « Otras , á aquesta suerte
 « Prefieren darse entre las olas muerte.
 « Otras , ir á regiones extranjeras
 « Proponen y el oficio
 « De esclavas ejercer ó de rameras ,
 « Mas bien que someterse al vil suplicio
 « De que su infiel conducta se hizo rea.
 « Así , mil medios todas proponian
 « De conjurar el riesgo que temian ,
 « Cuando una , la magnánima Orontea ,
 « Que del Rey Midas era descendiente ,
 « La mas sabia de todas , la mas bella ,
 « La mas jóven y menos delincuente ,
 « Pues que á Falanto se entregó doncella ,

- « Alza la voz. En su habla y en su gesto
 « Del intrépido pecho exhala la ira ,
 « Y, con un medio por ninguna expuesto ,
 « Gran confianza á las demás inspira.
 « Su opinion es quedarse en esta tierra ,
 « De fértil territorio y de aires sanos ,
 « Que claros rios en su seno encierra ,
 « Selvas opacas , espaciosos llanos
 « Y puertos donde , en sus conflictos graves ,
 « Reparó contra el mar hallan las naves
 « Que conducen de Oriente objetos varios ,
 « A la vida y al lujo necesarios.
 « Fijarse allí propone ,
 « Y á fuego y sangre quiere que se entregue ,
 « Sin que á ninguno nunca se perdone ,
 « Cuanto varón á aquellas costas llegue.
 « Dice , aprueban las otras , y se erige
 « La infame ley que desde entonces rige.
 « Al menor ruido que en la mar se siente ,
 « Mandada acude la feminea gente
 « Por su reina , la impávida Orontea ,
 « Que el fuego , el hierro y la rapiña emplea
 « Contra todo bajel que aquel paraje
 « Toca , y hombre no deja que noticia
 « Allende vaya á dar de su coraje.
 « Por sí mismas haciéndose justicia ,
 « Solas allí vivieron
 « Un año tras otro año.
 « Pronto , empero , advirtieron
 « Que trabajaban en su propio daño ;
 « Pues , privadas así de descendencia ,
 « Vana en breve seria
 « La ley , que hacer eterna se queria.
 « En esta situacion , de la prudencia
 « El consejo escuchando , resolvieron ,
 « Entre los hombres que á pisar viniesen

- « De aquel suelo á los ásperos confines ,
« Elegir diez que denodados fuesen
« En el campo y el lecho paladínes.
« Cuatro años duró enteros
« Esta eleccion , que á muchos caballeros ,
« Antes de terminar , costó la vida.
« Los hombres eran diez , las damas ciento ;
« A cada varon , pues , fué en el momento
« La guardia de diez damas conferida ,
« Con condicion que si despues venian
« Otros mas esforzados á estos puertos ,
« Sin piedad los primeros siendo muertos ,
« A los nuevos el puesto cederian.
« Con pena estas mujeres contemplaban
« La multitud de niños que nacia ,
« Y á temer empezaban
« Que si á este mal remedio no ponian
« Del reino ellos mas tarde
« A conquistar las riendas llegarían.
« De aquí la ley que veda que á su lado
« Mujer ninguna mas de un hijo guarde ,
« Y que manda que el resto , transportado
« A estraños climas , se permute ó venda.
« Con este fin , hácia parajes varios
« Se expiden emisarios
« A quienes se encomienda
« Que por hembras los truequen ó que , al menos
« No se retornen sin sus cofres llenos.
« Mas , no siendo posible
« Sin hombres conservar su descendencia ,
« De aquella ley terrible
« Modificada un tanto la inclemencia ,
« No ya mortal sentencia
« Sin recurso , cual antes , se fulmina ,
« Contra el que aquellas costas se avvicina.
« Si allí la mar , en su fatal violencia ,

- « Diez hombres , veinte ó mas á un tiempo lanza ,
 « Juntos en una cárcel , sin tardanza ,
 « Darán cada mañana en holocausto
 « Una víctima , sí ; mas una sola ,
 « En el altar infausto
 « Donde Orontea á la venganza inmola.
 « Muchos años despues , por su destino
 « Hácia estas costas impelido , vino
 « Un jóven , digno sucesor de Alcides ,
 « Llamado Elbanio , célebre en las lides.
 « Tranquilo , sin recelo ni sospecha ,
 « Llegó ; mas sorprendido , encadenado ,
 « Con buena guardia y en prision estrecha ,
 « Cual todos los demás , fué sepultado.
 « Bello era su semblante y agraciado ,
 « Corteses sus modales
 « Y su facundia y su elocuencia tales
 « Que con placer un áspid le escuchara.
 « Narrado esto fué , pues , cual cosa rara ,
 « A la hija de Orontea que vivia ,
 « Sola entre todas las que allí vinieron ,
 « (Bien que cargada de años) todavía.
 « En número y en fuerza y bizarría ,
 « Crecer vió á las que á aquellas sucedieron ,
 « Y vido á diez guerreros ,
 « De diez esposas cada cual consorte ,
 « Dar muerte atroz á cuantos extranjeros
 « Llegaban por su mal á esta ímpia Corte.
 « Alejandra que ver al jóven quiso ,
 « Objeto de la pública alabanza ,
 « De su madre el permiso
 « De ver á Elbanio y de escucharle alcanza.
 « Mas , cuando de él en separarse piensa ,
 « Siente en su pecho la inquietud mas viva
 « Se agita y , sin defensa ,
 « De su cautivo al fin queda cautiva.

« — Señora , dícele él ; si de esta tierra
 « A las hembras anima
 « La piedad que del orbe en todo clima
 « El femenino corazon encierra ,
 « Yo , por vuestra beldad , pediros oso
 « Me conserveis la vida
 « Que en seguida por vos daré gustoso.
 « Mas si , contra natura , aquí inhumanos
 « Los pechos son , cual referir he oido ,
 « No la existencia os pido ,
 « Pues mis ruegos sé bien que fueran vanos ;
 « Solo aspiro á morir cual caballero
 « Esgrimiendo el acero ,
 « Y no cual hombre á quien desdora un juicio
 « O cual vil animal en sacrificio.

« La bella dama , á quien piadoso afecto
 « Con lágrimas los párpados agita ,
 « Responde así : « — bien sé que con efecto
 « A la gente que habita
 « Aquí la fama cual perversa cita ;
 « Mas no por eso es justo que se crea
 « Ver en cada mujer una Medea ,
 « Y si esto fuese así , probarte quiero
 « Que , entonces , yo de las demás difiero.

« Duro mi pecho mas que el de una harpía
 « Fuera , y mas que el diamante
 « Si á tanta gracia y tanta cortesía ,
 « Pudiera resistir un solo instante.
 « Ah ! ¿ porqué , al precio de la vida mia ,
 « No me es hoy dado rescatar la tuya ,
 « Y de esa ley hacer que se destruya
 « El efecto fatal ? ¿ Porqué no puedo
 « Concederte la gracia apetecida ,
 « Sin que me arredre el miedo
 « De alargar tu suplicio con tu vida ? —

« Responde Elbanio ; — si á la liza vengo

II.

6

- « Con diez contrarios , la esperanza tengo
 « De que dándoles muerte ,
 « Del oprobio mi espada me liberte.
 « Solo con un suspiro le responde
 « La dama , que no advierte
 « Todo el amor que en su piedad se esconde.
 « Hácia su madre vuela ;
 « Su cuita le revela
 « Y su ansia de que á Elbanio se perdone
 « Si consigue cumplir lo que propone.
 « En consejo Orontea
 « A sus gentes reúne , y ver les hace
 « Que , si un medio oportuno no se emplea ,
 « No se hallará , cuando alguien lo amenaze ,
 « Quien de su reino la defensa abraze.
 « Diceles que es prudente
 « Cada vez que un guerrero se presente
 « Poner su esfuerzo á prueba , de manera
 « Que triunfe el bravo y que el cobarde muera.
 — « Mi opinion es , añade , que se ordene
 « Que si , en lo sucesivo ,
 « Algun guerrero á nuestras costas viene ,
 « Se le conserve vivo
 « Si con fuerzas se muestra
 « Para entrar contra diez en la palestra.
 « Vencedor en la liza ,
 « Su audacia y su poder nos garantiza.
 « Digolo porque aquí tenemos uno
 « Que á diez guerreros á vencer se ofrece ,
 « Lo cual , á ser verdad , justo , oportuno
 « Que se atienda á su ruego me parece. .
 « De lo contrario con la muerte en breve
 « Ver castigada su jactancia debe. —
 « Así dijo Orontea. En el momento
 « Una anciana , agitándose en su asiento ,
 — « El principal motivo ,

« Dice , que nos indujo
 « A conservar algun guerrero vivo ,
 « De su esfuerzo ó valor no fue el influjo ,
 « Que asaz , para la guarda de esta tierra ,
 « En nuestros brazos y ánimos se encierra.
 « Si á alguno entre nosotros admitimos
 « Por no acabar con nuestra descendencia ,
 « De la necesidad , virtud hicimos.
 « Atentas á la voz de la prudencia ,
 « En guardar convinimos
 « Tan pocos que un varon servir debia
 « A diez hembras de esposo y compañía.
 « Su esfuerzo pues y su ánimo en el lecho
 « Pueden tan solo sernos de provecho.
 « Contrario á nuestro objeto
 « Es , pues , guardar un campeon tan fuerte
 « Que pueda solo dar á diez la muerte ,
 « Que si , cual él , guardamos otros nueve ,
 « Nuestro reino sujeto
 « A su poder miráramos en breve.
 « Para mandar , las armas de las manos
 « Quitemos desde agora á esos tiranos.
 « Si , por la suerte protegido un tanto ,
 « Salir logra ese jóven victorioso ,
 « Las quejas escuchad , mirad el llanto
 « De cien viudas pidiéndoos un esposo.
 « ¿ Porqué , si busca gloria no propone
 « Un medio menos bárbaro y sangriento ?
 « Yo , por mí , no consiento
 « Que la vida á ese jóven se perdone ,
 « Si á servir de marido no se obliga
 « A las cien viudas que dejar consiga . »
 « De Artemia , así se llama
 « La despiadada dama ,
 « Esta fue la opinion. Mas Orontea
 « Que á su hija cara complacer desea ,

- « Mil razones espone y las renueva
 « Hasta que en fin su parecer se aprueba.
 « Fue la beldad de Elbanio de gran peso
 « En esta decision , pues del congreso
 « En tanto que las viejas se obstinaban
 « Porque la ley antigua se observase ,
 « Las jóvenes votaban
 « Porque la vida á Elbanio se dejase.
 « En suma , fue resuelto
 « Que el jóven campeon quedase absuelto ,
 « Si á diez guerreros en la lid vencia
 « Y , en el lecho , á diez damas dignamente
 « De marido despues servir podia.
 « De la oscura prision , donde le encierra
 « Bárbara ley , saliendo al sol siguiente ,
 « Caballo y armas busca diligente
 « Y , apercebido á comenzar la guerra ,
 « Solo y audaz preséntase en la liza
 « Y á sus diez adversarios pulveriza.
 « A la segunda prueba aquella noche
 « Puesto desnudo contra diez doncellas ,
 « De modo se portó que ni una de ellas
 « El labio abrió ni á queja ni á reproche.
 « Este ardor le grangea
 « El favor de Orontea ,
 « Quien de Alejandra y de las otras nueve
 « Que entraron en la lid lo hace consorte ;
 « Declarando desea
 « El cetro conferirle de esta Corte ,
 « (A la cual dar en breve
 « La beldad de Alejandra debe nombre)
 « Con condicion de que él y los que vengan
 « Trás él la ley mantengan
 « Que ordena que todo hombre ,
 « Lanzado á aquesta playa ,
 « Muera si en una ú otra lid desmaya.

- « El que venza en las dos , autorizado
 « Será por el Senado
 « A conservar alguna de su gente ;
 « Y él reinará , mientras otro mas valiente
 « Llegue que el triunfo obtenga en el combate ,
 « Y con la vida el cetro le arrebate .
 « Cerca ha de dos mil años ya que existe
 « Esta ley , que se observa todavía ,
 « Y apenas pasa dia
 « Sin que náufrago venga incauto y triste
 « Á eusangrentar de la venganza el templo .
 « Si , de Elbanio el ejemplo
 « Siguiendo alguno , á combatir se apresta ,
 « Su audacia le es por lo comun funesta .
 « A la segunda prueba no resiste
 « Uno entre mil . Alguno sin embargo
 « Bien que raro , rarísimo , se vido .
 « Arguilon fue uno dellos ; mas amargo
 « Hice su triunfo yo ; pues impelido ,
 « Por ímpia suerte aquí , le dí la muerte .
 « ¡ Oh funesta victoria ,
 « Origen de esta mi afrentosa suerte !
 « Que amor no existe , ni placer ni gloria ,
 « Nada valen la púrpura ni el oro
 « Para aquel que carece
 « De libertad , que es el mayor tesoro .
 « Mi estado insoportable me parece
 « Y el ver así en el ocio consumida .
 « La mas hermosa parte de mi vida ,
 « Me aflije , me atormenta y me importuna .
 « ¿ Porqué , mientras , con próspera fortuna ,
 « Combaten mis hermanos ,
 « Son por seguirlos mis esfuerzos vanos ?
 « Condenándome á estado tan abyecto ,
 « Me hace el destino insoportable agravio .
 « Cual corcel que , teniendo algun resabio ,

« O en el pié ó en la vista algun defecto ,
 « Desechado del bélico ejercicio ,
 « Apto tan solo queda
 « Para hacer entre yeguas su servicio ,
 « Así yo vivo, y mi único recurso
 « Es la muerte que darme se me veda. »

Aquí dió fin Guidon á su discurso ,
 Y mil veces maldijo

El triste dia en que victoria doble
 Le condenara á estado tan ignoble.

Astolfo , retirado y encubierto ,
 Oye con atencion , y una vez cierto
 De que Guidon es hijo

De su pariente Amon : « Yo soy , » le dijo ,
 « Tu primo el Duque Astolfo , » y de alegría
 Lágrimas derramando , entre sus brazos
 Amoroso le estrecha en fuertes lazos.

« Primo querido , añade ,
 « Mas aun que el signo que tu cuello muestra ,
 « Tu valor nos persuade
 « De que provienes de la estirpe nuestra. »

Guidon que , en cualquier otra circunstancia ,
 Se alegrara de ver á su pariente ,

Dolor profundo siente
 Al verlo en esta malhadada estancia.

Para que Astolfo viva
 Muerte es preciso que Guidon reciba ;
 Y ni muriendo libertarle puede ,
 Pues , aun cuando triunfante
 En la primera lid Marfisa quede ,
 En la segunda cederá , cautiva
 Quedando con su noble comitiva.

La juventud del héroe , sus modales ,
 Su esfuerzo y su beldad , de tal manera
 Han prendado á sus ínclitos rivales ,
 Que las armas fatales

Contra él no hay uno que vibrar ya quiera.

Marfisa misma su coraje olvida

Y, á morir decidida

Por salvar á Guidon : « Salgamos », dice ,

« De esta tierra fatal. » — « ¡ Vana esperanza » !

Replicale Guidon ; « venza ó sucumba ,

« A sustraerte tu valor no alcanza

« De infame cautiverio ó de la tumba.

— « De no dar cima á empresa que comienzo , »

Interrumpe la vírgen , « me avergüenzo ,

« Y el camino que me abro con la espada

« Es el camino que seguir me agrada.

— « Yo , que tu esfuerzo ya probé , contigo

« Cualquier empresa á acometer me obligo.

« Cuando mañana , entorno á la estacada ,

« Esté en la líd la gente congregada ,

« Quiero que , con denuedo , la embestimos ,

« Dando al lobo y al cuervo

« Las carnes de esas homicidas damas

« Y su ciudad en pábulo á las llamas.

— « Bien » , dice él , « que esperanza no conservo

« De romper las cadenas en que vivo ,

« A seguirte , oh guerrero , me apercibo.

« De nuestro esfuerzo dudo ,

« Pues he visto á menudo

« Diez mil , mas mujeres en batalla ,

« Mientras número igual guardando queda

« El puerto , la ciudad y la muralla. »

Replicale Marfisa : « — Aun cuando fuera

« Su número mayor que el de las huestes

« Que Jerjes del Levante condujera ,

« Mayor que el de las almas

« Que lanzó de las bóvedas celestes

« El brazo del Señor , yo nada temo ;

« Y pues estás conmigo ,

« O que al menos no estás con mi enemigo ,

- « Con esa raza impia
 « Me atrevo yo á acabar en solo un dia.
 — « Un medio , el solo acaso que nos queda
 « Es el que voy á proponer. Bien sabes , »
 Dice Guidon , « que ley severa veda
 « A los hombres venir hácia las naves.
 « Confiar quiero pues este proyecto
 « A una de mis mujeres que de afecto
 « Pruebas extraordinarias
 « Me dió gustosa en ocasiones varias.
 « Por verse sin rivales , estoy cierto
 « Que aceptará al instante mi propuesta ,
 « Y que , á partir dispuesta ,
 « Antes del alba , se hallará en el puerto
 « Con una nave en que partir seguros
 « Podremos de estos malhadados muros.
 « Paladin , traficante ó marinero
 « A quienes , cual á mí , funesto acaso
 « Condujo aquí , que me sigais espero
 « Y que si alguien se opone á nuestro paso.
 « Las espadas nos abran ancha via
 « Para salir de esta ciudad impia.
 — « Hazlo así , si te place ,
 « Dice Marfisa : mas jamás esperes
 « Que tal partido mi valor abrace.
 « Antes que verme huir , verás cual , sola ,
 « Destrozo á esa caterva de mujeres.
 « Combatiendo saldré , saldré de dia
 « Lo demás redundara en mengua mia.
 « Si descubrir mi sexo yo quisiera
 « Un puesto , y eminente
 « Aquí , sin duda alguna , se me diera.
 « Mas , pues seguida vine de esa gente ,
 « No quiero que se diga que me alejo ,
 « Mientras en peligro á mis secuaces dejo. »
 Así dijo la vírgen atrevida ;

Mas , notando en seguida que funesto
 Ser á los suyos este arrojado debe ,
 El plan adopta por Guidon expuesto
 Y á realizarlo se dispone en breve.

A Aleria , pues , segun lo convenido ,
 Guidon aquella noche el plan confia.
 Ella una nave sin demora apresta
 Fingiendo quiere , así que torne el dia ,
 Ir con sus compañeras
 A recorrer de la isla las riberas.

Juntado en tanto en su palacio habia
 De escudos , lanzas , cotas y de aceros
 Inmensa coleccion , con que queria
 Armar á sus desnudos marineros.
 Dividiendo el descanso y la fatiga ,
 Uno de ellos durmiendo , otros velando ,
 Ceñida la loriga ,
 Del alba estan las luces aguardando.

De la faz de la tierra el sol habia
 Lanzado apenas las tinieblas , cuando
 El femenino ejército que ansia
 El fin mirar de la contienda cruda ,
 Llega en tropel igual al de un enjambre
 Que de colmena en primavera muda.
 Con trompetas , tambores , y clarines
 Resonar hace el pueblo cielo y tierra
 Excitando á los fuertes paladines
 A proseguir la comenzada guerra.
 Armados , entretanto ,
 Y á combatir dispuestos , con su gente
 Aquilante , Grifon , el de Inglaterra ,
 Sansoneto y Martisa al punto vienen.
 Para embarcarse tienen
 Que atravesar la plaza. Conducidos
 Por Guidon , notan una puerta , y entran ,
 A forzar la de enfrente , decididos.

Mas un muro allí encuentran
 De mugeres armadas y feroces
 Que , de Guidon las miras penetrando ,
 Por estorbarle el paso , van llegando.

Guidon y sus gallardos
 Compañeros , Marfisa sobre todo ,
 En sacar sus aceros no andan tardos.
 Mas de lograr su intento no hallan modo ,
 Pues , de lanzas y dardos
 Al verse en medio de una nube inmensa ,
 Cada cual de ellos en su riesgo piensa
 Temiendo que las cotas y broqueles
 Cedan al cabo á embates tan crueles.

De Sansoneto y de Marfisa viendo
 El duque Astolfo en tierra á los corceles ,
 — « ¿ A qué aguardo , se dice ,
 « Que al valor infelice ,
 « En tan crítico instante , no defiendo ?
 « De la trompa encantada
 « Concluya el son lo que empezó la espada. — »

Diciendo así , toca la trompa. Apenas
 Su eco fatal retumba ,
 La tierra , el aire estremecido zumba ,
 De espanto y turbacion el alma llena
 Al populacho que las gradas cubre
 Y que , salir queriendo , con la puerta
 A dar , en su inquietud , apenas acierta.

Cual , despertando al resplandor del fuego
 Que abrasa su mansion , por las ventanas ,
 Por los terrados , con mortal congoja
 Y con mil riesgos , cada cual se arroja ,
 Así del cuerno al hórrido estampido ,
 Huye el femineo pueblo espavorido.
 Cual , por llegar mas presto hácia la puerta ,
 Desde un palco se arroja ó de la grada ;
 Mujer hay que del golpe queda muerta ;

Cual , roto un muslo ó la cabeza abierta ,
 Cierra el paso á la turba que , azorada ,
 Salir del campo espera
 Y en torno de sus puertas se aglomera.

Llanto y gritos de ruina y desconsuelo
 Elévanse hasta el cielo.

Dó quier que el eco de la trompa llega ,
 A la fuga se entrega
 Con nuevo afan la chusma. Ni esto es cosa
 Que á nadie pasmar deba ,
 Pues siempre fue la liebre temerosa.
 Mas lo que es cosa inconcebible y nueva
 Es que Marfisa , que Guidon Salvaje ,
 Que los dos fuertes hijos de Oliveros ,
 Despues de haber vencido á mil guerreros
 Y cubierto de gloria á su linaje ,
 Huyan hoy sin aliento , cual paloma
 O conejo á quien turba y amedrenta
 El estruendo de próxima tormenta.

Del encantado cuerno el mismo daño
 Hace el son al amigo que al extraño ;
 Tras de Marfisa , pues , despavoridos
 Huyen aquellos héroes aguerridos ,
 Que mas á cada instante y mas se ofuscan
 Y que donde esconderse en vano buscan.

Mientras Astolfo , por allí corriendo ,
 Sopla sin tregua en el laton tremendo ,
 La chusma femenina
 Corre sin direccion. Cual hácia el monte ,
 Cual hácia el mar sus pasos encamina ;
 Cual en los bosques á acogerse viene
 Y durante diez dias hay alguna
 Que ni vuelvé la faz , ni se detiene.
 A mas de una su cuita
 Desde el puente en las ondas precipita ;
 De los templos en fin y de las casas ,

Dejando la ciudad casi desierta ,
 Huye su gente en apiñadas masas ,
 Pálidos , mustios y con faz incierta ,
 Hacia el mar acudian
 Marfisa y sus pasmados compañeros.
 Detrás dellos corrian
 Marinos y viajeros
 Que , á la ensenada descendiendo , encuentran
 La nave por Aleria aparejada
 Y , el ancla alzando , emprenden su jornada.

Dentro y en torno á la ciudad , entanto ,
 Siembra Astolfo el espanto.
 De su presencia cada cual se oculta.
 Mujer hay que , en su afan y en su congoja ,
 En inmundos parajes se sepulta ,
 O entre las ondas de la mar se arroja.

Esperando encontrar á sus amigos ,
 Hacia la playa se dirige el duque.
 Por la desierta arena en vano tiende
 Los ojos con afan. Allá á lo léjos ,
 La vista alzando en fin , divisa al buque
 Que la espuma del mar rápido hiende.
 En conflicto tan grave
 Que resolver ni como obrar no sabe.

Mas dejemos á Astolfo , y si os aterra
 La idea del peligro á que se expone ,
 Solo quedando en enemiga tierra ,
 Pensad tambien que cosa no hay que pueda
 Dañarle mientras el cuerno no abandone ,
 Y á la gente del buque réturnemos ,
 Que surca el mar con temblorosos remos.

De la playa distantes ,
 El espantoso son ya no escuchaban ,
 Y sin embargo de rubor no osaban
 La vista levantar los navegantes.

A su camino el marinero atento ,

Pasa á Chipre , y á Rodas
 Y , entrando en la onda Egea ,
 Va dejándose atrás las islas todas
 Y el peligroso cabo de Malea.
 Con favorable y continuado viento ,
 Dobla despues la punta de Morea ,
 Toca á Sicilia , por el mar Tirreno
 Sigue de Italia el litoral ameno
 Y llega en fin á Luna ,
 Dó del patron habita la familia.
 Allí rendidas gracias dando al cielo
 Que no hizo mas menguada su fortuna ,
 Salta el patron ; y , entrando en otro buque ,
 Con los héroes y la ínclita doncella ,
 De nuevo al mar se entrega el mismo dia
 Y emprende su camino hácia Marsella .

De aquel suelo tenia
 El cetro Bradamante
 Que , á hallarse allí , se holgara en este instante
 De obsequiar á esta ilustre compañía.
 Llega al puerto la nave. Sin demora
 Marfisa de los héroes se despide ,
 Y á seguir sola el viaje se decide ,
 Diciendo que desdora
 A guerreros de esfuerzo y de denuedo
 Ir en grupos cual ciervos , cual palomas ;
 Cual animal en fin que tiene miedo ;
 Mientras el halcon , el águila altanera
 Recorren solos la azulada esfera ,
 Y , solos , en el bosque cavernoso ,
 Habitan el león , el tigre , el oso .

De diversa opinion los otros siendo ,
 Dellos Marfisa aléjase , siguiendo
 Por el oscuro bosque estraña via.
 Por otra mas trillada , al otro dia
 Los cuatro caballeros

A un castillo llegaron
Dó hospitalarias gentes encontraron.
Hospitalarias, digo en apariencia ;
Pues aleve , fingida ,
Fue la benevolencia
Con que allí se les dió pronta acogida.
Mientras tranquilo cada cual reposa
En medio de la noche silenciosa ,
Gente inicua los liga
Y á jurar pacto infame los obliga.

Mi pluma , empero , aquí los abandona
Por retornar á la sin par Marfisa
Que , la Durenza , el Ródano y el Sona
Atravesando , viene
A un monte á cuya falda se detiene.
Allí , junto á un torrente , en negro traje ,
Llegar advierte una mujer anciana
A quien , mas que el cansancio de su viaje ,
Profunda cuita , al parecer , afana.

La vieja es esta que servir solia
En negra cueva á la caterva impía ,
A quien vino á dar muerte
Del príncipe de Anger el brazo fuerte.
Esta malvada , á quien el miedo ofusca
De expiar sus maldades , noche y dia
Inquieta vaga por la selva umbria
Y en ella un sitio dó ocultarse busca.
Mas , apenas divisa
Las extranjas armas de Marfisa ,
Lejos de huir , cual siempre fué su usanza ,
Hácia el vado se avanza ,
Aguarda á que se acerque la doncella
Y , llegándose hácia ella ,
La saluda y le ruega
Que á la otra orilla en su bridon la pase.
Este favor la virgen no le niega.

Pásala pues y , sin dejar que baje
 Hasta hallar un paraje
 Seco y sin fango , llévala á un sendero
 Dó , entrando , ven venir un caballero.
 Sobre fúlgido arzon , y acompañado
 De una dama y de un único escudero ,
 Hácia el rio bajaba este guerrero
 De relucientes armas adornado.
 Bella es su dama , y jóven ; mas , adusta
 De su semblante la expresion , disgusta.
 Altiva y embustera ,
 Del que la sigue es digna compañera.

Este era Pinabelo el maguntino ,
 El mismo que en la cueva á Bradamante
 Lanzó por poner fin á su destino
 Con Pinabelo va la que , de Atlante
 Presa en poder , le dió tantos enojos
 Y verter tanto llanto hizo á sus ojos.

Arrancada de allí por Bradamante ,
 En busca de su amante ,
 Esta dama voló , y desde aquel dia
 Jamás abandonó su compañía.

Vana de su beldad la jóven dama ,
 A la vieja que viene con Marfisa
 Provoca audaz con insultante risa.
 Marfisa , á quien ofende
 Tal proceder , respóndele enojada :
 « Yo pondré con mi espada
 « A tu necia arrogancia cortapisa.
 « Busca quien te defienda ; y , si le venzo ,
 « Sabe que , por quitarte ese vestido
 « Y ese soberbio palafren , comienzo. »

Pinabelo , escuchando el desafío ,
 Recusarlo no pudo ,
 Y , tomando una lanza y un escudo ,
 Llega á Marfisa con fingido brio.

Esta tambien una gran lanza aferra
Y á su rival , que galopando viene ,
En la cabeza hiriéndole , detiene ,
Y sin sentido arróvalo por tierra.
Victoriosa adelántase en seguida ;
Del bridon y las ropas se apodera
De la dama altanera ,
Y á la vieja convida
El vestido á aceptar y el bello bruto
Que de aquella victoria ha sido fruto.

Bajo su rico traje
Mas horrorosa muéstrase la vieja.
Con ella , empero , á proseguir su viaje
La bondadosa vírgen se apareja.
Sin nada digno de contar , Marfisa
Un dia vaga y otro , y al tercero
Topa con un guerrero
Que , solo , cabalgaba á toda prisa.

Si saber quien fuese este os interesa ,
Os diré que era el príncipe Zerbino
Que por la selva espesa
Siguió en vano el camino
De un vil que de mostrar su cortesía
Le quitó la ocasion mas oportuna.
Ayudó al perseguido la fortuna ;
Pues la niebla que el bosque oscurecia ,
De Zerbino escondiéndolo á los ojos ,
Dió tiempo á que en su pecho
Se calmara algun tanto su despecho.

Al mirar á la vieja , en quien contrasta
Lo horrible del semblante
Con su prendido rico y elegante ,
A contener su risa
Todo el furor del príncipe no basta.
Y , acercándose luego hácia Marfisa ,
« Cuerdo guerrero debe ser , » esclama ,

« Y de la envidia estar debe á cubierto
 « El paladin de semejante dama. »

La vieja , que en efecto , bien podia
 Con la Sibila competir en años ,
 Vestida de aquel modo parecia
 A las monas que ornadas manifiesta
 Su dueño al vulgo en concurrida fiesta.
 La horrorosa expresion de su semblante
 A aumentar viene la ira en este instante ,
 Pues ente no hay que mas terrible sea
 Que dama á quien se llama vieja ó fea.

Por holgarse un momento ,
 Muestra enojarse la ínclita doncella ,
 Y dice al escocés : « Por Dios que atento
 « Eres tú menos que esa dama es bella.
 « Tu discurso revela
 « Un alma baja , un corazon cobarde.
 « ¿ Qué hombre de gusto y de valor no vuela ,
 « Contemplando belleza tan estraña ,
 « A hacer ante ella de su esfuerzo alarde
 « Y á quitársela á aquel que la acompaña ?
 « Si , pues , tú no lo has hecho
 « Es que no existe espiritu en tu pecho. »

« — Lástima , dice el bravo jóven , fuera
 « Privarte de tan digna compañera.
 « Por lo que toca á mí , yo te la dejo
 « Y que vivas tranquilo te aconsejo.
 « Si , por cualquier otra razon , deseas
 « Lo que valgo probar , no lo rehuso ;
 « Mas por hembras tan feas
 « Nunca , nunca hice de las armas uso.
 « Fea ó hermosa , quédese contigo
 « Pues te supo prender : yo juraria
 « Que iguala á su beldad tu bizarria. »

Respóndele Marfisa : « — A tu despecho
 « Que por ella combatas es forzoso.

« No se dirá que objeto tan hermoso
 « Mirar pudiste sin mostrar empeño
 « De apoderarte de él. » — « Yo no concibo , »
 Replica el escocés , « con que motivo
 « A un paladin provócase á que lidie
 « Cuando se está seguro de que el triunfo ,
 « Grato al vencido , al vencedor fastidie. »
 « — Pues bien ; si esta propuesta no te agrada , »

Dice Marfisa , « espero
 « Que la que á hacerte voy será aceptada.
 « Si yo sucumbo , á conservar me obligo
 « A aquesa dama ; mas , si venzo , quiero
 « Que prometas llevártela contigo
 « Y seguirla dó quier que ella te guie.
 « Decida pues la prueba
 « Cual de nosotros es quien se la lleva. »

Acepta el escocés , y sin tardanza ,
 Vuelve el corcel para tomar carrera.
 Firme en la silla , impávido se avanza
 Hácia la hermosa dama , en cuyo escudo
 Estrella con estrépito su lanza. .

La vírgen no se aterra
 Y en el yelmo le da golpe tan crudo
 Que exánime rodar le hace por tierra .
 Turbado queda , estupefacto y mudo
 A tal desgracia el héroe , cuya cuita
 Se aumenta con el ímprobo trabajo
 De cumplir el empeño que contrajo.

Hácia él llegando luego la doncella ,
 Con irónico acento :
 « A esta dama , » le dice , « te presento ,
 « Al mirarla tan bella ,
 « Del don que te hago crece mi contento.
 « Su paladin eres pues ya , y no dudo
 « Que , fiel á tu palabra , tú la sigas
 « Sin temer compromisos ni fatigas. »

Dice ; y , lanzando su corcel lijero ,
 Se oculta al punto por la selva densa .
 El escocés , que un hombre
 Ver en su audaz antagonista piensa ,
 Por conocer su nombre
 A la vieja requiere .
 La verdad le refiere
 Ella y dice : « tu fama
 « Empañó jóven dama
 « Que , altiva , vino ha poco del Oriente . »
 Zerbino de esto tal vergüenza siente
 Que no solo se turba y se acongoja ,
 Sino que , á poco mas , hasta su malla ,
 De blanca que era , se tornara roja .

Del éxito fatal de esta batalla
 Contra sí propio el escocés se enoja ,
 Y , montando á caballo , su camino
 A seguir se prepara
 Con la vieja que en cara
 Parece echarle el daño que le avino .
 Cual corcel que , rendido , de la espuela
 Siente el agudo pincho , así Zerbino
 En silencio se afana y desconsuela ,
 Y suspirando dice : « ¡Oh suerte ingrata !
 « Mientra á mi dulce amiga me arrebatá ,
 « De aquesa vieja horrenda
 « Tu encono la custodia me encomienda ,
 « Quedarme sin ninguna
 « Fuera en tal situacion una fortuna ,
 « Pues esa que me das por compañía
 « Satisfacer no puede al alma mia .
 « Tú que á la dama que es sin par modelo
 « De belleza y virtud , pábulo triste
 « Acaso , acaso hiciste
 « De hambrientos peces ó de inmundas aves ,
 « ¿ Será posible que el atroz tormento

« Que me consume agraves
 « Conservando á mi lado á una Meguera
 « Que cuatro lustros ha que de sustento
 « Servir á los gusanos ya debiera ? »

Así dice Zerbino , á quien la vista
 De su odiosa conquista
 Duele tanto quizá como la ausencia
 De su adorado bien. La vieja impía ,
 Que al jóven , antes de hoy , no conocia ,
 Adquiere al escucharlo la evidencia
 De quien es , pues ya dél tuvo noticia
 Por la hija del rey moro de Galicia.

Ya dije cual , cautiva
 Hallándose en la cueva esta princesa ,
 A la vieja narraba
 La lamentable causa que la priva
 Del tierno y fiel amante
 A quien fe no menor ella profesa.
 Su audacia , su carácter , su semblante ,
 Le pintó de manera que , los ojos
 Con curiosa atencion la vieja alzando ,
 Reconoce al instante
 A aquel por quien en la caverna un dia ,
 Entre ladrones , Isabel gemia.

La vieja , sus clamores escuchando ,
 Del triste jóven la inquietud concibe.
 Segura de que vive
 Su amada , se lo oculta sin embargo
 Y , pudiendo colmarle de alegría ,
 Trata de hacer su duelo mas amargo.

« Oye , le dice ; tú que tan altivo
 « De ese modo me insultas y desprecias ,
 « Tus alharacas necias
 « Van á privarte del placer mas vivo.
 « De esa á quien tanto aprecias
 « Sé yo cual fué la suerte ; mas primero

« Que narrártela quiero
 « Verme hecha trozos, siendo así que, un tanto
 « Tú menos indiscreto,
 « Conociéras agora ese secreto. »

Bien cual mastin, que con furor ladrando,
 Cuando ladrones en la casa siente,
 Se aplaca de repente

El queso que le ofrecen contemplando,
 Así de voz Zerbino y de semblante
 Cambia, llega á la vieja y la conjura
 Que de Isabel le cuente la aventura.

« Jamás sabrás por mí, » la vieja dice,
 « Cosa que pueda de consuelo serte.

« Isabel vive; sí; pero su suerte

« Mas que si no existiera es infelice.

« Por veinte malhechores, hace dias,

« Sola fué sorprendida en una selva.

« En vano pues, si vuelve, cuando vuelva,

« Coger intentarias

« La flor virgínea porque tanto ansias. »

Atenta solo á hacer al héroe daño,
 Urde la vieja este evidente engaño;
 Y, obstinada en su mal, ni aun le responde
 Cada vez que él ansioso le pregunta
 Cuando vido á Isabel, como, ú en donde.

Por hablar el con tono humilde empieza,
 Mas della al ver la obstinacion, se irrita
 Y amenaza cortarle la cabeza.

Vano, empero, es su afan, vana su cuita.

Agitado, zeloso,

De amor perdido y ciego

Zerbino que, gustoso,

Por su Isabel lanzárase en el fuego,

¡Hoy de aquella á quien odia

Ha abrazado por siempre la custodia!

Sus huellas, pues, siguiendo,

Sin mirarla ni hablarle , por los montes
 Y por los valles iba discurriendo.
 Hacia la tarde de aquel mismo dia ,
 El silencio á romper del viaje vino
 Un guerrero bizarro.
 En otro canto narro
 Lo que , con él al escocés avino.

CANTO XXI.

Zerbino, obligado por su palabra á ser campeon de Gabrina , hiere mortalmente á un caballero que le cuenta la historia de aquella infame vieja.

No sujeta con lazo mas estrecho
 Al fardo el cable , ni al madero el clavo ,
 Como la fe sujeta á un noble pecho
 Y le hace ser de su palabra esclavo.
 De su pureza es el emblema augusto
 El cándido ropaje
 Con que ciñó la antigüedad su busto ,
 Su busto al cual ultraje
 Hace una mancha ó el menor celaje.

Bien es la fe que intacto
 Se debe conservar , ya agrade ó pese ;
 Ya á un hombre , ya á mil dése ;
 Ya por verbal , ya por escrito pacto ;
 Ya de una cueva ó de una selva oscura ,
 Se dé entre los espesos matorrales ,
 Ya ante escribano en pública escritura ,
 Ya escuchen nuestra voz los tribunales.

Zerbino , que jamás á una promesa
 Faltó , la grata empresa

Abandonado habia ,
 Por ir en compañía
 De la vieja malvada ,
 A quien teme y detesta cual la muerte.
 ¡ Tanto en su pecho es fuerte
 Tanto el poder de la palabra dada !
 Triste , pues , taciturno , y enojado ,
 De la vieja falaz marchaba al lado
 Cuando , al primer destello matutino ,
 Su profundo silencio á romper vino
 Un caballero armado
 Presentándose en medio del camino.

Hermónides de Holanda

Llámase este guerrero ,
 Que atravesada muestra , sobre el cuero.
 De su negro broquel , purpúrea banda.
 La vieja reconócelo , y , bien presto ,
 Su orgullo deponiendo y su arrogancia ,
 Con faz humilde y ademan modesto ,
 Al valiente Zerbino se encomienda ;
 Recuérdale su oferta y , con instancia ,
 Le ruega la defienda.

« Ese que ves , » le dice ,

« A mi padre infelice

« Y á mi hermano dió muerte ,

« Y sé que es su deseo

« Hacerme á mi sufrir la misma suerte.

« — Dama , responde el escocés , no creo

« Que haya porqué te espante

« Su vista así , mientras yo esté delante. »

Acércase el guerrero ; y no bien mira

A la vieja , á quien odia ,

En amenazas exhalando su ira ,

Dice á Zerbino : « Á combatir conmigo .

« Te apresta , ó la custodia .

« De esa vieja abandona , que castigo

« Quiero dar á su infamia. Que la mate
 « Déjame pues. Si combatir por ella
 « Pretendes , morirás ; que , el que atropella
 « La razon , muere siempre en el combate. »

Zerbino cortesmente le responde ;
 « El deseo de dar muerte á una dama
 « Es deseo que infama
 « Y á noble corazon no corresponde.
 « La lid , esto no obstante , no rehusó ;
 « Solo te exhorto á que , antes , consideres
 « Que nunca fué de caballeros uso
 « Hacer la guerra á débiles mujeres. — »

Estos y otros discursos siendo vanos ,
 Venir cumplió por último á las manos.
 Buen trecho en su bridon cada ginete ,
 Para tomar carrera , se separa ,
 Y , rápido en seguida cual cohete
 Que la mano del júbilo dispara ,
 Cada cual se adelanta y acomete.

El holandés , que á su adversario quiere
 En el costado herir , tan bajo apunta
 Que , hecha astillas la lanza , con su punta
 Al príncipe escocés apenas hiere.

Vuélvese entonces este , y con su espada
 Golpe le dá tan crudo
 Que , rompiendo el escudo ,
 Espalda y pecho á Hérmonides horada.

Velo caer Zerbino , y se figura
 Que á su rival ha muerto.
 En tierra salta , y del semblante yerto
 A alzarle la celada se apresura.

Los ojos abre el holandés ; gran rato
 A Zerbino contempla
 Y dícele despues : « Nunca fué grato
 « El ser vencido ; mas mi mal se templó
 « Al ver por tu semblante

- « Que cres la flor de la nobleza andante.
 « Duéleme solo al ver que aqueste daño ,
 « Por culpa de esa infame , me suceda ,
 « Cuya defensa estraño
 « Que guerrero cual tú sostener pueda.
 « Tú mismo , si el motivo ,
 « Que á vengarme me impele , conocieras ,
 « Dolor punzante y vivo ,
 « Mi adversa suerte al contemplar , sintieras.
 « Bien que á mi pecho temo
 « Falte el escaso aliento que conserva ,
 « A referirte voy hasta que extremo
 « Llevó su audacia esa mujer proterva.
 « De Holanda , nuestra tierra ,
 « Un mi hermano , mancebo todavía ,
 « Partió para la guerra
 « Bajo el mando de Heraclio , que tenia
 « El cetro de la griega monarquia.
 « Amigo y compañero
 « Se hizo allí de un magnate de la Corte ,
 « Noble y audaz guerrero
 « De quien era esa pérfida consorte.
 « Argeo era su nombre. En la frontera
 « De Servia poseia
 « Una estancia segura y placentera.
 « Mientra allí por su esposa al buen Argeo
 « Lima un casi frenético deseo ,
 « Ella , voluble , pérfida cual haya
 « Que recio viento agita
 « Cuando otoño los árboles despoja ,
 « Olvidando su cuita ,
 « Hácia mi hermano amantes ojos vuelve ,
 « Y á conquistar su afecto se resuelve.
 « Mas , tan firme del mar á la violencia
 « Acrocerauno infando no resiste ,
 « Ni opone al Bóreas tanta resistencia

- « El pino que , arrogante ,
 « Por centésima vez su copa viste ,
 « Cual resistió constante
 « Mi hermano al ruego de su infame amante.
 « Mas hé aquí que , cual tal vez aviene
 « A todo campeon , á ser herido
 « Mi bravo hermano en un combate viene.
 « Bien presto , conducido
 « Al castillo de Argeo , que se encuentra
 « De allí no lejos , entra
 « Con la franqueza con que entrar solia ,
 « Y en él quedarse se propone mientra
 « De su convalecencia llega el dia.
 « A Argeo , en este tiempo , fué preciso
 « Del palacio partir y , de su ausencia
 « Valiéndose la infiel , con impudencia ,
 « A mi hermano de nuevo tentar quiso.
 « Mas este , deseoso
 « De evitar sugeriones tan fatales ,
 « El partido tomó mas decoroso
 « Y eligió el menor mal de entre los males.
 « Como el mejor partido le propone
 « El honor que abandone
 « El techo del amigo á quien estima ;
 « Y que á remoto clima
 « Se parta sin tardar , mas bien que espuesto
 « Quedarse á sucumbir , ó precisado
 « A narrar á un esposo enamorado
 « De su esposa el designio deshonesto.
 « Enfermo todavía ,
 « Sus armas viste y del castillo sale
 « Resuelto á no tornar ; mas no le vale
 « Su decision que , adversa suerte entanto
 « Hacia el alcázar al esposo guía ,
 « Que á su mujer encuentra desgreñada ,
 « Purpúreo el rostro y anegada en llanto.

- « La causa , que agitada
 « La tiene así , préguntale el esposo.
 « Mas , mientras él por conocerla insiste ,
 « Ella busca en su seno rencoroso
 « Un medio de vengarse
 « De! jóven que resiste
 « A un amor que , no siendo satisfecho ,
 « Se ha trocado en coraje y en despecho.
 « Y , despues de dejarse
 « Largo rato rogar : — ¿ A qué pretendo »
 Dice , « ocultaros el delito horrendo
 « Que cometí durante vuestra ausencia ?
 « Pues si ocultarlo al mundo me es hoy dado
 « No me es dado ocultarlo á mi conciencia.
 « Víctima del pecado ,
 « Mi alma sufriendo está , dolor que excede
 « A cuantos padecer el hombre puede.
 « Tal vez , señor , cediendo á la violencia ,
 « Mi crimen no fué un crimen ; mas ¿ qué importa ?
 « ¿ A qué conservar quiero
 « Una existencia amancillada ? corta ,
 « Córtala pues tú mismo con tu acero ,
 « Y evítame el bochorno de que baje
 « La vista ante el primero
 « Que me recuerde el recibido ultraje.
 « Mi honor tu infiel amigo me ha robado ,
 « Y temiendo , señor , que te lo cuente ,
 « Huye de aquí precipitadamente. —
 « Así diciendo , el dardo emponzoñado
 « La inicua dama lanza
 « Contra el crédulo Argeo.
 « Que , su afecto olvidando , y de venganza
 « Abrasado en deseo ,
 « Sus armas viste y corre en seguimiento
 « De mi hermano que , entanto , á paso lento
 « Débil y enfermo sin sospecha avanza.

« En el terreno práctico , le alcanza
 « En breve Argeo ; y por vengar su ultraje ,
 « Le conduce á un recóndito paraje ,
 « Donde escusas desdeña ,
 « Y á todo trance en combatir se empeña .
 « Enfermo , débil y de sangre fria ,
 « Mal resistir podia
 « Filantro , este era el nombre de mi hermano ,
 « A su rival que , sano ,
 « Por su ira estimulado combatia .
 « De la batalla , pues , el grave peso
 « Soportar no pudiendo , quedó preso .
 « — Ah ! no permita el cielo que , en castigo
 « De tan culpable exceso ,
 « Dicele Argeo , dé mi brazo muerte
 « Al que tuve yo siempre por amigo ,
 « Al que mi afecto paga de esta suerte .
 « Mas hacer quiero ver á todo el mundo
 « Que no menos profundo
 « Mi odio será que mi amistad fué fuerte . —
 « Dice ; y , en su caballo
 « Formar con ramas un palenque ordena ;
 « Sobre él poniendo al moribundo mozo ,
 « Se apresta á transportallo
 « De su castillo á un negro calabozo ,
 « Y , á sufrir le condena
 « Eternamente inmerecida pena .
 « Nada , empero , á Filantro allí faltaba
 « Sino la libertad . De todo el resto ,
 « Cual antes , disfrutaba ,
 « Cual antes cada cual le respetaba .
 « Mas , acosada por su amor funesto ,
 « A la prision venia
 « La inicua dama á verle cada dia ,
 « Y , con mas arte y con mayor audacia ,
 « A mi hermano tentaba en su desgracia .

« — ¿Qué galardón, ¿qué gloria, le decia
 « De esta insensata obstinacion aguardas?
 « ¿No ves á la virtud, siempre que lidia,
 « Abandonar el campo á la perfidia?
 « ¿Porqué, dí, pues en complacerme tardas?
 « ¿Quieres, sin que provecho te resulte,
 « Que cada cual como á un traidor te insulte?
 « ¿Quieres, necio, obstinado
 « Vivir eternamente aprisionado,
 « Mientras que, hoy mismo, si á mi afecto cedes,
 « Tu gloria y libertad recobrar puedes? —
 — « No, no, dice mi hermano:
 « Vana es tu oferta, tu teson es vano.
 « ¿Qué, qué me importa tu rencor injusto?
 « ¿Qué, si bien ó mal piensa
 « El publico de mí? Del ser augusto
 « Que vela á todo y que perdon dispensa
 « Espero ya merced y recompensa.
 « Si, no contento Argeo con privarme
 « De libertad, me priva de la vida,
 « En el cielo sabrán recompensarme
 « Mi noble accion, aquí no agradecida.
 « De su funesto engaño
 « Tal vez volviendo, cuando yo no exista,
 « Al dclor no resista
 « De haberme hecho sufrir injusto daño. —
 « Así, con su firmeza, desbarata
 « Filantro cada dia
 « Cuantos proyectos criminales trata
 « De proponerle esa mujer impía,
 « Que mil forma y deshace
 « Antes que al cabo algun partido abraze.
 « Medio año se pasó sin que viniera
 « A verle á su prision, segun su usanza,
 « Dando á mi triste hermano la esperanza
 « De que su indigno amor disminuyera.

« Mas , siempre al mal dispuesta la fortuna ,
 « Una ocasion le deparó oportuna
 « De coronar con crimen inaudito
 « Su culpable y frenético apetito.
 « Profunda enemistad entre su esposo.
 « Y otro señor de aquella cercanía ,
 « Que Morando el hermoso
 « Se llamaba , hace tiempo que existía.
 « Del castillo Morando
 « Andar entorno acostumbraba , cuando
 « Que estaba ausente su señor sabia.
 « Por descubrir su plan , este , con arte ,
 « Finge que se encamina
 « Para cumplir un voto á Palestina.
 « Finge que parte , y cada cual lo cree ;
 « Pues ninguno el secreto ,
 « A no ser él y su mujer , posee ;
 « Y , atento siempre á conseguir su objeto ,
 « Entorno á su castillo vase errando
 « Por ver si vuelve el crédulo Morando.
 « Así de dia , por los bosques , vive
 « Y cuando el sol en la onda se sepulta ,
 « Viene á su alcázar , dó por puerta oculta ,
 « Su abominable esposa lo recibe ;
 « Y , disfrazado , y sin ser visto , vuelve
 « A emprender hácia el bosque su camino
 « Antes que luzca el rayo matutino.
 « Mientras que velo misterioso envuelve
 « Los designios de Argeo ,
 « A dar su infiel esposa se resuelve
 « A los instantes de su ausencia empleo.
 « De lágrimas fingidas un torrente
 « Vertiendo , pues , retorna diligente
 « Hácia mi hermano. — « ¡ Oh mísera , infelice
 « De mí ! ¿ dó amparo , » dice
 « Hallar contra la cólera violenta

« De un vil traidor que , con constancia rara ,
 « Contra mi honor y el de mi esposo atenta.
 « A fe que , si este ausente no se hallara ,
 « Jamás á su palacio se acercara
 « Aquel que , por lograr lo que desea ,
 « Conmigo el ruego ó la amenaza emplea ,
 « Y á mis gentes corrompe con el oro.
 « Así , si al cabo cederé , yo ignoro.

« Sabedor de que Argeo se ha partido
 « Y que no debe retornar tan presto ,
 « A venir el malvado se há atrevido ,
 « Sin motivo ni excusa , ni pretesto ,
 « Mientras que nunca ha puesto
 « Aquí los pies estando mi marido ,
 « Y que apenas seguro
 « Se creyera á tres millas de este muro. »

« Por escrito hasta aquí ha solicitado
 « Un amor que hoy declara frente á frente.
 « Mi honor ha peligrado
 « Ante su audacia y su pasion ardiente.
 « Yo , con blando discurso , he procurado
 « Mostrarle que á su afan correspondia ;
 « ¡ Triste de mí sino! De ese malvado
 « Víctima ; oh Dios! su frenesí me hacia.

« Toda promesa , empero , yo retracto ;
 « Que , hecho por el temor , nulo es el pacto ;
 « Mi intencion fué evitar tan solamente
 « Que la violencia consumase el acto.
 « Tú que puedes , si tal es tu deseo ,
 « Salvarme , castigando á ese insolente ,
 « Salva mi honor y salva el de mi Argeo ,
 « Que , por cuanto me has dicho , yo concluyo
 « Que te es tan caro ó mas que el propio tuyo.

« Si esto me niegas , digo que no existe
 « En tu pecho la fe de que te precias ,
 « Y que , cruel , mi llanto acerbo y triste ,

« Por verme padecer , solo desprecias.
 « Ah! ¿ porqué á mis violentas emociones
 « Siempre el recuerdo de mi esposo opones ?
 « Satisfecho , mi amor quedara oculto ,
 « No te expusiera al jeneral insulto.
 — « Basta , dice Filantro , que dispuesto
 « Estoy á defender al caro amigo ;
 « Para salvar su honor , si se halla espuesto ,
 « A hacer cuanto te plazca yo me obligo.
 « Del injusto castigo
 « Que aquí padezco , autor yo no lo creo.
 « Y á la muerte , á pesar de todo el orbe ,
 « Iré por él , sin que haya quien lo estorbe. »

Respóndele la infame : — « Mi deseo
 « Es que la vida quites á ese aleve.
 « Para lograrlo sin temor y en breve ,
 « A darte voy la marcha mas segura.
 « Llegar envuelto entre la sombra oscura ,
 « A media noche , el seductor hoy debe ,
 « Y , á un signo entre nosotros convenido ,
 « En mi aposento penetrar sin ruido.
 « Oculto en mi antecámara , dejarme
 « Entrar con él tú debes cuando llegue ;
 « Yo , no bien se desarme ,
 « Haré que sin recurso se te entregue. —

« Así , dar muerte á su indefenso esposo
 « La bárbara mujer se proponia ;
 « Si es que ser tan odioso
 « Mujer se llama , y no furia ó harpía.
 « Llegla la noche ; y , con el hierro en mano ,
 « Oculto acecha y en silencio aguarda ,
 « En la oscura antecámara , mi hermano.
 « En ella un hombre en penetrar no tarda.
 « Sobre él Filantro con furor se arroja
 « Y , á Morando creyendo dar castigo ,
 « El crudo hierro furibundo moja

- « En sangre de su amigo ,
« A quien , de un tajo hasta los hombros , hiende
« La cabeza que el yelmo no defiende.
« La muerte sin saberlo , ¡oh caso raro!
« Le dió por darle proteccion y amparo.
« No bien en tierra vido
« Filantro á su rival desconocido ,
« La su homicida espada
« Vino á entregar á esa mujer malvada.
 « Gabrina , este es su nombre , que no habia
« La verdad todavía
« A mi mísero hermano descubierto ,
« Una tea poniéndole en la diestra ,
« Acercarse le ordena hácia el que ha muerto ;
« A Argeo cadavérico le muestra ,
« Y luego le amenaza , si no accede
« A su pasion funesta ,
« Hacer al mundo entero manifiesta
« La accion culpable que negar no puede ,
« Y , cual á un vil traidor , á un parricida ,
« Quitarle en el patíbulo honra y vida.
 « De vivo espanto y de afliccion inmensa
« Lleno , al notar su error , mi caro hermano ,
« A aquella atroz mñjer dar muerte piensa ,
« Y , las sus armas no teniendo á mano ,
« En trozos , con los dientes , la pusiera
« Si su peligro grave
« La razon á mostrarle no viniera.
 « Cual , temerosa , oscila
« En alta mar la nave
« Que , en rudos y encontrados movimientos ,
« Lanzan á un tiempo dos contrarios vientos ,
« Así inquieto su espíritu vacila ,
« Y , en medio del tormento que le aflije ,
« Entre dos males , el menor elije.
 « La razon le demuestra cuan espuesto

« A morir y á morir con vituperio
 « Está , si manifiesto
 « Viene entretanto á ser este misterio
 « De bueno ó de mal grado ,
 « Fuerza es que el cáliz del dolor apure ,
 « Y que cauto , prudente , y no obstinado ,
 « Su vida y honra conservar procure.
 « El temor de un suplicio ignominioso
 « Le obliga pues á que á Gabrina jure
 « Someterse á su genio caprichoso
 « Con tal que ella la vida le asegure.
 « Así, su ardiente anhelo
 « Logró la inicua dama ver colmado ;
 « Así Filantro abandonó aquel suelo ,
 « Dejando en él su nombre amancillado ,
 « Y en su pecho grabando la memoria
 « Del triste amigo á quien la muerte diera ,
 « Por llenar de contento y vanagloria
 « A una Progne cruel , á una Meguera.
 « Vengar de otra manera
 « No pudiendo tan negra alevosía ,
 « (La palabra que dió se lo impedía) ,
 « Juró rencor eterno
 « A esta furia salida del infierno.
 « De su alma huyó por siempre la alegría
 « Y , nuevo Orestes , del llagado pecho
 « Suspiros exhalando noche y día ,
 « Enfermo , al cabo , se postró en el lecho.
 « Ella , en tanto , que advierte
 « El desden de Filantro , en odio , en ira
 « La ardiente llama de su amor convierte ,
 « Y , por darle la muerte
 « Que dió á su esposo , pérfida conspira.
 « Para lograr su plan , en busca parte
 « De un Esculapio de maldades lleno ,
 « Que mató con veneno

- « Mucha mas gente que curó con su arte ,
 « Y darle le promete cuanto pida
 « Como á mi hermano prive de la vida.
 « Cercado yo de gente ,
 « Hallábame presente
 « Cuando llega el anciano
 « Una copa trayendo en una mano
 « Que encierra , dice , un bálamo excelente
 « Para volver las fuerzas á mi hermano :
 « Mas Gabrina , ya fuese
 « Que tener algun dia
 « Un indiscreto cómplice temiese ,
 « Ya que ahorrarse quisiese
 « El precio que ofreció á su alevosía ,
 « A interponerse viene ,
 « Y la mano detiene
 « Que , á mi hermano infelice ,
 « El mortífero tósigo ofrecia.
 — « No debes estrañar , al viejo dice
 « La dama infiel , si por la vida temo
 « De aquel á quien amé con tanto extremo.
 « Yo quiero , para estar bien convencida
 « Del efecto y bondad de esa bebida ,
 « Que della en mi presencia ,
 « Hagas antes tú mismo la experiencia. » —
 « Juzgad , señor , juzgad cual fué del viejo
 « La inquietud y la pena. Sorprendido ,
 « Ni aun al tiempo consejo
 « Pudo pedir para tomar partido.
 « Mas , por no dar sospechas , sin tardanza
 « La amarga copa hácia sus labios lleva ,
 « Y al enfermo inspirando confianza ,
 « Hace que el resto hasta las heces beba.
 « Cual milano que tiene
 « Una perdiz en su uña robadora
 « Cuando , sobre él , á abalanzarse viene

« El can que se la arranca y le devora ,
 « Así el médico avaro ,
 « De audacia y de perfidia ejemplo raro ,
 « Dó hallar creyó ganancia ,
 « El castigo encontró que merecia
 « Su negra alevosía.
 « Hecho esto , hácia su estancia
 « Piensa partir , en busca de un brebaje
 « Que los estragos del veneno ataje.
 « Con empeño funesto ,
 « Gabrina , empero , opónese á que parta.
 « Dicele que su oficio en aquel puesto
 « A quedarse hasta tanto le coarta ,
 « Que á ser no llegue público y palpable
 « Del bálsamo el efecto saludable.
 « Al precio de su crimen el anciano
 « Promete renunciar ; ruega , conjura
 « Se esfuerza por salir ; mas todo en vano.
 « Desesperado al fin , su desventura
 « Descubre y de su cómplice el arcano.
 « De sí propio así víctima y verdugo ,
 « La cerviz dobla al yugo
 « De la muerte que á tantos dió en su vida ,
 « Y al alma de mi hermano ,
 « Que , falleció pocos momentos antes ,
 « La suya á unirse pártese en seguida.
 « No bien los circunstantes
 « Que aquesta historia del anciano oimos ,
 « A la infame prendimos
 « Y , en negra cárcel , la encerramos luego
 « Para entregarla al merecido fuego. »
 Así Hermónides dijo ; y se aprestaba
 A narrar la evasion de la proterva ;
 Mas , de tal modo su dolor se agrava
 Que pálido revuélcalo en la yerba.
 Dos pajes , que marchaban á su lado ,

Formando en el instante una litera ,
 Le colocan sobre ella ; que vedado
 Era al triste partir de otra manera .

Zerbino con Hermónides se escusa
 De haberle , á su pesar , causado daño ,
 Bien que no debe parecerle extraño ;
 Pues así siempre , entre guerreros , se usa
 Cuando media la fe dada á una dama .
 De otro modo , su fama
 Ofuscada por siempre quedaria ,
 Puesto que , al aceptar tal compañía ,
 Se obligó á sostenella
 Contra cuantos tratasen de ofendella ,
 Y añadió que , gustoso , se ofrecia
 A su servicio , si él lo requería .

A deshacerse de la inícuca dama
 Hermónides le exhorta ,
 Siendo esto entonces lo que mas importa
 Para no verse expuesto á alguna trama .

Nada pudiendo responder Gabrina ,
 Hácia la tierra su mirada inclina ,
 Y , bajo faz gazmoña ,
 Encubre de su pecho la ponzoña .

Con ella empero á proseguir su viaje ,
 Mal de su grado , el escocés dispuesto ,
 La insulta , la maldice ,
 La acusa de ser causa del ultraje
 Que hizo de Holanda al jóven infelice ,
 Y , en esta situacion , la selva espesa
 Con la vieja atraviesa ,
 Cuando de pronto , al declinar el dia ,
 Gritos , golpes , estrépito se escucha
 Que de terrible lucha ,
 Cerca de allí trabada , provenia .
 Por Gabrina seguido ,
 Hácia el paraje de dó sale el ruido ,
 II .

El bizarro escocés avanza al punto.
Mas yo para otra vez dejo este asunto

CANTO XXII.

Viaje de Astolfo.—Róbale su caballo un rústico.—Entrase Astolfo en el palacio encantado de Atlante.—Ahuyenta el mágico á los caballeros cautivos y á sus caballos, y se apodera de Hipogrifo.—Dirigense Roger y Bradamante á la abadía de Valumbrosa.—Estraña usanza establecida en el alcázar de Pinabelo.—Roger echa á un pozo el escudo encantado de Atlante.—Muerte de Pinabelo.

Tiernas beldades cuyo ardor constante
Satisface el amor de un solo amante,
Raras sois, lo confieso;
Mas no conmigo os enojeis por eso;
Si de una infame la maldad propalo
De cien damas acaso en esta historia
Hasta el empíreo elevaré la gloria.

Si entre los doce hubo un apóstol malo
Que á su Señor vendió, de Juan de Pedro
No menos inmortal es la memoria,
Ni, porque inicuas fueron
Cuantas hermanas tuvo Hipermenestra,
Con menos brillo su virtud se muestra.

Mas, volviendo á mi asunto, que hacer grato
Puede la variedad con que lo trato,
Digo, que, oyendo el escocés el ruido,
De que hablé ya, por una angosta senda
Suelta al corcel la rienda,
Y sin vida tendido
Halla en honda cañada á un caballero.

Quien fuese ya diré; mas antes quiero
Volver á Francia, y dende allí al Levante,

Tras Astolfo, que el paso
Dirige en este instante hácia el Ocaso.
En la ciudad impía
Ya le dejé donde, sonar haciendo
Májica trompa de sonido horrendo,
Se libertó de su peligro grave.
Mientras en tierra yacia
La turba femenil alucinada,
Saltando en una nave
Huye el duque de la isla malhadada,
Boga hácia Armenia y llega á Satalía.
En su bridon alígero montado,
Hácia la Bursia se dirige luego,
Traspasa el mar y toca el suelo griego.
Sigue luego el Danubio, llega á Hungría;
Y vueltas veinte apenas
Dió entorno á su eje el gran fanal del día,
Mientras él la Bohémia, la Moravia
La Franconia recorre, el Rin traspasa,
Traspasa las Ardenas,
Llega á Aquisgran, de allí pasa á Brabante
Y á Flandes luego dó, en flotante casa,
Audaz se arroja al piélagos espumante.
Favorable, la brisa
De tal modo le empuja, que cercanas
Las costas de Inglaterra
A mediodía el paladin divisa.
Poco despues, á tierra
Salta, monta á caballo y con tal furia
Marcha que á Londres en la tarde llega.
Oyendo allí decir que de su Corte
Con los magnates todos ha partido
El viejo rey hácia París, se entrega
De vivo gozo á súbito transporte;
Torna al puerto, se embarca y de la nave
La fresca lona hácia Calés despliega.

El viento, empero, que hasta allí suave
 Por Poniente sopló, con furia ignota
 Los flancos luego del bajel azota.
 Inquieto el marinero, á la onda opone
 Constantemente la tajante proa
 Y en sus espaldas túrgidas se mece.
 Si bien no por el rumbo que apetece.
 A merced de las olas agitado
 Astolfo así, del uno el otro lado
 Corre, hasta que de Ruan llega á la orilla.
 Armase al punto; á Rabicano ensilla;
 La fuerte espada ciñese á un costado,
 Y la trompa infernal al otro brilla.

Así, la selva atravesando, viene
 Al pié de un cerro en hora
 En que, del sol la lumbre abrasadora
 Huyendo, se detiene
 En cabañas ó bosques el ganado.
 Sediento, acolorado,
 Alzase Astolfo el yelmo de la frente;
 Ata de un ramo su corcel valiente;
 Sus pasos guia hácia una fuente clara
 Y á beber en sus ondas se prepara.

Tocádoles su labio appena habia
 Cuando, saliendo de la selva umbría,
 Villano audaz se acerca á Rabicano,
 Salta sobre él, y parte con presteza.

Al ruido el duque alzando la cabeza,
 Por seguir al villano
 Su ardiente sed olvida, se levanta,
 Y tras él mueve su lijera planta.

El raptor, cuyo intento
 Es que no pierda el paladin su pista,
 Del corcel calculando el movimiento
 Trotando ó galopando va á su vista.
 Corriendo así durante un largo espacio.
 Salen del bosque y llegan al palacio.

Dó, libres á la vez y prisioneros ,
Se hallaban tantos inclitos guerreros.

Por sus armas Astolfo embarazado ,
Quédase atrás y llega en el momento
En que al umbral el rústico ha tocado
Sobre el corcel que corre como el viento.

En vano , entonces , por hallarlo mira ;
En vano ansioso gira
En torno del palacio , y de aposento
En aposento , hasta la noche , vaga.
Confuso , fatigado ,
Conoce que aquel sitio está encantado
Y , del libro que diérale la maga
Recordándose entonce , el medio busca
De conjurar el singular portento
Que su vista y su mente á un tiempo ofusca.

Hablábase en el libro extensamente
Del modo de vencer al nigromante ,
Y de dar al instante
La libertad á tanta noble gente.
De su palacio en el umbral , reposa
Bajo marmórea losa
El espíritu que obra estos encantos ,
Y este mármol alzando , en humo debe
Todo el castillo disiparse en breve.

Ansioso de poder llevar á cabo
Tan denodada empresa ,
Sus brazos estendiendo , el jóven bravo
No tarda en ver cuanto la losa pesa.
Mas de sí tan cercano
Viendo Atlante al inglés , viendo su mano
Que á destruir de su arte va el prestigio
Con un nuevo prodigio
Conjurar quiere su inminente ruina.

A este fin imagina
A Astolfo transformar de tal manera

Que á los unos gigante ,
A los otros villano ,
A los otros guerrero pareciera.
A cada cual , en fin , con nuevo hechizo ,
Presenta , en el del príncipe , el semblante
Con que él á todos prisioneros hizo .
Recuperar queriendo lo que buscan
Roger , Gradaso , Iroldo , Bradamante ,
Brandimarte , Prasildo y otros varios
Víctimas de este error , en un instante ,
Esgrimiendo los hierros sanguinarios .
Por atacar al mago ,
Hácia Astolfo dirigense , y aciago
El hado de este fuera si consigo
No llevara esta vez el cuerno amigo .

Apenas en los labios se lo ha puesto ,
Aterrado , aturdido ,
Cual tímida paloma
De un arcabuz al súbito estampido ,
Cada guerrero presto
Por aquí y por allí la fuga toma .
Azorado tambien del son funesto
Que produce la trompa del britano ,
De su mansion aléjase el anciano ,
Y huyen al mismo tiempo los bridones
Que , sin que nada baste á detenellos ,
Se esparcen en distintas direcciones .
De la cuadra con ellos
Rabicano se sale ; y del palacio
Encuentra á su señor á breve espacio .

Astolfo , así que en fuga al viejo mira ,
La grave losa del umbral retira ,
Bajo la cual ve imágenes y cosas
Que enumerar aquí , yo no pretendo .
Mas el encanto destruir queriendo
De su libro á las páginas preciosas

Recorre el pàladin y , en el momento ,
El alcázar en humo se alza al viento.

Allí ligado con cadena de oro
Halla Astolfo el aligero caballo
Que á Roger diera el nigromante moro
Cuando de Alcina quiso trasportallo
Al imperio fatal , y encuentra el freno
Que le dió Logistila porque el rumbo
Rigiera del corcel de ímpetu lleno ,
Y con el cual , desde India hasta Inglaterra ,
Recorrió todo un lado de la tierra .

Ya recordais sin duda
Cual , por seguir la pista
De la beldad desnuda
Que por encanto se esquivó á su vista ,
A un árbol amarrado
Dejó Roger á su corcel alado
Que , observando de léjos su camino ,
A presentarse ante él en breve vino .

Ofrecerse al britano no podia
Una ocasion mas favorable que esta
Para emprender la vía
Que , entorno al orbe , á consumir se apresta .
De Hipogrifo el ardor probó ya el dia
En que , á Melisa gracias , salir pudo
De la mansion funesta
Dó víctima vivió de encanto crudo .
Y habiendo luego visto de que modo
Logistila á Hipogrifo un freno puso
Aprendió como de él debe hacer uso
Para rejirlo por el orbe todo .

A partir pues el héroe se dispone
Sobre el corcel alado . Suspendida
Ve á su lado una silla , y se la pone ;
Mas , no hallando su brida ,
Una al punto compone

Con las que allí dejaron
Los brutos que á la fuga se entregaron.

Mas, antes de seguir, mi canto es fuerza
Que hacia Roger y Bradamante tuerza.

Luego que hubo cesado
De resonar el cuerno, y que la gente
Del palacio fatal se hubo alejado,
Vió Roger facilmente
Del anciano el ardid. Hasta aquel dia
Ninguno en el alcázar
Reconocido á los demás habia.

Entonces ve Roger á Bradamante
Y ella, al verlo, se turba y maravilla,
Pensando como su ánima sencilla
Ha logrado ofuscar el viejo Atlante.
Roger abraza á la doncella hermosa,
Que, el jazmin de su faz trocando en rosa,
De sus tiernos amores
Pone en sus labios las primeras flores.
Una y mil veces, luego,
Del uno el otro arrójase en los brazos,
Y allí, ceñidos con estrechos lazos,
Exhalan su alma en ósculos de fuego.

¡Oh cuánto entonces dueleles el tiempo
Que en el fatal alcázar han perdido,
Por no haberse hasta aquí reconocido!

Dispuesta Bradamante
A otorgar á Roger cuantos favores,
Sin mengua suya, puede
Otorgar una vírgen á su amante,
« Si de mi amor, » le dice, « obtener quieres
« Los últimos placeres,
« Menester es que al punto te bautices,
« Y que momentos luego tan felices,
« A mi padre, pidiéndome, aceleres. »

Roger que, por su amada, no tan solo

Se convirtiera á la cristiana fe ,
 Que de su abuelo y su progenie entera
 Por tantos siglos venerada fué ,
 Sino que á dar el resto
 De sus dias hallárase dispuesto ,
 « No al agua » dice , « á las voraces llamas ,
 « Mi cabeza daré , si lo reclamas. »

Por bautizarse , ansioso
 De unirse para siempre á la doncella ,
 Se dirige con ella á Valumbroso
 Dó una antigua abadía ,
 Rica , famosa , hospitalaria , existe
 Al salir de la selva
 Una dama encontráronse que , triste ,
 Por el valle sus pasos dirigia.
 Cortés , Roger no bien el llanto nota
 Que de los ojos de esta dama brota ,
 A compasion movido
 Siente el pecho ; y , despues de breve pausa
 De su dolor pregúntale la causa.

Ella , volviendo al cielo
 Sus bellísimas luces , así dice :
 « Sabe , señor , que de mi amargo duelo
 « Es causa la piedad que mi alma mueve
 « Hacia un hermoso jóven infelice
 « Que de aquí cerca á perecer va en breve. »
 « De una hermosa doncella ,
 « Hija del Rey Marsilio ,
 « Prendado el infelíz , con el auxilio
 « De blanco velo y de femíneo traje ,
 « Las noches á pasar iba con ella ,
 « Tomando de mujer gesto y lenguaje.
 « Por de pronto , ninguno
 « Hubo que penetrase este secreto ;
 « Mas conocido á poco fué por uno
 « Que á un amigo indiscreto

« Lo cuenta , el cual á dos ; y de este asunto

« Hasta al rey llega la noticia al punto.

« Por órden de Marsilio , un su allegado

« Antes de ayer cogiólos en el lecho ;

« A los dos encerrar , por separado ,

« En negra cárcel sin piedad han hecho ,

« Y , con su vida , hoy temo que se acabe

« Del tierno jóven el suplicio grave.

« Vivo á quemarle van ; yo , no queriendo

« Ver tal atrocidad , aquí me vine ,

« Este crimen horrendo

« No dudando que hoy mismo se termine.

« Llena de angustia , pues , hácia vos vengo ,

« Pues no es posible que al dolor resista

« Mi corazon , mientras del jóven tengo

« Los abrasados miembros á la vista. »

A tal noticia , Bradamante siente
 Dolor profundo , no de otra manera
 Que si de algun pariente
 Que deplorar la pérdida tuviera.
 Mas tarde ya diré que fundamento
 Tenia este cruel presentimiento.

Al buen Roger su valerosa amiga ,

« Deber sagrado , » dice , « nuestras armas

« A ofrecer á esa dama nos obliga , »

Y volviéndose hácia ella : « Tus alarmas

« Cesen desde hoy , » prosigue ; « del suplicio

« Al paraje me guia , y yo me atrevo ,

« Si no está consumado el sacrificio ,

« A impedir que perezca ese mancebo. »

Escuchando el discurso de su dama ,
 De igual deseo el paladin se inflama
 Y á la infeliz , que de sus ojos vierte
 Un torrente de lágrimas , exhorta
 A partir. « De la muerte , »
 Dice , « arrancar á ese infeliz importa.

« Volemos, pues, volemos
 « Pues, á tiempo llegando á su presencia,
 « Por mucha que encontremos resistencia,
 « Conjurar su peligro lograremos. »

Con lo altivo del tono y del semblante,
 Roger y Bradamante

Alientan la esperanza

De la doncella que, temiendo presa
 Sin provecho quedar, si de su empresa
 El éxito no para en bien andanza,

A los guerreros dice: « Por la via
 « Que recta y llana guia
 « Al sitio del suplicio, yo bien creo
 « Que llegarse esta tarde se podria;
 « Mas, á dar gran rodeo
 « Por desusadas sendas obligados,
 « Cuando allí nos mostremos
 « Temo que muerto al jóven encontremos. »

« — ¿ Porqué pues no tomar por la mas corta? »
 Interrumpe el guerrero, « — Porqué importa »
 La dama le responde,

« Evitar el palacio
 « De los señores de Poitiers, en donde
 « Existen ha tres dias
 « Leyes y usanzas bárbaras é impias
 « Que en él ha introducido Pinabelo,
 « Hijo del conde Anselmo de Altarripa,
 « Y de perfidia y de maldad modelo. »

Cuatro guerreros, cual no vió la Francia
 Tiempo ha por su denuedo y arrogancia,
 Defender han jurado
 La mansion y la ley de este malvado.
 Dama allí, pues, no llega ni guerrero
 Que baldon no reciba;
 Que esa gente de dentro los derriba;
 De su ropa á la dama, de su acero

Al hombre , y de corcel á entrambos priva
 Cual el origen de esta ley ha sido
 Voy á decir : tambien voy á exponeros
 El medio por el cual se ha conseguido
 Prender á aquellos cuatro caballeros.

Por dama tiene el conde
 Una mujer abominable , impía ,
 Con la cual caminando , no sé donde ,
 Topó un guerrero en una selva un dia.
 De una vieja marchaba en compañía
 Este guerrero. Insúltala orgullosa
 De Pinabelo la fingida esposa.
 Al conde el caballero desafía ;
 De su bridon lo arroja ,
 Y á la dama altanera
 De su vestido espléndido despoja.

De verse á pié y desnuda , avergonzada ,
 Ansiosa un medio de vengarse piensa ;
 Y á su amante , cuya alma está dotada
 De una invencion para lo malo inmensa ,
 Consultando tambien , al cabo dice
 Que un instante felice
 Jamás disfrutará , mientras vencidos
 En su poder no vea á mil guerreros
 Y á mil damas arranque sus vestidos.

De climas remotísimos venidos
 Por caso presentáronse aquel dia
 En el alcázar cuatro caballeros
 De raro esfuerzo y de alta nombradía.
 Hijos dos de ellos eran de Oliveros ,
 Aquilante y Grifon , Guidon salvaje
 Era el tercero , el cuarto Sansoneto.

Con dulce gesto é hipócrita lenguaje
 Pinabelo en su estancia los acoge ;
 En el lecho sorpréndelos , los liga
 Y á jurar les obliga

Que un año allí y un mes han de quedarse
 Y que, atacando á damas y á varones,
 De sus ropas, bridones,
 Y personas habrán de apoderarse.
 Así, bien que afligidos, lo juraron;
 Y así se presentaron
 Mil veces en la lid de dó, sin armas
 Y á pié, tantos y tantos se alejaron.

La ley que entre ellos rige es la siguiente:
 El primero que salga á la palestra
 Solo saldrá; mas, por rival mas bravo
 Si vencido se muestra,
 Los que queden, entonces,
 Aquella empresa han de llevar á cabo.
 Ved, siendo cada cual tan aguerrido,
 Lo que será con otros tres unido.
 Mas poner no conviene
 En nuestro viaje la menor demora;
 Pues si bien, en la lid, cual lo demuestra
 Vuestro altivo semblante, vencedora
 Llegará á verse en fin la espada vuestra,
 Cosa siempre será de mas de una hora,
 Y si en llegar se tarda
 Es muy de recelar que el jóven arda.

« ¿Por ventura de aquesto, »
 Dice Roger, « nosotros nos cuidamos?
 « Nuestro deber hagamos
 « Y hagan el cielo ó la fortuna el resto.
 « La lucha que á trabar nos preparamos
 « Hará al menos notorio que dispuesto
 « Está nuestro valor á un sacrificio
 « Por salvar á ese jóven del suplicio. »

Oyendo estas palabras, la doncella
 Su marcha emprende por la recta via,
 Y tres millas por ella
 Con los dos héroes caminado habia,

Cuando á la puerta y al padron llegaron
 Dó tantos infelices
 Honor, armas, caballos se dejaron.

No bien los ve, de lo alto de la roca
 Una campana el centinela toca;
 Y por la puerta, en esto, sobre un bruto
 Corriendo, un viejo en asomar no tarda;
 Que así grita á Roger: « Aguarda, aguarda
 « O disparte á pagar fatal tributo.
 « Si la ley no conoces que aquí rige
 « Escúchame, » y le cuenta
 La costumbre sangrienta
 Que á los guerreros del castillo aflige.
 Afable luego á aconsejar se puso
 Que, de esta tierra obedeciendo al uso,
 Sus armas sus caballos entregasen
 Y que un estéril riesgo conjurasen.

« No querais esponeros
 « A combatir, » decia,
 « Contra esos cuatro intrépidos guerreros.
 « Armas caballos, ropas por dó quiera
 « Hallar podreis, entanto que la vida
 « Irrecobrable es una vez perdida.
 « — Basta, » dice Roger, « basta; instruido
 « De esa ley he venido
 « A probar que no cedo
 « Ante vanas palabras, y que existe
 « Un alma en mí que no conoce el miedo.
 « Lo que en mi nombre así mi labio afirma
 « Mi compañero, cierto estoy, confirma;
 « Mas ¡ah! ¡por Dios! haced que sin tardanza
 « Ver yo de cerca á mis contrarios pueda,
 « Pues la tarde se avanza
 « Y largo trecho por andar nos queda.

« — He lo aquí, » dice el viejo;
 Y por el puente, con efecto, llega

Un caballero armado
Con vestido bermejo
Todo de blancas flores recamado.

Con decidido empeño

La dama entonces á Roger suplica
Que le deje por Dios vencer al dueño
De aquella cota tan luciente y rica.
Mas en vano rogó; de esta victoria
Guardar para sí solo el héroe quiso
La fatiga, los riesgos y la gloria.

Interrogado por Roger quien es
Aquel guerrero, el viejo le responde,
« De Sansoneto esconde
« El pecho aquesa túnica que ves.
Por acuende uno, el otro por allá,
En silencio se mueve sin tardanza
Y, enristrada la lanza,
Hácia el contrario galopando va.
Con sus enormes astas que de hierro
Forjadas parecian,
Armados se embestian
Los dos rivales fuertes y aguerridos
Mientras que, con el conde, del palacio
Mil infantes salian decididos,
Cual siempre, á despojar á los vencidos.

Cortar en una selva, á corto espacio
De allí, diez robles hizo Sansoneto,
Y, con ellos diez lanzas fabricando,
Una presenta á su rival, guardando
Otra igual para sí. Duro cual yunque
Debe ser el broquel, ser debe el peto
De cada paladin, para que el choque
Que uno y otro reciben no los trunque.

El de Roger, que allá en los hondos senos
Hizo sudar á la infernal cuadrilla,
Es el mismo que Atlante le entregara

Y con que obró ya tanta maravilla.
Con claridad tan rara
Con tal violencia , descubierta , brilla ,
Que tiene que ocultarlo bajo un velo ,
Por no postrar á cuantos ve en el suelo ,
Y ser debe además impenetrable
Pues no cede á aquel golpe formidable.
El otro , cuyo artífice sin duda
Fué menos docto , á resistir no alcanza
Del fiero encuentro la violencia cruda.
Por medio de él , la lanza
Del buen Roger abriéndose camino ,
Hirió en el brazo al triste Sansoneto
Que del arzon bien pronto al suelo vino.

Fortuna , á quien tal vez
Agrada el llanto del que siempre rie ,
Y que de aquel á quien el triunfo engríe
En dominar se place la altivez ,
Hoy por la vez primera
Hizo que el jóven derribado fuera.

En esto , la señal de la pelea
A los otros guerreros dando el conde ,
Se acerca al sitio en donde
Estaba Bradamante á quien desea
Preguntar quien su compañero sea.

Montado en el caballo
Que fué de la doncella , allí lo guia
La justicia de Dios por castigallo
De tanta consumada alevosía.
Ocho meses hacia
Que , dar muerte á la vírgen preveyendo
En subterráneo horrendo
El vil precipitárala. El caballo
Que él le robó aquel dia
Reconoce la vírgen al instante ,
Y , del conde en seguida

La voz examñando y el semblante ;
 « Este es, » dice, « el traidor, el fementido
 « Que de las culpas todas de su vida
 « Viene hoy á recibir el merecido. »

Dice ; su acero saca ;
 A Pinabelo, furibundo, ataca
 Y hácia atrás le interdice que se vuelva.
 De tornar á su torre
 Perdida la esperanza, por la selva
 El maguntino corre
 Y huyendo el infortunio que récela
 A su corcel aguija con la espuela.
 La doncella animosa
 Lo persigue lo acosa,
 Lo alcanza y hiere. Con fragor horrendo
 Retumba el bosque entorno ; mas, la lucha
 Contra Roger los otros sosteniendo,
 Nadie este estruendo en el palacio escucha
 Pocos momentos antes,
 Salieron del castillo con la dama,
 Fatal autor de usanza tan inicua,
 Los otros tres valientes contrincantes,
 Que mústio el rostro, la mirada oblicua
 Y llena el alma de afliccion venian,
 Y muerte casi á triunfo preferian.

Ardiendo en sed de sangre y de venganza
 A los guerreros la ímpia dama entonces
 Recuerda su terrible juramento.
 Mas responde Guidon : « Sola mi lanza
 « Basta para vencer ; yo no consiento
 « Que nadie, cuando lidio, me la acompañe
 « Y que mi gloria y mi esplendor empañe.
 « La cabeza, si miento,
 « De los hombros arráncame al momento. »

Esto dice Grifon, esto Aquilante ;
 Solo cada cual quiere

Lidiar , pues á victoria degradante
Preso quedar ó perecer prefiere.

« Mas, ¿ á qué sin provecho

« Tanto hablar ? si venir , la dama dice ,

« A este alcázar os hice

« Fué porque á sus usanzas os plegarais

« No para que sus leyes reformarais.

« Si no era vuestro intento

« Aceptar esta ley sin condiciones ,

« ¿ Porqué no declararlo en el momento

« En que vine á romper vuestras prisiones ?

« Só pena de pasar por embusteros ,

« Hoy á mi voz teneis que someteros. »

« He aquí, » Roger esclama ,

« Mi caballo y mis armas , ¿ qué os detiene ?

« ¿ Porqué nadie á esa dama

« A despojar de sus vestidos viene ? »

Por Roger , á la par que por la dama ,

Cada cual de los tres estimulado ,

De vergüenza y de cólera se inflama

Y á venir al combate se apareja.

De Guidon el caballo , mas pesado

Que el de los otros dos , al jóven deja ,

Al dar la carga , un tanto rezagado.

La lanza , con que habia

A Sansoneto derribado , trae

El héroe y el broquel de que solia

Servirse el viejo Atlante en el castillo ;

Encantado broquel á cuyo brillo

Todo aquel que lo mira al suelo cae ,

Y cuya alta virtud puede á su dueño

Sacar sin daño de cualquier empeño.

Tres veces solamente

Su auxilio omnipotente

Necesitó Roger hasta aquel dia ;

Dos en la isla de Alcina ; la tercera

Por vencer á la fiera
Que á devorar venia
A la hermosa doncella , que el sosiego
Le arrebató , con su perfidia , luego.
Fuera de esto , escondido
Bajo un velo de modo lo llevaba
Que descubrirlo á su placer podia
Cada vez que su luz necesitaba.
Con él , como ya os dije ,
Animoso Roger de la batalla
Al sitio se dirige ,
Dó á sus rivales preparados halla.

El héroe , á quien no aterra
Su vista mas que la de tres rapaces
La lanza enristra , y cierra
Contra el bravo Grifon , de cuyo escudo
Viene á dar en el borde un golpe crudo.
Grifon , asiendo su robusta lanza ,
Ataca á su rival ; pero su punta
Sobre el bruñido espejo resbalando ,
Rompe solo su velo
Dando salida al resplandor extraño
Que , de su honor sin daño ,
A Aquilante y Grifon arroja al suelo.

Guidon , que los seguia ,
Viene tambien en el instante á tierra
Y , de sentido así los tres privados ,
Tendidos yacen por distintos lados.
- Entretanto Roger , que no recela
El portentoso efecto del escudo ,
Vuelve al corcel las riendas y , desnudo
El hierro , en busca de enemigos vuela.
Largo rato corrió sin enconrallos ;
Pues , en tierra tendidos
Caballeros , caballos ,
Damas é infantes , yacen confundidos.

Al pronto maravillase ; mas luego ,
El lienzo al ver quel del escudo pende ,
Lo que pasa comprende.

Vuélvese pues y con inquietos ojos
A Bradamante de buscar no cesa.

No hallándola , al pensar que se interesa
Por el mancebo á quien la muerte aguarda ,
Y sabiendo que nada le acobarda ,
Supone que á dar fin á aquella empresa
Partió sin duda. Entre el gentío inmenso
Que en tierra yace , topa

A la dama Roger que con él vino
Y , en su bridon montándola , galopa.
Del manto que , por cima de su ropa
Ella llevaba , el héroe una cubierta
Hace al broquel. Con esto oscurecido
El fulgor que la priva de sentido
Se recobra la dama y se despierta.

De allí , con faz turbada
Que de vergüenza alzar apenas osa ,
Se va Roger diciéndose : « manchada
« Mi fama con victoria deshonrosa ,
« De contemplar me espanto
« Que á temor atribúyase este encanto. »

Así pensando , al lado del sendero
Que siguiendo venia ,
Nota el bravo guerrero
Un hondo pozo , en torno al cual solia.

Acogerse el ganado
Huyendo del ardor del mediodía.
Lleno á su vista el paladin de gozo ,
Acercándose al pozo ,

« A fin » esclama , « á fin de que esta sea
« La postrer vez que sobre mi derrame
« Rubor su posesion , guardar no quiero.
« Mas largo tiempo ese broquel infame.

Y, una peña cogiendo
Que al escudo sujeta, lo sepulta
En la sima, diciendo:

« Contigo quede mi ignominia oculta. »

Hondo es el pozo y lleno hasta la boca ;
Pesado es el broquel, gruesa la peña,
Que, hendiendo el agua leve,
No se detiene hasta que al fondo toca.
Tan noble acción, con su clarín sonoro,
Locuaz la fama divulgara en breve
Entorno á Francia y por el suelo moro.

Conocida que fué, muchos guerreros
Este escudo á buscar se dedicaron
Y, ansiosos, registraron
Sus reinos y los reinos extranjeros.
Nadie empero encontrándolo, indeciso
Este punto quedó; pues la doncella
Que al mundo habló de esta aventura bella
Jamás decir dó consumóse quiso.

No bien se aleja el héroe del castillo
Con el escudo, cuyo extraño brillo
Ofuscó á sus rivales,
Estupefactos estos se levantan ;
Mas, con incierto paso
Unos hácia otros, místios, se adelantan
Y de su triste caso,
Cada vez que se juntan,
Doloridos la causa se preguntan.
Hablando de esto están, cuando la nueva
Llega de que ha espirado Pinabelo,
Bien que de aquel que le dió muerte, encubre
El claro nombre misterioso velo.

Al conde inicuo Bradamante osada
Encontrando en camino hondo y estrecho,
Le atacó y con su espada
Una y cien veces traspasóle el pecho.

Por el suelo dejándolo sin vida ,
 Y en el bridon , que él le robó , montando ,
 Aléjase en seguida
 Del bosque que testigo
 Fué de tan justo y ejemplar castigo.

En vano luego , inquieta , hácia la torre
 Donde á Roger dejó , parte afligida.
 Por los bosques perdida ,
 Todo el país sin direccion recorre
 La virgen valerosa á quien persigue
 Suerte fatal que de Roger la aleja.
 Mas , por temor de que al lector fatigue ,
 Suspensa aquí la narracion se deja.

CANTO XXIII.

Astolfo entrega á Bradamante el Rabicano y la lanza de oro. — Llegada de la hija de Amon al palacio de Montalban. — Rodomonte quita á Hipalca el caballo que le confió Bradamante. — Orlando liberta á Zerbino del suplicio á que lo conducian. — Batalla entre Orlando y Mandricardo. — Locuras del conde de Anger de este á la noticia de los amores de Angélica con Medoro.

A su prójimo amparo
 De cada cual ; pues raro
 Es que sin premio un beneficio quede.
 Si alguna vez sucede
 Que en bien no torne , es claro
 Que en mal al menos redundar no puede ;
 Mientras que el daño que á los otros se haga ,
 Mas temprano ó mas tarde , al fin se paga ;
 Pues los hombres no son , dice el refran ,
 Cual los montes que inmóviles están.

De triste ejemplo sirva el Magantino

Que de sus culpas todas finalmente
 A recibir el merecido vino ;
 Pues el Señor , que rara vez consiente
 Ver padecer al justo injustamente ,
 A la vírgen salvó , y á todo honesto
 Corazon á salvar está dispuesto.

El conde , que creia
 Haber ya dado muerte á la doncella ,
 Lejos estaba de pensar que , de ella
 A manos , moriria
 En el palacio que nacer le vido ,
 Por gigantes montañas protegido.
 Cabe este alcázar , sin cesar guardado
 De armada gente por escolta inmensa ,
 Dó , huyendo del señor de Claromonte ,
 El conde Anselmo hallábase encerrado ,
 Al pié de inculto monte ,
 Vino , sin mas defensa
 Que la estéril de lágrimas y gritos ,
 A expiar Pinabelo sus delitos.

Dado que le hubo muerte , la doncella
 En busca va del héroe á quien adora ;
 Mas su fatal estrella
 Por la espesa enramada la estravía
 En el momento en que iba hácia el Ocaso
 Dirigiéndose el sol con presto paso.

Dó acogerse la vírgen ignorando ,
 Allí , tendida sobre el fresco suelo ,
 De la noche una parte
 Durmiendo pasa , y otra contemplando
 A Júpiter , á Marte
 Y á los demás planetas que , del cielo
 En torno , van sin descansar girando.
 Dormida empero ó no , siempre en su mente
 La cara imágen de Roger presente ,
 Hondos suspiros del llagado pecho

Le hace exhalar. ¡Oh cuánto, oh Dios, le pesa
Que, mas fuerte su amor que su despecho,
Llamándole á otra empresa,
Le haya en las selvas hecho
Dejar á aquel á quien de amar no cesa,
Sin siquiera la via

Mirar por dó hasta allí venido habia!

Así consigo misma,
Entre llanto y sollozos, platicando,
En sus pesares mas y mas se abisma.
Largas, mortales horas esperando,
Lucir en fin por el Oriente vido
Del nuevo sol el rayo apetecido.
Tomando su bridon que allí pacia,
Su marcha emprende entonces y no tarda,
En llegar al paraje, dó no ha mucho
Que el encantado alcázar existia.

A Astolfo allí se encuentra que, montado
En Hipogrifo, pensativo estaba
Mirando si álguien por allí pasaba
De quien fuese la mano
Digna de gobernar al Rabicano.
Felizmente lo halló; pues, de su frente
El yelmo levantando en este instante,
Permitió á Bradamante
Reconocer la faz de su pariente.
Cortés ella saludale, y derecha
Corriendo hácia él, entre sus brazos se echa,
Y la visera alzándose en seguida,
Muestra á Astolfo su faz bien conocida.

Dar no podia el principe britano
Con persona ninguna
Que mejor le guardase á Rabicano.
Túvolo pues por singular fortuna,
Y doble, por tal causa, en este instante
Fué su júbilo al ver á Bradamante.

Luego que , con ternura ,
 Dos y tres y mas veces se abrazaron
 Y que se preguntaron
 Del tiempo de su ausencia la aventura ,
 Astolfo dijo : « Si emprender intento
 « Por la region del viento
 « Mi carrera , ¿ á qué espero ? » y , revelando
 A la dama su oculto pensamiento ,
 Parte , los aires rápido surcando.

No asombra á la doncella este portento ,
 Que ya dos veces presenciara : Una
 Cuando á embestirla vino el mago astuto ;
 Otra cuando , turbada
 Del buen Roger por la fatal fortuna ,
 Su camino emprender sobre aquel bruto
 Hácia el cielo lo vió desconsolada.

Al comenzar su viaje , el duque Astolfo
 A la doncella quiso
 Confiar el famoso Rabicano ;
 Y á Hipogrifo juzgando que es preciso
 Aligerar de todo peso vano ,
 La armadura , que ya no necesita ,
 De los hombros se quita
 Y á la virgen la entrega con encargo
 De que en llevarla á Montalban no tarde
 Y que allí , hasta su vuelta , se la guarde.

Con su espada y su trompa (sin embargo
 De que esta sola libertarle pueda
 En cualquier trance amargo)
 El paladin se queda ,
 Y á la virgen tambien entrega el asta
 Cuyo poder ningun poder contrasta.
 Saltando luego en el corcel volante
 Parte , al principio , con pausado giro ,
 Mas , luego , su carrera
 De tal modo acelera

Que de vista se pierde en un instante.
Así, guiada por piloto experto
Los escollos evita cauta nave
Y, del difícil puerto
No bien saliendo á la alta mar, se aleja
Y atrás las olas y los vientos deja.

Partido Astolfo, en un conflicto grave
La doncella se ve; como no sabe
A Montalban mandar del caro primo
Las armas y el caballo. En su ansia inmensa
De ver á su Roger, no halla reposo;
Y, antes que á Montalban, á Vallumbroso
Inquieta y triste en dirigirse piensa.

En esta indecision, hácia ella nota
Que se acerca un villano
Con cuyo auxilio del inglés la cota
Coloca en el arzon de Rabicano,
Y al cual manda que monte
En el corcel que fué de Pinabelo,
Y que con ella á caminar se apronte,
Conduciendo al del príncipe de mano.

Por encontrar á aquel á quien adora,
A Vallumbroso dirigir desea
Sus pasos Bradamante; mas cual sea
El camino mas fácil ella ignora.
Poco práctico el rústico, tampoco
Lo conoce, y, vagando á la ventura,
Con la doncella toma
Aquel que el mas directo se figura.
Indecisa la vírgen, y no hallando
Una sola persona
Que darle indicios pueda, hácia las nueve
De aquel día las selvas abandona
Y un alcázar en breve
Ve que de un cerro el vértice corona.
Viéndolo, se imagina

Mirar á Montalban , y lo adivina.
Al contemplar el sitio dó dejara
A sus hermanos y á su madre cara ,
Se turba Bradamante y se entristece.
Pues , si allí permanece
Teme ser descubierta , y que se frustre
Su viaje en busca del amante ilustre ,
De cuyo amor intenso
Se abrasa su alma en el volcan inmenso.
Pensativa gran rato , se resuelve
Á alejarse por fin de Montalban.
Con el villano vuelve
La rienda , pues , mirando á la abadía ,
Y por la misma via
Por dó vinieron á tornarse van ,
Cuando su buena ó su fatal estrella
A tropezar con ella
Allí conduce inopinadamente
Al buen Alardo que , de noche y dia ,
Solicito recorre la comarca ,
Medios buscando de alojar la gente
Que , en pró y á instancias del francés monarca ,
De luengas tierras á lidiar venia.
Con mil demostraciones cariñosas
El hermano y la hermana se abrazaron
Y , de casos y cosas
Gratas hablando , á Montalban llegaron ,
Dó á Beatriz hallaron
Que , afligida de su hija por la suerte ,
Haciéndola buscar por toda Francia ,
Amargo llanto sin descanso vierte.
De su madre mil ósculos recibe
La vírgen adorada ;
Sus hermanos le dan miles de abrazos ,
Que poco son ó nada
Si los de aquel recuerda por quien vive

Aprisionada en amorosos lazos.

Partir pues no pudiendo , en el instante
 Un mensajero á Vallumbroso expide ,
 Refiriendo á su amante
 La causa que volar hácia él le impide
 Y encargándole (inútil diligencia)
 Que , por su amor , al punto se bautice ,
 A fin de que , en volviendo á su presencia ,
 El suspirado enlace se realice.
 Por la misma ocasion mandarle piensa
 El corcel que él dejó cuando el camino
 Por el aire emprendiera ; esto es Frontino ,
 Corcel noble y gallardo ,
 Que ni en Francia ni en Africa igual tuvo
 Fuera de Bridadoro y de Bayardo.

A Montalban la vírgen despachólo ,
 Donde , bien mantenido
 Y montado tan solo
 Alguna que otra vez , gordo , lucido
 Estaba y lleno de vigor. Juntando
 Del palacio á las damas en seguida
 Nueva gualdrapa y brida
 De seda y oro espléndida recama.
 Aparte luego á una doncella llama
 Hija de Califresia , su nodriza ,
 A la cual sus secretos patentiza.

De su amado Roger , con ansia nueva ,
 Le pinta las virtudes , los modales ;
 Por su beldad lo eleva
 A la par de los dioses inmortales
 Y añade: « Mensajero
 « Mas que tú fiel ó cuerdo yo querria
 « En vano designar , oh-Hipalca mia ;
 En seguida , enseñándole el sendero
 Que tomar debe , instrúyele de cuanto
 Hacer debe ó decir , y en fin le ruega

Manifieste á Roger que , si no llega
A dar fin ella misma á su quebranto ,
Culpa es tan solo de la suerte ingrata
Que sus proyectos todos desbarata.

Monta Hivalca ; la vírgen en su mano
La rica brida del corcel le pone ,
Y « si algun loco , dícele , ó villano
« Hallas que á molestarte se dispone ,
« Para volverle á la razon , del dueño
« De tu corcel dirásle solo el nombre ,
« Pues , oyéndolo , dudo que haya un hombre .
« Que no renuncie á su arriesgado empeño. »

Otras mil cosas luego le encomienda
De que intérprete ser Hivalca debe.
Enterada ella , en breve ,
Al fogoso corcel suelta la rienda.
Por calzadas y campos su carrera
Siguió mas de diez millas , no encontrando
Quien á Frontino el paso detuviera.
Al medio dia , empero ,
Descendiendo de un monte ,
Por desusado y áspero sendero ,
Topa con Rodomonte
Que á pié viene y armado ,
De un raquitico enano acompañado.
La altiva frente levantando el moro ,
Blasfema al ver en manos de una dama
El bruto hermoso cuyo arzon recama
Esplendente matiz de seda y oro.

Por voto solemnísimo obligado
A emprender la conquista
Del primero que ofrézcase á su vista ,
De quitar su caballo á la doncella
Corrido , cuanto ansioso , Rodomonte ,
« ¡ Qué lástima » se dice , « que , en vez de ella ,
« Su propio dueño ese corcel no monte ! »

« — ¡Ah ! » le responde Hípalca , « si así fuera
 « Pronto él cambiar de parecer te hiciera.
 « Algo mas que tú vale ;
 « Pues en fuerza y valor no hay quien le iguale.
 « — ¿ Quien es , » resplica el moro ,
 « El que asi vierte en los demás desdoro ?
 « — Roger » dice la dama.
 « — Pues así siendo , » el musulman exclama ,
 « Sin reparo ninguno me apodero
 « Del bridon de ese bravo caballero.
 « Si, cual creer hacérmelo tú quieres ,
 « En esfuerzo me gana , su caballo
 « Yo volveréle , y él podrá tasallo ,
 « Y , si gusta , tasar los alquileres.
 « Dirásle pues que Rodomonte soy
 « Y que si quiere combatir conmigo ,
 « Hallará fácilmente á su enemigo ;
 « Pues dó quiera que estoy
 « Terribles muestras de mi paso doy. »

Dice ; las riendas al corcel sujeta
 Y salta en él. Inquieta
 Y llorosa la dama , lo maldice ,
 Siguiéndole de lejos por la via ,
 Por dó sus pasos el enano guia
 En busca del raptor de Doralice.

Ya narraré lo que despues avino.
 Agora con Turpin torno al paraje
 Donde quedó sin vida el Maguntino.
 Apártase la vírgen , y su viaje
 Por la selva emprendido apena habia ,
 Cuando llegó Zerbino
 De la vieja falaz en compañía.

Al contemplar tendido por el suelo
 Al ya desconocido Pínabelo ,
 Que un mar de sangre por cien brechas vierte ,
 De su mísera suerte

Se apiada el escocés ; y , suplicando
A la vieja que allí su vuelta aguarde ,
En busca de venganza ,
Por la huella que ve mas fresca avanza.

A Pinabelo acércase Gabrina
Y atenta lo examina ,
Por ver si hay algo que robar , entorno
O encima dél ; pues juzga que es locura
Dar , con un vano adorno ,
A un mísero cadáver sepultura.
Si de esconder el fruto de su robo
Viera la infame arbitrio ú esperanza ,
Sus ricas armas , su vestido bello
Ella quitara al muerto sin tardanza.
Por mas , pues , que le enoje
Dejar el resto , aquello
Que es fácil de guardar tan solo coge ;
Y , entre otras muchas cosas , se apodera
Del rico cinto que llevaba el conde ,
Y de su talle en derredor lo esconde.

Llega á poco Zerbino ,
Despues de haber de la doncella el paso
Perdido en un recodo del camino.
Súmese en esto el sol en el Ocaso
Y el escocés , á quien el miedo aqueja
De tener que dormir en aquel sitio ,
Torna á emprender su marcha con la vieja.
A dos millas de allí la torre hallaron
Llamada de Altarriva ,
Donde á pasar la noche se pararon
Que entrando ya con prestos pasos iba.
A poco un grito universal escuchan
Y el triste llanto advierten
Que miles de ojos de consuno vierten.

Su causa al punto el escocés indaga
Y oye que dicen que la nueva aciaga

Acaba de llegar al conde Anselmo
De que del bosque en desusada via ,
Su Pinabelo exánime yacia.
Por no excitar sospechas , bien que cierto
Esté de que el que causa estos enojos
Es el mismo á quien muerto
Se encontró por la selva , nada dice
Zerbino , ni del suelo alza los ojos.

Entre cirios y hachones refulgentes ,
Llega despues el fúnebre ataud ,
Cuya vista redobla de las gentes
Del alcázar el llanto y la inquietud.
Ningun dolor , ninguno , empero , iguala
Al que el paterno corazon exhala.

Mientras allí de exequias y de honores
Vano homenaje el que expiró recibe ,
Con la pompa solemne.
Que el uso antiguo del país prescribe ,
Los públicos clamores.
A interrumpir por fin un bando viene
De Anselmo , quien se obliga
A dar premio y merced á aquel que el nombre
Del matador de Pinabelo diga.

De boca en boca cunde esta noticia
Que llega en breve hasta la infame vieja.
Esta , fuese despecho ,
Fuese inhumanidad , fuese avaricia ,
A perder á Zerbino se apareja.
Del padre inconsolable
En busca vase pues ; y , una patraña
Verosímil forjando cuanto estraña ,
A Zerbino delata cual culpable.
Por probar lo que dice ,
Sacando el cinto que á su lado lleva ,
Da al anciano infelice
De su infortunio irrecusable prueba.

En medio de su horrible desconsuelo ,
 Le anima la esperanza
 De no dejar al hijo sin venganza.
 Por tal merced las gracias dando al cielo ,
 Cercar hace el palacio sin tardanza.
 Sorprendido en el sueño el buen Zerbino
 Que , inocente , tal riesgo no sospecha
 Del férreo cepo vino
 A despertarse en la prision estrecha.

Del sol siguiente el rayo matutino
 Brillaba apena , y decretado estaba
 Ya el infame suplicio que aguardaba
 Al escocés , en el paraje mismo
 Dó bajara al abismo
 Aquel de cuya muerte se le acusa.
 De Anselmo allí no se usa
 Oponerse al querer ; así es que apenas
 Sus ráfagas serenas

Mostró la aurora , cuando :
 « Muera , muera , » frenética gritando
 La multitud ansiosa de venganza ,
 Del palacio se lanza ;
 Y , cual á pié , cual á caballo , corre
 En confuso tropel hácia el guerrero ,
 Que , triste , en un rocin va caballero.

Mas Dios , que siempre ampara
 Al que hasta el fin en su bondad confia ,
 A Zerbino este dia
 Irresistible proteccion depara.
 Por allí , con efecto , en este instante
 Pasando acaso el paladin de Anglante ,
 Ve en rededor la gente
 Que á muerte lleva al escocés doliente.

Con Orlando venia
 La bella jóven que , con riesgo grave ,
 Despues de ver su nave

Sobre las olas zozobrar, gemia
 Entre ladrones en oscura gruta
 Bajo el poder de una Meguera astuta.

Hija del rey gallego,
 Isabel se llamaba la doncella,
 Que por Zerbino en amoroso fuego
 Arde tiempo há. De tanta gente junta
 Ella la causa al paladin pregunta:
 « Lo ignoro » él le responde;
 Y, en el monte dejándola, hácia el llano
 Corre; á Zerbino ve; por su semblante
 Reconoce su audacia en el instante;
 Y, en seguida acercándose, el deseo
 De conocer la triste causa de esta
 Bárbara accion inquieto manifiesta.
 La faz doliente levantando el reo,
 Refiere su aventura
 Al de Anglante que, en breve
 Inocente juzgándole, asegura
 Que perecer el escocés no debe.

Confirmase en su juicio
 Cuando oye que el autor de aquel suplicio
 Es el pérfido conde de Altarriva,
 Entre el cual y el señor de Claromonte
 Existe odio profundo
 Que sangre y daños esparció en el mundo.
 « Soltad canalla á ese guerrero, » grita
 Orlando, « ó todos recibis la muerte. — »
 « — ¿ Quien es, » replica de ellos el mas fuerte,
 « El que á todos así provoca altivo ?
 « Si de paja ó de cera
 « Fuéramos y él de fuego, no concibo
 « Que sér mayor pudiera su arrogancia. »
 Dice y embiste al paladin de Francia.

Preséntase en la lid el maguntino
 Con el yelmo y la cota de Zerbino;

Aquesta , bien que sólida , no pudo
 De Orlando resistir al golpe crudo ;
 Ni el yelmo , bien que fino ,
 Pudo el golpe parar que , en la mejilla
 Al malandrín hiriendo , de la silla
 Lo sacó desnucado. El pecho horada
 Roldan á otro despues ; y , embarazada
 Al ver su lanza , arrójala y , aprisa ,
 Desnudando su espada ,
 A dó mayor la multitud divisa
 Corre ; al uno , de un tajo ,
 La cabeza divide ó echa abajo ;
 A cual hiere de punta ; en un momento
 Huyen , en fin , ó mueren mas de ciento.
 Siguiéndolos , los hiere y desbarata
 Hiende , saja , derriba , corta y mata.
 En su inmensa congoja ,
 Sus armas cada cual al suelo arroja ;
 Cada cual huye por distinto giro ,
 Que , en las cavernas ó en la selva umbria ,
 Hallar espera un cómodo retiro.
 La piedad olvidando
 El de Anglante , aquel día ,
 Camina á cuantos ve , sacrificando
 De ciento veinte , en fin , que Turpin cuenta ,
 Quitó Orlando la vida á mas de ochenta.
 Cansado de matar , hácia Zerbino
 Avanza y de manera
 Este al verle se alegra , que imagino
 Que , si al rocin atado no estuviera ,
 Ante las plantas de Roldan cayera.
 Mientras los lazos este despedaza
 Del escocés y á revestir le ayuda
 La fúlgida coraza
 Que á aquel que la vistió dió muerte cruda ,
 La vista , ansioso , el buen Zerbino vuelve

Hacia Isabel que , habiendo presenciado
La lucha desde lo alto de un collado ,
A llegarse á los héroes se resuelve.

 Cuando á su lado el escocés advierte
A la doncella á quien amara tanto ,
Por quien vertiera inconsolable llanto
A la falsa noticia de su muerte ,
Siente un temblor glacial que luego , luego ,
Se va trocando en devorante fuego.
Correr , empero , á echarse entre sus brazos
Le impide su respeto hacia el de Anglante ,
A quien supone de Isabel amante.
Así desaparece hecho pedazos
De su ventura el frágil edificio ;
Pues mayor sacrificio
Que ver muerta á su amada le parece
Pensar que esta á otro amante pertenece.
Dúelele verla en manos
Del caballero á quien la vida debe ,
Pues , por volverla á conquistar , aleve ·
Fuera su empeño y sus esfuerzos vanos.
En vez pues de atacarle , su garganta
Pusiera agradecido
Del príncipe de Anger bajo la planta.

 Juntos y taciturnos , así llegan
Cabe una fuente , en donde
Al descanso , bajándose , se entregan.
Quitase el yelmo el fatigado conde
Y á Zerbino exhortando á que lo imite ,
Descubierta á la virgen ver permite
De su amante la faz. Dulce desmayo
Siente ella al verlo y túrbase ; mas presto ,
Cual flor del sol herida por el rayo ,
Color recobra y apacible gesto.
Entonces , sin que nada se lo vede ,
Hacia su amante corre y , con ternura ,

Lo estrecha entre sus brazos. De ventura
 Enagenada hablar apenas puede ;
 Mas lágrimas de júbilo salpican
 El bello seno , cuyo estado explican.
 Al mirar tanto amor , sin otro indicio
 Que el nombre del guerrero manifieste ,
 Conoce Orlando que Zerbino es este.

La faz no bien enjuta ,
 Gracias la vírgen al de Anger tributa ,
 Sus bondades narrando al escocés.
 Zerbino , que á su vida
 Antepone el amor de su querida ,
 Del conde Orlando arrójase á los pies.
 Y su mano dos veces protectora
 Rendidamente adora.

A darse gracias iban , mil ofertas
 Iban á hacerse , cuando
 Suena ruido en la selva. El yelmo Orlando
 Pone sobre sus sienes descubiertas ,
 Síguete el escocés ; cada cual monta
 Armándose , á caballo , sin tardanza ,
 Mientra , en carrera pronta ,
 Con una dama , un paladin se avanza.

Era aqueste guerrero Mandricardo
 Que , queriendo vengar la suerte impía
 De Alzirdo y Manilardo ,
 Larga emprendió y estraña correría.

Des que , empero , consigo
 Lleva á la dama á quien ganó gallardo ,
 De caminar en pos de su enemigo
 Se muestra el musulman mucho mas tardo.
 Bien que dudar aqueste no pudiera
 Que va buscando á un paladin de fama ,
 No imaginaba que el de Anglante fuera.

Viéndole allí , y al punto
 Sus armas conociendo , altivo esclama :

- « Ese es de mi enemigo el fiel trasunto.
 « Tanta de tus hazañas celebradas
 « La fama fué que á nuestro campo vino ,
 « Que hace mas de diez dias que camino
 « Lleno de ardor siguiendo tus pisadas.
 « Un hombre , el solo á quien dejó con vida
 « Tu cólera homicida ,
 « De la muerte nos trajo la noticia
 « Del Rey de Tremecen y de Nórícia.
 « Por ver tu rostro y por probar tu aliento ,
 « En partir no tardé. Bien instruido
 « De tus armas , insignias y vestido ,
 « Te encontré , pues aun cuando
 « Desnudo te ocultaras entre ciento ,
 « Lo audaz de tu talante
 « Reconocerte hiciérame al instante.
 « — No se puede negar , » replica Orlando
 « Valor al que esas voces articula.
 « Si el afan te estimula
 « De verme , aqui me tienes ;
 « Poder darte mas gusto yo no creo
 « Que quitándome el yelmo de las sienas.
 « Luego que me contemples , tu deseo
 « Podré satisfacer , y en la contienda
 « Probarte que á ese porte injustamente
 « Mi audacia y mi poder no recomienda.
 « — Corriente , » dice el moro ; « prosigamos ;
 « Hecha una prueba la segunda hagamos. »
 Desde los pies hasta la frente Orlando
 En torno al musulman los ojos gira ;
 Su flanco ve y su arzon ; y , no notando
 Maza ni estoque en derredor , se admira
 Y de que armas , preguntale , se vale
 Si , cual sucede á tantos , le sucede
 Que el asta al atacar se le resbale.
 « No tal razon , » respóndele , « te vede .

- « Empezar el combate ; pues que mi asta
 « A hacer temblar á mil contrarios basta.
 « Espada no ceñir tengo jurado
 « Si no conquisto la que Orlando lleva ;
 « Por eso voy buscándolo , afanado
 « De hacer con él de nuestro esfuerzo prueba.
 « Eso juré (por si saberlo os place)
 « El mismo dia en que ciñó mi frente
 « El yelmo refulgente
 « Que la de Héctor ciñó mil años hace.
 « A este yelmo agregada
 « Vino á mis manos toda su armadura ,
 « A excepcion de la espada ,
 « Que cuándo ignoro y cómo fué robada.
 « De la audacia de Orlando y su ventura
 « Oyendo hablar , infiero
 « Que tiene en su poder aquella espada.
 « Por eso hallarle quiero
 « Y hacerle que esa joya que no es suya
 « Al verdadero dueño restituya.
 « Tambien hallarle quiero porque ansio
 « La muerte en él vengar del padre mio.
 « Orlando por traicion le dió la muerte
 « Que darle de otro modo no podria.... »
 Falto ya de paciencia , con voz fuerte :
 « — Mientes , » gritale el conde ,
 « Y , cual tú , miente el que , cual tú tal diga.
 « La fortuna enemiga
 « Aquí te guia por tres culpas hoy ;
 « Que yo el Roldan á quien tú buscas soy.
 « A tu padre maté ; mas , con nobleza ;
 « Y he aquí la ilustre espada
 « A tu valor , si vences , destinada.
 « Bien que mia , consiento
 « En que ella el premio del combate sea ;
 « Así pues , mientras dure la pelea ,

« Suspenderla de ese árbol es mi intento ;
 « Tuya será si tu valor me prende
 « O si la tierra con mi sangre tiñe ; »

Diciendo así , descíñe
 Durandarte y al árbol la suspende.

A medio tiro de arco , uno del otro ,
 Para tomar carrera , se separa ,
 Y , aflojando las riendas á su potro ,
 Cada cual de ellos con ardor lo empuja .
 Las lanzas de la cuja
 Sacan y , con su punta enarbolada ,
 Vienen á herirse en medio á la celada .
 Inmóviles los dos , al recio embate
 Resisten ; mas sus lanzas , cual de hielo
 Saltan , hechas pedazos , hasta el cielo .
 Con lo que de ellas queda entre sus manos ,
 Prosiguen el combate ,
 Mas bien que cual guerreros , cual villanos
 Que acerca de las lindes se disputan
 De la tierra ó del agua que disfrutan .

A los golpes primeros
 Los trozos de sus lanzas no resisten ,
 Y , á falta de otras armas , los guerreros
 Con las manos , coléricos , se embisten .
 A impulso de ellas cotas y corazas
 Se abollan , ó se parten en pedazos ,
 Cual si , asidas por sólidas tenazas ,
 Entre el yunque se hallaran y los mazos .

Bien quisiera poderse sin desdoro
 De este combate retirar el moro .
 Que su ardor no aprovecha es manifiesto ;
 Pues mas que al que lo lleva
 Es cada golpe al que lo da funesto .
 Por luchar aproxímanse ; y bien presto
 Ase á Roldan el otro con deseo
 De hacer en él la prueba

Que hizo el hijo de Jove con Anteo.
 Con ímpetu , hácia sí , forcejeando ,
 Por arrancarlo del arzon , lo tira
 Y el exceso de su ira

Hace que ambas sus riendas abandone ,
 Sin reparar el riesgo á que se expone.

El conde , en tanto , que á vencer aspira ,
 La cauta mano entre una y otra ceja
 Del palafren de su adversario pone
 Y su brida caer al suelo deja.

Aferrado de Orlando á la cintura ,
 Se afana el musulman por derriballo ,
 Y tanta fuerza desplegar procura
 Que hace saltar las cinchas al caballo.
 Con el pié en el estribo todavía ,
 Al suelo entonces viene Orlando , haciendo
 Un estrépito igual al que , cayendo ,
 Un saco lleno de armas causaria.

Del freno que sujeta su cabeza
 Libre al verse el corcel del agareno ,
 De ardor y espanto lleno ,
 A discurrir sin direccion empieza.
 Triste alejarse Doralice advierte
 Al que hasta entonces le sirvió de guia.
 Y , no sabiendo cual será su suerte
 Como llegue á perder tal compañía ,
 Corre tras él ; el agareno , en tanto ,
 Con manos y con pies al bruto hostiga.
 Cual si oirle pudiera ,
 Con gritos amenázalo y , su espanto
 Redoblando , redobla su carrera.

Así corrió tres millas y corriera .
 Muchas mas , á no hallarse
 A su paso un barranco , dó vinieron
 Caballo y caballero á revolcarse.
 Golpe terrible dán ; mas ¡ caso extraño !

Ninguno de los dos recibió daño.

Alzase pronto el bruto ; mas , sin freno
No pudiendo seguirlo , el agareno
Lo aferró por la crin , y de vergüenza
Y de coraje lleno ,
Como domarlo á discurrir comienza.

« Toma del mio , toma

« El bocado » le dice la doncella ,

« Pues , con brida ó sin ella ,

« Mi voluntad al que yo monto doma.

Al sarraceno descortés parece
La propuesta aceptar de Doralice ;
Mas fortuna bien presto
Bella ocasion le ofrece
De hacer que su propósito realice.

Cual lobo que el estrépito vecino
De cazadores y de perros oye ,
Así la vieja que huye de Zerbino
Se acerca allí. Vestida todavía
Con el traje galan que de la dama
Del conde fué , venia
Montada en el bridon de quien recama
La silla el oro y la bñdad la fama.
Sin haberlo notado ,
Así del musulman hállase al lado.

Al ver el bello y esplendente traje
Con que adornada viene
La que de mona tiene
Mas bien que de mujer el gesto y traza ,
La risa no contiene
Ni Mandricardo , ni Isabel. La brida
Quitando el moro á su corcel , con voces
Y gestos le amenaza ,
Le asusta y pone en fuga. Por las selvas ,
Por valles y por montes , al acaso ,
Corre con presto paso

Con la vieja á quien duele y desconcierta
El temor de una muerte casi cierta ;

Mas, por hablar de esta vision , no quiero
Dejar de hablar del ínclito guerrero
Que á su arzon , sin que nadie se lo vede ,
Colgando va cuanto servirle puede.
Monta luego , y gran rato á ver si vuelve
El sarraceno aguarda ;
Mas viendo en fin que tarda
A partir en su busca se resuelve.

Cortés , empero , antes
La venia obtiene de los dos amantes
Que en sus semblantes su dolor explican ,
Y que al héroe suplican
Les permita seguir su cara huella.

Bien que agradable y bella
Fuese esta compañía , él la rehusa ,
Pues de cobarde á todo aquel acusa
Que requiere testigo
Cuándo al encuentro va de su enemigo.
A Isabel y á su amante
Ruega al partir el príncipe de Anglante
Que , si ven por la selva al agareno ,
Le digan que en su busca aquel terreno
Recorrer se propone otros tres dias ,
Al cabo de los cuales
Fuerza será , si verle quiere el moro ,
Que vaya hasta los reales
Donde flota el pendon de lises de oro.

Hacer queriendo cuanto fuese grato
A su libertador , este mandato ,
Acepta , al irse , el príncipe Zerbino.
Por distinto camino
Resuelto el conde á proseguir su viaje ,
La espada coge , que del árbol cuelga ,
Y su bridon empuja hácia el paraje

Por dó de hallar al moro
Con la esperanza , en su inquietud , se huelga.

El curso extraño que siguió la bestia
Del musulman fué causa de que vana
Fuese del conde Orlando la molestia.
Sin encontrarlo , pues , al tercer dia
A orillas aportó de un arroyuelo
Que en florido verjel todo aquel suelo ,
Bullicioso corriendo , convertia.

Del sol el rayo con violencia hostiga
Al pastor y al ganado en este instante ,
Y mas aun al príncipe de Anglante
Que del broquel , del yelmo y la loriga
Soportar ya no puede la fatiga.

En busca de reposo
Entrase pues en un verjel frondoso ,
A donde vino en hora malhadada
A dar , ¡ incauto ! la primer pisada.

En él entrando , escrito en la corteza
Do los arbustos á mirar empieza
El nombre de su dama
Que , al nombre de Medoro entrelazado ,
Esculpió su cuchilla en cada rama.

Cada letra que mira
Es un puñal con que el amor le hiere.
Alucinarse quiere ,
Y , sin lograrlo , á persuadirse aspira
Que otra Angelica fué la que su nombre
Unido allí grabó con el de otro hombre.

Mas , con nueva atencion examinando
De su letra la forma conocida ,
A sí mismo en seguida
Se dice , « de Medoro ,
« Por disfrazar el mio ,
« Tomó sin duda el nombre la que adoro. »
Cuitado , así viviendo de esperanza

De una en otra ilusion se precipita ,
 Y de un error en otro error se lanza.
 Cada vez que en sus penas reflexiona ,
 Las aumenta y renueva
 Cual , por romper la red que le aprisiona ,
 El ala inquieto jilguerillo agita ,
 Intrincando sus lazos y su cuita. .

Orlando desde allí sus pasos lleva
 Hacia el monte que , encima de la fuente
 Alza arrogante la encorvada frente.
 Los troncos de los árboles contornan
 Hiedras y vides que aquel sitio adornan ,
 Una gruta formando dó , abrazados ,
 Los dos enamorados
 Pasar solian del ardor las horas
 Y dó amor por dó quiera
 Sus simpáticos nombres esculpiera.

Triste el guerrero hacia la gruta baja ,
 A cuya entrada mira
 Versos de aquellos que el placer inspira
 Y que , en un tronco , con profunda raja ,
 Escribió de Medoro la navaja.
 De lo que ellos decian el sentido
 Era este á nuestra lengua traducido.

Plantas silvestres , aguas cristalinas ,
 Fresca , sombría , silenciosa gruta ,
 Donde mi alma dulzuras peregrinas ,
 Al lado de su Angélica , disfruta ;
 ¡Cuántas veces me visteis sus divinas
 Gracias que tanto amante se disputa ,
 Desnudas estrechar entre mis brazos ,
 Contra mi seno , en deliciosos lazos !

La ventura que os debo solo alcanza
 A compensar mi afan de engrandeceros.
 Cánticos pues de gloria y de alabanza
 Entonaré , rogando á los viajeros

Que el hado aquí de tiempo en tiempo lanza
Y á cuantos lleguen , damas ó guerreros ,
Que , cual yo , bendiciendo aqueste suelo ,
Para él imploran el favor del cielo.

Escrito estaba en árabe , que entiende
El de Anglante lo mismo que el latin :
Que entre otras muchas lenguas que comprende
Conoce aquella , á fondo el paladin .
Con ella , en medio del contrario campo ,
Logró salvar mas de una vez su vida ,
Nunca , empero , cual hoy comprometida .

Tres veces , cuatro , seis , el infelice
El escrito leyó , buscando en vano
Si de otro modo lo que el árbol dice
Interpretar podrá . Sobre su pecho
Entonces del despecho
Siente imprimirse la pesada mano .
Suspensa su existencia estar parece
E inmóvil , cual la roca
En que clava la vista , permanece .
Sobre el pecho caer la barba deja ;
Mústia y baja la faz , hasta á sus ojos
Llanto riega el rigor de sus enojos
Y al labio voz para exhalar su queja .

La angustia de su pecho siendo tanta
No es extraño que así se reconcentre ,
Cual agua que , de un vaso de ancho vientre
Por salir , refluendo á la garganta ,
Se agolpa de manera
Que solo gota á gota sale afuera .

En su delirio extraño ,
Piensa Orlando en seguida
Alucinarse con un nuevo engaño .
Piensa que , de su dama
Imitando la letra conocida ,
Su memoria querida

Por hacerle penar alguno infama.

Con esta breve y frágil esperanza

Animado su espíritu algun tanto,

Montado en Bridadoro

Parte cuando del sol las trenzas de oro

La noche envuelve en su estrellado manto.

Bien presto, el humo advierte que la cima

De una casa corona; del becerro

Oye el mugir; del vigilante perro

El fiel ladrido; con la espuela anima

Al veloz Bridadoro, y se apróxima.

Lánguido, dél bajando, se lo entrega

A un mozo atento que á su encuentro llega;

La espada otro le quita, otro la adarga,

De su yelmo y su cota otro se encarga.

En esta estancia que del moro el pecho

De amor y de placer vió satisfecho,

A inconsolable pena

Entregado el de Anger, sin otra cena

Que sus lágrimas, súmese en el lecho.

Por alejar la imágen de la ingrata

Vanamente allí lidia;

Que de Angélica el nombre y la perfidia

Cada objeto que mira le retrata.

De hablar y de informarse á su alma acosa

El ansia: mas ofúscales y le inquieta

El temor de hacer pública una cosa

Que tiene empeño en conservar secreta.

En vano empero de engañarse trata.

Mientras él á sí propio se la oculta,

La historia, que tan grata

A tantos fué, creyendo hacerle obsequio,

El pastor largamente le relata.

Dícele de que modo,

Por los ruegos de Angélica movido,

El mismo á su cabaña

Condujo al jóven gravemente herido.
Como él sanó con rapidez extraña ,
Mientras , de ella en el ánima sencilla ,
De un incendio horroroso
Brotó terrible la voraz semilla
Que , haciéndole olvidarse de que es hija
Del monarca oriental mas poderoso ,
La decide á que elija
A un imberbe soldado por esposo.

Al acabar su narracion , presenta
Al de Anglante el pastor el dije hermoso ,
Que , de hospedaje tan cordial contenta ,
Le dió la dama á su postrer agur.
Por este medio que á su vista ofrece
La ilusion del guerrero desvanece
Del crudo amor la bárbara seguí.
De su dolor á los violentos tiros
Por resistir en vano el conde calla ,
Que , en lágrimas, en quejas y en suspiros ,
A su pesar , el corazon estalla.
Cuando solo , por fin , dar suelta rienda
Puede el dolor que le devora el pecho ,
Un torrente de lágrimas derrama ,
Suspira , y gime , y clama ,
Y , triste , revolcándose en su lecho ,
De pena dura ó de punzante ortiga ,
Hecho lo juzga en su mortal fatiga.

Su mente en esto una terrible idea
Viene á asaltar. La cama
En que , triste , se agita y forcejea
Es la misma sin duda en que la dama
Al jóven recibió que esposo hoy llama.

Cual , viendo una serpiente que rastrea
Al lado suyo por la espesa grama ,
Se alza el villano , el principe á esta idea
La aborrecida pluma

Deja agitado , con presteza suma.
 Del pastor , de su lecho y de su estancia
 De tal modo la vista le importuna ,
 Que ni aguarda crepúsculo ni luna.
 Sus armas toma , y á caballo , sale
 Al bosque , en donde del dolor que siente ,
 Sin testigos exhale ,
 Su corazon los ecos libremente.

Allí , noche ni dia
 De lamentarse y de gritar no cesa.
 Las gentes huye y de la selva espesa ,
 Se acuesta ó vaga por la tierra fria.

Maravillado él mismo de que el llanto
 Que sus ojos derraman no los ciegue ,
 Y de que al pecho tan feroz quebranto
 Ecos para expresarlo al fin no niegue ,
 En su ímpetu violento ,
 Exclama así con dolorido acento :

« De mis ojos ya no son
 « Esas lágrimas que vierto ;
 « Que , á impulsos de mi pasion ,
 « Fundido sale , estoy cierto ,
 « Por ellos mi corazon.
 « Sangre , sangre es de mis venas
 « Ese humor que desperdicio :
 « Y el duelo á que me condenas
 « Tampoco , oh Amor , es indicio
 « Del alivio de mis penas.

« Mis suspiros son el viento
 « Cuyo soplido exacerba
 « El volcan que en mi alma siento ;
 « Foco de mi cuita acerba ,
 « Origen de mi tormento.

« Triste de mí , solo soy
 « Sombra ya del que fué Orlando ;
 « Desengañado , desde hoy ,

« Por ese mundo vagando
 « Sin esperanzas me voy.
 « Y si el galardón contemplo
 « Que de mi amor recibí,
 « Mi júbilo solo templo
 « Al pensar que al mundo ejemplo
 « De amor é infortunio dí. »

Aquella noche toda , con efecto ,
 Por la selva vagando ,
 Empieza á realizar este proyecto.
 Al despuntar el sol , junto á la fuente
 Llega ; y allí de nuevo
 Grabado nota el nombre del mancebo.

Lleno de odio , de cólera y vergüenza ,
 No bien lo mira , á Durindana saca
 Y á esgrimirla comienza
 Con furia tal , que al cielo , dividido
 En menudos pedazos , saltar hace
 El peñasco ó el árbol dó esculpido
 De Angélica ó Medoro el nombre yace.

Así destruye este verjel tranquilo
 Dó hallaban contra el sol y contra el hielo
 Pastores y ganados un asilo.

Y en sus límpidas aguas arrojando
 Las peñas y los árboles que trunca ,
 Las enturbió de modo
 Que no volvieron á aclararse nunca.

Cubierto de sudor , rendido , el conde ,
 Cuando el aliento á su ira
 Y á su valor ve ya que no responde ,
 La vista tiende al cielo ;
 Agítase , suspira

Y , medio muerto , en fin , se arroja al suelo.

Sin comer ni dormir , sobre la yerba
 Tres veces vióle , al despuntar , la aurora ,
 Doblando cada vez la pena acerba

Que su afligido corazon devora.
 Al cuarto dia , en fin , furioso se alza ;
 De su espalda y sus brazos
 Hace saltar las mallas en pedazos :
 Desármase en seguida y se descalza ;
 Por el bosque corriendo ,
 Aquí su yelmo ó su loriga deja ;
 Por acá su pavés , allá su escudo ,
 Y , sus ropas rasgando y esparciendo ,
 De su cuerpo velludo
 Deja ver cada músculo desnudo.

De su pasion el deplorable exceso ,
 Soltando en fin á su furor las riendas ,
 Le hace perder el seso
 Y la espada arrojar que hizo en su mano
 Tantas y tantas cosas estupendas.

De su vigor inmenso
 Tengo tan alta opinion yo , que pienso
 Que no mas que por lujo ó por monada
 Lanza enristró jamás , ó empuñó espada.

De esto dió insigne prueba , un pino enorme
 A su primer embate descuajando ,
 Y tras este arrancando
 Dos ó tres mas. Cual , por tender sus redes
 Al zorzal enemigas ,
 Arranca el cazador juncos ú ortigas ,
 Del mismo modo arranca Orlando encinos ,
 Erguidas hayas y robustos pinos.

Este fragor extraño
 Oyen unos pastores ,
 Y , en la selva dejando su rebaño ,
 Se acercan al autor de estos horrores.
 Mas , por temor de parecer molesto ,
 Aquí mi canto á suspender me apresto..

CANTO XXIV.

Furores de Orlando. — Castigo de Odorico. — Mandricardo recoge las armas de Orlando que colgó de un pino el príncipe escocés. — Muerte de este príncipe y desconsuelo de Isabel. — Combate entre Roldomonte y Mandricardo.

¡Guay de aquel que , poniendo
En la amorosa red la incauta planta ,
Alzarla en el instante no procura ;
Que es el amor locura
De que todo hombre de razon se espanta!

Pasion siempre funesta
Avara de placer , pródiga en males ,
No siempre en las frenéticas señales
Con que agita á Roldan se manifiesta.

Causa de tanto y tanto mal distinto ,
Confuso laberinto ,
Donde aquel que se avanza
Perder por siempre debe
De volver á salir toda esperanza ,
Es el amor que , aleve ,
Gozar una hora de reposo veda
Al que en sus lazos una vez se enreda.

Mas hermano , podrá decirme alguno ,
Tú que en sentar axiomas te entrometes ,
¿ A la razon que inculcas te sometes ?
A eso respondo yo : Cuando importuno
El amor no me acosa , dél reniego ,
Y , huyendo dél , buscando voy sosiego.
Juro no amar , mas , roto
Formado apena este designio , noto
Que de mi pecho es incurable el fuego.

En otro canto, oh príncipe ya os dije
 Cual, sus ropas frenético rasgando,
 Y la selva atronando,
 Por sus sombras Orlando se dirige,
 Y cual á unos pastores
 De sus pecados el fatal influjo
 Hácia aquel sitio por su mal condujo.

La locura del conde
 Ellos al ver, al ver su fuerza brusca,
 Echan á huir; mas sin saber por donde,
 Cual huye aquel á quien el miedo ofusca.
 Siguelos él en rápida carrera
 Y la cabeza al uno al suelo arroja,
 Con la facilidad con que cualquiera
 De tierna flor arranca débil hoja,
 O coge en un verjel madura pera.
 Por una pierna el grave tronco asiendo,
 Furioso va tras los demas corriendo,
 Y á otro alcanzando, hasta el siguiente dia,
 Sobre la tierra fria
 Privado de sentido,
 De un solo golpe, déjalo tendido.
 Huyen los dos que quedan
 Y mientras corren por camino extraño,
 Se lanza el conde en medio del rebaño.

De su furor ante el terrible ejemplo,
 Dejando sus labores,
 Asustados se van los labradores
 Buscando alguna casa ó algun templo,
 Donde abrigarse puedan
 De la furia de aquel, á cuyo choque,
 Bueyes y potros por el campo ruedan.

Bien podeis figuraros el estruendo
 Que en las villas cercanas
 Van por dó quier haciendo
 Zamponas, tamboriles y campanas;

Con chuzos , y con arcos , y con hondas ,
Desde el monte mas alto ,
Do suben mil , á las cañadas hondas
Bajan otros dispuestos al asalto.

Cual , agitada por el austro , suele
La orilla acariciar , ola que pronto
Otra mas recia impele
Y otra , y otra mas brava ,
Que por hinchar del Ponto
La aterradora inmensidad acaba ,
Así se va agitando
La inmensa turba que amenaza á Orlando.
Bien presto su imprudencia
Conoce cada cual por experiencia ;
Pues á los diez primeros que llegaron
Diez furibundos golpes derribaron.
Ninguno en tanto herir al héroe puede ,
Que el celeste poder le protegía ,
Porque fuese algun dia
Gloria y sosten de la romana sede.

A punto estaba , si morir pudiera ,
De perecer el temerario conde ,
Cuando la chusma , al ver que no responde
Su audacia toda al éxito que espera ,
El campo abandonando , se retira.
Viéndose solo , Orlando se dirige
Hácia unas casas que allí cerca mira ;
Desiertas las encuentra :
Tanto es el miedo que á su gente aflige.
En una de ellas , sin embargo , se entra ,
Y allí acopiado en abundancia nota
Cuanto al sustento de un pastor conviene ,
Sin distinguir el pan de la bellota ,
Por su hambre y por su cólera impelido ,
En coger lo que ve no se detiene ,
Sin reparar si está crudo ó cocido.

Así, aquel territorio recorriendo,
A fieras y hombres con furor persigue;
En su curso estupendo
Gamos y corzos alcanzar consigue,
Y, si en la selva aviene que se encuentre
Osos ó jabalís, lucha con ellos
Y, despues de vencellos,
Con su carne ó su piel harta su vientre.

Por aquí y por allí, de arriba abajo,
Toda Francia recorre
Y á un puente llega, en fin, bajo el cual corre
Un torrente con márgenes en tajo,
Y á cuya entrada elévase una torre,
Desde la cual abarca
La vista entorno toda la comarca.

Mas lo que allí le avino
Diré otra vez, y torno hácia Zerbino,
A Orlando este no bien pierde de vista,
Corriendo por su pista,
Llegar á poco advierte á un caballero
Que, por dos escoltado,
Sobre un flaco rocin viene montado.
Bien pronto reconocen
Isabel y Zerbino al prisionero;
Lobo, á cuyo cuidado
Se puso la custodia del cordero.

Refiriendo venia
Justamente á Zerbino la princesa,
La historia entonces del aciago dia
En que, despues de ver con riesgo grave
Entre las olas zozobrar su nave,
Quedó en poder de los ladrones presa.

Los dos que al lado de Odorico vienen
Y que noticia tienen
Del amor de Isabel, y del guerrero,
Por sus armas primero

Y por su faz despues reconociendo
 Al que fué su señor, de los caballos
 Saltan al punto, y respetuosamente
 Desnúdanse la frente
 Y arrojánse á sus pies para besallos.
 Zerbino atentamente
 A uno y otro mirando, al de Bilbao
 Reconoce y á Almonio
 A quienes, de su afecto en testimonio,
 Con Odorico despachó en la nao.

« Pues que el cielo ha dispuesto, » Almonio dice,
 « Que de Isabel al lado te encontremos,
 « Nuestro caso infelice
 « Inútil es que á referir tornemos.
 « Ella, Señor, sin duda te habrá dicho
 « Cuanto debes saber; ella de aqueuse,
 « A quien mandaste tú la protegiese,
 « Te habrá narrado el criminal capricho.
 « Referirte yo, empero,
 « Lo que pasó despues de su partida,
 « Y que ella ignora por lo tanto, quiero.
 « De la ciudad ligero hácia la playa,
 « Con algunos caballos, yo acudia
 « Hácia el sitio dó habia
 « Con Isabel dejado al de Vizcaya.
 « En vano empero los busqué, que apena,
 « Descubrí sus pisadas por la arena,
 « Siguiéndolas, entre en la selva opaca
 « Dó no hube andado mucho,
 « Cuando, débil y flaca,
 « La voz de aqueste que me llama escucho.
 « Quien le hirió que me diga le suplico,
 « Y qué fué de la dama y de Odorico,
 « De cuya fuga recogiendo señas,
 « Me pongo á recorrer aquellas breñas.
 « Mucho corri buscándolos prolijo

« Sin encontrar su huella , todo el dia.
 « Viendo esto , hácia el paraje me dirijo
 « Do por tierra yacia
 « Exánime mi triste compañero ,
 « Que , un momento despues , mas que mi apoyo
 « El del sepulturero
 « Necesitara que le abriese el hoyo.
 « Del bosque á la ciudad hice llevarlo
 « A casa de un mi amigo , donde en breve
 « Logró un antiguo médico sanallo.
 « De armas provistos luego , y de caballo ,
 « Corebo y yo buscamos al aleve
 « Que , en la Corte de Alfonso de Vizcaya
 « Encontramos por fin. Allí bien pronto
 « Su orgullo puse á raya ,
 « Pues de Dios ora fuese la justicia
 « Quien mi brazo apoyase , ora fortuna
 « Que con frecuencia á la razon se aduna ,
 « Derroto al vil , le prendo
 « Y , á mi gusto queriendo
 « Imponer á su crimen un castigo ,
 « Al rey pido su venia , y la consigo.
 « Darle muerte no quise , ni dejarlo ;
 « Mas con dura cadena aquí lo traje ,
 « Porque tú mismo de tamaño ultraje
 « A tu placer pudieras castigarlo.
 « De Cárlos al saber , que el estandarte
 « Sigues , aquí me vine por buscarte ,
 « Y al cielo gracias doy de que de verte ,
 « Bondadoso hoy depárame la suerte.
 « Gracias doyle tambien de que , á tu lado
 « Mostrándome á esa dama , la zozobra
 « De mi alma ha disipado ,
 « De mi alma que otra vez su paz recobra. »

 Á Almonio atentamente

Escucha el escocés. Feroz mirada

Sobre Odorico de lanzar no cesa
 Pues , olvidando su furor , le pesa
 Ver su amistad tan mal recompensada.
 Largo rato , suspenso y silencioso ,
 En el crimen nefando
 De Odorico se queda meditando ,
 É , inquieto y pesaroso ,
 Saliendo en fin de su estupor : « ¿ Es fijo , »
 Al vil pregunta ; « cuanto Almonio dijo ? »

El impostor en tierra
 De rodillas cayendo ante Zerbino ,
 « ¿ Dó está , Señor , » exclama , « el que no yerra ? »
 « Entre el justo y el malo
 « La sola diferencia que señalo
 « Es que el uno , en la guerra
 « Que le hace la pasion , al punto cede ;
 « Mientras el otro , mas resuelto , puede
 « Resistir algun tiempo , bien que al cabo
 « Siempre , por poco que se muestre bravo ,
 « Dueño del campo el adversario quede.

« Si la guardia me hubieras encargado
 « De algun castillo , y que al primer embate ,
 « Por temor del combate ,
 « Yo al enemigo hubiéralo entregado ,
 « Acusarme podria
 « Cualquiera de traicion ó cobardía ;
 « Mas si , animoso resistiendo , tengo
 « Que ceder á la fuerza la victoria ,
 « No porque no la obtengo !
 « Será menor mi mérito y mi gloria.

« Cuanto mas el que ataca es aguerrido ,
 « Tanto es mayor la escusa del vencido.
 « No con mayor firmeza
 « Que aquella con la cual luché conmigo .
 « Al embate enemigo
 « Resiste inespugnable fortaleza.

« En vano , empero con estudio y arte
 « De la razon el sólido baluarte
 « Opuse á la pasion. Vencida al cabo
 « Mi fe , sufrió un inmenso menoscabo. »

Así dice Odorico , á quien acosa
 Ansia de demostrar cuan poderosa
 La causa fué que á delinquir le indujo.
 Si el ruego y la humildad tuvieron nunca
 Para calmar la saña , algún influjo ,
 La suya es fuerza que Zerbino ablande ,
 Pues de Odorico es grande
 La elocuente humildad. Entre su enojo
 Y su piedad , Zerbino titubea ,
 Al recordar la recibida injuria ,
 Lavarla en sangre del infiel desea :
 Mas se aplaca su furia
 Reflexionando en la amistad que un dia
 Con tan estrechos lazos los unia .

Mientras así irresoluto
 Está Zerbino , hácia aquel sitio llega ,
 Corcoveando y relinchando , el bruto
 Á quien quitó la brida Mandricardo ,
 Y sobre el cual , á su pesar , camina
 La que juró del escocés la ruina.
 Este no bien la mira , agradecido
 Las manos alza al cielo ,
 Que este dia cumplido
 Le deja ver su mas ferviente anhelo.

Deteniéndose pues , en su ira inmensa ,
 Lo que hacer deba , el príncipe medita ,
 Y á la vieja maldita
 Cortar primero las orejas piensa.
 Luego quiere matarla , y alimento
 Hacer su carne de milano hambriento.
 Y , entre los mil proyectos que revuelve ,
 Hé por último aquí , lo que resuelve .

« La vida , amigos , » dice ,
 « Á ese traidor perdono ;
 « Mas sobre él mis derechos no abandono ,
 « Bien que su pena haré que se suavice ;
 « Pues fácilmente la disculpa admito
 « Cuando el amor es causa del delito.

« El amor , á los hombres de mas peso ,
 « En miles de ocasiones ,
 « Alteró la razon , privó de seso ,
 « Y de exceso en exceso
 « Acabó por lanzarlos. De Odorico
 « El perdon , pues , invoto ;
 « Y si castigo á alguno darse debe ,
 « Déseme solo á mí , que ciego y loco
 « A un extranjero encomendé mi dama ,
 « Olvidando cual prende
 « Seca estopa al contacto de la llama. »

La vista luego , hácia Odorico tiende
 Y prosigue : « En castigo
 « De tu negra y fatal alevosia ,
 « Á vivir de esa vieja en compañía
 « Por espacio de un año , yo te obligo ,
 « Dó quier que vayas ella irá contigo ;
 « Si irreverente alguno la atropella ,
 « Con tu acero tendrás que defendella ,
 « Y que embestir , cuando ella te lo mande ,
 « Sin que nada te arredre , ni te ablande. »

Este castigo , que Zerbino impone

Á Odorico le expone
 Á perecer mil veces cada dia ;
 Pues de la vieja impía
 Son los crímenes tantos
 Que dar con ella un paso no podria
 Sin riesgo de encontrar un enemigo.
 De su conducta aleve ,
 Por este medio , el escocés castigo

Dar á un tiempo á los dos espera en breve.

A Odorico , en seguida ,
 Jurar haciendo que á la vieja infame ,
 Aun cuando sea á costa de su vida ,
 Dará favor, cuando ella lo reclame ,
 Con la muerte Zerbino le amenaza
 Dó quier que con el tope , como sepa
 Que ha podido un momento
 Olvidar su solemne juramento.

Á Almonio y á Corebo luego ordena
 Que le den libertad. Y ellos con pena
 Se la dan , como quiera que esto impida
 Que su venganza puedan ver cumplida.

Lo que despues aconteciera , escrito
 De Turpin no se encuentra en las historias ;
 Mas otro autor , de quien el nombre omito ,
 Dice que una jornada
 Anduvieron apena
 Cuando , á la fe jurada
 Odorico faltando , una lazada
 Al cuello de su digna compañera
 Echó y á un olmo la dejó colgada ;
 Y que un año despues , sin que supiera
 Nadie el sitio jamás ni la manera ,
 Hizo Almonio á Odorico igual jugada.

De caminar tras dél de Anger se abraza
 En ansia viva el escocés mancebo ;
 Que á Almonio y á Corebo ,
 Por contar á su gente lo que pasa ,
 Despacha sin demora
 Y solo con aquella á quien adora
 Se queda allí. Y era el ardor tan vivo
 Que , de ser grato al buen Roldan , tenia
 Que , por la selva umbria ,
 Buscando vanse al Musulman altivo
 Que logró derriballo ,

Las cinchas reventando á su caballo.

Así tres dias del de Anger siguiendo

Solicitos las huellas , caminaron

Zerbino y su adorada

Tras del guerrero que iba sin espada.

Al cuarto dia al sitio en fin llegaron

Dó del amor de Angélica y Medoro

No ha mucho tiempo que existieron señas,

Y la fuente , los árboles , las peñas

Hechos trozos , por tierra contemplaron.

De un objeto que brilla á los reflejos

Zerbino se adelanta ,

Y del suelo levanta

La coraza del conde. Algo mas lejos

Su yelmo nota , mas no aquel famoso

Que ornó la sien al africano Almonte.

Por lo espeso del monte

El ruido en esto de un corcel se siente ;

Y levantando el escocés la frente ,

A Bridadoro observa

Que , tranquilo paciendo ,

Pendiente el freno del arzon conserva.

Sobre la verde yerba

Desnuda luego á Durandarte viendo ,

Recógela , y recoge los vestidos

Por el campo en mil puntos esparcidos.

Con indecisos ojos ,

Inquietos contemplando

Isabel y Zerbino estos despejos ,

De lo que viendo estan quedan dudando ;

Pues todo pueden suponer , **excepto**

Que haya perdido la razon Orlando.

Si de sangre una gota

Viera en tierra Zerbino , no dudara

Que muerto Orlando fué ; mas nada nota ;

Y del limpido arroyo

Siguiendo luego la corriente clara ,
 Un pastor ve que á reclamar su apoyo ,
 Medio muerto , se acerca. Del de Anglante
 Las locuras habiendo presenciado ,
 Atonito , aterrado las refiere
 Al escocés , que estupefacto queda ,
 Y que creer lo que oye apenas quiere:
 Triste , desconsolado ,
 De su bridon saltando , pieza á pieza ,
 El resto de sus armas
 Que ve en el suelo , á recoger empieza ;
 A recogerlas Isabel le ayuda ,
 Y , en esto , otra doncella se presenta
 A quien cuita gravísima atormenta.
 Si quien es alguien duda ,
 Y á mi me lo pregunta , yo diréle
 Que es Flordelis , cuya alma
 De no encontrar á su amador se duele.

En la ciudad de Cárlos , donde sola
 Seis ú ocho meses aguardando estuvo
 Su vuelta , Brandimarte abandonóla.

En su ardiente deseo
 De dar con él , anduvo
 Los Alpes , hasta el mar y el Pirineo ;
 Buscóle en fin por donde quiera menos
 Del viejo Atlante en los profundos senos.

Allí , con él , hubiérase encontrado
 A Gradaso , á Roger , á Bradamante ,
 A Orlando y Ferragut ; mas , desde el dia
 En que el cuerno de Astolfo al nigromante
 Logró lanzar de su guarida impía ,
 Sin darle dello parte ,
 Hacia París tornóse Brandimarte.

En esto pues , cual dije ,
 Hacia Isabel , corriendo se dirige
 La bella Flordelis , que del de Anglante

Las armas reconoce en el instante ,
 Y á Bridadoro , en cuyo lomo brilla
 Desamparada y refulgente silla.
 Testigo presencial de su locura ,
 El fin de esta aventura
 Escucha Flordelis. Del conde Orlando
 Entonces completando
 Zerbino la magnífica armadura ,
 Suspéndela de un pino
 Y que no se la lleven recomienda
 Al rústico , al guerrero , al peregrino ,
 En su tronco escribiendo esta leyenda :
 « Armadura del príncipe de Anglante. »
 Que equivale á decir: « nadie la mueva
 « Si entrar no quiere con Roldan á prueba. »

Hecho esto , va á partir , cuando , del pino
 Pender las armas viendo , allí se llega
 Mandricardo , y le ruega
 Le diga lo que aquello significa.

Zerbino se lo explica ,
 Y el moro sin tardanza
 Hácia el pino furioso se abalanza ,
 Y , la espada arrancando :
 « Al fin , » exclama , « al fin apoderarme
 « Logro hoy de un arma bella
 « Que vino la traicion á arrebatarme.
 « Por temor de tener que defendella ,
 « Loco Orlando fingiéndose , la arroja ;
 « Su vileza tal vez excuse el hecho ,
 « Mas no puede quitarme mi derecho.

De tal audacia el escocés se irrita
 Y al agareno : « Deja
 « Deja , villano , aquesas armas , » grita ,
 « O á combatir conmigo te apareja. »

Sin decir mas , movidos por su enojo ,
 Se embisten ambos con igual arrojo.

De la batalla comenzada apena
 Ya el horrisono estrépito resuena.
 Rápido como el rayo
 A cada golpe esquivase Zerbino ,
 Y, siempre en busca del mejor camino ,
 Moviendo á su corcel va de soslayo ;
 Y hace bien , pues la vida
 Perderá , si un instante se descuida.

Cual puerco que , asaltado
 En medio al campo por mastin furioso ,
 Que mas y mas le estrecha á cada instante ,
 Un medio de evadirse busca ansioso ,
 Así Zerbino en alto
 Viendo al moro esgrimir la espada ilustre ,
 A discurrir empieza
 Como podrá , sin mengua de su lustre ,
 Evitar el asalto
 Que , siempre amenazando su cabeza ,
 Hace en sus armas un fragor que imita
 Al del viento de marzo cuando azota
 Las ramas de los chopos ,
 De que al suelo mas de una viene rota.

Veloz pujante y bravo
 Se defiende Zerbino , hasta que al cabo
 Un recio golpe , que evitar no pudo ,
 Destrozando su escudo ,
 Y por su cota resbalando , llega ,
 Á herirle el pecho. Por fortuna extraña ,
 Al ver venir el golpe se repliega ,
 Que lo hendiera sino como á una caña.

Sangre caliente que la tierra riega
 Sobre las armas de Zerbino salta ,
 Y su túnica esmalta ,
 Cual roja banda el argentado paño
 Que bordaron los dedos de la dama
 En cuyo ardor mi corazon se inflama.

Poco á Zerbino hoy vale

Su desnudo, su furia y su ardimiento
Que mucho por sus armas, y su aliento
El tártaro á su lado sobresale.

Al mirar de este golpe la violencia,
Menor en realidad que en apariencia,
Destrozado Isabel siente su pecho.

De arrojo y de despecho
Lleno Zerbino, el hierro levantando,
A descargarlo vino
Del musulman sobre el almete fino
Que, á no estar encantado,
De su cabeza, hubiera separado.

Sobre la crin del bruto el cuello dobla
A la fuerza del golpe, Mandricardo.
Mas, presto levantándose y gallardo,
Le injuria, le amenaza y le acomete
Y hasta, el pecho esperando dividirle,
Le da un golpe terrible en el almete.

Zerbino que la vista
Tiene fija en el moro, su caballo
Vuelve con mano lista,
Mas no tanto que aquel, de arriba abajo,
El broquel de un revés no le partiera,
Y que de un solo tajo
La cota, y el brazal no le rompiera,
Y en el muslo, y el brazo no le hiriera.

Por aquí, y por allí, Zerbino en vano
Furioso herir al musulman procura,
Cuya fuerte armadura
Rechaza tanto y tanto golpe insano,
Y cuyo brazo crudo
Sobre Zerbino tal ventaja obtiene
Que, rompiéndole el yelmo y el escudo,
A herirle en siete ú ocho partes viene.

De ellas la sangre en abundancia brota,
Y, á su ardor temerario obedeciendo

Que sus fuerzas se apagan , él no nota.
 El riesgo grave de su amante viendo,
 Hacia la hermosa Doralice llega
 Isabel , y le ruega , y le conjura
 Haga cesar aquella atroz refriega.
 Magüer que de lograrlo no segura ,
 Cuanto bella cortés la dama mora
 A Mandricardo implora
 Porque deponga las sangrientas armas.
 Tambien la voz que adora
 Zerbino oyendo , olvida sus alarmas ,
 Su empresa olvida , y dócil , por la huella
 Camina que le traza la doncella.

Flordelis , que del conde abandonada ,
 Ve de aquel modo la famosa espada ,
 El cabello se mesa
 Y llora de dolor. De Brandimarte
 Digna juzgando esta gloriosa empresa ,
 De ella hablarle propónese , segura
 De que á cualquiera parte
 Do hallarse pueda , al moro
 Volará á disputar este tesoro.

En vano , por buscallo , noche y dia ,
 Corre empero sin tregua Flordelis ;
 Que mientras él á Paris sus pasos guia
 Ella vase alejando de Paris.
 Inquieta así vagando ,
 Hallóse un dia al infelice Orlando.
 Mas diferir esta aventura quiero ,
 Por retornar al escocés guerrero.

No bien partió Zerbino ,
 De haber abandonado á Durandarte
 La triste idea á fatigarle vino ,
 Y á exacerbar la cuita que , violenta ,
 Su espíritu , y sus miembros atormenta.
 Falto de sangre , en su caballo apenas

Tenerse puede ya ; calmada su ira
 La vida poco á poco se retira
 Y un helado licor cunde en sus venas.
 Tal es en fin , tal es el mal que siente
 Que , seguir no pudiendo ,
 Se detiene á la márgen de una fuente.

Afligida , turbada
 Que hacer y que decir la dama ignora.
 Sola , desamparada ,
 Lejos de todo auxilio , gime , llora
 É injusta y falsa á la fortuna llama ,
 « ¿ Porqué , ¡ oh bárbara ! » exclama ,
 « En el seno del mar no me sumiste
 « Cuando tan cerca de espirar me viste ? »

Del escocés , los apagados ojos
 Tiernas miradas sin cesar dirijen
 A su cara Isabel , cuyos enojos ,
 Mas que su propio padecer , le afligen.
 « Amame , » le decia ,
 « Aun despues de mi muerte , ¡ oh vida mia !
 « No siendo porque sola aquí te dejo
 « Sin amparo y sin guia ,
 « Con el placer mas vivo
 « La muerte , oh caro bien , recibiria
 « Pues que en tu hermoso seno la recibo.
 « Mas , ya que inicuo y duro ,
 « El destino dispone
 « Que en tan crítico instante te abandone ,
 « Por esa boca , y esos ojos bellos ,
 « Por aquesos cabellos
 « Que tantas veces he halagado , juro
 « Que con dolor , desesperado , bajo
 « A la inferna mansion , donde el recuerdo
 « Del tesoro que pierdo
 « Será de mi alma el mas atroz trabajo. »
 Del pesar que le oprime

Por sus ojos vertiendo las señales ,
 Inclínase Isabel ; y , tierna , imprime
 Un ósculo en los labios de Zerbino ,
 Marchitos ya cual rosa
 Que , en sazon no cortada ,
 Viene á morir sobre la rama hojosa .
 Y de ellos en los suyos recogiendo
 El postrímero espíritu vital ,
 « No pienses , no , » le dice
 « Que en este suelo de incesante mal
 « Tu Isabel infelice
 « Viva una hora sin tí. Contigo , unida
 « Por un vínculo eterno ,
 « Subiré al cielo , ó bajaré al infierno ;
 « Y , si la fuerza del dolor la vida
 « No me quita , te ofrezco
 « Que esta espada , mi pecho atravesando ,
 « Pondrá fin á las penas que padezco .
 « ¡ Ah ! de mi desventura
 « No es fácil que el rigor á punto llegue ,
 « De que , pasando por aquí , se niegue
 « Nadie á darme á tu lado sepultura . »
 La débil voz Zerbino reforzando ,
 « Vive , » le dice , « vive , ídolo mio ;
 « Por el amor que me mostraste , cuando
 « De Galicia dejaste el señorío ,
 « Yo te ruego , te mando ,
 « Si es que mandar me es lícito , que la hora
 « Aguardes en que á sí te llame el cielo
 « Y que jamás olvides el desvelo
 « Con que amó vivo el que muriendo adora .
 « El apoyo divino
 « Que de la mar sañuda
 « Te salvó , y del furor del Vizcaino ,
 « El que á la negra cueva á darte ayuda
 « Mandó , no ha mucho , al Senador Romano

« De todo acto villano
 « Tu juventud preservará sin duda ;
 « Y si no fuese así ; si al fin forzoso
 « Fuese el morir , elijase á lo menos
 « El género de muerte mas honroso. »

Estas, que no imagino
 Entendiese la virgen , estas fueron
 Las últimas palabras de Zerbino,
 Cuyo espíritu apaga
 La sangre que se escapa de su llaga.
 ¿ Quién es capaz de figurarse agora
 De Isabel el quebranto , cuando advierte
 El hielo de la muerte
 Sobre el pálido rostro del que adora ?
 Cabe el yerto cadáver de rodillas ,
 Con abundantes lágrimas lo riega ,
 Y de tal modo á su dolor se entrega
 Que , en torno á muchas millas ,
 Se oyen sus ecos. Ciega
 De furor , sus mejillas
 Araña sin piedad , rásgase el pecho ;
 El caro nombre repitiendo en vano ,
 Los cabellos se mesa
 Y , con altiva é inobediente mano ,
 Iba acaso á faltar á su promesa ,
 Si allí , por caso extraño ,
 No se acercara en esto un ermitaño ,
 Que de aquella mansion fresca y sombría
 En una celda próxima vivia.

Alta bondad á natural prudencia
 El venerable anciano reunia.
 Lleno de caridad y de elocuencia ,
 A la virgen exhorta á la paciencia ,
 Y del nuevo y del viejo
 Testamento descubre á su presencia
 De ilustres hembras luminoso espejo.

Recuérdale en seguida que no existe ,
 Fuera de Dios, contento ni ventura ;
 Que en esta vida transitoria y triste ,
 El duelo es largo, y el placer no dura.
 Tanto le dice, en fin, que de su intento
 La virgen se desiste
 Y al ardiente deseo no resiste
 De consagrar de su existencia el resto
 Al servicio de Dios. Mas no por esto
 De aquel que tal tormento le ocasiona
 Ni el amor ni el cadáver abandona.
 Llevárselo consigo se propone ,
 Y, del viejo el apoyo requiriendo ,
 Sobre el triste corcel al héroe pone
 Y las selvas así va recorriendo.

Solo con la doncella
 Hacia su oculta y solitaria estancia
 No quiso el viejo dirigir la huella
 Pues, sus años no obstante y su prudencia ,
 No tiene la jactancia
 De juzgar sin peligro esta experiencia.

Junto á Marsella existe en la Provençia
 Un hermoso convento
 De religiosas vírgenes poblado.
 Guiarla allí es su intento ;
 Y, entrándose á su paso en un castillo ,
 Despues de haber del mísero caudillo
 El cuerpo con esmero embalsamado ,
 Con pez la caja en que lo pone cierra.

Grande espacio de tierra ,
 Durante muchos dias recorrieron ,
 Por los sitios mas ásperos é incultos ;
 Que aquel teatro de incesante guerra
 Era su intento atravesar ocultos.

Mas un guerrero al cabo descubrieron
 Que, en alta voz llenándolos de insultos ,

Vino el paso á estorbarles. Por deciros
 Quien este fuese otra ocasion aguardo
 Y torno agora al fiero Mandricardo.

Terminada la lucha, va volando
 A refrescarse el moro, hácia la fuente,
 Y á su corcel dejando
 Pacer la fresca yerba libremente,
 La vista en torno tiende
 Y ve en lo alto del monte
 Un caballero, que hácia allí descende.

Recónocelo al punto Doralice;
 Y « él es, » temblando, á Mandricardo dice:
 « Él es, si no me engaño, Rodomonte
 « Que su esposa sin duda á buscar viene,
 « Y á vengarse de aquel que la detiene. »
 Cúal gavian que, hácia él de lejos viendo
 Venir una perdiz ó una paloma,
 Se llena de placer; así, creyendo
 Ya haber vencido á su rival, asoma
 El contento á la faz de Mandricardo,
 Que á su corcel acércase, y gallardo
 Ocupando su arzon, sus riendas toma.

Cuando del uno el otro tan vecino
 Que ser pudo escuchado, á verse vino,
 Las manos agitando y la cabeza,
 A denostar empieza
 El rey de Argel á su rival. « Castigo
 « A dar voy, » dice, « á tu arrogancia loca.
 « Que nunca impunemente á un enemigo,
 « Cual el que enfrente tienes, se provoca. »

« De vanas amenazas no me asusto, »
 Mandricardo respóndele; « á mujeres
 « En buen hora esas voces intimiden,
 « Mas no á guerreros, que en la lid con gusto,
 « A caballo y á pié, sus armas miden.
 « En vano, digo, intimidarme quieres;

« La guerra es el mayor de mis placeres. »

Cual viento que respira
 Blando al principio , luego , poco á poco ,
 Acreciéndose brama y , lleno de ira ,
 Los árboles conmueve , y los arranca
 Y , redoblando su coraje loco ,
 El mar y el cielo agita con tormenta ,
 Casas derriba , y hasta allá en el seno
 De la selva engolfándose , amedrenta
 Al tímido ganado con el trueno ;
 Por grados de igual modo se acrecienta
 La furia de uno y otro sarraceno :
 Iguales en denuedo y en pujanza ,
 Temblar en torno suyo hacen el suelo ,
 Y , á cada golpe que al contrario alcanza ,
 Centellas mil al cielo ,
 Repercutido , cada acero lanza .

Sin descansar , sin respirar siquiera ,
 Duró gran rato esta áspera batalla ,
 Buscando ambos con saña carnífera
 De su enemigo á destrozar la malla .
 Avanzar ambos quieren , mas muralla
 De acero siempre á su furor se opone ,
 Y el campo palmo á palmo se disputan ,
 Sin que ninguno al otro lo abandone .

Entre otros mil , con tanta fortaleza
 Furioso un golpe el tártaro descarga ,
 Que la fuerza y los ánimos embarga
 Al monarca de Argel . Con la cabeza
 Viene á tocar de su corcel la grupa ,
 Y el arzon casi casi desocupa ,
 Ante la dama bella
 Que provocara esta fatal querella .

Mas cual , con mayor ímpetu , á medida
 Que del arco encorvado
 Se violenta el acero bien templado ,

La silbadora flecha es despedida ,
Así de nuevo , el rey de Argel gallardo
Alza la altiva frente ,
Y con su espada torna prestamente
A devolver su golpe á Mandricardo.

Bien que su cota , fuerte cuanto antigua ,
La violencia amortigua
Del golpe atroz , privado de sentido
Queda el rey de Tartaria. De fiereza
El de Argel redoblando , le acomete.
El riesgo ve que amaga , á su ginete
El tártaro corcel y se apercibe
Un salto á dar veloz , cuando recibe
Un furibundo golpe en la cabeza.
Por el troyano almete
No llevándola el triste defendida ,
A tierra sin tardar cayó sin vida.

Cayó ; mas , en sí vuelto ,
El suelo apenas Mandricardo toca ,
Se alza , y la lucha á proseguir resuelto ,
Con nuevo ardor á su rival provoca.
Rodomonte , furioso , su caballo
Lanza contra él. Inmóvil cual la roca ,
Al recio embate el tártaro á pié queda
Y , por el suelo , en vez de derribarlo ,
Con su corcel el argelino rueda.
Veloz soltando entonces el estribo ,
Se pone en pié ; de cólera mas llenos
Cada vez los dos fuertes agarenos ,
La lucha empiezan con ardor mas vivo ,
Cuando allí se detiene
Un mensajero que á anunciarles viene
De parte de Agramante el grave riesgo
En que se encuentra el campamento moro ,
Si á protegerle sin tardar no llegan
Los muchos paladines

Que de Francia por todos los confines
A aventuras estériles se entregan.

Por su traje y enseña, y por el modo
De manejar sus armas sobre todo,
A los héroes bien presto
Conoce el nuncio; mas también conoce
Que si desepararlos se entremete
Su carácter, quizá no se respete
Y á serle venga el mucho ardor funesto.

Reflexionando en esto,
A Doralice llégase, y le cuenta,
Que Agramante y Marsilio,
Con el rey de Granada Estordilano,
Y con algunos otros, sin auxilio
Asediados estan por el cristiano.
Cuéntale todo y ruégale que trate
De hacer cesar aquel feroz combate.

Entre los dos guerreros, la doncella
Animosa interpónese gritando :
« Por el amor que me teneis, os mando
« Que, suspendiendo esa fatal querella,
« A dar vengais conmigo
« Vuestro apoyo á la hueste de Agramante,
« Que, en sus tiendas sitiada, á cada instante
« Teme verse en poder del enemigo. »

A tomar vuelve el nuncio la palabra ;
Y, al de Argel refiriendo
De su causa y su gente el riesgo horrendo,
Cartas le da del hijo de Trojano.

Leidas, se conviene
En que su enojo cada cual refrene,
Y en que una tregua se haga
Entre ellos observable, todo el tiempo
Que dure el riesgo que á su rey amaga.

Sin mas tardanza, pues, del un guerrero
El otro se separa, no dudando,

(Cual si ya hubiesen al francés vencido
Y puesto en libertad al moro bando),
Volver presto al combate
Que decida á cual de ellos pertenece
La que su amor al vencedor ofrece.

La Discordia, enemiga
Del concierto y la paz, y la Soberbia
Que esta escena presencian, no se avienen
A que á la lucha aquella tregua siga.
Ambas empero tienen
Que ceder al amor, de quien yo pienso
Que incontrastable es el poder inmenso.

La tregua cual convino
A la que árbitra fué de su destino,
Firmóse pues. Privado
De corcel, el un moro
Ve en esto á Bridadoro
Que en libertad retoza por el prado.
Mas mi canto en extremo se prolonga,
Forzoso es pues que término le ponga.

CANTO XXV.

Rodomonte y Mandricardo se dirigen á Paris. — Historia de los amores de Ricardeto y Flordespina. — Carta que dirige Roger á Bradamante.

¡Oh! cuál en pecho juvenil contrasta,
Con ímpetu de amor, ansia de gloria,
Mientras el ingenio mas sutil no basta
A decidir quien gane la victoria.
En ambos moros tiene tal prestigio
La idea del deber, que en el instante.

Por volar al socorro de Agramante ,
Su furia aplacan , cesan su litigio.

Mas pudo empero amor ; que , si no fuera
Porque así se lo manda su señora ,
Espada destructora
Trágico fin á aquella lid pusiera ,
Y de la gente mora
Quedara sin apoyo la bandera ;
Así pues el amor , si una vez daña ,
Causa otra vez es de fortuna extraña.

Por salvar al ejército pagano ,
Pártense pues con la gentil doncella
Los dos moros , seguidos del enano
Que del tártaro anduvo por la huella ,
Hasta que , por fatal secreto influjo ,
A su presencia al Rey de Argel condujo.
Así llegan á un prado dó , tendidos
Cabe un arroyo , estan sobre la grama
Cuatro guerreros y una bella dama.

Quien fuesen ya diré ; que hablar agora
Quiero del buen Roger , del bravo mozo
Que el mágico broquel lanzó en el pozo.
Una milla corrido appena habia.
Cuando un correo en advertir no tarda ,
De los que el hijo de Trojano envia.
A los guerreros cuyo apoyo aguarda.
Por él sabe , que puesto Cárlos tiene
En tal conflicto al moro
Que , si á darle socorro nadie viene ,
Perecerá cubierto de desdoro.

Asaltado Roger por mil ideas ,
Sin saber por cual dellas se decida ,
Del mensajero se despide , y vuelve
Hácia el paraje dó quedó la dama
En cuyo seguimiento
Veloz corriendo , olvida

Todo otro plan , todo otro pensamiento.
 Así , al ponerse el sol , llega á una tierra
 Que , en medio á Francia , el rey Marsilio había
 Quitado á Cárlos en aquella guerra.
 Las puertas se abren , álzanse los puentes ,
 Y nadie el paso en detenerle piensa ,
 Bien que de armadas gentes
 Defiende el foso multitud inmensa.

Al verle en compañía
 De la gentil y conocida dama ,
 Nadie le preguntó como se llama ,
 Nadie le preguntó de dónde venia.

Llega á la plaza , y nota una gran lumbré
 En torno de la cual la muchedumbre
 Al jóven contemplaba , cuya angustia
 Espresaba su faz pálida y mustia.
 Álzala en esto , y verla al héroe deja.
 Roger , no bien la mira ,
 Ver piensa á la beldad por quien suspira ,
 Que á Bradamante el jóven se asemeja.
 Cuanto mas lo contempla y lo examina ,
 Mas se afirma en su error , hasta que exclama :
 « Ó una extraña vision los alucina ,
 « Ó esa que ven mis ojos es mi dama.
 « Audaz , quizá , en extremo ,
 « Del mísero mancebo la defensa
 « Haya abrazado , y cruda muerte temo
 « Sea de su valor la recompensa .
 « ¿ Porqué , porqué con ella aquí no vine ;
 « Mas tiempo por fortuna todavía
 « Es de impedir á esa canalla impía
 « Que holocausto tan bárbaro termine. »

Viuda del asta al contemplar su cuja ,
 El hierro desenvaina ;
 Luego , el corcel contra la chusma empuja ,
 É , hiriendo con furor que nunca amaina.

Al uno el vientre , al otro la garganta
 Horada sin piedad. Al ver su furia ,
 Huye le plebe con lijera planta ,
 Cual huye y se dispersa una bandada
 De pájaros que , en torno de un pantano
 Buscando que comer , vése acosada
 A la improvisa por voraz milano.

A cuatro ó seis , que menos diligéntes
 En correr anduvieron , la cabeza
 Derriba ; hasta los dientes ,
 Ó hasta los ojos hiéndela á otros tantos
 Férreas cofias lucientes
 Protegen solo , á la verdad , sus frentes ;
 Mas lo mismo en su cólera el guerrero
 Partiera almetes del mas fino acero.

Al vigor de Roger no hay hoy pujanza
 En paladin que compararse pueda ,
 Ni en animal , hay fuerza que lo exceda ;
 Si alguna existe que á igualarlo alcanza
 Es la del terremoto ó la del diablo ,
 No del que habita en los infiernos hablo ,
 Sino de aquella máquina que abrasa
 El aire , el mar , la tierra por dó pasa .
 A cada golpe suyo , uno , dos , cuatro
 Vienen al suelo ; ciento
 Tendidos por la tierra en un momento ,
 Cubren de sus hazañas el teatro.

¡Qué estrago ¡oh Dios! qué destruccion sembrando
 Va , puesta en manos de Roger , la espada
 Que , por dar muerte á Orlando ,
 En el jardín de Organda fabricada
 Fuera por Falerina ,
 De quien y del jardín fué luego ruina!
 Creyendo dar socorro á Bradamante ,
 Del héroe se redobla
 El coraje y la fuerza á cada instante.

Cual, contra canes duchos,
 Se defiende la liebre temerosa;
 Así contra el guerrero que la acosa
 Se defiende la chusma. Muertos muchos,
 El duro suelo con su sangre riegan;
 A presta fuga, los demás se entregan.

La dama de sus lazos
 Suelta al jóven en esto entrambos brazos,
 Y luego, como pudo,
 La espada le ciñó, le dió su escudo.
 Él, que ofendido está de aquella gente,
 Ansioso trata de obtener venganza,
 Y pujante, y valiente,
 Pruebas da de valor y de pujanza.
 Mas el sol en los mares de Occidente
 Las aureas ruedas de su carro lanza,
 Y á salir del castillo
 Se dispone el intrépido caudillo.

Cuando, seguro, fuera
 Del alcázar con él se mira el mozo,
 Turbado de emocion, nadando en gozo,
 Muestras le da de gratitud sincera,
 Y le ruega por Dios que el nombre diga
 Que, impreso en su alma, á conservar se obliga.

« Veo, » dice Roger, « su faz hermosa;
 « Su esfuerzo reconozco y su semblante:
 « Mas en su voz advierto alguna cosa
 « Que no es el dulce hablar de Bradamante.
 « ¿ Por qué gracias me da? ¿ respetuosa
 « Por qué se muestra á su rendido amante?
 « No es ella, no, que su alma no ha podido
 « El nombre de Roger dar al olvido.

Por cerciorarse de ello, así al mancebo
 Dice Roger: « Que á tí, ó á tu retrato,
 « Vide antes de hoy á asegurar me atrevo
 « Mas donde en valde de acordarme trato;

« Si tú te acuerdas , dímelo y de nuevo
 « Dime tu nombre , que á lo menos grato
 « Me será conocer á quien mi brazo
 « Salvó de tal conflicto y embarazo.

— « Que me vierais , dice él , en parte alguna ,
 « Bien que donde no sé , no me sorprende ;
 « El mundo yo recorro , y mi fortuna
 « Dó quier que hay aventuras las emprende.
 « Nació conmigo y se meció en mi cuna
 « Una doncella á cuyo lado hoy pende.
 « La espada y el broquel , y que de modo
 « Á mi su hermano se asemeja en todo
 « Que muchos , muchos , en igual engaño
 « Que en el que acaso estais , han incurrido.
 « Mis hermanos , mi padre y , lo que extraño
 « Es mas aun , la madre que nutrido
 « Nos ha á los dos , confúndenos ogaño ,
 « Desde que , en gruesas trenzas recojido ,
 « Largo el cabello , mujeril adorno ,
 « Ella no lleva de su frente entorno.

« Desde que , herida en la cabeza un día ,
 « (Largo fuera el marcar de que manera ,)
 « Al morador halló de una abadía
 « Que cercenó su larga cabellera ,
 « La sola difernecia que existia
 « Entre nosotros dos desapareciera.
 « Ricardeto yo soy : ella se llama
 « Bradamante , y su nombre es de la fama.
 « Estupefacta quiero que se quede
 « Vuestra alma , si escucharme no os molesta ,
 « Y si narrar la historia me concede
 « Que , grata al pronto , al fin me fué funesta. »
 Roger , á quien una ocasion no puede
 Mas favorable presentarse que esta
 Por saber de la que ama , le suplica
 Que empiece ; y él he aquí como se explica.

- « De aquesos bosques los oscuros senos
« Mi hermana ha poco al traspasar , le avino
« Por una multitud de sarracenos
« Ser asaltada en medio del camino.
« Llevaba armado todo el cuerpo , menos
« La frente , en donde á ser herida vino ,
« Y en tanto que se cierra esta honda llaga ,
« Suelto el cabello , por las selvas vaga.
« Vagando llega al borde de una fuente.
« Dó , hallándose cansada y afligida ,
« Del bruto baja , la desnuda frente
« Reclina en tierra y quédase dormida.
« Fábula yo no juzgo que se invente
« Mejor que esta aventura concebida.
« Hacia aquel sitio en esto llega sola
« Cazando Flordespina la española.
« La cual allí viendo á la hermana mia
« Toda , excepto la faz , de armas cubierta
« Y el hierro que á su lado relucia ,
« De ver un paladin se juzga cierta.
« Su esfuerzo se figura y bizarría
« Tanto , que amor en su alma se despierta.
« Á la caza convidala y procura
« Engolfarse con ella en la espesura.
« Viéndose sola en sitio retirado ,
« Donde ser sorprendida no recela ,
« Con gestos y palabras , el estado
« De su alma , poco á poco , le revela.
« Con suspiros de fuego y labio osado ,
« Le descubre el afan que la desvela ,
« Y ora pierde el color , ora se enciende ,
« Hasta que en fin un ósculo sorprende.
« Bien ve mi hermana el deplorable engaño
« Que , amándola , padece Flordespina ,
« Y no hallando remedio á tanto daño ,
« Su posicion la ofusca y la alucina.

- « Mas vale , dice , en trance tan extraño ,
 « Sacarla del error en que se obstina ;
 « Que por veraz mujer pasar prefiero
 « A pasar por menguado caballero.
 « Y era así la verdad , pues mengua eterna
 « Cubrir debe á todo hombre que no rinda
 « Su corazon á la belleza tierna
 « Que con los goces del amor le brinda.
 « Bradamante , queriendo que discierna
 « Lo cierto del error la jóven linda ,
 « Le dice que tambien es ella dama ,
 « Que , el mundo recorriendo , busca fama.
 « Fama cual la de Hipólito y Camila
 « Busca en la guerra. En África engendada ,
 « Junto á la mar , en la ciudad de Arcila ,
 « Desde niña al combate está avezada .
 « No por eso se queda mas tranquila
 « La mísera doncella enamorada ;
 « Que este remedio es impotente y tardo :
 « ¡ Tanto de amor profundizó ya el dardo !
 « Ni menos bellos halla de la dama ,
 « Por eso , ni la faz ni los modales ,
 « Ni con menos ardor su pecho inflama
 « La luz de sus dos fúlgidos fanales.
 « En traje femenil viendo á la que ama ,
 « Piensa tal vez que calmará sus males ;
 « Y tal vez los redobla y los irrita ,
 « Mientras en que es mujer recapacita.
 « Quien sus quejas oyera , quien su llanto
 « Viera correr , con ella lloraria.
 « Quebranto igual , clamaba , á mi quebranto
 « Nadie sufrió jamás hasta este dia ;
 « En cualquier otro amor , profano ó santo ,
 « Lograr el alma espera lo que ansia ,
 « Mientra espina privada de la rosa
 « Es tan solo el ardor que á mí me acosa.

- « Si envidioso , oh amor , de mi contento
 « Robarme de mi afan quisiste el fruto
 « ¿ Porqué en vez de elegir otro tormento
 « A mi alma sumes en eterno luto ?
 « Jamás pasion cual la pasion que siento
 « Inflamó pecho racional ó bruto.
 « Nunca una dama ardió por otra dama ,
 « La corza por la corza no se inflama.
 « La tierra , el aire , el mar , es bien seguro ,
 « Ejemplo de tu insano poderío
 « Jamás pudieron resentir tan duro
 « Como el que dando estás en daño mio.
 « Mirra arde por su padre en fuego impuro ;
 « Semiramis , por su hijo , amor impío
 « Sintió tambien ; Pasífae por un toro :
 « Nadie empero sintió lo que yo lloro.
 « Todos ellos , por este ó aquel modo ,
 « Si no entero , parcial , con su esperanza
 « Y su pasion hallaron acomodo.
 « Más del astuto Dédalo no alcanza
 « Toda la ciencia ni el ingenio todo
 « A trocar mi dolor en bienandanza ,
 « Que en variar me afano vanamente ,
 « De natura la ley omnipotente.
 « Así se queja , y por hallar la calma ,
 « Se agita en vano la infeliz princesa
 « Que , sin piedad , con destructora palma ,
 « Su rostro araña y sus cabellos mesa.
 « Alivio al mal que ve que oprime su alma ,
 « Triste mi hermana de buscar no cesa ;
 « En vano , empero , por calmar se obstina
 « La desesperacion de Flordespina.
 « Acortando ya el término del dia ,
 « Arrebolaba el sol el occidente ,
 « Convidando á dejar la selva umbria
 « Al que pasar la noche allí no intente

« La bella dama , en medio á su agonía ,
 « Que es hora ya de retirarse siente ,
 « Y á este alcázar , de allí poco distante ,
 « Que la acompañe ruega á Bradamante.
 « No pudiendo negárselo mi hermana ,
 « Con ella se dirige á este paraje ,
 « Donde esa turba hiciérame inhumana ,
 « Si no llegaras tú , sangriento ultraje.
 « A Bradamante la doncella hispana
 « Manda que allí se obsequie y agasaje.
 « Y , haciéndole cambiar de vestimenta ,
 « Como mujer á todos la presenta.
 « Pues , conociendo que el viril aspecto
 « De mi hermana redundaba en mengua suya ,
 « Ya que no lleve acabo su proyecto ,
 « No quiere que un deslíz se le atribuya.
 « De su aire hercúleo espera que el efecto
 « Femenino ropaje disminuya ,
 « Y que de su alma la pasión se temple
 « Cuando , en su amada , una mujer contemple.
 « Comun aquella noche fué su cama ,
 « Distinto su reposo sin embargo ,
 « Que , mientras una duerme , la otra dama
 « Gime y solloza y vierte llanto amargo.
 « Si á sus ojos el sueño acaso llama ,
 « No es sueño , es breve engañador letargo ,
 « En que siempre á su amada se imagina
 « Ver trocada de sexo Flordespina.
 « Cual si , en medio á la sed que le devora ,
 « Calenturiento enfermo se adormece ,
 « A su vista , en su angustia agitadora ,
 « Cuanta agua vió en su vida se aparece :
 « Así la dama que su engaño llora
 « Tocar creyendo aquello que apetece ,
 « Extiende , despertándose , la mano
 « Y , víctima se ve de un sueño vano.

- « ¡Oh cuánto ruego á Alá y á su profeta ,
« Aquella noche de su pecho sale ,
« Por que el ser á quien todo se sujeta
« Con un milagro su poder señale !
« Mas de su afan el cielo no se inquieta
« Y nada el llanto de la virgen vale ;
« Pasa la noche y Febo de las ondas
« Radiante saca ya sus trenzas blondas.
« Saltan ambas del lecho , y , viendo el dia ,
« De Flordespina aumentase el afan ,
« Declarando mi hermana que queria
« Partir sin mas demora á Montalban.
« Al despedirse de ella , le confia
« La princesa un magnífico alazan ,
« Ricamente enjaezado , y un vestido
« Por ella misma con primor tejido.
« Acompáñala un rato Flordespina ;
« Triste , luego á su estancia se repliega ,
« Mientras mi hermana tan veloz camina
« Que á Montalban aquella tarde llega.
« Bien presto , de ella en derredor , se hacina
« Nuestra gente que al júbilo se entrega ,
« Pues , por falta de nuevas , nadie cierto
« Está de si ella vive , ó de si ha muerto.
« El yelmo levantándose , el cabello
« Que su cabeza circundaba antaño ,
« Desnudo agora deja ver su cuello,
« Mientras nosotros de su traje extraño
« El trabajo admiramos rico y bello ,
« Ella nos cuenta como el ermitaño
« En el bosque la halló ; de que manera
« Por curarla cortó su cabellera ;
« Como luego , en estancia retirada
« Hallándola la bella cazadora ,
« Por su viril aspecto alucinada ,
« Della perdidamente se enamora.

- « Tambien nos cuenta , y cosa es que apiada ,
« Cual crece la pasion que la devora ,
« Y cuéntanos en fin por cual acaso
« Hácia aquel sitio dirigió su paso.
« En España y en Francia , visto habia
« Yo á la doncella á quien amor acosa ,
« E infinito plugiéronme , á fe mia ,
« Sus bellos ojos y su tez de rosa.
« Nada , empero , le dije hasta aquel dia ,
« Pues temí verla esquiva y desdeñosa ;
« Mas , ante la ocasion que se presenta ,
« Mi antigua llama se alza mas violenta.
« De aquella llama que mi pecho quema
« Hace el amor un pernicioso empleo ,
« Muéstrame por que medio la suprema
« Felicidad alcance mi deseo.
« Ejecutar aquesta estratajema
« Cosa fácil será , por lo que veo ;
« Pues , cual tantos y tantos , por mi hermana
« Me tomará tambien la dama hispana.
« Tras larga indecision , juzgo oportuno
« Hacer aquello que placer procura ,
« Consejo no reclamo de ninguno ,
« Ni parte á nadie doy de mi aventura.
« Voime de noche á un sitio dó reuno
« Y visto de mi hermano la armadura ;
« Su corcel tomo y póngome en camino
« Antes que brille el rayo matutino.
« Ligero aquella noche (amor me guia)
« Voy á encontrar á la doncella hermosa ,
« Y á la hora allí llegué que todavía
« No estaba el sol en brazos de su esposa.
« ¡Feliz el que primero en aquel dia
« Llevar pueda la nueva venturosa
« A la angustiada dama , de quien piensa
« Obtener valimiento y recompensa !

- « El mismo engaño á todos alucina.
« Todos , cual tú , me toman por mi hermana ,
« Viendo la vestidura peregrina
« Que ella vistiera la anterior mañana.
« A poco rato llega Flordespina ;
« A mí se acerca , y me acaricia ufana
« Con la faz mas risueña y apacible
« Que en todo el mundo hallar fuera posible.
« Cuando en sus brazos con amor me aprieta
« Y en mis labios imprime dulce beso ,
« Del rapazuelo alado la saeta
« Me hiere el corazon , me turba el seso.
« Flordespina á su cámara secreta
« Despues me lleva , y de mi cota el peso
« Nadie quiere me quite , que ella anhela
« Desnudarme del yelmo hasta la espuela.
« Y luego pide y póneme una bata
« De rica tela y de dibujo bello ;
« En traje femenino visteme y ata
« Con aurea redecilla mi cabello.
« Gesto ninguno lo que soy delata ,
« Que en todos pongo del recato el sello ,
« Y hasta mi voz de modo tal combino
« Que enteramente á todos alucino.
« De allí despues á otro salon vinimos
« Dó por damas , magnates y por pajes ,
« A nuestra entrada recibidos fuimos ,
« Con los mas obsequiosos homenajes.
« A risa allí moviéronme los mimos
« De mas de uno de aquellos personajes
« Que , ignorantes de aquello que cobijan
« Mis faldas , sobre mí los ojos fijan.
« Cuando la noche se hace mas espesa
« Y , manjar por manjar desaparece
« El suntuoso servicio que la mesa ,
« Conforme á la estacion , siempre guarnece ;

- « Impaciente aguardando la princesa
 « Que yo la historia de mi viaje empiece ,
 « Cortés me invita á que á su estancia bella
 « Vaya esta noche á descansar con ella.
 « Voy con efecto ; y , luego que partido
 « Hubo la servidora muchedumbre ,
 « Y que juntos el tálamo nos vido ,
 « En torno al cual mil hachas vierten lumbré ,
 « Empiezo así : — Señora , sorprendido
 « Vuestro ánimo hoy no extraño se columbre ,
 « Que quizá ya os estabais figurando
 « No verme mas , hasta Dios sabe cuando.
 « A narrar voy primero mi partida ;
 « Luego os diré la causa de mi vuelta.
 « Si mi presencia aquí , dama querida ,
 « Pudiera el mal en que os hallais envuelta
 « Aminorar , á consagrar mi vida
 « En vuestro obsequio estaba yo resuelta ;
 « Mas , á ese mal no viendo otro remedio ,
 « De alejarme adopté prudente el medio.
 « Felizmente , torciendo mi camino ,
 « Entro en un bosque de intrincada rama ,
 « Donde oigo un grito resonar vecino
 « Cual de mujer , que mi favor reclama.
 « Acorro y , junto á un lago cristalino ,
 « Encuentro un Fauno que , desnuda dama
 « En anzuelo traidor viendo cautiva ,
 « A devorar sus bellas carnes iba.
 « Allí me llevo , y con la espada en mano ,
 « No pudiéndola dar otra defensa ,
 « La vida quitó al pescador villano.
 « Ella en el agua con presteza inmensa
 « Salta , diciendo : — No me habrás en vano
 « Dado favor ; insigne recompensa
 « Puedes hoy obtener ; pues yo soy ninfa
 « Que habito dentro de esta clara linfa .

- « Vedado, á mi no está ningun portento ;
 « Natura á mis mandatos obedece ;
 « Pídeme pues , que fuerzas en mi siento ,
 « Para cumplir cuanto mi labio ofrece.
 « La luna , á mi órden , deja el firmamento ;
 « Hiélase el fuego ; el aire se endurece ,
 « En su eje gira la terrestre esfera ,
 « Y el sol , tal vez , detiene su carrera.
 « — En premio de mi accion , yo ni tesoro ,
 « Reclamo ni poder sobre la tierra ,
 « Ni fuerza con que pueda de desdoro
 « Cubrir á mil contrarios en la guerra.
 « Un medio solo de apagar imploro
 « Ese volcan que vuestro pecho encierra ,
 « Y , de mi ansia exponiéndole el objeto ,
 « A su juicio , en un todo , me someto.
 « Mi demanda al oir , la ninfa , presta ,
 « Torna á sumirse en su húmeda morada ,
 « Sin dar á mi discurso otra respuesta
 « Que lanzar sobre mí su onda encantada ,
 « La cual no bien sobre mi rostro asesta ,
 « Sin saber como me encontré mudada ,
 « Sentíme y es verdad , bien que os asombre ,
 « Sentíme de mujer , trocada en hombre.
 « Y , á no poder probarlo sin demora ,
 « De ello yo no aspirara á convenceros ;
 « En uno ú otro sexo , ¡oh mi señora!
 « Dispuesta siempre estoy á obedeceros.
 « Mandadme , pues , lo que he de hacer agora ;
 « Que mi mayor afan , es complaceros.
 « De la verdad que así mi labio espresa
 « Confirmase entretanto la princesa.
 « Cual sucede al que , ya sin esperanza
 « De la cosa que mas apetecia ,
 « Si cuando menos piensa en ello , alcanza
 « El bien por que suspira noche y dia ,

- « Sin fe por lo que ve , sin confianza
 « Por lo que está tocando , á la alegría
 « Lejos de dar su corazon , suspenso
 « Queda de dudas , en un mar inmenso ;
 « Así la dama , cuando mira y toca
 « Aquello que anheló con tanto empeño ,
 « De mentida ilusion víctima loca .
 « Se considera ó de engañoso sueño.
 « A la prueba en seguida me provoca
 « Y al ver cual mi papel yo desempeño ,
 « — Haz , dice , ¡oh Dios! si otra ha de ser mi suerte,
 « Que jamás de este sueño , yo despierte. —
 « No rumor de tambores ni trompetas
 « Dan la señal del amoroso asalto ;
 « Besos , cual los de tórtolas discretas ,
 « Danla ya de avanzar , ya de hacer alto.
 « Sin espada , sin honda , sin saetas
 « Y sin escala el parapeto salto ,
 « Y victorioso mi pendon tremola
 « Sobre la regia vírgen española.
 « Si la noche anterior de duelo y llanto
 « Testigo fué , y de quejas aquel lecho ,
 « Fuélo en esta del gozo , del encanto
 « Y del placer que embarga nuestro pecho.
 « Entorno á las columnas , el acanto
 « No se enreda con lazo mas estrecho ,
 « Que el que liga , en frenéticos abrazos ,
 « Nuestros muslos á un tiempo y nuestros brazos.
 « Algunos meses , mientras'es secreta
 « La cosa entre los dos , el gozo dura ,
 « Hasta que llega al rey nueva indiscreta
 « Que trueca mi placer en amargura.
 « El castigo que el bárbaro decreta
 « Vos , viniendo á salvarme por ventura ,
 « Visteis , Señor ; mas solo el cielo sabe
 « Cuanto el dolor que me atormenta es grave. »

Mientras el fastidio del nocturno viaje ,
 Con esta historia , Ricardeto olvida ,
 Con Roger llega á un áspero paraje .
 Que surcan por dó quier profundos tajos.
 Por escarpada y pedregosa senda ,
 Llegan así , despues de mil trabajos ,
 A un castillo llamado de Agromonte
 Que defiende Aldeguer de Claromonte.

De Buovo hijo bastardo

Era aqueste mancebo ,
 Que alguno , á quien á desmentir me atrevo
 Legítimo supone de Gerardo.
 Mas , no por esto menos bizzarria ,
 Descubre en las batallas ,
 Ni con menos ardor de noche y dia
 Defiende de su alcázar las murallas.
 Cortés , afable , liberal , prudente ,
 Afectuoso acoge á Ricardeto ,
 Y á Roger igualmente
 Muestras da de cariño y de respeto ;
 No empero la alegría
 Que en su faz mostró siempre hoy aparece ,
 Pues su pecho entristece
 Nueva fatal , que recibió aquel dia .

« Nueva fatal , » á Ricardeto dice ,
 « Por conducto seguro he recibido
 « Bertolao de Bayona , el fementido ,
 « Hoy de Lanfusa exige que realice
 « El pacto por el cual ha prometido
 « Poner entre sus manos
 « A Viviano y á Mangis mis hermanos .
 « Desde el dia fatal en que vencidos
 « Fueron por Ferragut , ella , inhumana ,
 « En dura cárcel tiénelos sumidos
 « Y á entregarlos mañana
 « Al maguntino irá , junto á Bayona ,

« A un su palacio , á dó venir el debe
 « A pagar en persona
 « El precio infame de un convenio aleve.
 « De ello á Reinaldo aviso dí ; mas temo
 « No lo reciba , que es el tiempo breve
 « Y la jornada larga con extremo.
 « Bien que armada y valiente ,
 « Es tan escasa en número mi gente ,
 « Que imposible es que yo con ella impida
 « Que se quite á esos jóvenes la vida. »

A Roger desagrada

Esta nueva que aflige á Ricardeto ,
 Y al verle andar inquieto ,
 Mustia la faz , sin resolverse á nada ,
 Alza la voz y dice : « Está tranquilo ;
 « Yo esta empresa á acabar me comprometo.
 « Tus dos hermanos , de esta fuerte espada
 « Su libertad hoy deberán al filo.
 « Escolta yo no os pido ó compañía ;
 « Que aquesa hazaña á consumir yo basto.
 « Solo deseo que me deis un guia ,
 « Que á aquel sitio nefasto
 « Me lleve , dó me obligo
 « A hacer que lleguen hasta aquí los ayes
 « De ese pueblo enemigo
 « Que del tratado acude á ser testigo. »

Como se escucha á un charlatan , escucha
 Estas palabras Aldeguer ; mas luego
 La narracion oyendo de la lucha
 Que á Ricardeto libertó del fuego ,
 Trueca en admiracion su indiferencia ,
 Al buen Roger atiende y reverencia
 Y á una espléndida mesa le convida
 De manjares sin cuento apercebida.

Mientras allí se cena , se resuelve
 Que juntos partirán para esta empresa.

De todos los que asisten á la mesa
 Los párpados despues el sueño envuelve,
 Menos los de Roger á quien no deja
 Dormir el pensamiento que le aqueja.

Del riesgo de Agramante
 La idea le acongoja á cada instante,
 Pues claro ve que la menor demora
 En ir á socorrerle le desdora,
 Y en la ignominia que le aguarda piensa.
 Si del cristiano abraza la defensa.

En otras circunstancias, su proyecto
 De bautizarse reputar pudiera
 Cada cual como efecto
 De pura contricion de fe sincera;
 Mas, en tan grave cuita
 Viendo á su rey que amparo necesita,
 Teme que se le acuse de cobarde,
 Como en partir á socorrerle tarde.
 Tambien, tambien le duele
 De su dama partir sin el permiso,
 Y angustiado, indeciso,
 Ya abraza un parecer, ya lo repele.

Primero á la mansion de Flordespina
 Piensa sus pasos dirigir; mas luego,
 Recordando la cita
 Que le dió en Vallumbroso la que adora,
 En la sorpresa y la inquietud medita
 Que deberá causarle su demora.
 Un mensajero al menos ó una carta
 Mandarle quiere á fin de que ella sepa
 Que él nunca de ella, sin dolor se aparta.

Consigo, pues, en escribir convino,
 Y á escribir va; mas sin idea fija,
 Sin siquiera saber como dirija
 La carta porque llegue á su destino.
 Hallar en su camino

Esperando sin duda un mensajero ,
Veloz del lecho salta

Y requiere papel , pluma y tintero.

Discretos pajes llegan con presteza ,

A Roger presentando lo que pide.

Este cortés , sin que por eso olvide

Los cumplimientos de rigor , empieza

A contar á su amada el inminente

Riesgo en que está la musulmana gente.

« En esta situacion , ¿ cómo podria

« Negar , » dice Roger , « sin mengua mia

« A mi rey el apoyo de mi brazo ?

« Y pues eterno lazo

« A unirnos va , de toda mancha pura

« Mi alma se debe conservar si digna

« Quiere ser de la insólita ventura

« A que propicio el cielo la designa.

« Si , por hacerme y conservarme un nombre ,

« Trabajé con ardor hasta este dia ,

« Señora no os asombre

« Que insista en ello con tenaz porfia ,

« Hoy que el instante toco en que himeneó

« Va con suave palma

« A reunir dos cuerpos en un alma. »

Y cual ya de palabra repetido

En muchas ocasiones se lo habia ,

En su carta añadia :

Que , no bien fuese el término cumplido

Por el cual á Agramante

Consagró sus servicios , su proyecto

De abrazar mejor fe llevando á efecto ,

A su familia pedirá al instante

Por esposa á su cara Bradamante.

« Es mi designio , » añade ,

« Y espero que este plan no os desagrade ,

« Ir al socorro de mi rey ; no quiero

« Que jamás de Roger el vulgo diga
 « Que obró como villano caballero ;
 « Pues villano es aquel que, disfrutando
 « El favor de su rey en suerte amiga ,
 « Pasa en la adversa al enemigo bando.
 « Quince dias ó veinte solo os pido
 « Para volar al campo de Agramante ,
 « Y hacer que el duro asedio ,
 « Que tanto le molesta , se levante.
 « De volver hácia vos en tanto un medio
 « Discurriré yo justo y decoroso ;
 « No es mucho que esto por mi honor os pida ,
 « Cuando os consagro el resto de mi vida. »

A estas palabras añadió otras luego ,
 Que referir aquí fuera difuso ,
 Y á su misiva fin Roger no puso
 Hasta que vió ya escrito todo el pliego ,
 Cierra la carta , y séllala en seguida ,
 Y en el seno consérvala escondida ,
 Esperando encontrar al sol siguiente
 Quien á entregarla vaya ocultamente.

Vase al lecho , y en él no bien se mete ,
 Cierra el sueño sus párpados , y en su alma
 Y en sus cansados miembros vierte calma
 El ramo tinto en el licor de Lete.

Tranquilo así reposa ,
 Y , cuando el alba el celestial espacio
 Vino á teñir de nácar y de rosa ,
 Del lecho él salta , y sale del palacio.

Antes empero que él , en pie ya estaba
 Aldeguer , cuando ápenas
 El ruiseñor su cántico entonaba.
 De romper de los suyos las cadenas
 Lleno de ansia , se ofrece
 A Ricardeto y á Roger por guia ,
 Para ir á dar el pago que merece

Del maguntino la conducta impia.

Vestidos pues y armados, de su estancia
Salen los tres y á caminar se ponen.

Roger á los dos primos con instancia
Suplica que esta empresa le abandonen ;
Mas ellos , fuese amor por sus hermanos ,
Ya fuese hácia Roger por cortesía ,
Le declaran que vanos

Serán todos sus ruegos y porfía.

Llegan por fin al sitio y á la hora
En que tráfico aleve

A Mangis y á su hermano poner debe

En manos de su bárbaro enemigo.

Con rayo ardiente dora

El sol la gran planicie que va en breve

A ser de este espectáculo testigo ;

Vasto llano dó ni árboles se notan

Dó solo abrojos y maleza brotan.

Ante un carril que corta la llanura

Detienen los tres jóvenes el paso ,

Un caballero descubriendo acaso

Que trae cubierta de oro la armadura ,

Y por enseña , sobre verde campo ,

El ave rara que cien años dura.

Mas de este canto al término ya toco ;

Voy , pues , Señor , á descansar un poco.

CANTO XXVI.

Marfisa y sus intrépidos compañeros ponen en libertad á Mangis y á Viviano. — Magnífica alegoría esculpida en la fuente de Merlin. — Victoria de Mandricardo y derrota de los cuatro guerreros que acompañan á Marfisa. — Combate general. — Vuelve la Discordia al convento.

La antigüedad ejemplos infinitos
De mujeres amables nos presenta
Que, desdeñando el oro,
Ileso conservaron su decoro.
De estas mujeres breve es hoy la cuenta;
Mas no, por eso, menos acatadas
Son durante su vida,
Ni menos tras su muerte celebradas.

De eterna prez es digna Bradamante
Que, tesoros é imperios desdeñando,
Mereció que los cielos por amante
Le diesen á Roger, y que le diesen
El poder de hacer cosas
Que los siglos tendrán por milagrosas.

Con Ricardeto y Aldeguer, cual dije,
Roger, hácia el paraje se dirige
Dó están presos los otros, y donde halla
Otro guerrero que en el casco lleva
El ave que muriendo se renueva.
Cuando dispuestos á trabar batalla,
Este guerrero advierte
A Roger y á los dos de Claromonte,
En acorrer á dó los ve no tarda,
Y queriendo por sí probar si fuerte
Es su brazo cual es su faz gallarda,
« Si entre vosotros, » dice, « hay quien se atreva

« A hacer conmigo de su esfuerzo prueba ,
 « Salga y trabemos áspero combate
 « Hasta que yo le venza ó él me mate. »
 « — Gustoso tu cartel yo aceptaria , »
 Dice Roger , « con lanza ó con espada ,
 « A no estar la fe mia
 « En empresa mas alta hoy empeñada.
 « Si quedarte conmigo
 « Quieres hasta esta tarde , ser testigo
 « Podrás, bien que te asombres ,
 « Del modo con que , hundiendo á un enemigo ,
 « Desbaratamos á seiscientos hombres.
 « Piedad , fraterno amor , nos han movido
 « A venir á salvar á tres guerreros
 « Hechos injustamente prisioneros. »
 « — Si tal es , » dice el otro , sorprendido,
 « La causa que á estos sitios os conduce ,
 « Vuestro esfuerzo y valor ya se trasluce.
 « Por probarlo queria
 « Medir yo con el vuestro mi denuedo ;
 « Mas pláceme el saber que de este puedo
 « Pruebas presenciar hoy , no á costa mia.
 « Al vuestro permitidme en este dia
 « Que yo agregue mi acero ,
 « Con el cual demostrar al mundo espero
 « Que digno soy de vuestra compañía. »

Notar en mi lector ya me parece
 La curiosa inquietud con que desea
 Saber el nombre del que así se ofrece
 A auxiliar á Roger en la pelea.

Esta (pues que confuso
 No ha de quedar su sexo) era Martisa
 La que á Zerbino obligacion impuso
 De seguir por dó quiera
 A la vieja malvada y embustera.

Los de Amon y Roger , con gran contento ,

Aceptan este amable ofrecimiento ,
 Sin sospechar siquiera
 Que de una dama provenir pudiera.

A poco rato nota
 Aldeguer , y á su noble compañía
 Notar hace un pendon que al aire flota ,
 Y en torno al cual innumerable gente
 Viene. En ella advirtiendo ,
 Cuando hácia allí se acerca , el traje moro ,
 Y en medio á la cual viendo ,
 Montados en estíticos rocines ,
 A los dos prisioneros paladines ,
 Que por un poco de oro
 A ser trocados van , dice gallarda ,
 Marfisa : « ¿ A qué para empezar se aguarda ? »

« — De convidados falta todavía , »
 Interrumpe Roger , « una gran parte.
 « Gran funcion se prepara en este dia ;
 « Para hacerla solemne usemos arte ,
 « Y no pongamos la menor demora. »
 Así diciendo , por la parte opuesta ,
 Ve de Maguncia á la faccion traidora
 Que viene á celebrar bárbara fiesta.
 Llegaban por aquí los maguntinos
 Seguidos por acémilas , cargadas
 De oro , de ropas y de arneses finos.
 Dolientes por allá vense , entre espadas ,
 Y arcos y picas , uno y otro hermano ;
 Y hablando al capitan mahometano
 Sus designios le anuncia
 El de Bayona pérfido é inhumano.

El de Amon y el de Buovo al de Maguncia
 Viendo llegar , en embestirle quieren
 Ser el primero cada cual. A un tiempo
 Su lanza ambos enristran y le hieren.
 El arzon delantero

Rompiendo el uno, el vientre le atraviesa.
 Dale el otro en la faz un golpe fiero,
 Y ¡de cada malvado
 Tal pluguiese al Señor que fuese el hado!

A tal señal, sin esperar trompeta,
 Al lado de Roger Marfisa avanza;
 A sus contrarios asaltando reta,
 Y á tres derriba, sin romper su lanza.
 La de Roger, al musulman caudillo
 Presto en tierra derriba,
 Y á dos guerreros mas de vida priva.

De aquí nace un error que ruina vino
 A ser del musulman y el maguntino:
 Maltratado uno y otro, este al primero,
 Pensando ver que le acomete, trata
 De pérfido asesino
 Y, trabándose así combate fiero,
 Iluso cada cual amigos mata.

Ora en aquesta escuadra, ora en aquella,
 Por aquí va Roger sembrando estrago,
 En tanto que á mil vidas la doncella
 Va por allí poniendo fin aciago.
 A cada golpe un hombre al suelo viene,
 Sin que, con fruto, escudo ni loriga
 Ninguno de ellos oponer consiga.

¿Habeis visto, Señor, ó habeis oido
 Hablar de la rüina
 Que, tal vez, impelida por el hambre,
 Hace, en revuelto enjambre
 De abejas, pasajera golondrina,
 Pues igual á lo menos
 Hiciéronlo Roger y la doncella
 A un tiempo en maguntinos y agarenos.

Mas no así, ni Aldeguer ni Ricardeto.
 Siendo su único objeto,
 Al de Maguncia castigar, pujante

Se muestra Ricardeto ; y no parece
Sino que su ira y su denuedo crece
Al mirarse delante

Del vil á quien ha tiempo que aborrece.

Del valiente Aldeguer la misma causa,
Excitando el furor , mueve los brazos ;
Que con su hierro , sin descanso ó pausa ,
Pone yelmos y cotas en pedazos.

Mas ¿quién de Héctor la audacia no mostrara ,
Teniendo en esta lid por compañeros
A la virgen del orbe mas preclara
Y al héroe flor de andantes caballeros?

De cuando en cuando en torno suyo mira
Marfisa , de la lucha en lo mas fuerte ,
Y en Ricardeto y Aldeguer advierte
Cuanto puede el esfuerzò unido á la ira.

Mas sobre todo admira

El valor de Roger , cuyo segundo
No supone que exista en todo el mundo.

De Balisarda , atónita , contempla
Cada golpe , que hiende y despedaza ,
Cual si de corcho fuesen ,
Un broquel , un almete , una coraza.

En dos partes iguales dividido

Del caballo á mas de uno arroja abajo ,

O en el suelo tal vez deja tendido

Caballero y corcel de un solo tajo.

De uno solo tal vez cinco cabezas

Derriba y tal vez mas ; cállome , empero ;

Que no es mi ánimo hablar de estas proezas

Para pasar despues por embustero.

El buen Turpin , que á su lector no engaña ,

Los hechos cita , y luego no se cura

De si verdad lo juzgan ó patraña.

De Roger tanta hazaña

Tan inaudita cuenta ,

Que imposible parece que no mienta.

Mientras ella la faz por verlas vuelve ,
 Con los ojos Roger sigue á la dama ,
 Ante quien , como el hielo ante la llama ,
 La enemiga canalla se disuelve.
 Por Marte la doncella le tomaba ,
 Y él debiera tomarla por Belona ,
 A sospechar , que en femenil persona ,
 Envolverse pudiera alma tan brava.
 De ambos quizá las fuerzas aumentaba
 Honrosa emulacion , harto funesta
 Para la chusma que , indefensa y triste ,
 Pábulo en sus cadáveres le presta.

Cuatro personas , pues , con noble audacia
 Bastaron á acabar con dos legiones ,
 Que , huyendo , reconocen la eficacia
 Del arma que da impulso á sus talones ,
 Y al cielo aquel bendice
 Que montado en veloz cabalgadura
 Puede correr , en tanto que infelice ,
 Contristado , el de á pié gime y se apura.

Del campo , de bagajes y tesoros
 Dueños quedan los cuatro compañeros.
 Huyen los de Maguncia , huyen los moros ,
 Botin abandonando y prisioneros ;
 De gozo de emocion sus almas llenas ,
 A romper llegan presto las cadenas
 De Viviano y de Mangis ; ni mas tardos
 Andan despues , en descargar los fardos.

De espléndida vajilla
 Entre mil piezas por allí dispersas ,
 Sobre prendas diversas
 De traje femenil , el oro brilla.
 De oro y de seda en Flandes trabajado ,
 Completo adorno de real estrado
 Allí se ve tambien ; vense mil joyas

De gran valor , y de trabajo fino
 Y , entre viandas y pan , frascos de vino.
 Cuando libre del yelmo su cabello ,
 Y su semblante delicado y bello
 Dejando ver Marfisa ,
 Notar su error á los guerreros hace ,
 Cada cual elojiándola , le ruega
 Que su nombre revele ; no se niega
 Ella , y á un tiempo á todos satisface.

Al recordar su ardor en la batalla ,
 No se sacian los héroes de miralla ,
 Y ella , que en poco á los demás estima ,
 Mientras que ni los mira ni les habla ,
 Pláticas dulces con Roger entabla.

En esto llegan pajes y escuderos
 A convidarlos á una mesa opima
 Apercebida al borde de una fuente
 Que mitiga del sol el rayo ardiente.

Una es aquesta de las cuatro fuentes
 De que dotó Merlin al suelo franco ,
 Cuyas límpidas ondas transparentes
 Ciñó de jaspe cual la leche blanco.
 En él , despues , con perfeccion tan alta
 Imágenes diversas reprodujo ,
 Que , solamente porque voz les falta ,
 Se puede adivinar que son dibujo.

Disforme fiera el mármol representa ,
 Que , con orejas de asno y faz de lobo ,
 Sale del bosque escuálida y hambrienta.
 Las garras de leon , de astuta zorra
 Tiene el resto del cuerpo ; que recorra
 Así no extraño yo toda la tierra ,
 Desde el confin del Asia hasta Inglaterra.

Por donde quier que va , hiere de muerte
 Al pueblo bajo , al principe , al magnate ,
 Y mas terrible acaso es el embate

Cuanto mas es el que lo sufre fuerte.

Con sus armas fatales
Pontífices hiriendo y cardenales ,
Tal vez de Pedro la inviolable silla ,
Con general escándalo mancilla.
Ante esa fiera horrenda
Todo poder humano se derroca ;
No hay castillo ó ciudad que se defienda ,
Si con su aciaga mano ella lo toca.
Idolo torpe de ignorancia loca ,
Pretende á su oprobioso despotismo
Los cielos sujetar , y hasta el abismo.

Lauro ornaba imperial las nobles sienes
De uno que á tres guerreros precedia ,
En los mantos de quienes
Dorada flor de lis resplandecia.
Con iguales insignias viene luego
Otro que , del leon mostrando el fuego ,
Al fiero monstruo embiste ;
En el brazo , en la espalda , en la cabeza
Su nombre lleva escrito en cada pieza
De la armadura espléndida que viste.

Ese que el hierro al animal arisco ,
Hasta el puño , en el vientre ha sepultado ,
Es Rey de Francia , es el primer Francisco.
Maximiliano de Austria está á su lado.
Cárlos el quinto , emperador gallardo ,
Con una lanza contra el monstruo cierra ,
Mientras el octavo Enrique de Inglaterra
El pecho le atraviesa con un dardo.
En su espalda su nombre lleva escrito
El décimo Leon , y con sus dientes
De modo oprime al animal precito ,
Que permite á los otros combatientes
Que la muerte le den . Así la tierra
Cesa de ver su paz comprometida ,

Y hácia el sitio testigo de esta lucha ,
 Por expiar los yerros de su vida ,
 Gente acude notable , si no mucha.

Preguntas mil , en tanto , canjeaban
 Marfisa y los guerreros , impacientes
 De saber quienes son aquellas gentes ,
 Que al fiero monstruo de matar acaban ,
 Y cuyos nombres en la piedra estaban
 Esculpidos , sin duda ,
 Mas no con caracteres aparentes.

Hácia Mangis , que inmóvil y en silencio
 Oyendo estaba , vuélvese Viviano ,

« Y á tí , » le dice , « hermano ,
 « Narrar toca esa historia ,
 « Que , á lo que infiero , te ha de ser notoria.
 « ¿ Quiénes son esos que , con brazo fuerte ,
 « A ese monstruo feroz han dado muerte ? »

« — Magüer , responde Mangis , que memoria
 « Ni tradicion exista de sucesos
 « Que el mundo no vió aun , sabe que de esos
 « Héroes cuyos retratos consideras
 « Los nombres , de hoy en setecientos años ,
 « Vendrán , con hechos de valor extraños ,
 « A asombrar las edades venideras.

« Esta fuente Merlin con un hechizo ,
 « En tiempo construyó del rey Arturo ,
 « Y á cincel docto en ella esculpir hizo ,
 « La representacion de lo futuro.
 « De lo hondo del averno el monstruo infando
 « Vino á la tierra , cuando
 « Esta en mil partes fué subdividida ;
 « Cuando se habló de pacto y de convenio ,
 « De límites , de peso y de medida.
 « No por de pronto aquel protervo genio
 « Todo el mundo invadió ; mas luego , luego ,
 « Por su faz propagándose , ha logrado

- « Esclavizar al populacho ciego.
 « Desde que al mundo vino , no ha cesado
 « De crecer , y creciendo todavía ,
 « Será el monstruo mayor de que han hablado
 « La fábula y la historia hasta este dia.
 « Estrago hará cruel ; sin que al influjo
 « De su saña haya nadie que resista ,
 « Saña de que es un pálido dibujo
 « El que el mármol ofrece á nuestra vista.
 « Al mundo , en fin , vendrán á dar amparo
 « Los caballeros que he citado arriba ,
 « Y cuyo nombre se alzaré preclaro ,
 « Entre destellos de la luz mas viva.
 « A la fiera cruel , ninguno daño
 « Hará como Francisco rey de Francia , .
 « Sin que parezca extraño
 « Esto al ver su arrogancia ,
 « Su esfuerzo y su valor , timbres preciosos
 « Por los cuales descuella
 « Su nombre entre los nombres mas famosos ,
 « Cual brilla el sol , al lado de una estrella.
 « De su feliz reinado
 « El primer año , apenas todavía
 « En el paterno solio bien sentado ,
 « Los Alpes , pasará que habrá ocupado ,
 « Por detenerle el paso , un su enemigo ,
 « A quien dará castigo ,
 « Vengando al mismo tiempo los ultrajes
 « Que hicieron á las lises
 « Aquellas hordas fieras y salvajes.
 « Al frente luego de escuadron gallardo ,
 « Bajará á las llanuras del Lombardo ;
 « Donde , despues que al Ginebrino venza ,
 « Irá á cubrir de oprobio y de vergüenza
 « A Roma , al Florentino y al Hispano ,
 « Expugnando un castillo que creia

- « El vulgo , inexpugnable hasta aquel dia.
 « Para expugnarlo , el arma
 « Que mas le servirá será el acero ,
 « Con que la vida quitará primero
 « Al monstruo atroz que todo el mundo alarma.
 « Su presencia desarma ,
 « O pone en fuga un escuadron entero ,
 « Sin que , por hondo foso ni alto muro ,
 « Se pueda nadie reputar seguro.
 « Bondosa la celeste omnipotencia ,
 « En el monarca de la Francia aduna ,
 « Al ánimo de César , la prudencia
 « Del vencedor de Trasimeno y Canas ,
 « Del hijo de Filipo la fortuna ,
 « Sin la cual , son las demás prendas vanas ,
 « Y un alma liberal , de que contemplo ,
 « Que no hubo nunca parangon ni ejemplo. »

Así diciendo , Mangis infundia

En los héroes deseo

De conocer á cuantos algun dia

De sus armas harán útil empleo ,

Para matar á la alimaña impía.

- « Entre otros muchos nótese un Bernardo
 « A quien Merlin supone hombre gallardo ,
 « Y que hacer debe célebre á Viviena ,
 « Cuanto Florencia lo es , cuanto lo es Siena.
 « En ánimo , ninguno sobrepuja
 « A Gismundo Gonzaga , á Juan Salviate ,
 « Y al de Aragon y al bravo Federico.
 « Con su yerno el de Urbino , está á su lado
 « El duque de Ferrara su cuñado.
 « Quedar atrás no quiere Guidobaldo ,
 « Hijo de uno de aquestos. Sinibaldo
 « Con Otobon de Flisco ,
 « Hierde tambien al fiero basilisco.
 « Luis de Gazul retira ensangrentada

« La aguda flecha , humeante todavía ,
 « Que con el arco le dió Febo , el día
 « En que Mavorte le ciñó la espada.
 « Dos Hipólitos de Este
 « Dos Hércules , otro Hércules Gonzaga
 « E Hipólito de Médicis , sus huellas
 « Siguiendo , hieren á la fiera aciaga.
 « Tampoco atrás se quedan
 « Ferrando , ni Julian , ni pienso cedan
 « A los demás su parte en la victoria
 « Un Francisco de Esforza , un Andrés Doria.
 « De la noble y sublime
 « Casa de Avalos son los dos que , en casco
 « Y en escudo , ver dejan un peñasco
 « Que del impío Tifeo
 « La cabeza de víborâ comprime.
 « Mas valor que estos dos aquí no veo ,
 « Quien segun su letrado manifieste ;
 « Francisco de Pescara , dice en este ;
 « Al pie de aquel , Alfonso de Guast , leo.
 « Mas ¿ porqué del mas bravo de esta hueste ,
 « Futuro honor de España ,
 « De Gonzalo de Córdoba , me olvido ?
 « Guillermo Monferrat allí se advierte ,
 « Entre los que á la fiera han de dar muerte ;
 « Y pocos son aquestos , comparados
 « Con los que en tierra yacen malparados. »

En juego honesto , en pláticas sabrosas ,
 Concluido el banquete ,
 Pasan despues las horas calurosas
 Encima de aromático tapete
 Que , de mil flores esmaltado , brilla ,
 Del fresco arroyo á la frondosa orilla .
 En torno , porque nadie los inquiete ,
 Armados velan Mangis y Viviano ,
 Cuando hácia allí su huella

Veloz dirige y sola una doncella.

Hipalca, esta doncella es, que privada
 Por Rodomonte de su fiel Frontino,
 Rogando y maldiciendo, su camino,
 Inquieta sigue la anterior jornada.
 Y, como en vano por lograr su objeto
 La mísera se esfuerce,
 Su marcha, en fin, hácia Agromonte tuerce,
 Do hallar debe á Roger y á Ricardeto.

Y el sitio conociendo, que no era
 Esta la vez primera
 Que lo via, á la fuente se dirige
 Do á los guerreros halla, como dije.
 De su mision empero, hábil, discreta,
 Las causas y los fines interpreta;
 Así, no bien á Ricardeto vido,
 Finge á Roger no haber reconocido;
 Y hácia el primero tórnase ligera,
 Cual si solo por él allí viniera.

El tambien la conoce, y sin tardanza,
 A dó va preguntándole, se avanza
 Hácia ella, que encendidos entretanto
 Los bellos ojos por amargo llanto,
 En alta voz, de modo
 Que enterarse Roger pueda de todo,
 A Ricardeto dice: « Por las riendas
 « Iba yo, cual tu hermana me previno,
 « Conduciendo un corcel de raras prendas,
 « Que ella aprecia, y que llámase Frontino.
 « Treinta millas y mas hácia Marsella
 « Lo conduje, donde ella
 « Debe de aquí venir á pocos dias,
 « Y donde sé que quiere
 « Que sin moverme su regreso espere.
 « Tranquila así, segura caminando,
 « A nadie yo la audacia suponía

« De despojarme de Frontino , cuando
 « Decir óyese á quien pertenecía.
 « Tarde mi engaño ví ; moro villano
 « A robármelo vino.
 « Del dueño de Frontino
 « El nombre veces mil repito en vano.
 « En vano con instancia
 « Ayer y hoy , he rogado todo el día.
 « A no larga distancia
 « De aquí , le acabo de dejar lidiando ,
 « Con otro caballero
 « Por quien en breve ser vengada espero. »

Roger , á estas palabras , que oye apenas ,
 Se vuelve á Ricardeto , y de él reclama
 Que , en pago de haber roto sus cadenas ,
 Partir le deje solo con la dama
 Hasta encontrar al musulman osado
 Que á Hivalca su corcel ha arrebatado.

Bien que en el alma á Ricardeto pesa
 Ceder á otro la gloria de una empresa
 Que como suya mira , se decide
 A otorgar á Roger lo que le pide.
 Su venia pues tomando ,
 Con Hivalca en camino este se puso ,
 De su valor dejando
 A cada cual atónito , y confuso.

Puestos en marcha , al héroe la doncella
 Refiere cuanto le encargara aquella
 Que de Roger en su alma tiene fijo
 El caro nombre de su amor objeto ,
 Y añade , que si nada antes le dijo ,
 Fué por estar delante Ricardeto.
 Cuéntale que , al quitarle su caballo ,
 El robador con orgulloso brio ,
 « Sé de quien es , » le dijo , « y conquistallo
 « Con mas ardor , por eso solo ansio.

« De ese corcel es amo
 « Roger , á quien provocho y desafío ;
 « Rodomonte me llamo ,
 « Y la fama pregona el nombre mio. »

Esto oyendo Roger , en su semblante
 Muestra del corazon toda la furia :
 De Frontino la pérdida deplora ,
 No solo por ser don de Bradamante ,
 Mas porque en ello ver piensa una injuria
 Que triste el alma á su pesar devora.

Por hallar al pagano á suelta rienda ,
 Con Hípalca despues sigue su viaje ,
 Y llega á sitio donde en dos la senda
 Por dó van galopando se divide.
 Una y otra conducen al paraje
 Do quedará el feroz mahometano ;
 Breve es una ; mas áspera y salvaje ;
 Dulce y fácil , mas larga la del llano.

De Hípalca el ansia ardiente ,
 Por verse otra vez dueña de Frontino
 Y por vengar el recibido ultraje
 Estravía en el monte su camino ,
 En tanto que del valle los senderos
 Recorren Mandricardo
 Y los otros guerreros ,
 Que al lado van del rey de Argel gallardo.

Ya dije , cual en la batalla cruda
 De que es la bella Doralice causa ,
 Por ir á dar á su monarca ayuda
 Hacen estos guerreros una pausa.
 Su marcha emprenden luego , y caminando
 Por la directa via ,
 En la fuente se ven dó descansando
 Marfisa , al lado de Viviano y Mangis ,
 Con Ricardeto y Aldeguer , yacia.
 A instancias de sus bravos compañeros

El yelmo y el arnés, que no solia
 Abandonar, abandonó aquel dia
 Por vestido, y adorno femenino
 Hallado entre las joyas
 Que á Lanfusa iba á dar el Maguntino:

Al contemplarla el Tártaro no duda
 En ir á conquistarla y á ofrecerla
 A su rival porque renuncie á aquella
 Que causa fué de su contienda ruda.
 Piensa, ¡cuitado! que de amor la llama
 Se puede sofocar impunemente,
 Y que vender ó permutar su dama,
 Por otra puede, el que de veras ama.

Por conservar la suya, la conquista
 De Marfisa acomete, no dudando
 Que en el de Argel su vista
 Incendio igual atize

Al que ya le inflamó por Doralice,
 Y á los guerreros que á su lado mira
 Al combate provoca, ardiendo en ira.

Viviano y Mangis que de férrea cota
 Estan vestidos, á lidiar dispuestos.
 Se alzan del suelo, y prestos
 A los moros presentan la batalla.
 Mas Rodomonte, que lidiar no quiere,
 No se mueve por eso,
 Que á Mandricardo de esta lid prefiere
 Dejar toda la gloria y todo el peso.

Viviano es el primero que gallardo
 Enarbola su lanza.
 Tampoco anduvo el agareno tardo,
 Que su ira vierte en pruebas de pujanza.
 De su cota uno y otro, la juntura
 Con la punta del hierro hallar procura,
 Hasta que á Mandricardo
 Un golpe dió Viviano en la cimera

Que ni moverle consiguió siquiera.

El Rey pagano con su lanza dura

El broquel á Viviano hace pedazos ,

Y en el suelo cubierto de verdura ,

De las flores lo arroja entre los brazos.

Por vengar su derrota :

Llega Mangis ; mas junto

A su hermano , por tierra viene al punto.

Cubierto de su cota

Y en su corcel montado , el otro hermano

Hácia el moro , que audaz le desafía ,

Lo empuja con coraje y bizarria

Y recio golpe dale en la cimera

Que , si bien rota el asta

En trozos cuatro hace volar , no basta

La cerviz altanera

A doblar del pagano , que , no lardo ,

Hiere á Aldeguer en el costado izquierdo.

Herido este vacila á un lado y otro

Y del arzon del potro

Viene al suelo al instante ,

Purpureo el cuerpo , pálido el semblante.

En ira ardiendo , y lleno de arrogancia ,

Con la lanza enristrada , llega luego

Ricardeto , mostrando el noble fuego

Que animó siempre al paladin de Francia ,

Y del que á dar insignes pruebas iba

Cuando su bruto , tropezando , viene

Al suelo , en donde á su señor derriba.

Viendo en fin que no hay ya quien se presente

A disputarle el premio del combate ,

A su corcel clavando el acicate ,

Se acerca Mandricardo hácia la fuente ,

Y , « ya eres mia , » á la doncella dice ,

« Si no encuentras quien venga á rescatarte.

« Así lo quiere de la guerra el arte

« Y así mi intencion es que se realice. »
 La faz alzando en ademan altivo
 La dama dice : « Engañaste muy mucho.
 « Verdad, bien lo concibo,
 « Fuera sin duda alguna lo que escucho
 « Si paladin ó dueño fuese mio
 « Alguno de esos cuatro que venciste ;
 « Mas libre yo fui siempre ; y de mi brio
 « Prueba ha de hacer aquel que me conquiste.
 « Dispuesta siempre á combatir me hallo
 « Que á mas de un caballero en tierra he puesto.
 « Mis armas dadme, dadme mi caballo, »
 Dice á sus pajes, que obedecen presto.
 Las faldas luego quitase y ver deja
 Bajo el colete un elegante busto
 Que á Marte en lo robusto
 Y á Venus en lo bello se asemeja.
 Su espada ciñe, viste su coraza,
 Monta sobre el corcél de un solo salto,
 Y, con la diestra levantada en alto,
 Al Musulman se llega, y lo amenaza.
 Así se da principio á esta pelea
 Igual á la que tuvo con Aquiles,
 En los campos de Ilión, Pentésilea.
 Ambos contrarios su pujanza prueban ;
 Hecha pedazos salta cada lanza
 Sin que ellos al encuentro se conmuevan.
 Marfisa, de mas cerca del pagano
 Probar queriendo el ímpetu se avanza,
 Hacia él lijera con la espada en mano.
 Contra el cielo blasfema
 El moro al verla inmóvil en la silla,
 Y ella tambien de la deidad suprema,
 Tal vez, el nombre en su furor mancilla,
 Al ver cual de su espada al golpe rudo
 Resiste siempre el enemigo escudo.

Fuertes sus armas son , al recio choque
 Del acero resistese la malla.
 Bien que esto su ira mas y mas provoque ,
 Todo aquel dia y parte del siguiente
 Deja que dure la feroz batalla.

Impaciente el de Argel , llégase en esto
 Al Tártaro , y le dice :

« Pues que á lidiar de nuevo estás dispuesto
 « Nuestra contienda aquí se finalice.
 « Suspendámosla , sábeslo , con pacto
 « De ir al socorro de la gente nuestra.
 « Si te retractas tú , yo me retracto
 « Y vuelvo en el instante á la palestra. »

A la virgen bizarra

En seguida dirigese , le narra

La causa de su viaje y le suplica

Que no tan solo aquella lid suspenda ,
 Mas que al punto con ellos se transporte
 A Paris dó á su amparo se encomienda
 Del rey pagano la indefensa Corte.

« Mas vale , » añade , « hacer que por el orbe
 « Tu fama vuele y al empireo ascienda
 « Que trabar infructífera contienda ,
 « Que de lograr tan noble plan te estorbe. »

Marfisa á quien , de Francia á los confines
 Viniendo ha poco de remoto clima ,
 Vivo deseo anima
 De luchar con sus bravos paladines ,
 Al ver la ayuda que Agramante pide
 A volar á su amparo se decide.

Roger , en tanto á Hípalca , por el monte
 Siguiendo en vano , llega hasta el paraje
 Donde quedó bramando Rodomonte ,
 Y pensando que lejos
 De allí no esté , si acaso
 Hacia la fuente ha dirigido el paso ,

Por las huellas mas frescas que divisa ,
 Trotando en su corcel va á toda prisa.
 Allí llegando ordena
 A Hivalca que se parta
 A Montalban , que una jornada apenas
 Distante está ; mientras del recto rumbo ,
 A la fuente acercándose , él se aparta.
 Dícele que no duda con su acero
 Hacerse dueño de Frontino en breve ,
 Y que hasta á Montalban y al orbe entero
 La fama al punto esta noticia lleve.

La carta que escondida
 Lleva en su seno , entrégale en seguida
 Y , con afan prolijo ,
 Ternezas mil para su bien le dijo.
 Cuanto escucha en su mente
 Hivalca graba , y sin que mas aguarde
 Parte veloz , y llega diligente ,
 A Montalban aquella misma tarde.

Por las huellas que advierte en la llanura
 Sigue Roger al rey de Argel gallardo ,
 Y al borde de la fuente , por ventura ,
 Vino á encontrarlo al fin con Mandricardo.
 Mas vino en el momento
 En que ambos , por solemne juramento
 De ofrecerse acababan á ninguna
 Empresa nueva consagrar su brazo ,
 Hasta ver de su apuro y embarazo
 Libre al sectario de la media luna.

Allí Roger llegando , sin tardanza
 Conoce á su corcel y al que lo monta
 Y con carrera pronta
 Hacia él dirige enarbolada lanza.
 Mas paciente que Job , contra su usanza ,
 Se mostró Rodomonte , que altanero
 En provocar combates ser solia ,

En otras ocasiones , el primero.
 El primero y el último aquel día
 Fué que en su vida rehusó batalla.
 Pues á su rey del riesgo en que se halla
 De tal manera libertar ansia
 Que , aunque á Roger despedazar pudiera ,
 Cual á liebre fugaz feroz pantera ,
 Piensa que un solo golpe de su espada
 En esta coyuntura le degrada.

De no poder blandirla es aun mas grave
 Su pena cuando sabe
 Que el que á Frontino agora le reclama ,
 Es Roger , cuya fama
 Excitó tantas veces sus deseos
 De medirse con él en los torneos.
 Esto no obstante , y bien que á su alma pesa ,
 Renuncia el moro á su gloriosa empresa.
 Por ella , en otras circunstancias , miles
 De leguas con placer andado habria ;
 Hoy la desecharia
 Aun cuando le retara el mismo Aquiles :
 ¡Tan fuerte es el motivo
 Que así se opone á su anhelar mas vivo !

Estas razones á Roger refiere
 Y le ruega le ayude en esta empresa ,
 Pues conservar ilesa
 Su gloria , á fuer de caballero , quiere.
 « Luego , » dicele pues , « que de Agramante
 « El duro asedio el rey francés levante ,
 « Podremos renovar esta contienda.
 « Mas quiero que hasta entonces se suspenda.
 « — Así , » Roger replica , « así lo opino ,
 « Siempre que antes me vuelvas á Frontino.
 « Si que á probarte yo renuncie quieres
 « Que has cometido insigne villanía
 « Quitando á una indefensa mensajera

« Un corcel que por mi órden conducia ,
 « Vuélvelo al punto , vuélvelo ó no esperes
 « Que de una hora siquiera
 « La proyectada lucha yo difiera. »

Mientras Roger del agareno exige
 Que dé á Frontino ó que á lidiar se apreste
 Sin que ninguno de estos dos partidos
 El resuelto á aceptar se manifieste ,
 Llega otro moro por la opuesta parte
 Y traba con Roger querella nueva ,
 Al ver que por divisa
 El ave , reina de las aves , lleva.
 Aguila blanca en campo azul adorna
 Las armas , que algun día ,
 Vistió de Troya el adalid gallardo ,
 De quien el fuerte jóven descendia.
 Ignorándolo empero , Mandricardo
 Un insulto ve en ello , y no consiente
 Que otro escudo que el suyo
 El fúlgido blason de Héctor ostente.

Por enseña igualmente
 Un águila llevaba Mandricardo
 Que , al salir del alcázar peligroso ,
 Obtuvo de una maga en recompensa
 De su alto esfuerzo y de su audacia inmensa ,
 Con la armadura entera que Vulcano
 Dió en aquel tiempo al paladin troyano.
 Otras veces por ella
 Mandricardo y Roger ya combatieron ,
 Y la causa sabeis porque pusieron
 Fin en cada ocasion á su querella.

Algun tiempo de la última ya hacia
 Cuando el escudo de Roger advierte
 El Musulman , que en voz soberbia y fuerte
 De este modo le insulta y desafia.
 « Tú , temerario , mis insignias llevas

« Y hoy por primera vez no te lo digo ;
 « De mi paciencia di bastantes pruebas ,
 « Hasta hoy no habiendo dádote castigo.
 « Mas , pues que ni á consejos ni amenazas
 « Quiso ceder tu obstinación funesta ,
 « A ver en breve vas cuan caro cuesta
 « Ese broquel que sin derecho embrazas. »

Cual , atizada por la brisa , prende
 La llama en seca y ya caliente leña ,
 Así Roger de cólera se enciende
 Oyendo al musulman que lo desdeña.
 « — Piensas , » dice « asustarme y me provocas
 « Porque supones que lidiar no puedo
 « A un tiempo contra dos ; pues te equivocas ;
 « Corcel y escudo á conquistar me obligo
 « Y juntos á los dos al campo os reto.
 « A este sitio otra vez con el objeto
 « Vine , no ha mucho , de reñir contigo ,
 « Mas sin acero al verte ,
 « Detuve el brazo , que iba á darte muerte.
 « Lo que entonces no hice
 « Hoy sin demora haré que se realice ;
 « Pues no se ha de usurpar impunemente
 « Ese blason antiguo de mi gente. »

« — Quien lo usurpa es el vil que me denuesta , »
 Dice el tártaro ; y muéstrale la espada ,
 La espada por Orlando en la floresta ,
 No ha mucho , en su furor , abandonada.
 Generoso y cortés Roger al moro
 Viendo llegar sin lanza ,
 Comprometer temiendo su decoro ,
 La suya al suelo arroja sin tardanza ,
 Y á Belisarda empuña , de ira ciego.
 Mas bien pronto se avanza
 Marfisa. Llega Rodomonte luego
 Y entrambos se interponen

Porque la lid los otros abandonen.

Duélese Rodomonte de que roto ,

Ora por verse dueño de Marfisa ,

Ora por conquistar una divisa ,

Dos veces haya el tártaro su voto.

« Si cumplir te disgusta

« Nuestro convenio , » el rey de Argel le dice ,

« Nuestra primera lid se finalice

« Que , de todas las de hoy , es la mas justa.

« Con esta condicion , fué concluida

« La tregua entre nosotros. Terminada

« Mi reyerta contigo ,

« Por mi caballo á combatir me obligo.

« Tú , si quedas con vida ,

« Podrás mi escudo reclamar á aquese ,

« Bien que dudo que puedas otra lucha

« Acometer , cuando la nuestra cese.

« — No , » respóndele el tártaro ; « no esperes

« Que así suceda , vencedor confias

« En el campo quedar : las armas mias

« Sudar te harán si destrozarlas quieres.

« Mi esfuerzo es manantial que no se agota ;

« De Roger la derrota

« Emprenderé despues , y de cualquiera

« Que se me oponga , y de la tierra entera. »

Con estos gritos el furor se enciende

De unos y otros guerreros. Mandricardo

Con Rodomonte y con Roger emprende.

Este , al ver que su nombre se atropella ,

Rienda da suelta á su ánimo gallardo ,

Mientras que , por calmar tanta querella ,

Corre de una á otra parte la doncella.

Cual labriego al mirar la furia aciaga

Con que , sus diques destrozando , amaga

El calzal prado y al naciente trigo ,

De esta invasion ponerlos al abrigo

Quiere ; mas mientras por aquí en respeto
 Pone al torrente , por allá pujante
 Este , arrollando el frágil parapeto.
 Por los campos extiéndose esputante ;
 Así mientras Roger , el de Tartaria
 Y Rodomonte por reñir porfian
 Y , en pruebas de su audacia temeraria ,
 A triplicada lid se desafian ,
 Por ponerlos en paz Marfisa insiste ;
 Mas su insistencia es vana ;
 Que , al uno entanto que en calmar se afana ,
 Al otro mira que al tercero embiste.

Ella que solo en paz verlos desea ,
 « Señores , » dice , « á mi consejo atento
 « Suspenda cada cual toda pelea ,
 « Y juntos al auxilio
 « Vayamos de Agramante y de Marsilio.
 « Si alguno hay sin embargo
 « Que se oponga á este plan , yo mi querella
 « A empezar vuelvo y á probar me encargo
 « Cuanto ser puede amargo
 « El querer conquistar á una doncella.
 « Mas si del campo moro las alarmas
 « Han de cesar , forzoso es se resuelva
 « Cada cual hoy á deponer las armas. »
 « — A dejarlas dispuesto no me hallo
 « Interin mi corcel ne se me vuelva , »
 Dice Roger ; « yo exijo mi caballo ;
 « Pues retornar con él al campamento ,
 « O morir defendiéndolo es mi intento.
 « — Mas fácil , dice Rodomonte , es esto
 « Que no que reconquistes á Frontino.
 « Por mí parte protesto
 « Que si algun daño á nuestro rey aviene ,
 « Culpa tuya será , que no me obstino
 « Jamás yo en lo que sé que no conviene. »

Roger de esta protesta no hace caso ,
 Y cual furioso jabalí , desnudo
 El hierro , llega acelerando el paso ,
 Y con su hombro y su escudo
 Le da golpe tan rudo ,
 Que en confusion le pone
 Y que un estribo le hace que abandone.
 « Roger , » en esto el tártaro le grita
 « Conmigo lidia , á toda lid difiere ; »
 Y , colérico , hácia él se precipita
 Y en el almete con furor le hiere.

Sobre la crin de su caballo inclina
 Roger la frente , y levantarla intenta ,
 Cuando el hijo de Ulieno se presenta.
 Desnudo el hierro , amenazando ruina ,
 Atroz golpe descarga
 Que , si bien , gracias de su yelmo al temple ,
 No le quita la vida ,
 Sus sentidos embarga

Y le hace abandonar espada y brida
 Su corcel por los campos se lo lleva ,
 Mientras que en tierra queda Balisarda.
 Viéndose sola , en acudir no tarda
 Marfisa á comenzar batalla nueva.
 Magnánima y gallarda
 Se encara á Mandricardo , y con fiereza
 Golpe le da terrible en la cabeza.

Tras de Roger corriendo el argelino ,
 A su corcel Frontino ,
 Le hará , como le alcance ,
 Por siempre renunciar. En este trance ,
 Llegan Viviano y Ricardeto. Aqueste ,
 Con tal violencia empuja al argelino ,
 Que le obliga á que tuerza su camino ;
 En tanto que Viviano
 Su espada al buen Roger pone en la mano.

Cuando , volviendo en sí , Roger advierte
La espada que Viviano le presenta ,
Semejante al leon , que entre las astas
De un novillo se ve ; bien que no sienta
Dolor , ardiendo en ira ,
Estrago anhela , destruccion respira ,
Y ansioso de venganza
Hácia el de Argel colérico se avanza.
Con mano fuerte y ducha
Tan vivo golpe dale en la celada
Que , á no haber en la lucha
Perdido , cual ya referí , su espada ,
Poco sirviera al rey de Argel ó nada .
El yelmo fabricado por su abuelo
Cuando la guerra quiso hacer al cielo.

Largo tiempo durar tanta reyerta
Debe ; y de ello bien cierta
La Discordia á su amiga
Al convento la exhorta á que la siga.

Mas volvamos al sitio dó en la frente
Recibió un golpe el musulman valiente.
Tan recio fué , que con la nuca vino
A tocar en la grupa de Frontino.
Sin sentido sobre él , no de otro modo
Bamboleándose va que hombre beodo ,
Y su espada perdiera si á su brazo
No la llevara atada con un lazo.
Recibiendo y tornando golpes rudos
Sudan , Marfisa y Mandricardo en tanto ;
Que , en solidez iguales , sus escudos
La fiera lucha dejan indecisa ,
Hasta que de Marfisa
El corcel resbalando , por el prado
Cayó con ella , hácia el derecho lado.
Levantarse de prisa
Intenta la magnánima doncella ,

Cuando llegando el moro ,
 Descortés la atropella
 Y la arroja á los pies de Bridadoro.
 En tanto que aturdido
 Corre el de Argel , á riesgos mil expuesto ,
 Roger el mal partido
 Hecho á la dama ve ; llégase , y presto
 Al de Tartaria hiere con fiereza
 Y el yelmo le partiera y la cabeza ,
 A tener él su espada ,
 Ó á llevar Mandricardo otra celada.

En sí volviendo Rodomonte en esto
 A Ricardeto advierte , y recordando
 Que este se opuso á su designio cuando
 El á Roger pensaba dar la muerte ,
 Acércase dispuesto
 A dar á su valor trágica suerte
 Si , con gran arte y nuevo encanto , opuesto
 No se hubiera á su plan Mangis bien presto.
 Bien que consigo el libro no tuviera
 Con que detiene al sol en su carrera ,
 Mangis , que sabe tanto
 Como el que mas de magias y de encanto ,
 Las palabras recuerda con las cuales
 Convoca á las deidades infernales ,
 Y á su órden una se introduce pronta
 En el corcel que Doralice monta.
 Este corcel que manso y obediente
 Hasta entonces mostróse , de repente
 Con furor agitándose , da un salto
 De treinta pies en largo y quince en alto.
 No perdió los arzones Doralice ;
 Mas , en los aires viéndose , gritaba
 Auxilio reclamando la infelice.
 Nada el gritar , empero , le aprovecha ;
 Que , impelido el corcel por el demonio

Que de Mangis las órdenes atiende ,
 Rápido como flecha ,
 Con nuevos saltos su camino emprende.

Marfisa en esto alzándose de tierra
 Se llena de coraje
 Al ver que del de Argel , en nueva guerra ,
 Vengar no puede el recibido ultraje.
 De la batalla el resultado viendo ,
 Brama Roger cual hostigado toro ,
 No esperando jamás con su caballo
 Alcanzar á Frontino y Bridadoro.

Sus armas deponer le da vergüenza
 Mientras que su corcel no recupere.
 Tampoco hasta que al tártaro no venza ,
 Marfisa una hora de reposo quiere ,
 Y así , por entablar nuevas querellas ,
 Siguen los dos las enemigas huellas.

A su contrario hallar cada cual debe
 En el árabe campo , á donde piensa
 De su rey Agramante á la defensa
 Con alma y vida consagrarse en breve.

Despedirse queriendo
 El buen Roger de los que allí su viaje
 Emprendieron con él , hácia el paraje
 Dó ve al hermano de su dama acude ,
 Le ofrece su amistad y le suplica
 Que en su nombre salute
 A Bradamante ; y de tal modo explica
 Su intencion que lo deja satisfecho
 Sin mostrarle el secreto de su pecho.
 De Mangis , de Aldeguer y de Viviano
 Se despide tambien , y amistad pura
 Cada cual de ellos con placer le jura.

De llegar á París es tanta el ansia
 Que acosa á la impertérrita Marfisa ,
 Que , de la gente amiga que allí deja

Sin despedirse , rápida se aleja .
 Tras ella , á toda prisa ,
 Por saludarla , acuden Ricardeto ,
 Y Mangis y Viviano ,
 Mas no Aldeguer , que herido
 En tierra yace exánime tendido .

Hácia París , primero
 Viviano y Mangis , y Aldeguer mas tarde ,
 Con Ricardeto toman un sendero .
 Las muestras de valor y el noble alarde
 Que , con daño de Carlos y su gente ,
 Hizo cada guerrero
 De este escuadron magnánimo y valiente ,
 En otro canto enumeraros quíero .

CANTO XXVII.

Llega Doralice á la tienda de su padre el rey de Granada. — Corre Reinaldo en busca de Orlando y de Angélica. — Reveses de los cristianos. — Reyertas entre los gefes moros. — Doralice , obligada á decidirse en favor de Mandricardo ó de Rodomonte , se pronuncia por el primero ; desesperacion y partida del segundo .

Entre los muchos especiales dones
 Que la mujer del cielo ha recibido ,
 Es uno el de saber tomar partido
 De pronto , en apuradas situaciones .
 Los hombres al revés : raro es que auxilio
 Del estudio y del tiempo no reclamen ,
 Raro que á seria decision se inclinen
 Sin un maduro y detenido exámen .

En su opinion discreto
 Mangis no anduvo á fe , (bien que cual dije ,
 Del riesgo que le aflige ,

Salvar logra á su primo Ricardeto] ;
Cuando al de Argel y al de Tartaria exhorta
A suspender la lucha , no pensando
Cuanto su ausencia importa
Al pronto triunfo del cristiano bando.

Si de pensar en esto
Tenido hubiera el tiempo necesario ,
Salvando á Ricardeto , á su adversario
No diera , no , consejo tan funesto.
Bastábale al espíritu , que lleva
A la dama , mandar que del Ocaso ,
Ó de Oriente á los límites remotos ,
Por caminos ignotos ,
La arrebatara con ligero paso.
Lo mismo que á París , los dos amantes
La siguieran allí ; mas , por desgracia ,
No pensó Mangis antes
De esta resolucion en la eficacia ;
Y el infernal espíritu que impele
De Estordilano á la asustada hija ,
Sangre buscando y destruccion , cual suele ,
Toma , pues rumbo Mangis no le fija ,
Uno que á Cárlos y á su gente aflija.
Montes , rios , lagunas y barrancos
Atraviesa veloz , hasta que llega ,
Por medio de Bretones y de Francos ,
Y de las gentes todas que congrega ,
En torno á su estandarte el rey cristiano ,
A la tienda del rey Estordilano.

Rodomonte y el tártaro , de lejos
Siguen el primer dia á la doncella ;
Al siguiente perdiéndola de vista ,
Reconocen su huella ,
Cual de tímida liebre , ó corza lista ,
Conoce el can la engañadora pista ,
Y de correr ni el uno ni otro cesa ,

Hasta que oye decir que de su padre
Llegó ya al campamento la princesa.

¡Ay de tí! Carlos: por distintas partes
Que estos dos, á tus tiendas
Llegan el rey Gradaso y Sacripante,
De quienes contra el ímpetu arrogante
Temo que inútilmente te defiendas!
Hostil fortuna á tu glorioso intento,
Á los héroes aleja

De mas fuerza y valor del campamento,
Y envuelto en triste oscuridad te deja.

De Reinaldo y de Orlando

Quiero hablar; este, trastornado el juicio,
Del valle al monte, y dél al precipicio,
Con lluvia ó sol desnudo va vagando.

No mucho menos loco

El paladin de Montalban, no hallando
Á Angélica en París, de tu defensa
Se olvida, y solo en sus amores piensa.

Ya dije cual, del fraudulento viejo
Escuchando el consejo,
Con Orlando creyendo á esta doncella,
Hácia París su huella
Dirige, y cual, allí llegado apenas,
Parte hácia las británicas arenas.

Terminadas las lides en que al hijo
De Troyano asediar al cabo obtuvo,
Vuelve á París, dó, con afan prolijo,
De monasterio en monasterio anduvo,
Y alcázares y casas registrando,
Debiera hallarla, á menos
Que de un muro ocultárase en los senos.
No hallándola, ni á Orlando,
Piensa que á Anger ó á Brava,
Para gozarla á su placer, acaso
Haya torcido este caudillo el paso.

Allí sin mas tardanza
 Parte; mas nada descubrir alcanza,
 Y se vuelve á Paris, á donde sabe
 Que debe presto retornar el conde,
 Si no quiere exponerse á un riesgo grave.

Un dia ó dos en la ciudad, adonde
 Aguarda á Orlando, quédase; mas viendo
 Que no llega, en la angustia que le aflige
 De nuevo á Anger y á Brava se dirige;
 Y este rumbo mil veces recorriendo
 Sin descanso cabalga,
 Ora el sol brille, ora la luna salga.

Mas del linaje humano
 El eterno enemigo, el que de Eva
 Impulso diera á la atrevida mano,
 Lívidos ojos en su saña eleva
 De Francia hácia el ilustre soberano,
 Y, la ausencia advirtiendo
 De sus mas bravos jefes, dura prueba
 Le hace sufrir, de todos los confines
 Del mundo conduciendo
 De Agramante á los fuertes paladines.

Á Gradaso y al bravo Sacripante
 Él á venir indujo,
 Al socorro del campo de Agramante,
 Y hasta allí los condujo
 Por senda ignota y por secreto influjo.
 Á un emisario suyo luego manda
 Que á Mandricardo y al de Argel dé prisa
 En ir tras Doralice,
 Que, á su pesar, con prestos pasos anda.
 Otro despues expide, que á Marfisa
 Y á Roger lo que ocurre patentice.

Mas tarde que los otros, sin embargo,
 Llegó á cumplir este último su encargo,
 Pues, temiendo se encuentren

Rodomonte y Roger en su camino,
 Y. que allí de Frontino
 Por la conquista en nuevas lides entren,
 Ganar hace á los otros media hora
 Sobre Roger y la guerrera mora.

Juntos con Mandricardo y Rodomonte,
 Sacripante y Gradaso á un sitio llegan
 Que al francés campo vistas da y al moro,
 Dó pendones sin número despliegan
 Sus medias lunas ó sus lises de oro.

Ante el comun peligro, amigos vuelven
 A hacerse todos; que, cual solo medio
 De salvar á su rey, hacer resuelven
 Por fuerza alzar á Cárlos el asedio.
 Únense pues, y métense por medio
 De las cristianas tiendas de campaña,
 Viva África, gritando, viva España.
 A las armas, bien presto, en cada tienda
 Se oye llamar; mas en matanza horrenda
 Á este ataque imprevisto
 Perece, sin haber quien lo defienda,
 Gran parte del ejército de Cristo.

Sin saber á dó va, corre en tumulto
 El Francés en distintas direcciones,
 Pensando que esto de algun nuevo insulto
 Venga tal vez de Suizos ó Gascones.
 Siendo á la mayor parte
 Las causas de esta confusion secretas,
 Al rumor de atambores y trompetas,
 Va cada cual á unirse á su estandarte.

Armado todo, excepto la cabeza
 El grande emperador, y rodeado
 De sus magnates, á inquirir empieza
 Quien haya así sus huestes atacado.
 Al uno amaga, el paso á otro detiene,
 La sangre advierte, en fin, que á casi todos

El pecho, el rostro, ó la cabeza esmalta ;
Sin manos otro viene ,
Otro le sigue á quien un brazo falta.
Por el suelo tendidos ,
De propia sangre en espantoso lago ,
A muchos mira , y de sus bustos lejos
Ve con horror los miembros esparcidos.

Dó quier que pasa el escuadron bizarro ,
Deja tras sí la ensangrentada huella
Que seguir suele de Mavorte al carro.
Lleno de ira , de asombro y de desmayo ,
Cárlos mira esta atroz carnicería ,
Cual mira atento , por hallar su via ,
Aquel en cuya casa cayó el rayo.

No habia al campo musulman llegado
Este primer refuerzo todavía ,
Cuando Marfisa , por el otro lado ,
Con el bravo Roger sobrevenia.
Uno y otro , la vista
Tendiendo en derredor , conoce en breve
Que á su rey ante todo auxiliar debe
Y parte audaz , y á combatir se alista.

Mas cual llama que , rápida , se extiende
Por largo surco hasta la oculta mina
Que , con súbito estrépito , estallando
Grueso peñasco ó recio muro arruina ,
Roger así y Marfisa se presentan ,
No sin que muchos su llegada sientan.
De tajo y de revés , de punta y corte ,
Hiere y destroza á la infeliz cohorte ,
Y por dó quier su paso se señala
Cual el de una tormenta sobre prado ,
Del cual parte respeta y parte tala.

Las gentes que el furor han conjurado
De Rodomonte , y de los tres primeros ,
Gracias daban rendidas

Al Ser supremo que salvó sus vidas ;
Mas, con Roger y con Marfisa , en esto ,
Gran parte á dar de aquella gente vino
Y á demostrar que , próspero ó funesto ,
Conjurar nadie puede á su destino.

Cual zorra que , de antigua madriguera
Lanzada por el fuego
Que á su boca incendió crudo labriego ,
Mientras evitar este peligro espera ,
Con su familia entera
Víctima viene á ser de can hambriento ,
Así, mientras á un riesgo se sustrae ,
En otro riesgo aquella gente cae.

Llegar los Moros viendo al campamento
A Marfisa y Roger , los ojos alzan ;
Y , llenos de esperanza y de contento ,
Del Ser supremo la bondad ensalzan.
Ya no temen á Cárlos: ya el mas flojo
Del ejército infiel , á la pelea
Volver quiere , y desea
Ver la tierra otra vez teñida en rojo.

Los formidables sonos
De címbalos , trompetas y clarines
Del campo moro á todos los confines
Llevan zéfiros frescos ,
Que agitan sus banderas y pendones.
Por la parte de allá , á los paladines
De Cárlos agregándose tudescos ,
Franceses , italianos y bretones
Áspera lucha en breve
Entre ellos y los de Africa se mueve.
Unidos al de Argel el rey circaso ,
Roger , Marfisa , el tártaro Gradaso
Y Ferragut y algunos otros hombres
De quien la fama ya ilustró los nombres ,
De tal manera á los de Cristo hostigan

Que al rey Cárlos obligan
 A que á san Juan y á san Dionisio invoque,
 Y hácia París que á retirada toque.

Acongojada al fin se desordena
 Y perece gran parte de su gente,
 Que pasar no pudiendo por el puente
 A nado piensa atravesar el Sena.

Muertos quedan ó en grillos
 De Cárlos casi todos los caudillos.
 Roger tan solo y el marqués de Viena
 Tornaron á París; aquel partida
 La cabeza sacó, y este otro trajo
 En el hombro derecho un hondo tajo.

Y, si cual el de Amon, y cual Orlando,
 Abandonara á Cárlos Brandimarte,
 Con él hubiera en tan intenso fuego
 Percido de Cristo el estandarte.

Cuanto puede hace Brandimarte; y luego,
 Que hacer no puede mas, se llena de ira
 Al ver cual cede de Agramante al ruego
 Fortuna, y cual contra el francés conspira.

De huérfanos, de viudas y de ancianos
 A la etérea mansion los gritos llegan.
 Miguel los oye; ve de los cristianos
 La angustia, la congoja,
 Y se duele, y sonroja

Al pensar que el Señor obedecido
 Por la Discordia pérfida no ha sido.

Cual siervo que su gloria
 Cifrando en complacer al caro dueño
 Siente dolor si, falto de memoria,
 De algun mandato olvida el desempeño,
 Y ansioso trata de enmendar su olvido;
 Así el Arcángel, hasta haber cumplido
 El deber que el Eterno le impusiera,
 Volver no quiere á la celeste esfera.

Al monasterio donde hallado habia
 A la Discordia vuélvese al momento,
 Y hállala, que sentada, presidia
 Un capítulo en donde, del convento
 Los cargos confiriendo, se placia
 En ver como los frailes, en contrarios
 Pareceres por ella divididos,
 Se arrojaban, en cólera encendidos,
 A la cabeza atriles y breviarios.

Por el cabello asiéndola, la obliga
 Miguel á que le siga.

Con pies y manos sin cesar la empuja
 Y sobre ella una cruz hace pedazos.
 Miguel no la abandona, que ligera
 Quiere que al moro campamento parta
 Y la suerte le anuncia que le espera
 Si un punto de sus órdenes se aparta.

Bien que de rabia y de dolor blasfeme,
 La Discordia, que teme
 Verse de nuevo expuesta
 Del ángel á la cólera funesta,
 Sus fuelles va á buscar, y luego, luego,
 Pábulo dando al encendido fuego,
 Nuevo volcan enciende, cuya llama
 De pecho en pecho activa se derrama.

Al tártaro, á Roger, al argelino
 De tal manera inflama
 Que, sin esfuerzo, á persuadirlos vino
 De que, pues ya su apoyo no reclama
 Agramante, se debe
 A la suspensa lid volver en breve
 Dejando á este monarca que resuelva
 Como y por quien á comenzarse vuelva.
 De su caso tambien habla Marfisa
 Y volver sin tardar quiere á la lucha
 Que dejó contra el tártaro indecisa.

Provocada , no escucha
Consejo ni razon ; ser la primera
En combatir con Mandricardo ausia
Sin que , no digo un dia ,
Mas ni una hora este encuentro se diliera .

No menos ardor muestra
Por salir Rodomonte á la palestra.
La furia entanto de Roger estalla
Y en alta voz declara á Rodomonte
Que su corcel no sufrirá que monte ,
Mientras no lo conquiste en la batalla.
Y á complicar la cosa se presenta
El tártaro en seguida , que promete
Hacer al buen Roger que de su almete
Quite el blason que con orgullo ostenta .
En su furor , intenta
Solo contra los tres trabar batalla ,
Que trabárase , y áspera , y sangrienta ,
Si Agramante , con ruego y con dulzura ,
La razon no opusiera á la locura .

En paz ó en tregua , empero , no consienten
Los guerreros feroces ;
Y , sordos á sus voces
Viéndolos Agramante , uno por uno
Decide que en el campo se presenten .
Mas de distinto modo luego opina ;
Pues justo le parece
Ver antes lo que el hado determina .

Cuatro cédulas hace ; en la primera .
Al rey de Argel y á Mandricardo inscribe ,
Mandricardo y Roger en otra escribe ;
Rodomonte y Roger en la tercera
En la cuarta Marfisa y Mandricardo .
Luego , al capricho de la instable Diosa
Sus nombres revolviendo , á sacar vino
El del tártaro unido al argelino :

Mandricardo y Roger salió el segundo ;
 Rodomonte y Roger sale el tercero ;
 Mandricardo y Marfisa es el postrero.

De esto experimentó dolor profundo
 Marfisa , así como Roger , que sabe
 Que es tal la fuerza de los dos guerreros .
 Que á entrar van en combate los primeros ,
 Que es de temer se acabe
 Toda otra lid cuando esta lid se trabe.

No lejos de París un sitio se halla
 De una milla ó muy cerca de contorno ,
 Al cual sirve de valla
 Una eminencia con teatral adorno.
 Allí se alzó , mas el rencor y el fuego
 Hundieron su techumbre y su muralla ;
 Castillo igual al que la vista fija
 Del que de Parma á Borgo se dirija.

En este sitio , pues , establecida
 Fué con algunas tablas la estacada
 De figura cuadrada
 Con dos puertas de entrada y de salida
 Anchas , cual es costumbre en casos tales.
 Llegado el dia en que al monarca agrada
 Venir á presenciar esta reyerta ,
 Hace que á cada cual de los rivales
 Se eleve un pabellon junto á una puerta.

Hállase en el que mira hácia Poniente
 De Argel el rey gigante ,
 Á quien una piel visten de serpiente ,
 Por cota , Ferragut y Sacripante.
 En la puerta que mira al sol naciente
 Estan Gradaso y Falsiron pujante ,
 La troyana armadura con su mano
 Poniendo al descendiente de Agricano.
 En ancho y alto tribunal sentado
 El rey de Africa estába , y á su lado

El rey de Zaragoza , el de Granada
Y cuanta noble gente
Lleva en su campo el nombre de valiente.
Y en torno á la estacada
Tal es la turba , que feliz se estima
El que halla sitio en la muralla , ó puede
Tregar de un árbol hasta la alta cima.

Allí , sentadas en dorada sede
Estaban con la reina de Castilla ,
Reinas y damas del herculeo Estrecho
De Aragon , de Granada y de Sevilla ,
En medio de ellas vese á Doralice
Con rico traje de dos telas hecho ,
Una de color verde ,
Otra de rojo que su tinte pierde.
Tambien vese á Marfisa en traje corto
Cual conviene á tan ínclita guerrera ,
Y cual quizá de Hipólita vió absorto
Termodonte la hueste en su ribera.

Ya con la cota de armas , en que ostenta
De su rey Agramante la divisa ,
Un heraldo en el campo se presenta
Con el fin de impedir que nadie trate
De poner nuevo obstáculo al combate.
La muchedumbre , que ansiosa aguarda
A que la lucha empiece ,
Se queja y se impacienta al ver que tarda ,
Cuando del pabellon de Mandricardo
Sale un rumor que crece y siempre crece ,
Y de que causa son , segun parece ,
Gradaso rey y el tártaro gallardo.

Despues de haber con diligente mano
Armado al de Tartaria el Sericano ,
A ceñirle la espada
Va por el triste conde abandonada ,
Cuando en su pomo Durandarte escrito

Mira y la enseña que llevaba Almonte ,
 Prendas preciosas, único delito
 Que le costó la vida en Aspromonte.
 Al verla , no dudó que fuese aquella
 Ya tan famosa del Señor de Anglante ,
 Por la cual del Levante
 Vino con hueste numerosa y bella
 A someter , hace años , la campiña
 De Francia y una parte de la España.

Cosa por tanto reputando extraña
 Que hoy esta espada Mandricardo ciña ,
 « ¿ De qué modo , » le dice , « cuándo , dónde
 « Tan alta joya arrebataste al conde ?
 « Con él , por conquistalla ,
 « Trabé , » responde el tártaro , « batalla ;
 « Mas viendo cual audaz le desafío ,
 « Finge en demencia convertir su brio
 « Y , cual castor que , al verse perseguido ,
 « A sí mismo del miembro se despoja
 « Por cazador avaro apetecido ,
 « En su fuga el de Anger su espada arroja. »

Sin dejarle acabar , el Sericano ,
 « — No pienses no , guardarla en paz , » le dice ;
 « Que de oro , gentes y valor no en vano
 « Hasta hoy por ella sacrificios hice.
 « Busca pues otro acero ;
 « Que á mí me importa poco
 « Que Orlando esté en su juicio ó que esté loco ,
 « Y de esa espada apoderarme quiero.
 « Tú , sin testigos , en oculta senda ,
 « La usurpaste ; yo al campo te provocho
 « A guardarla no aspiro sin contienda ,
 « Y á mi alfange mi causa se encomienda.
 « Antes pues de servirte de esa espada ,
 « Que la compres exige
 « La antigua ley que entre guerreros rige.

La frente alzando el otro , — « que me agrada , »
 Dice , « humillar al que mi enojo tienta ;
 « Mas haz que en ello el rey de Argel consienta ;
 « Haz que primero contra ti me deje
 « Combatir , sin temor de que por eso
 « Un solo instante mi denuedo ceje
 « De doble lid al soportar el peso.

« — No ; » prorumpe Roger , « yo no tolero
 « Que se trastorne el turno establecido.
 « Al campo el rey de Argel salga el primero
 « O presentarme en su lugar yo pido.
 « Si en su decir el rey Gradaso insiste ,
 « Antes de combatir con mi divisa ,
 « Es condicion precisa
 « Que de mí Mandricardo la conquiste.
 « Volverme atrás empero no es mi objeto :
 « Con Mandricardo el rey de Argel combata ,
 « Yo á lidiar el segundo me someto.
 « Mas , si alguien de alterar el órden trata ,
 « Yo lo turbo del todo ; pues no entiendo
 « Que ninguno esa enseña
 « Lleve si no la gana combatiendo.

« — Aun cuando fuerais cada cual un Marte , »
 Replica Mandricardo , en ira ardiendo ,
 « No fuera todo vuestro esfuerzo parte
 « A quitarme las armas que defiendo ; »
 Y acercándose , en la ansia que le irrita ,
 Con el puño cerrado , al Sericano ,
 Tremendo golpe dándole , le quita
 A su pesar la espada de la mano.

Cogido á la improvisa
 Gradaso , que de este acto de locura
 Al tártaro capaz no conjetura ,
 A su furia no es fácil que resista.
 Mas , rojo de vergüenza y de coraje ,
 Chispas de fuego lanza por la vista

Y sobre todo aflígele este ultraje
Por haber sido en público paraje.

Ansioso de venganza se desvia
Un tanto por sacar su cimitarra,
Mientras á Roger en actitud bizarra
Mandricardo de nuevo desafia.

« Venid juntos los dos, venga si gusta
« Rodomonte, » les grita, « por tercero,
« Vengan Africa, España, el mundo entero,
« Que nada me intimida ni me asusta. »

Así diciendo, agita
Su espada en torno suyo con fracaso,
Y, embrazando el broquel, se precipita
Contra Roger y contra el rey Gradaso.

« — Déjame á mí, » dice este,
« Dar castigo á tan loca demasia.
« — No; vive Dios, » dice Roger, « que es mia
« Su espada y cara espero que le cueste. »
« — Déjame, » dice el uno. « — Quita, quita, »
Exclama el otro, » y cada cual girando
En derredor de Mandricardo grita.

Este combate entre los tres trabado
Tuviera el mas extraño resultado,
Si no se hubieran muchos interpuesto,
Con peligro de ver cuanto el mezclarse
En agenas contiendas es funesto.

La lucha dilatarse
Pudiera largo tiempo á pesar de esto,
Si con Marsilio no acudiera presto
Agramante su rey, cuya presencia
Respeto inspira, amor y reverencia.

De este combate vivo,
Así que le refieren el motivo,
Al Rey Gradaso ordena
Que hasta que aquella lid esté acabada
Deje en poder del tártaro la espada.

Mientras que así , no sin esfuerzo y pena ,
 Trabaja por calmarlos Agramante
 En el opuesto pabellon resuena
 Rumor entre el de Argel y Sacripante.

Luego que , como llevo referido ,
 Con Ferragut aqueste á Rodomonte
 Las armas de Nembrot hubo ceñido ,
 Se viene al sitio donde el rico freno
 Con espumante labio
 Tasca Frontino , causa del agravio
 Que en el pecho á Roger vertió veneno.

Del rey de Argel nombrado por padrino ,
 El circaso con ansia escrupulosa
 Escudriñaba si al adorno fino
 De su corcel faltaba alguna cosa ;
 A fuerza de mirallo y remirallo
 A conocer perfectamente vino
 Que este era Frontalarte , su caballo ,
 Por el cual tanta y tanta lid sostuvo ,
 Y cuya ausencia le causó tal pena
 Que á pié durante largo tiempo anduvo.

Junto á Albraca robado se lo habia
 Brunelo , el mismo dia
 En que , robando á Angélica su anillo ,
 Privó de Balisarda
 De Anger al impertérrito caudillo ,
 Y á Marfisa gallarda
 De su espada y su trompa. Al libio suelo
 Con estas joyas retornó Brunelo ,
 Y á Roger entregó con Balisarda
 El alazan ligero
 Al cual Frontino apellidó el guerrero.

Cuando seguro está de lo que afirma ,
 Hácia el de Argel volviéndose el circaso ,
 « Señor , » le dice , « mi caballo es este
 « Que en Albraca me hurtó ladron infame.

« Mas de uno encontraré que así lo ateste ;
 « Y , pues nadie hay aquí que lo proclame ,
 « Yo con las armas á la lid provocho
 « Al que ose sostener que me equivoco .
 « Merced , empero , á la amistad sagrada
 « Que hace dias nos une ;
 « Visto tambien que cosa es que importune .
 « El no poder cumplir palabra dada ,
 « Ese corcel te dejaré , si quieres ,
 « Con tal que antes dispuesto
 « Estés á confesar que te lo presto .
 « De otro modo jamás montarlo esperes
 « A menos que en la lid lo recuperes . »
 Rodomonte , orgulloso hasta el exceso ,
 Responde á Sacripante : — « A otro cualquiera
 « Que á hablarme de ese modo se atreviera ,
 « Mas que sentir de mi furor el peso
 « Haber nacido mudo le valiera .
 « Mas la amistad , que has invocado , invoco ,
 « Y me hace que en tu suerte me interese .
 « De tu designio loco
 « Desiste pues por Dios hasta que cese
 « El combate que voy dentro de poco
 « A trabar con el tártaro , y espero
 « Que , al mirar el ardor con que batallo ,
 « Me pidas por favor guarde el caballo .
 « — Cortés parece y vil es en extremo
 « Esa propuesta , dícele el circaso
 Ardiendo en ira ; « ¿ qué , piensas acaso
 « Que mis derechos defender yo temo ?
 « No ; ¡ vive Dios ! el hierro que tu empuñas
 « Yo con mi espada á quebrantar me obligo
 « Y si con él vencerte no consigo
 « Te atacaré con dientes y con uñas . »
 Esta disputa degenera en voces
 Y en amenazas : nueva lid se engresca ;

Que la ira hace en sus ánimos feroces
El efecto que el fuego hace en la yesca.

Armado de los pies á la cabeza
Está el de Argel; el otro está sin malla;
Mas sostiene (tan grande es su destreza)
Con su espada tan solo la batalla.

El inmenso poder del argelino
Sacripante equilibra
Con la presteza con que el hierro vibra,
Presteza igual á aquella con que el grano
Parte al girar la rueda de una molino.

Mas, con el hierro en mano,
A interponerse vienen Serpentino,
Ferragut, Isolerto, el Rey Grandonio
Y otros varios guerreros
Del campo de Agramante los primeros.
La causa hé, pues, del ruido que se escucha
En el opuesto pabellon en donde
Con golpes solo el tártaro responde
Al que de hacer cesar trate la lucha.

Pronto, llegando á oídos de Agramante
El combate feroz que, segun uso,
Trabaron Rodomonte y Sacripante,
De ver tanto desman, triste y confuso,
Bajo el cuidado de Marsilio puso
Esta parte del campo, mientras coto
Fué á poner él por otra al alborato.

Al ver á su señor atrás el paso,
Refrenando su ardor, con obediencia
Vuelven el argelino y el circaso.
Con grave tono y con semblante austero
La causa inquiere de esta atroz pendencia.
Infórmase de todo;
Mas busca en vano de apagarla un modo.
El circaso no quiere que en Frontino
Se presente á la lid el argelino,

Como antes dócil este
 No le venga á rogar que se lo preste.
 Impelido el de Argel por su denuedo ,
 Le responde : « Ni á ti ni al cielo es dado
 « Hacerme que suplique , cuando puedo
 « Obtener el corcel mal de tu grado. »

Del circaso en seguida el rey se informa
 Cuales son sus derechos, en que forma ,
 Cuando el corcel , por quien le fué robado
 Sacripante á este ruego se conforma
 Y , no sin que de púrpura se tiña
 Su faz , punto por punto al rey confiesa
 Como el autor de esta sutil rapiña
 Llevó á cabo su empresa.,
 Con cuatro estacas sosteniendo astuto
 El rico arzon que decoraba al bruto.

Con los demás Marfisa acude al ruido
 Y , oyendo hablar de aquesta fechoría ,
 Se acuerda que perdido
 Ha su espada tambien ella aquel día .
 A Sacripante agora
 Conoce y á Frontino ,
 De quien seguir la huella voladora
 Quiso una vez por áspero camino.

Mas de un espectador que al vil , que gala
 De estas infamias suele hacer , divisa ,
 El paraje señala
 Donde lo ve ; Marfisa
 Pregunta á cada cual llena de anhelo ,
 Y acaba por saber que el atrevido
 Que le robó su espada era Brunelo ,
 Y por saber tambien que este delito
 Que amenazó del temerario el cuello ,
 Hizo , ¡ ejemplo inaudito !
 Que Agramante su rey del suelo bello
 De Tingitania lo elevara al trono.

Marfisa , renovando antiguo encono ,
 A vengarse se apresta del malvado
 Que, su espada despues de haber robado ,
 Hablarle osó con insultante tono.
 Y revestida con las fuertes armas
 Que no dejó diez veces en su vida
 Desde que de la guerra las alarmas
 Empezó á conocer , á un escudero
 Pide el yelmo y con él en la cabeza
 A un alto dó , entre grandes personajes ,
 Sentado está Brunelo , se endereza.

Por agarrarlo por el pecho empieza ,
 Y en su brazo levántalo en seguida ,
 Cual en sus garras encorvadas suele
 Alzar un pollo el águila atrevida ,
 Y así lo lleva al sitio donde en vano
 El cuerdo Rey de tanta lid se duele.

Brunelo inquieto su peligro mira
 Pide merced , laméntase y suspira ,
 Y , entre tanto tumulto y tanta riña
 Como resuena por el campo todo ,
 La voz eleva el mísero , de modo
 Que en torno de él la multitud se apiña.

Así llegó la virgen ante el hijo
 De Troyano y , colérica , le dijo :
 « Yo quiero á ese ladron que es tu vasallo
 « Por mi mano colgar de la garganta ,
 « Pues despues de robar ese caballo
 « Mi espada me robó. Locura tanta
 « Fuera el contradecirme , que no creo
 « Exista quien se atreva , y si se halla
 « Probarle que ha mentido es mi deseo ,
 « Con él saliendo á singular batalla.
 « Mas como yo no quiero que se diga
 « Que á provocarlo aguardo
 « Cuando pacto anterior las armas liga

« A los héroes mas inclitos , retardo
 « Con placer esta lucha de tres dias ,
 « Al cabo de los cuales , si no vienes ,
 « Ó quien venga á estorbármelo no envias ,
 « De ese bribon al águila y al cuervo
 « El cadáver en pábulo reservo.
 « De aquí á tres millas , junto á aquel castillo
 « Que á la falda se ve de un bosquecillo ,
 « Sola con una dama y con un paje ,
 « Me voy á colocar. Si alguno asoma
 « Que audaz venga á oponerse á mi coraje ,
 « Á combatir con él , yo estoy dispuesta. »

Así diciendo , del alcázar toma
 La direccion sin aguardar respuesta ,
 Y, asido del cabello ,
 Teniendo siempre al vil que vocifera ,
 Y de algun circunstante auxilio espera ,
 De su corcel lo pone sobre el cuello.
 Queda de esta querella
 Tan confuso Agramante , que no sabe ,
 Bien que esto serio le parezca y grave ,
 Como hacer retornar á la doncella.

En mas de una ocasion pensado habia
 El mismo rey al pérfido , á quien odia ,
 Colgar desde aquel dia
 En que , por cobardía ,
 Perdió el anillo puesto á su custodia.

Esto no obstante , de Marfisa mira
 La accion como un insigne desafuero ,
 Y siguiéndola quiere , ardiendo en ira ,
 Escarmentarla él mismo con su acero.
 El rey Sobrino , empero , que presente
 Se hallaba , de esta empresa le disuade ,
 Cual poco conveniente
 A tan excelsa majestad , y añade :
 Que en mengua , y en fatiga

Redundará tan solo su victoria ,
 Cuando de ella se diga
 Que una mujer le disputó la gloria.

« Señor , » dice en seguida ,
 « Que dejes que le cuelguen te aconsejo ;
 « Yo en tu lugar , aunque salvar su vida
 « Con mover solamente el entrecejo
 « Pudiese , vive Dios , que no lo hiciera .
 « Manda mas bien alguno á esa guerrera ;
 « Dile que juez en esa lid te nombre ,
 « Prometiéndole hacer que ese vil hombre
 « Con el dogal á la garganta muera .
 « Y si aun esto obstinada te negase ,
 « Ver cumplido concédele su anhelo ;
 « Conserva su amistad , pese á Brunelo ,
 « Y á todos los ladrones de su clase . »

Al dictámen discreto

De Sobrino , gustoso , el rey adhiere ,
 Y deponiendo al punto su coraje ,
 Manda que con respeto
 A Marfisa se mire , y ni el mensaje
 De que Sobrino habló mandarle quiere ,
 Que ansioso de evitar mayores males
 Cállase , y sabe Dios cuanto le cuesta ,
 Por aplacar disturbios tan fatales .

De estos disturbios la Discordia rie
 Y , llena de contento ,
 Recorre el agitado campamento .
 Tambien su triunfo á la Soberbia engrie
 Y , con rencor maligno ,
 Leña y yesca lanzando en su impia lumbre
 Grita de modo que á la etérea cumbre
 Llega á Miguel de su victoria el signo .

Tiembla Paris y se estremece el Sena
 A esta espantosa voz ; la selva Ardena
 Mas de una fiera , oyéndola , abandona .

Los Alpes, el Cevena
 Y el Rin la escuchan; óyenla el Garona
 El Ródano y el Sona;
 Brama irritado el mar, y contra el seno
 Trémula al hijo estrecha la matrona.

Cinco guerreros son los que revueltos
 Están con tanto estrépito y desórden;
 Las iras de sus ánimos resueltos,
 Imposible parece no desborden.
 Por hacer que este estrendo finalice,
 Manda el rey Agramante á Rodomonte
 Que á salir con el tártaro se apronte
 A la lid de que es causa Doralice.

Veinte veces tratando de aplacallos,
 Con uno y otro pláticas entabla;
 Ya, que son les recuerda sus vasallos;
 Ya con cariño y con bondad les habla.
 Mas como renunciar ninguno quiera
 De Estordilano á la versátil hija,
 Propone el rey que elija
 Ella de entre los dos al que prefiera.

Ser predilecto el uno, y otro espera,
 Gustoso, pues, á todo lo que ordene
 A someterse cada cual se aviene.
 El de Argel, cuyo amor por Doralice,
 Muy anterior del tártaro á la llama,
 Hizo á aquel tan feliz, cuanto felice
 Puede ser un hombre, que á una virgen ama,
 Piensa, cual toda la africana hueste
 Que la dama por él se manifieste.
 Ninguno ignora cuanto
 Hizo por ella en guerras y torneos,
 Necios todos, por tanto,
 Del tártaro reputan los deseos.
 Mas él, que veces mil con ella á solas
 Vió sepultarse el sol entre las olas,

Sabiendo todo el bien que está en su mano,
Riyendo mira al populacho insano.

Ratificado por los dos guerreros
En las manos del rey aqueste pacto,
Se acercan á la bella Doralice
Que, baja de rubor la vista, dice
Prefiere al de Tartaria. Estupefacto
El campo todo silencioso queda,
Y dél de Argel es la vergüenza tanta
Que alzar la vista en derredor le veda.
Mas, depuesto el rubor que su faz tiñe,
Con orgullo bien presto la levanta,
Decidido á apelar de esta sentencia;
Y la espada que ciñe
Desenvainando intrépido, en presencia
De Agramante y su Corte, « de este acero
« Al fallo, » dice, « someterme quiero,
« No al de hembra fementida
« Que tan vilmente su deber olvida. »

De su ventura Mandricardo cierto,
Nuevo valor recobra,
Y, de sus armas viéndose cubierto,
Acepta la batalla; así zozobra
Nave próxima ya á tocar el puerto.
Mas de nuevo cesar esta querella
Hace Agramante, al rey de Argel mostrando
Que toda ley, trabándola, atropella.

La doble ofensa aqueste reparando,
Que simultáneamente,
Por su dama y su rey, hecha le ha sido,
A alejarse de allí bien decidido,
Dos hombres de armas, entre tanta gente,
Tomando, solo parte
Su campo abandonando, y su estandarte.

Cual, lleno de coraje,
Al vencedor cediendo su novilla,

Rugiente toro , la frondosa orilla ,
 Los frescos pastos huye , y un paraje
 Busca áspero y salvaje ,
 Do pueda á todas horas libremente
 Soltar las riendas al dolor que siente ,
 Tal , pues así su dama lo dispuso ,
 Rodomonte se va , triste y confuso .

Por conquistar su buen corcel , ligero
 Roger clava al que monta el acicate ;
 Mas recordando al punto que primero
 Debe entrar con el tártaro en combate ,
 Vuelve atrás , pues no quiere
 Que , si esta lid difiere ,
 Su gloria el Sericano le arrebate .

Mucho duélele empero que , á su vista ,
 Al buen Frontino el rey de Argel se lleve .
 Súfrelo ; porque en breve
 Piensa poder volver á su conquista ;
 Mas Sacripante , que otra lid no tiene
 Que sostener , con rápida carrera
 Tras de las huellas del de Argel se viene ,
 Y alcanzarle bien presto consiguiera ,
 Si , por extraño acaso ,
 Imprevisto suceso no viniera ,
 Aquella tarde á detener su paso .

Junto al Sena pasando , ve una dama
 Que , próxima á espirar en su corriente ,
 Pronto socorro , misera , reclama .
 De su corcel la silla
 Dejando , al agua salta diligente ,
 Y conduce á la virgen á la orilla .

Volviendo luego á dó dejado habia
 A su corcel pocos momentos hace ,
 Encuéntralo que , suelto , se complace
 En hacerse seguir todo aquel dia .
 Cogerle logra en fin el rey circaso ,

É ignorando el camino ,
Que ha podido tomar el argelino ,
Vaga doscientas millas al acaso.

Donde lo encuentra , y como su caballo
Pierde en la lid , quedando prisionero ,
En este instante callo ,
Que hablaros antes quiero
Del dolor que al de Sarza agita el pecho
Y narrar cuanto dice ,
Al partir de la tienda , en su despecho.
Contra Agramante y contra Doralice.

Dó quier que marcha , sus dolientes ecos
Van , encendiendo el aire ,
A resonar en los peñascos huecos.
El nombre de la dama que desaire
Hizo á su amor , repite en voz confusa
Y así de ingrata y pérfida la acusa :

« Ni mis largos servicios , ni las pruebas
« Que de mi inmenso amor te dí mil veces ,
« ¿ Han podido impedir que así te atrevas
« A hacerme del dolor beber las heces ?
« Bien que á mi puesto al tártaro hoy elevas ,
« No le amas mas que á mí ; ni me aborreces.
« De esta mudanza , y todo queda dicho ,
« La sola causa es mujeril capricho.

« ¡ Oh sexo abominable y engañoso
« De que , en momento de rencor profundo ,
« Por quitarle su dicha y su reposo ,
« Quiso dotar naturaleza al mundo ,
« Cual produjo la vibora , y al oso ,
« Cual de abispas y tábanos fecundo
« Hizo al aire , y cual hace en los rastrojos
« Entre el grano crecer cardos y abrojos !

« ¿ Por qué no quiso permitir que el hombre
« Sin el concurso de mujer naciera ?
« ¡ Qué ! ¿ no se injerta , sin que á nadie asombre ,

« El manzano al peral, este á la higuera ?

« Mas injusta es natura, que su nombre

« Es de mujer, si bien se considera ;

« Asi pues, que trabaje en nuestro daño

« A nadie debe parecer extraño.

« No, empero, del halago al dulce arrullo

« Os durmais porque madre el hombre os llama ;

« Que bien se abre entre espinas el capullo

« Y en pie fétido el lirio se encarama.

« Incapaces de amor, llenas de orgullo,

« Si la verdad se os dice, se os difama ;

« E, ingratas, desdeñosas y crueles,

« Sois perdicion de corazones fieles.»

Siguiendo así su marcha, ora con gritos,

Ora con baja voz, en su ansia loca

Denuestos infinitos

Del bello sexo en detrimento exhala ;

Y á fe que se equivoca

Pues por una mujer que exista mala

Hallarse pueden ciento,

Dignas de todo amor y miramiento.

Yo hablo así, bien que ni una

Fiel he podido hallar hasta este dia ;

Mas no quiero, si ingrata me es fortuna,

A la mujer culpar de alevosía ;

Muchas hubo hasta aquí ; muchas advierto

Hoy, ante quienes el rencor se calla ;

Mas de dar con la mala estoy yo cierto

Si, entre mil buenas, una sola se halla.

Antes empero de morirme, antes

Que del todo encanezca mi cabello

Quiero ver por mí mismo si inconstantes

Los seres todos son del sexo bello.

Si fiel una mujer (y fácil osa

Mi amor propio esperar) hallar consigo,

Con mi labio y mi pluma, en verso y prosa,

A celebrarla sin cesar me obligo.

Tanta es la furia que al de Argel acosa,
 Contra el Rey Agramante y la doncella,
 Que renegando pasa
 Su tiempo ora de aquel, ora de aquella.
 De Africa el suelo, en la ira que le abrasa,
 Ver deseara ardiendo en cruda guerra,
 Y ver de cada casa

Rodando los escombros por la tierra,
 Y que envuelto Agramante en tal estrago
 Su reino pierda, y misero y mendigo,
 Venga su apoyo á reclamar. « En pago,
 « O mas bien en castigo
 « De su injusticia, » dice, « sobre el trono
 « Le haré subir de nuevo, y de un amigo
 « Le haré ver que, razon lleve ó no lleve,
 « Jamás la causa abandonarse debe. »

De tal modo con la ansia que le aqueja
 Rodomonte corriendo, reflexiona
 Que al sueño ni un instante se abandona,
 Ni descansar á su caballo deja.
 De un dia ó dos al cabo, llega al Sona
 Y á realizar se apresta su proyecto
 Bajando por el Ródano á Marsella,
 Que es para Africa el rumbo mas directo.

Cubiertas ve del Sona las orillas
 De lanchas y barquillas
 Que de luengos y próximos parajes
 Víveres acarrear y bagajes
 Para la mora hueste,
 Señora á la sazón de la comarca
 Que de Pirene desde el suelo agreste
 Hasta París y Mompeller abarca.

Descargada una á una cada barca
 Cuanto encierra, en acémilas y en carros.
 Ponen, y su defensa

Se encarga á algunos de los mas bizarros.
Los campos cubre inmensa
Multitud de ganados,
Cuyos guardianes buscan junto al rio
Albergue de la noche contra el frio.

Sorprendido el de Argel por noche oscura,
Acepta el hospedaje
Que á ofrecerle en su estancia se apresura
Un ventero que habita aquel paraje.
Despues de haber pensado á su Frontino,
Se llega con placer, hácia una mesa
Do ve, entre viandas, exquisito vino,
Pues, moro en todo lo demás, confiesa
Que le gusta beber á la francesa.

Era el ventero el hombre de mas maña
Que, en toda Francia, entonces existia,
Pues que, entre tanta gente y tan extraña,
Su hacienda intacta conservado habia.
Con buena mesa y con mejor semblante
Acoge pues al rey, de quien no tarda
En descubrir debajo del semblante
Un pecho noble, un ánima gallarda.

Viéndole empero, que el silencio guarda
Y que ni el pie ni la pestaña mueve,
A hablarle no se atreve
El huésped, ni ninguno
De los parientes que á la venta trajo
Por dividir con ellos su trabajo.

Entre uno y otro pensamiento amargo,
Afligido el rey erra.
La vista en fin levanta de la tierra
Y, cual aquel que sale de un letargo,
Sacúdese, suspira,
En torno suyo inquietos ojos gira;
Rompe luego el silencio, y de su pena
Al ver que la violencia se mitiga

A cuantos ve pregunta si los liga
 Al otro sexo amor con su cadena.
 Que está casado cada cual contesta,
 Y á cada cual, oyendo esta respuesta,
 Ruega el rey que le diga
 Que piensa del cariño de su amiga.

Todos exclaman de comun acuerdo
 Que buenas son y castas sus mujeres,
 Excepto el huésped que interrumpe: « Cuerdo
 « No es reformar ajenos pareceres;
 « Mas la opinion en que yo os tuve pierdo
 « Viéndoos mostrar esa confianza loca.
 « Ella á que os llame necios me provoca,
 « Ya puesto á que, si dice lo que piensa,
 « Abraza este guerrero mi defensa.
 « Porque, si como el Fenix, sin segundo,
 « Amor feliz existe, no es extraño
 « Ver tanto desengaño
 « Cuando apenas hay hombre en todo el mundo,
 « Que no piense inspirar amor profundo.
 « Como vosotros yo pensaba antaño,
 « Hasta que vino, por la suerte mia
 « Un caballero veneciano un dia
 « A hacerme abandonar error tamaño.
 « Juan Francisco Valerio se llamaba,
 « (Su nombre impreso tengo en la memoria).
 « De la mujer la ingratitud notoria
 « Me hizo, con mil ejemplos que sacaba
 « De la moderna y de la antigua historia,
 « Hizome ver que, en pobre como en rica,
 « En grado igual, existe la inconstancia
 « Con solo esta diversa circunstancia
 « Que una la oculta, y otra la publica.
 « Entre un número inmenso de anécdotas,
 « De que me son ignotas
 « Al menos ya las dos terceras partes,

« Una me refirió que eternamente
 « Mientras que viva guardaré en mi mente.
 « De la mujer las engañosas artes
 « Cual yo veréis , veréis su desvergüenza ;
 « Mi historia , pues , si os place , así comienza :
 « Nada , » dice el de Argel , « nada contemplo
 « Capaz de darme agora mas agrado
 « Que una historia ó ejemplo
 « Conforme de mi espíritu al estado.
 « Para oirla mejor sentarme quiero
 « A tu lado y mirarte atentamente : »
 En el canto siguiente
 Sabréis lo que le dijo el posadero.

CANTO XXVIII.

Cuenta un posadero á Rodomonte la curiosa historia de Jocundo. —
 Embárcase el Rey de Argel en el Sóna y llega por el Ródano á
 Mompeller. — Entrase en una ermita situada junto á esta ciudad ,
 y encuéntrase allí á Isabel , de quien se enamora.

A vosotras , ó damas ,
 Y á los hombres que os miran con aprecio ,
 Ruego que de un ignaro quitafamas ,
 No presteis atencion al cuento necio.
 Daros no puede ni quitaros gloria
 Lengua tan vil , pues es verdad notoria
 Que cuando el vulgo censurar pretende ,
 Habla siempre de aquello que no entiende.
 Dejad pues este canto , si molesto ,
 Damas , os es. Mi historia
 Menos completa no será por esto.
 Pues lo pone Turpin , aquí lo he puesto
 Yo sin mala intencion , ni fin siniestro.

De mi amor cada día ,
 Pruebas os doy , y en la conducta mia ,
 Claramente os demuestro
 Que fui , que soy , que he de ser siempre vuestro.

Tres hojas pues ó cuatro
 Saltad , ó bien , si las leéis , os ruego
 Las mireis como farsa de teatro ,
 O del ingenio humano como un juego.
 Mas á mi asunto torno
 Y el cuento oid que , falso ó verdadero ,
 A Rodomonte refirió el ventero.

— Trocando el ruido mundano
 Por la paz de una abadía ,
 Colocó de Lombardía
 En el solio soberano
 Un rey á Astolfo su hermano.
 De este Astolfo tan preclara
 Era la belleza rara
 Que de Zéuxis ni de Apeles
 El vigor de los pinceles
 A imitarla no bastara.

Bello , bello es en verdad ;
 Mas , iluso , se figura
 Mayor aun su hermosura
 De lo que es en realidad.
 Al hablar de su beldad
 Se trastorna su cabeza ,
 Y , halagando esta flaqueza ,
 Se le entusiasma de modo
 Que olvidar se le hace todo ,
 Cetro , poder , y riqueza.

De todos los de la Corte
 De Astolfo , era el predilecto
 Un romano á quien , de afecto
 En medio á vivo transporte ,
 Dice un día : « ¿ En rostro ó porte

« Conoces; tú ,Fausto amigo ,
 « Quien rivalice conmigo ? »
 Y no es poca su extrañeza ,
 Cuando oye á Fausto que empieza
 Así su discurso : « Digo ,
 « Digo , y en razon lo fundo ,
 « Pocos tus rivales son ;
 « Mas uno hay que en mi opinion
 « Es al menos tu segundo :
 « Este es mi hermano Jocundo. »
 De verle en ansia el rey arde ,
 Y sin que ni un hora aguarde ,
 Ruega á Fausto marche á Roma .
 Sus órdenes este toma
 Y parte en la misma tarde.

Bien ve Fausto cuanto es grave
 El empeño que ha tomado ,
 Pues, de Roma acostumbrado
 Jocundo al vivir suave ,
 Si querrá dejar no sabe
 Su ventura y su alegría ,
 Por emprender á Pavía
 Un viaje que él considera
 Mas largo que otro cualquiera
 La vuelta de Cafrería.

Y á complicarse esto viene
 Con su afecto por su esposa ,
 Que le veda emprender cosa
 En que ella placer no tiene.
 Fausto , no obstante , se aviene
 A servir sin replicar
 Al rey que sabe agregar
 Al ruego dones y ofertas.
 Parte ; de Roma á las puertas
 Llega , y al paterno hogar.

Allí ruega , insiste tanto

Con Jocundo , que este cede.
 Tampoco resistir puede
 La esposa y , vertiendo llanto ,
 Consiente en fin. Entre tanto ,
 Resignado al sacrificio ,
 Forma Jocundo su tropa ,
 Y manda hacer rica ropa ,
 Lujo á la beldad propicio.

Llena de ansia , de impaciencia ,
 La esposa en su derredor ,
 Exhalando su dolor ,
 « ¿ Cómo , » dicele , « en tu ausencia
 « Sobrellevar la existencia ?
 « Solo al pensarlo , deshecho
 « Siento ya cual de mi pecho
 « Se arranca mi corazon. »

Él le dice : « Sin razon
 « Te afliges y sin provecho.
 « Dos meses es , vida mia ,
 « El término que fijé ,
 « Que exceder no quiero , aunque
 « Me ofrezca el rey por un dia
 « La mitad de Lombardía. »

Este término halla largo
 Ella , y vierte llanto amargo.
 ¡ Oh instante fatal ! ¡ cuál pesa
 A Jocundo su promesa ,
 Que va á cumplir , sin embargo !

Un collar de su garganta
 Su esposa en esto se quita ,
 Dó se ve una crucecita
 De perlas , reliquia santa.
 Por obtenerla , ¡ oh Dios ! ¡ cuánta
 Tierra vió , cuanto camino
 El Bohemio peregrino
 Que , del Levante al volver ,

Del padre de esta mujer
Bajo el techo á expirar vino!

De su padre ella heredó
Mas tarde esta joya rica,
Que hoy á Jocundo suplica
Por su amor acepte. « Yo, »
El esposo respondió,
« Acepto esa crucecita,
« Que contemplaré en mi cuita
« Cual un título de gloria,
« No como el de una memoria,
« Que mi amor no necesita. »

La noche que precursora
Fué del instante angustioso,
En los brazos de su esposo
Espira ella casi. Una hora
Antes que la blanca aurora
Muestre su luciente llama,
« A Dios » diciendo á la dama,
Jocundo á caballo monta,
Y parte, mientras ella pronta
Vuelve á sumirse en la cama.

Dos millas ha recorrido
Apenas Jocundo, cuando
El medallon recordando,
Que ha dejado por olvido
Bajo su almohada escondido,
« ¡ Misero, » dice, « de mí!
« ¿ Con qué cara vuelvo allí
« Y á mi esposa me presento,
« Cuando tan culpable siento
« Que de indiferencia fui?
« ¿ Cual pretesto, ¡ oh Dios! daré
« Que pueda ser de algun peso?
« Mandar á alguno? Ah no; eso
« Fuera gran locura á fe.

« En persona pues iré. »
Dice , y habla con su hermano ,
Que por su orden , piano , piano ,
Mientras él vuela hácia Roma ,
Con su gente el rumbo toma
De la venta de Bacano.

Jocundo , que allí debia
Volver á unirse con Fausto ,
De fatiga casi exhausto ,
Las aguas del Tíber via
Al arrebolar el dia.
Entra en Roma , pasa el puente ,
Va á su casa , y diligente
Sube al cuarto de su esposa ;
Que en el tálamo reposa
Dormida profundamente.

La cortina alza sin ruido
Y , en incrédulo transporte ,
A su cara infiel consorte ,
De un mozuelo mal nacido
Enredada al cuello vido.
Lleno de dolor y furia
Poner á esta union espuria
Fin medita , con su espada ,
Mas la vista de su amada ,
Le veda vengar su injuria.

Y de modo le avasalla
El violento amor que siente ,
Que en llamarla no consiente
Por temor de avergonzalla.
Contienese pues y calla ;
Lleno de angustia cruel
Sale , monta en su corcel
Y con tal ansia á Bacano
Corre en busca de su hermano ,
Que llega casi con él.

Bien ven todos cuán inquieto
 Llega el jóven; mas ninguno
 Osa, con zelo importuno,
 Preguntarle su secreto.
 ¡Quién dijera que á Corneto,
 En vez de ir á Roma, fué!
 Bien fácilmente se ve
 Que de su extraño dolor
 La sola causa es amor,
 Mas nadie sabe el porqué.

Piensa Fausto que á su amada
 El dejar sola le oprime,
 Mientras que él de verla gime
 Demasiado acompañada.
 Fija en tierra la mirada
 Afligido, moribundo,
 Inmóvil está Jocundo;
 Mas, las causas ignorando,
 Va en vano Fausto buscando
 Remedio á este mal profundo.

Por cicatrizar la llaga
 Afánase del hermano,
 Y en ella con cruda mano
 Mas y mas clava la daga.
 La afliccion el gusto estraga
 A Jocundo. En su cabeza
 Sus ojos ya sin viveza
 Se sumen, su nariz crece,
 Y cual humo desaparece
 Su elegancia y su belleza.

Mas tarde una fiebre acerba
 Junto al Arno le detiene,
 Cuando de beldad no tiene
 Mas que el rastro que conserva,
 Segada al sol, fresca yerba.
 Doblemente á Fausto pesa

Su mal cumplida promesa ;
Siguiendo empero su via ,
Hasta llegar á Pavia ,
De caminar nunca cesa.

Llega allí ; mas, no queriendo
Mostrarse al rey de improviso ,
Le da por cartas aviso
De su venida , añadiendo
Que , unida á un pesar horrendo ,
Una aguda calentura
De su hermano desfigura
El rostro de tal manera ,
Que , no siendo el que antes era ,
A irle á ver no se apresura.

La llegada de Jocundo
Escucha el rey con placer ,
Que para él no puede haber
Contento igual en el mundo.
Al mirarse sin segundo ,
Por el pronto , extraño goce
Siente ; pues no desconoce
Que acaso será el primero
Aquel , cuando dolor fiero
Su corazon no destroce.

En su palacio lo aloja ,
Dia y noche lo visita ,
Dale cuanto necesita
Por desterrar su congoja.
No empero por eso afloja
De Jocundo el sufrimiento ;
Ni del triste pensamiento
Las imágenes funestas ,
Entre músicas y fiestas ,
Huyen un solo momento.

En el fondo de la casa
Se halla un inmenso salon ,

Dó, entregado á la pasion
 Que su alma aflije y abrasa ,
 Horas y horas solo pasa.
 ¡Oh extraña vicisitud!
 Mientras aguarda el ataud ,
 Allí estupendo espectáculo
 Viene á servirle de báculo
 Y le torna la salud.

Desde un rincon de esta sala ,
 Que está mas que el resto oscuro ,
 Por una grieta del muro
 Que las luces desiguala ,
 El resplandor ve que exhala
 Una cámara vecina
 De belleza peregrina ,
 Donde un raquitico enano ,
 Con la reina mano á mano ,
 Al templo de amor camina.

Estupefacto Jocundo ,
 Juzga del sueño un capricho
 Lo que ve , cuando á aquel bicho
 Mira asqueroso é inmundo ,
 Del rey mas bello del mundo
 Gozar á la bella esposa.
 Pronto el recuerdo le acosa
 De la suya , mas se temple
 Su dolor cuando contempla
 La faz de aquel monstruo odiosa.

Dice que , el ser inconstante
 Del sexo siendo la culpa ,
 La infidelidad disculpa
 De su esposa , que un amante
 Jóven tomó y rozagante.
 A los mismos sitio y hora
 Al enano y su señora
 Volver uno y otro día

Nota , y nota que él se enfria
Mientras ella se acalora.

Entre otras , una mañana
Ella , que triste yacia ,
Dos veces por él envia.
Él no viene , ella se afana.
Vuelve á mandar (cuita vana)
A una doncella. Soez
El bicho con altivez
Responde , « pierdo una blanca
« Y de aquí nadie me arranca
« Si no la gano otra vez. »

Atónito oye Jocundo
La respuesta del rapaz
Que , cual bálsamo eficaz ,
Calma su dolor profundo.
Gordo , alegre , rubicundo
Se muestra á poco , y al fin
Bello como un querubin.
De este el rey ve la mudanza ,
Mas el motivo no alcanza :
Que á su faz vuelve el carmin.

Viva ansia Jocundo tiene
De decirle cuanto sabe ;
Mas teme que si esta grave
Injuria á conocer viene ,
Su cólera no refrene.
Así pues , le hace jurar
Que , en ningun tiempo ó lugar ,
A nadie dará castigo
Por lo que él hoy , como amigo ,
Le promete revelar.

Astolfo , que de este asunto
Ni sospecha tiene , jura ;
Y su propia desventura
Narrando punto por punto ,

« Un gran consuelo barrunto , »
 Dice Jocundo , « el cual es
 « Que en bello alcázar , despues
 « De mi oprobio , un compañero
 « He encontrado , caballero
 « Ilustre , apuesto y cortés. »

Dice , y al Rey en el acto
 Conduce hácia la rendija
 Donde , por mas que le aflija ,
 Coge á su esposa , ipso facto.
 Confundido , estupefacto ,
 En su despecho violento ,
 Va á romper su juramento ;
 A gritar va ; como loco
 Gira , y lanzárase á poco
 Contra el muro , ó pavimento.

Dentro el pecho , sin embargo ,
 Pronto encerrando sus quejas ,
 « Amigo , ¿ qué me aconsejas »
 Dice , « en trance tan amargo ?
 « Yo , » exclama el otro , « me encargo
 « De aliviar tu cuita acerba ;
 « Abandona á esa proterva
 « Y probemos si á los otros
 « Es tan fiel como á nosotros
 « La femenina caterva.

« Jóvenes , ricos , no creo
 « Que , de amarnos se avergüence
 « Mujer voluble á quien vence
 « Hombre ignaro , pobre y feo ;
 « Desde hoy pues nuestro recreo
 « En atacarlas miremos ;
 « De este modo olvidaremos ,
 « Las que nos fueron infieles
 « Y , cubiertos de laureles ,
 « A su lado tornaremos. »

Acepta Astolfo; y dos pajes
A la escolta de Jocundo
Agrega, que dar al mundo
La vuelta piensa en sus viajes.
Así, mudando de trajes,
Flandes, Inglaterra, Italia
Recorren, y toda Galia,
Siempre conquistas haciendo,
Y al amor siempre pidiendo
Recompensa ó represalia.

En este un mes, en aquel
Reino dos meses se paran,
Y en todo el mundo declaran,
Que no existe mujer fiel.
Mas les cansa este papel
Que puede serles funesto;
Un marido mal dispuesto
Es harto fácil de hallar,
Y, á agena puerta llamar
Tan á menudo, es expuesto.

« Así pues, » dice el rey, « una
« Que nos agrade á los dos
« Tomemos, que, vive Dios,
« Tu compañía importuna
« No me es mas que otra ninguna.
« Y pues que satisfacer
« No es posible á una mujer,
« Unámonos sin querella,
« Buscando en la misma bella
« Los dos el mismo placer. »

Agrada al jóven Romano
Del rey la proposicion;
Por llevarla á ejecucion
Dan muchos pasos en vano.
Del monte corriendo al llano
Llegan al fin á Valencia,

Dó hallan una conveniencia
De un posadero español
En la hija , como un sol
Hermosa , mas sin herencia.

El posadero , cargado
De deudas y de familia ,
A los jóvenes auxilia
En el plan que han concertado.
De bueno pues ó mal grado ,
Ella viene ; y por su turno
Con ella , en juego nocturno ,
El uno de ellos se place ,
Entanto que el otro yace
Inmóvil y taciturno.

Toda España á recorrer
Dispuestos , hacen parada
De Játiva en la posada.
La ciudad van luego á ver ,
Mientras su comun mujer
Queda en casa con los pajes
Que cuidan de los bagajes ,
Y mesa y viandas previenen
Para que á su vuelta cenén
Tan excelsos personajes.

Un mozo , llamado el Griego ,
Se hallaba allí á la sazón.
De Valencia en el meson
Vídola y de amor el juego
Le enseñó. Los dos muy luego ,
Se conocen , y así qué
Toda la gente se fué
« ¿ De cuál de esos señorones , »
Dice el Griego , « á los doblones
« Has dado ¡oh mi amor! tu fe? »

Lo que pasa ella le cuenta
Y él : « Vida mia , » le dice ,

« ¿ Puedo ser tan infelice ?
 « ¿ Puedo sufrir tal afrenta ?
 « ¿ Así la pasión violenta
 « Tu desden, Flamilla, trata
 « De un infeliz que se mata
 « Por juntar alguna cosa
 « Con que poder por esposa
 « Pedirte á tu padre ? ¡ Ingrata ! »

Del griego en brazos se arroja
 Flamilla y dice : « Ya es tarde. »

Él finge que de amor arde
 Y muestra mortal congoja.

« Pues tu desden me despoja
 « Del placer de ser tu esposo ,
 « Déjame que afectuoso , »
 El dice , « de tus caricias
 « Goce otra vez las delicias ,
 « Y muera luego dichoso. »

« Igual al tuyo , » ella dice ,
 « Es, querido, mi deseo ;
 « Mas medio alguno no veo
 « Para hacer que se realice.
 « ¿ Cómo quieres, infelice ,
 « Que condescienda á tu afán ,
 « Mientras á mi lado están
 « El Romano y el Lombardo
 « Que , á cual mas fuerte y gallardo ,
 « Sin cesar vienen y van ?

« — Si de mi pena te mueves , »
 Dice el griego , « esto inquietarte
 « No puede á fe , y algún arte
 « Por complacerme hallar debes. »

Con escrúpulos no leves ,
 Bien que expuesto lo reputa ,
 Un medio ella indica astuta.
 A media noche , con tiento

Saliendo de su aposento ,
El mancebo lo ejecuta.

Temeroso de que esté
Alguno de ellos despierto ,
Sin ruido , y con paso incierto ,
Llega ; dormidos los ve ,
Y , del lecho por el pié ,
Los dos de Flamilla toca.
Esto su audacia provoca ;
Métese por medio de ellos
Y oprime sus miembros bellos
Hasta estar boca con boca.

Y halla esta cabalgadura
Tan agradable y tan mansa ,
Que de correr no se cansa ,
Antes su paso apresura ;
Cuando del sol la luz pura
Percibe , el griego ladino ,
Toma el rumbo por dó vino ,
Dejando al rey y á Jocundo ,
Primero en error profundo ,
Y despues fuera de tino.

Flamilla , porque la abroche
Llamando á su camarera ,
Vístese , y parte ligera.
Descontento de su noche ,
Con sardónico reproche
Dice el rey : « Toma , sosiego
« Por Dios , Jocundo , te ruego ,
« Que descanso ha menester
« El que pudo sostener
« Toda una noche tal juego.

« ¡ Qué ! ¿ piensas que en la estacada ,
« A prestarme tú el caballo ,
« Quedara yo ? — Tu vasallo
« Soy , Señor , y si te agrada , »

Dice Jocundo, « anonada
 « Tus pactos todos aquí ;
 « Mas no te burles de mí ;
 « Que , á servirte yo dispuesto ,
 « Cediérate al punto el puesto
 « A saber que te ofendí. »

Ninguno diciendo amen ,
 Sigue el litigio que orilla ,
 El rey llamando á Flamilla
 Y preguntándole : « ¿ Quién
 « Es el que anoche , tan bien
 « Y sin dar parte á su amigo ,
 « Se refociló contigo ? »
 Ella , al verse descubierta ,
 A sus pies se arroja cierta
 De no alzarse sin castigo.

Pidiendo á entrambos perdon
 Dice que , si ha delinquido ,
 Amor la culpa ha tenido ,
 Moviéndola á compasion
 De la cuita de un garzon
 Que por ella suspiraba.
 En su compañero clava
 Cada cual de ellos la vista ;
 Gime al pronto , y se contrista
 Mas su duelo en risa acaba.

De esta risa en los extremos ,
 Lloran luego y gesticulan.
 Su opinion no disimulan
 Y dicen : « Cuando esto vemos ,
 « Sin miedo afirmar podemos
 « Que el mundo es un gran burdel ;
 « Y , pues mujer casta en él
 « No se halla , á casa volvamos
 « Allí al menos somos amos
 « De vengarnos de la infiel. »

Diciendo así, de Flamilla
 Hacen esposo al amante
 Al cual de metal sonante
 Dan decente pacotilla,
 Que le viene de perilla.
 A sus esposas absuelven
 Los dos amigos, resuelven
 Todo olvidar; y de Ocaso
 Torciendo á Levante el paso
 Hacia su casa se vuelven. —

Así acaba el ventero
 Su narracion, hasta la postre oida
 Con atencion curiosa y sostenida.
 El silencio el guerrero
 Rompe por fin, y dice: « Es tan profundo
 « Para engañar de la mujer el arte,
 « Que de sus tretas la centava parte
 « Todo el papel del mundo
 « No bastara á contar. » Al otro lado
 Del cuarto estaba un hombre
 En edad ya avanzado,
 Que, al ver de esa manera
 De la mujer escarnecido el nombre,
 Vuélvese al huésped, y « Esa historia extraña, »
 Dice, « es pura invencion pura patraña,
 « De alguno que no sabe
 « Lo que mujeres son; con una mala,
 « Que topar pudo, á todas las iguala;
 « Mas tarde conociéndolas, su grave
 « Error quizás confiese y las alabe.
 « Y á fe que vasto campo se presenta
 « Al que ensalzar intenta
 « De la mujer el mérito; pues fijo
 « Es que las mas son dignas de alabanza,
 « Y si otra cosa tu Valerio dijo,
 « Fué solo por despecho, ó por venganza.

- « Decidme, ¿ hay por ventura
 « Entre vosotros uno
 « Que haya guardado pura
 « A su esposa su fe? ¿ quién importuno
 « No halló su amor mas de una vez? Si alguno
 « Hay en el mundo que lo diga, mente;
 « Y loco está quien persuadirme intente.
 « ¿ Visteis, á no ser pública ó infame,
 « Nunca mujer que al hombre busque ó llame?
 « Y ¿ conoceis un hombre que dejado
 « No haya á su esposa, aun cuando fuese bella,
 « Por otra, si obtenella
 « Sin grandes sacrificios ha esperado?
 « ¿ Qué fuera si, con ruegos ó regalos,
 « A incitarle viniera una doncella?
 « Mi invariable opinion es que por ella
 « Nos dejáramos todos dar de palos.
 « De serlo las mas veces han tenido,
 « Las que fueron infieles, razon suma;
 « ¿ Es por ventura justo
 « Que mientras infiel marido
 « A su esposa y su hogar ve con disgusto,
 « Se afliga y se consuma
 « Ella en virtud que su existencia abruma?
 « A todos, si mandar dado me fuera,
 « Yo con la misma vara mediria.
 « Para ellos y para ellas fijaria
 « La ley de tal manera,
 « Que la adúltera muera
 « Cuando probar no pueda que ha cogido
 « Antes en adulterio á su marido;
 « Si lo prueba, sin mengua y sin castigo
 « Se irá; pues Cristo ha dicho á nadie hagas,
 « Lo que no te conviene hagan contigo.
 « Entre las muchas plagas
 « Que en este triste mundo al hombre afligen,

« La sola es quizás esta
 « De que es el sexo débil el origen ,
 « Bien que toda mujer no es deshonesta ;
 « Mientras el hombre no solo las engaña ;
 « No solo hurtar , jurar , matar no teme ,
 « Sino que es raro que , en su ciega saña ,
 « De Dios el santo nombre no blasfeme. »

De estas razones en apoyo añade
 El cuerdo y veraz viejo
 Mil ejemplos de damas
 Que fueron de virtud ilustre espejo.
 De ellos ninguno , empero , persuade
 Al feroz musulman , que con sañuda
 Faz y con voz tremenda , le amenaza.

De temor calla el viejo , mas no muda
 Por eso de opinion. Así termina
 Este debate el rey que , de la mesa
 Levantándose , al lecho se encamina
 A aguardar que la lumbre matutina
 A triunfar venga de la noche espesa.
 Mas , en vez de dormir , su mal deplora
 Toda la noche ; y , á emprender dispuesto
 Su camino por mar , álzase presto
 Apenas mira despuntar la aurora.

En una nave salta sin demora
 Con el corcel pujante
 Que , mal grado Roger y Sacripante ,
 Conserva ; pues no ignora
 Que obligacion de todo caballero
 Es cuidar su caballo , sobre todo
 Cuando sus flancos hostigó del modo
 Con que él los hostigara aquellos dias.

En su ansia de avanzar , al marinero
 Ordena que ligero
 Reme , y así se aleja de la orilla.
 Sin carga y no muy grande la barquilla ,

Baja rápida el Sona :
 No mas, empero , en la onda que en la tierra
 Su inquietud al alárabe abandona ,
 Y de modo le ocupa
 Que de proa con él discurre á popa ,
 Y que con él galopa
 Siempre de su corcel sobre la grupa
 Cuitado, en fin , como lanzar no sabe
 Al tenaz enemigo
 Que , por dó quier que va , lleva consigo.

El pecho lleno de tormento grave ,
 Boga aquel dia y la siguiente noche ,
 Y del Sona y del Ródano no apága
 La onda todo el volcan que su alma estraga.
 Cual , por ardiente fiebre devorado ,
 Misero enfermo espera
 Calmar su afan cambiando de costado ,
 Así espera cambiando de elemento ,
 Dar el de Argel alivio á su tormento.

Mas en vano , ¡ ah ! ¡ en vano ! La paciencia
 Perdiendo en fin , de nuevo á tierra salta
 Llega á Lion , á Viena y á Valencia ;
 De Avignon atraviesa el alto puente ,
 Y toda la comarca
 Que ; situada entre el Ródano y Pirene ,
 A su duro poder entonces tiene
 Sometida el alárabe monarca.

Torciendo luego hácia la diestra mano ,
 Se dirige á Aguamuerta , de dó pronto
 Hácia el suelo africano
 Bogar espera por el alto Ponto.
 A la orilla del rio
 La villa ve que , amada
 Por Venus y por Baco , despoblada
 Dejó de Marte el partidario impío.
 Allí en un valle las espigas blondas

Ve, de la mar junto á las turbias ondas;
 Mas allá una colina
 Mira; y, recientemente edificada,
 Una ermita tambien abandonada.
 Ligero se avecina;
 Y en ella, de ir al Africa olvidando
 Su designio, establece su morada.
 A diferir su viaje
 Le induce pues lo oculto de esta estancia,
 Situada en bello y cómodo paraje,
 A la orilla del rio, y á distancia
 Corta de Mompeller y de otras varias
 Importantes ciudades;
 Y allí, comodidades
 Hallando diferentes,
 Con su corcel se instala y con sus gentes.
 En sus meditaciones abismado,
 Segun su usanza, el musulman guerrero
 Llegar ve un día, del frondoso prado
 Por angosto sendero,
 Una doncella de gentil semblante
 Que, en compañía de un barbudo anciano,
 Va conduciendo un bruto
 Todo cubierto de color de luto.
 Ya á la doncella conoceis y al viejo;
 Que arriba dicho dejo
 Cual juntos emprendieron su camino
 Con los mortales restos de Zerbino;
 Y cual á Isabel triste y afligida
 El viejo persuadió que consagrara
 Al servicio de Dios toda su vida.
 Bien que el dolor su cara
 Marchita; bien que suelto
 Su cabello revuelto
 Vaga entorno á su faz bañada en llanto,
 De su belleza es tanto

Todavía el angélico atractivo
 Que del árabe enciende
 El triste corazón en fuego vivo.

Mírala ; y , renunciando en el instante
 A su intención maligna
 Que el bello sexo á maldecir le indujo ,
 De amor sincero digna
 Juzga á Isabel ; y , esclavo
 De su hermosura , piensa que este afecto
 Hará en su alma el efecto
 Que un clavo con el cual se arranca un clavo.

Acércasele pues ; y con el gesto
 Mas dulce , con el tono mas modesto
 De que es capaz , su nombre le pregunta.
 Ella quien es le dice , y su proyecto
 De abandonar el mundo le confia
 Por entregarse á Dios. Con risa impía
 El incrédulo alárabe interrumpe :

« Necio absurdo , á fe mia ,
 « Es aqueso designio , que comparo
 « Al ardor importuno
 « Con que entierra el avaro
 « Caudales que , sin darle fruto alguno ,
 « Hace que no aprovechen á ninguno.
 « Escóndanse el leon y la serpiente
 « No la belleza cándida é inocente. »

A este discurso seductor , el viejo ,
 Cauto , opone razones y consejo
 Con que á la bella jóven fortifica.
 Y de sustento espiritual le pone ,
 Ante los ojos , bella mesa y rica.
 En ella el musulman manjar no halla
 Que de su gusto sea ,
 Y al viejo en vano interrumpir desea.
 Este , empero , no calla
 Y aquel en fin , perdiendo la paciencia ,

Por el cuello lo empuña con violencia.
 Mas, mirándome agora en este espejo,
 Fin yo pongo á mi canto, que no ignoro
 Lo que, por no callar, avino al viejo.

CANTO XXIX.

Muerte sublime de Isabel. — Elogio de esta princesa. — Rodomonte, con el objeto de perpetuar la memoria de aquel suceso, manda construir un mausoleo, y un puente, encima del cual se coloca armado para impedir su paso á cuantos lleguen. — Llega Orlando, y luchando con el rey, lo precipita en el rio. — Locuras de Orlando. — Topa este con Angélica y Medoro.

¡Cuán inconstante, ¡oh Dios! la humana mente
 De un designio á otro pasa,
 Especialmente cuando amor la abrasa!
 Yo ví, no ha mucho, al musulman altivo
 De las damas hablar de tal manera,
 Que cómo no concibo
 Tan pronto su furor disminuyera.
 Contra el que así te injuria sin motivo,
 Oh bello sexo, estoy tan irritado,
 Que, si su error no le hago ver primero,
 Perdonarle su audacia jamás quiero.
 Con mi pluma, de bueno ó de mal grado,
 Yo lo demostraré que ha desbarrado,
 Y, antes que hablar de tu virtud en mengua,
 Callárase ó mordiérase la lengua.
 Que habló como ignorante ó como necio
 Claro, oh damas, lo muestra la experiencia;
 Pues, no haciendo entre tantas diferencia,
 Habló de todas con igual desprecio.

La vista, empero, de Isabel bien presto

Le hace cambiar de parecer. Apenas
La ve, quien es ignora,
Y llama abrasadora
Corre ya circulando por sus venas.
Inflamado por ella, de la ingrata
Pronto se olvida; y, bien que no con fruto,
De disuadir de su designio trata
A la bella á quien ve sumida en luto.
Mas el viejo ermitaño,
De estos discursos conociendo el daño,
La anima, la conforta
Y á no escuchar al musulman la exhorta.

Largo tiempo el pagano

Al monge que se calle intima en vano,
Y, agotada á la postre su paciencia,
Por las barbas le asió con tal violencia,
Que se quedó con ellas en la mano.
Esto aumenta su furia; por el cuello
Aférralo veloz con furia ignota;
Y, despues de volvello y revolvello,
Hácia la mar lo lanza cual pelota.

Del anciano infelice

Cual el fin fué la historia no nos dice.
Unos dicen que rota
Quedó contra un peñasco su cabeza.
Otros pretenden que, de allí tres millas,
Cayó en la mar y pereció en sus olas.
Otros dicen que salvo á sus orillas,
Con invisible mano,
Vino un santo á sacarle. De este arcano,
Que saber no me importa, no es extraño
Si la verdad ignoro.
Saber tan solo impórtame que el moro,
Libre ya del incómodo ermitaño,
Hácia la dama triste y afligida
Llegándose con faz casi serena,

En dulce y tierna voz (cual es usanza
 Del que de amor se siente en la cadena)
 Su bien la llama, llámala su vida,
 Su consuelo, su norte y su esperanza,
 Y tan sumiso muéstrase que (cosa
 Extraña en él), no osa
 La violencia emplear. Su orgullo cede
 Ante la hermosa y púdica doncella;
 Y el que todas las leyes atropella,
 Cuando gozalla impunemente puede,
 No la quiere gozar sin merecella.

Así, esperando que á su amor se rinda,
 De los placeres con la imágen brinda
 Rodomonte á Isabel, que, en una hoguera,
 Verse mas bien quisiera
 Que en esta soledad. Su riesgo grave
 A la infeliz ofusca;
 Por conjurarlo como hácer no sabe
 Y un medio, en lo hondo de su mente, busca.
 Primero que ceder al africano,
 Piensa con propia mano darse muerte;
 Pues que jamás con proceder villano
 Manchará la memoria del amante
 Que despiadada le robó la suerte,
 Y al cual hizo con ánimo devoto
 De eterna castidad solemne voto.

De la pasión del moro á cada instante
 Viendo, empero, la vírgen el progreso,
 Su deplorable exceso
 Empieza á recelar. Inquieta, entanto,
 De sustraerse al riesgo que la oprime
 Halla un medio sublime
 De que á ocuparme voy en este canto.

Cansado de rogar, y siempre en vano,
 Olvidando el de Argel su cortesía,
 Con gesto audaz, con temeraria mano,

Hácia la bella dama se venia.

Rechazándole aquesta ,

« Señor , » le dice , « si mi honor intacto

« Conservas hoy , por inviolable pacto

« Me obligo á hacerte al punto manifiesta

« Cosa muy preferible , segun creo ,

« A ver cumplido impúdico deseo.

« Por un placer que breve instante dura

« Y que dó quier satisfacerse puede ,

« No desdeñes la insólita ventura

« El alto bien que el cielo hoy te concede.

« De libre corazon y de faz bella ,

« Cien damas hallarás ; mas la fortuna

« Que á darte voy no te dará ninguna.

« Cerca de estos parajes una yerba

« A poco ví , la cual , como con ruda

« Y hiedra á un fuego hierva

« De leña de ciprés , si es en seguida

« Por virginales manos esprimida ,

« Un jugo suelta de virtud extraña

« Que al que su cuerpo en él tres veces baña ,

« De modo lo endurece

« Que del hierro y del fuego lo guarece.

« Invulnerable pues , cual voy narrando ,

« Es todo el que con él se unta tres veces ;

« Mas , su eficacia un solo mes durando ,

« De nuevo cada mes fuerza es que empieces.

« Hacer yo esta agua sé , y hacer hoy quiero

« Yo misma ante tus ojos la experiencia ,

« Mas grata para tí , segun infiero ,

« Que rendir toda Europa á tu obediencia.

« De este favor en pago , solo pido

« Que me ofrezcas , á fe de caballero ,

« No volver con palabras ni con gestos

« A revelar tus planes deshonestos. »

Así diciendo , al rey la vírgen hace

Que de su amor los ímpetus olvide.
En mostrarse sumiso se complace
Y ofrece sin dudar cuanto ella pide ;
Mas , pérfido , su objeto
Es refrenar su ardor hasta el instante
De arrancar á la virgen su secreto ,
Y olvidar sus promesas en seguida ;
Que , sin temor de Dios ni de los santos ,
Es este atroz Numida
El mas falaz de cuantos
Nacieron en la Libia fementida .

Protestas pues , á miles
Hace á Isabel porque se ponga en breve
El agua á destilar que hacerle debe
Cual Cigno invulnerable ó cual Aquiles .

Por hondos valles y áspero terreno ,
Lejos de las ciudades y las gentes ,
Ella recoge plantas diferentes .
Acompáñala siempre el agareno ,
Y así que en abundancia
De ellas provisto hubiéronse , á su estancia
Se tornaron ; la púdica doncella
Toda la noche pasa , inquieta y triste ,
En cocer estas plantas ;
Trabajo , al cual el rey , al lado della ,
Sin separarse un solo instante , asiste .

Así gran parte de la noche pasa
Que en el vino y el juego
Se terminó ; mas el ardor del fuego
Reconcentrado en tan angosta casa ,
De modo al moro y á su gente abrasa
Que dos barriles bébense de griego ,
Por ellos mismos sin piedad robado ,
Uno ó dos dias antes ,
A algunos infelices caminantes .

Al vino el rey de Argel no acostumbrado ,

Pues su ley se lo veda , no bien gusta
 El licor mas que el néctar exquisito ,
 Del sarraceno rito
 Mófase y taza sobre taza bebe.
 De mano en mano , el vino dando vueltas ,
 Las cabezas en breve
 Trastornadas se hallaron y revueltas.

La copa , en esto , dó la yerba cuece
 La bella dama del hogar retira ,
 Y dice á Rodomonte : « Me parece ,
 « A fin de hacerte ver que no es mentira
 « Cuanto te acabo de decir , que es justo
 « Que de aquese licor de alta excelencia
 « Hagas sobre mi busto
 « Tú , con tu propia mano , la experiencia .
 « Con él pues el cabello
 « Bañándome , y espalda , y seno y cuello ,
 « Verás (¡ portento que jamás has vistol)
 « Cual de tu espada al impetu resisto. »

Báñase pues , cual dícelo , y ufana
 El cuello tiende al bárbaro agareno
 Que , de este ardíd ageno ,
 Y ebrio acaso tambien , mano inhumana
 Alza armada del hierro que , en un punto ,
 La cabeza hermosísima separa
 Del cuerpo honesto , de beldad conjunto
 Tres veces este sacudióse , y tierna
 Su voz , el nombre pronunció adorado
 Del príncipe escocés , á cuyo lado
 Fuése á gozar felicidad eterna.

Vé , vé , vé en paz , alma sublime y pura
 Que , á tu sexo sirviendo de contraste ,
 Tu vida á la virtud sacrificaste.
 Vé en paz y ¡ ah ! si mi verso
 Tu claro nombre realzar pudiera ,
 En cantarlo por todo el universo

Pasara ufano mi existencia en tera ;
 En paz vé , pues , hácia el excelso templo ,
 Dejando al orbe tan glorioso ejemplo .

De aquesta heróica y rara estratajema
 Estupefacta la Bondad suprema ,
 Vuelve la vista al suelo

Y dice : « Accion tan bella

« Mas grata es para mí que la de aquella

« Cuya muerte á Tarquino

« Del solio derrocó , de que era indino ;

« Y hacer en favor della

« Quiero una ley que juro

« Respetada ha de ser en lo futuro .

« Modelo de beldad , de cortesía ,

« De gracia y de virtud , desde este día ,

« Será (tal es mi voluntad suprema ,)

« Toda mujer que como tú se llame ;

« Y quiero que desde hoy en verso y prosa

« Todo escritor proclame

« Tu gloria , y que de Oriente hasta el Ocaso

« Resuene , y en el Pindo y el Parnaso . »

Dice el Señor ; del mar en el instante

Cesa la furia , el aire se serena ,

Y al tercer cielo , en brazos de su amante ,

Se alza la vírgen de virtudes llena .

De oprobio y de vergüenza

Cubierto queda el bárbaro argelino .

Disipado del vino

Poco á poco el vapor , duélese , gime

Y á arrepentirse de su error comienza ;

Piensa que , pues de un alma tan sublime

A la tierra ha privado , á su memoria

Debe erigir alto padron de gloria ,

Y á este efecto medita ,

(Ya diré de que suerte)

En un sepulcro convertir la ermita

Que de la virgen presenció la muerte.

De bueno ó de mal grado ,
 Seis mil trabajadores
 Condujo allí de aquellos rededores.
 De los vecinos montes arrancado
 Haz enorme de peñas, se vió presto
 En sólida pirámide dispuesto ,
 Y de noventa brazas elevada
 Esta mole fué dentro
 La iglesia , en cuyo centro
 Con Zerbino Isabel fué colocada.

Cabe este alto edificio, semejante
 A la soberbia mole que Adriano
 Alzó del Tiber junto al fértil llano ,
 Construye el rey de Argel torre gigante,
 Dó habitar se propone. Un largo puente
 De ella fabrica al pié ; mas tan estrecho
 Que deja escasamente
 Para pasar á dos caballos trecho.
 Sin parapeto de uno ni otro lado ,
 Atravesar por él , es arriesgado ,
 Y mas , siendo del árabe el deseo
 Hacer sudar la frente
 A todo el que por él pasar intente ,
 Y trofeo añadir sobre trofeo
 De Isabel y Zerbino al mausoleo.

En diez dias , ó menos , concluido
 Su puente el moro vido ;
 Mas no el sepulcro ni la vasta torre ,
 Que elevó , sin embargo ,
 Asaz para poder de noche y dia
 Tener un centinela , con encargo
 De que en el acto con la trompa avise
 Como á algun paladin llegar divisase.

La señal escuchando , diligente
 Se armaba el argelino , y sobre el puente

Del guerrero avanzábase al encuentro.
 En tan estrecho campo de batalla ,
 El ginete su brio
 Su pié el corcel no pierda , que del rio
 Irán pronto los dos al hondo centro.

Imaginado el bárbaro se habia
 Que , á este riesgo exponiéndose contino ,
 La mancha lavaria
 Que cometió obcecado por el vino:
 Mas ; ah ! no borra el agua el daño ó mengua
 Que hizo el vino con manos ó con lengua.

En pocos dias muchos paladines
 Presentáronse , fuese que esta via
 Directa conducia
 De la Italia y de España á los confines ,
 Fuese que , ambicionando alta victoria ,
 Allí viniesen á buscar la palma.
 Todos , todos , empero , armas y gloria
 Perdieron , y hubo quien perdió hasta el alma.

Entre la inmensa copia
 De los que el rey derrota cada dia ,
 Los hay de toda fe. Si son paganos ,
 Libres partir los deja , mas se apropia
 Sus armas y despojos ; si cristianos ,
 En dura y negra cárcel los encierra ,
 De dó los manda á la africana tierra.

Por este tiempo , cuando
 Estaba apenas terminado el puente ,
 Todo , menos la frente ,
 Desnudo , llega el insensato Orlando.
 Del furor escuchando los consejos
 La valla salta y por el puente corre.
 A pié junto á la torre
 Está el de Argel que , viéndole de lejos ,
 Grita con ira y con desden : « Detente
 « Detente , necio , ¿ acaso

« Ignoras que ese puente
 « Tan solo dar á caballeros paso
 « Debe, y no á un vil, á un rústico insolente? »
 Por su demencia trastornado, sigue
 Su rumbo el conde sin hacerle caso:
 « Fuerza es » dice el de Argel « que lo castigue. »
 Y, lleno de coraje, se adelanta,
 Presto á precipitarle dentro la onda,
 No pensando encontrar quien le responda.

Pasar queriendo, por allí la planta
 Dirige en esto una gentil doncella
 De faz airosa y bella
 Con elegancia y con primor ornada.
 Esta es, Señor, si os acordais, aquella,
 Que, en pos de su querido Brandimarte,
 Toda la Francia, con incierta huella,
 Busca, excepto París, única parte
 Dó lo pudiera hallar. No bien se acerca
 Al puente Flordelis (que así se llama
 La descarriada dama)
 Al mqro ve que, lleno de ira y brio,
 Lanzar á su rival piensa en el rio,
 Y en seguida, al mirar desnudo á Orlando,
 De su extraña locura
 Deplora triste el resultado infando.

Llena pues de sorpresa y de amargura,
 Se detiene á juzgar hasta dó llega
 La fuerza de dos bravos combatientes,
 A quienes furia igual anima y ciega.
 Cada cual de ellos fuerzas sorprendentes,
 Por derribar á su rival, despliega.
 « ¡ Como es posible, » dicese entre dientes,
 Rodomonte, « que un loco
 « Así se pueda defender; » y, de ira
 Y de soberbia hecho su seno un foco,
 Del bravo conde la firmeza admira.

Ora con ambas manos va buscando
 Un sitio dó á su gusto asirlo pueda ;
 Ora sus pies enreda
 Con los pies del de Anglante. Así , girando
 En torno dél , remeda
 Al oso que arrancar intenta el pino
 De donde al suelo , por torpeza , vino.

Roldan , que en medio á su demencia extraña,
 Guardó la fuerza , si perdió la maña ,
 Ase al fiero pagano , y , desde el puente ,
 Cón él se precipita en la corriente.
 Ambos al fondo van. Bien pronto , empero ,
 Las ondas los separan. El de Anglante ,
 Desnudo , nada como un pez. Lijero
 Viene á la orilla , de la cual , en breve ,
 Se aleja , sin pensar en este instante
 Que pueda haber quien tal accion repruebe.

Tan fácilmente á cabo de esta empresa ,
 No viene el moro á quien su cota pesa.
 La feliz coyuntura
 Aprovechando Flordelis , el puente
 A pasar se apresura
 Y al padron va dó entre despojo tanto
 Del caro amante busca la armadura.
 Mas , no viendo sus armas ni su manto ,
 De allí se aparta largo trecho , entanto
 Que loco Orlando corre ,
 Tras sí dejando rio , puente y torre.

Mayor locura aun que las de Orlando
 Fuera el querer narrarlas una á una.
 En silencio pasando
 Por tanto las demás , tan solo alguna
 Narraré á mi propósito oportuna ;
 Y á empezar voy por una portentosa
 Que consumó no lejos de Tolosa.
 A la cima de un monte

Que separa la Francia de la España
Por senda ignota, extraña,
Llegando, angosta vía
Toma que, por Poniente, de horizonte
A un valle profundísimo servía.

Dos mozos allí ve que, de un jumento
De fagina cargado, al paso lento
Por la senda caminan:
No bien á Orlando advierten, adivinan
Que su cabeza el juicio ha abandonado,
Y, en alta voz, le gritan
Que atrás se vuelva, ó que se ponga á un lado.
Sin responder el conde, alza furioso
El pié, que al asno en el pretal alcanza,
Y á lo alto de una roca,
Que á una milla del valle está, lo lanza;

Veloz luego se avanza
Y airado á los dos rústicos provoca.
Con mas suerte que juicio,
Uno de ellos se arroja á un precipicio
Sesenta brazas hondo;
Mas, por ventura, al paso detenido
Por protector jaral, no llega al fondo
Y, bien que algo arañado y contundido,
De su riesgo esta vez libre se vido.

Menos feliz el otro, de una encina,
Que de un peñasco nace, el tronco agarra,
Así pensando conjurar su ruina,
Mas el héroe le sigue, y lo desgarrá,
Ambas sus piernas separando, como
Desgarrá cazador pollo ó palomo
Cuando, con sus entrañas, dar medita
Nuevo ardor al milano
Que de su arte en la práctica ejercita.

Suerte fué, y no pequeña que el villano,
Que el primero escapó, quedara vivo;

El fué quien á Turpin narró la hazaña
Que yo hoy aquí , bajo su fe , transcribo.

Esta y otras proezas estupendas
Hizo Orlando al pasar por la montaña.
Y , siguiendo despues distintas sendas ,
Llega por fin al término de España .

La mar despues costea
Que á Tarragona baña ,
Y en su arena un asilo hallar desea
Donde del sol de mayo
Pueda esquivar el caluroso rayo.

En esto , por acaso ,
Con Angélica allí Medoro viene
Que , cual dije , bajando del Pirene
Van dirigiendo á Barcelona el paso.
Sin verlo llega Angélica. A una vara
Del conde se halla cuando en él repara ;
Vele , mas tan mudado
Que no lo reconoce. Al sol , al viento
Desnudo siempre , negro está , tostado
Mas que si el ser hubiera recibido
Del Nilo en el ardiente nacimiento ,
O de Siena en la arena abrasadora ,
O donde á Amon el Garamante adora.
En su faz seca , escuálida y huesuda
Sus ojos yacen casi sepultados ;
Su barba y sus cabellos erizados
Deja ver , y su piel sucia y velluda .

La dama , de color , viéndolo , muda ,
Vuelve su alfana , cuyo flanco pica ,
Y á su esposo suplica
Que no la deje y que le dé su ayuda .

El conde Orlando que tendido yace
En tierra , álzase al vella
Y á apoderarse della
Va , tanto su beldad le ofusca y place .

A la vista de Angélica renace
 En su pecho frenético apetito,
 Mas, no reconociendo á la princesa,
 Cual galgo tras su presa
 Corre tras ella ansioso y expedito.

Medoro, que acosada
 A su dama ve así, le sigue, quiere
 Con su caballo derribarlo, y hiere
 Por detrás al furioso con su espada.
 Al primer golpe á tierra la cabeza
 Piensa arrojar del conde; mas ignora
 Que maga encantadora
 Le dió al nacer del hierro la dureza.

En vano hiere pues; solo consigue
 Hacer que Orlando con furor se tuerza
 Y que, cerrado el puño,
 Un golpe á su corcel dé con tal fuerza
 Que en trozos la cabeza le divida,
 Cual si de vidrio fuera, y que, sin vida,
 Lo haga venir á tierra; sin momento
 Perder, tórnase el príncipe en seguida
 De la dama á poner en seguimiento.

Con la vara y la espuela
 Esta á su alfana aguija sin reposo,
 Que, bien que rauda cual el viento vuela,
 No corre cual Angélica lo anhela.
 Del anillo precioso,
 Que lleva al dedo y que favor le ofrece,
 Acuérdate entretanto y en la boca
 Poniéndoselo al punto, desaparece
 Cual una luz si el vendabal la toca.

Fuese el temor, ó el brusco movimiento
 Que al meterse la mano en el bolsillo,
 Hizo tal vez, ó bien que, en el momento
 De ponerse en los labios el anillo,
 Viniese á tropezar su alfana, el hecho

Es que, súbito alzando pies y faldas ,
 A tierra del arzon cayó de espaldas.
 Cayó; y estuvo en poco
 Que la vida perdiera
 Despedazada entre los pies del loco.

Perdida para Angélica , entretanto ,
 Sigue la alfana su veloz carrera ;
 A nadie , empero , parecer extraño
 Debe que al punto otro caballo adquiera
 Del Catay la heredera
 Tan avezada al hurto y al engaño.

Del furor que le anima
 Víctima ciega , el infeliz Orlando
 Va por la ardiente arena caminando.
 Cada paso á la alfana le aproxima ;
 Alcánzala por fin ; por la melena
 Asela , y con la brida la refrena.
 De su presa contento , salta encima
 Y , sin quitarle el freno ni la silla ,
 Sin darle pasto , ni otorgarle treguas ,
 La hace correr durante muchas leguas.

Saltar queriendo un foso ,
 Con la mísera yegua en él se arroja.
 El sin daño levántase animoso ;
 Contundida ella y coja ,
 Inmóvil yace. No sabiendo como
 De allí sacarla el príncipe , gallardo
 Echándosela al lomo ,
 A tres tiros de dardo
 Condúcela de allí. Mas , de este peso ,
 Sintiendo en breve el portentoso exceso ,
 Pónela en tierra y : « Sígueme » le dice :
 Mas díceselo en vano ;
 Rendida , medio muerta , la infelice
 No puede mas. En su furor insano ,
 Roldan , de quien no creo

Que , galopando , á contentar llegara
 La pobre yegua el férvido deseo ,
 La cabezada quítale ; con ella ,
 En torno al pié derecho ,
 Echale nudo estrecho ,
 Y arrástrala tras sí. Sangrienta huella
 Deja en su marcha ; por dó quier que gira ,
 Deja en las rocas , sin piedad ni tregua ,
 La piel y los despojos de la yegua ,
 Que , harta de padecer , al fin espira.

Orlando ni la mira

Y tras sí , bien que muerta ,
 Conduciéndola , sigue hácia Poniente
 Donde , sin respetar muro ni puerta ,
 Roba , ataca , destroza , hiere y mata ,
 Cuando la sed le acosa ó hambre siente.

En su furia insensata ,
 A Angélica , si hallárala , no dudo
 Que este destino crudo
 Sufrir hiciera , pues es tal su estado
 Que , hacer tal vez creyendo
 El bien , solo hace mal , y mal horrendo.

¡ Oh anillo malhadado !

Maldito aquel que á Angélica lo diera ,
 Pues , á no ser por él , venganza Orlando
 Para sí y para todos obtuviera !

Y no de ella tan solo ;

Mas al cielo pluguiese que pudiera
 Vengarse en todo el sexo femenino ,
 Que ingrato siempre , al artificio , al dolo
 Encomienda su suerte y su destino.

Mas , á mi lira opino

Que aquí dejar conviene treguas , antes
 Que dé , causada , sonos discordantes.

CANTO XXX.

Nuevas locuras de Orlando. — Continúan las contiendas de los caudillos sarracenos. — Muerte de Mandricardo. — Hípalca entrega á Bradamante la carta de Roger. — Encélese Bradamante de Martisa — Llegada de Reinaldo al palacio de Montalban, del cual no tarda en marcharse en compañía de sus hermanos y de otros guerreros.

Cuando el furor nos mueve ó nos inspira ,
 Cuando de la razon no somos amos ,
 No es raro que ofendamos
 A aquel , tal vez , que por nosotros mira .
 En vano entonces el corazon suspira ,
 En vano así me aflijo yo de cuanto
 Dije irritado , al fin del otro canto .

Cual enfermo infelice
 Que , hostigado por bárbara dolencia ,
 Pierde al fin la paciencia
 Y su existencia mísera maldice ,
 Si aliviado se siente ,
 Volviendo en sí se duele y se arrepiente ,
 Así me duele , ¡ oh damas ! y me aflige
 Lo que enojado en vuestra mengua dije .

De vuestra gran bondad , esto no obstante ,
 Espero , oh damas , un perdon que imploro ;
 Escusadme , si pude en un momento
 De cólera , cubriros de desdoro .
 La culpa dad á aquella ingrata bella ,
 Cuyo rigor sin esperanza lloro .
 ¡ Dios sabe cual la adoro ,
 Y el galardón que hasta hoy obtuve de ella !
 No menos digno debo ser de escusa ,

Pues loco estoy , que el insensato Orlando
Que , por llanos y montes , caminando ,
Del privilegio de estar loco abusa.

Un día y otro día

De Angélica arrastrando

Tras de sí la infeliz cabalgadura ,

Por el suelo español sus pasos guía

De un hondo río , á la ancha embocadura.

Allí deja la yegua y audaz entra

En la corriente , que atraviesa á nado.

Al tocar tierra , en la otra orilla encuentra

Sobre un corcel un rústico montado

Que á dar agua conduce su ganado.

A Orlando ve llegar ; mas no retira

Su ganado el pastor , que no le inspira

Temor un hombre á pié , solo y desnudo.

« Quiero , » le dice Orlando en tono rudo ,

« Por mi alfana trocar ese caballo.

« Si verla quieres , mírala ; cuitada ,

« Sobre la opuesta orilla abandonada ,

« Muerta yace , y es lástima. No le hallo

« Otró defecto á fe ; mas , si te agrada ,

« Tu la puedes curar. Vamos ; ¿ de vuelta

« Qué me darás por tu rocín ? Si quieres

« Propon ; pero llevártelo no esperes. »

El rústico sonríe y hácia el vado

Sin contestar dirige su ganado.

« ¡ Qué ! ¿ no me escuchas ? ¡ hola ! »

Dice Orlando , y tras él , corre furioso.

Robusta estaca el rústico enarbola

Y hierre al paladin. De su coraje

El fiero conde en ímpetu instantáneo ,

De un solo golpe , le deshace el cráneo.

Sin vida en tierra al rústico allí deja ;

Monta á caballo y , por distintas vías

Discurriendo , se aleja

Sin dar en muchos dias

Reposo ni cebada ,

A su cabalgadura fatigada.

Piérdela á poco ; mas « ¿ porqué ella muera

« Habré de andar yo siempre á pie » ? se dice ;

¡ Oh ! tiemble el infelice

Que él á caballo encuentre en su carrera.

A Málaga por fin llegando , el sello

A sus locuras puso

Su territorio bello

Talando de manera

Que , apenas en dos años ,

Reparar pudo sus inmensos daños.

Desde allí se dirige hácia otra villa ,

Que Algeciras se llama , en el estrecho

De Gibraltar sentada. De la orilla

Advierte á corto trecho

Una nave cargada

De alegre gente que , entre broma y gresca ,

Por la mar sosegada

Respiraban del alba el aura fresca.

En alta voz el conde : « Aguarda , aguarda , »

Grita al patron de la ligera nave

Que , rápida cual ave ,

En engolfarse en alta mar no tarda.

Furioso Orlando su corcel empuja ,

Con un baston le hostiga ,

Y á lanzarse en la mar al fin le obliga.

Roldan le obliga á que en las ondas entre

Y , no obstante su terca resistencia ,

Del bruto la rodilla

El agua moja ya , y el pecho , el vientre

Inunda luego , y sube hasta la silla.

La cabeza por fin ver solo deja.

Entre una y otra oreja

Hiriéndole , en su ciego paroxismo ,

Que vuelva atrás el príncipe le veda.
 ¡Mísero! otro recurso no le queda
 Que morir de la mar en el abismo,
 Como nadar hasta Africa no pueda.

Ni la orilla, ni el bote, ni la gente
 Ve el conde ya. Su cólera imprudente
 No da tregua al corcel, que, sofocado,
 Falto de fuerza al fin, y de agua lleno,
 Del mar no tarda en descender al seno,
 Y tal vez arrastrado

Viérase hasta las húmedas cavernas
 El conde si, con presto movimiento,
 No agitara los brazos y las piernas.
 Por dicha suya el viento,
 Manso soplando por el mar tranquilo,
 Hizo que entre sus olas
 No hallara el paladin su último asilo.

En frente de las costas españolas
 Y de Ceuta á dos tiros de ballesta,
 Tierra toma; de allí, con planta presta,
 Durante todo el día y los siguientes
 Recorre el litoral hasta que llega
 Al sitio donde su pendon despliega
 Negro escuadron de innumerables gentes.

Mas dejemos á Orlando,
 Del cual á hablaros voy dentro de poco.

Lo que á Angélica, cuando
 Del furor de este loco
 Libre se vió, le avino,
 Y como luego, de remoto clima
 Salva llegando á la region opima,
 A su caro Medoro dió su cetro,
 Otro cante quizás con mejor metro.

Yo, de tantos asuntos, tan diversos,
 Precisado á ocuparme, en este instante
 Al tártaro arrogante

Tengo otra vez que dirigir mis versos.

Muerto Zerbino, el hijo de Agricano
Dueño se mira, ufano,
De la belleza que en la Europa entera
No conoce rival, desde que al cielo
Subió Isabel, y que de Francia el suelo
Dejó del Can la célebre heredera.

De la sentencia, que á la dama bella
Pone en su mano, disfrutar, empero,
No puede á gusto el tártaro guerrero
Mientras esté pendiente su querella.
Roger, por una parte,
Ser del águila entiende único dueño;
Por otra el Sericano igual empeño
Muestra en su pretension por Durandarte.
Vano es que el rey Marsilio y Agramante
Por aplacar su enojo se fatiguen;
No solo no consiguen

Hacer la paz, sino que ni un instante
La batalla pendiente

Ninguno de ellos diferir consiente.

Roger no quiere que en la lid Gradaso,
Con el escudo de Héctor, se presente
Si no lidia con él. El Sericano

Se opone á que Roger vibre su espada
Contra el hijo soberbio de Agricano.

« Tanto hablar, » dice el rey, « me desagrada;

« A la suerte dejemos que decida

« Quien primero, y con quien, sus armas mida.

« Y si darme quereis placer completo

« Que de mi gratitud dignos os haga,

« De esa querella aciaga

« Reunid en uno solo el doble objeto.

« Contra el rey Mandricardo uno combata

« Y, ya sucumba ó venza,

« Gane para los dos, gloria ó vergüenza.

« Entre Roger y el rey Gradaso creo
 « Que es poca, si hay alguna diferencia ;
 « Cualquiera de los en el torneo
 « Hará ver de sus armas la excelencia.
 « Quien de esta lucha, pues, gane el trofeo
 « Decida la divina Providencia,
 « Y el que vencido quede en el ataque
 « A la fortuna su desgracia achaque. »

Sin replicar una palabra, escucha
 Esta sentencia cada cual ; y en breve
 Al hado dejan decidir cual debe
 Por los dos sostener solo la lucha.
 Los nombres de Roger y de Gradaso,
 En dos billetes de igual forma escritos,
 Con giros infinitos,
 Vueltos son y revueltos en un vaso.
 Cándida mano en él un niño mete ;
 Roger en el billete
 Su nombre viendo, llénase de gozo
 Mientras, ciego de cólera y rebozo,
 A este fallo Gradaso se somete.

Desde este instante toda su fatiga,
 Su estudio todo, el Sericano emplea
 Porque Roger consiga
 Palma que en vano obtener él desea.
 De su larga experiencia los consejos
 Le da ; muéstrale como, ora de lejos,
 Ora de cerca, ora de punta ó tajo,
 Ora amagando arriba é hiriendo abajo,
 Ataque, se defienda,
 Y logre al fin el triunfo en la contienda.

El resto de aquel día,
 Cual es usanza en casos semejantes,
 Pasan en dar consejos sus amigos
 A los dos valerosos contrincantes.
 Por ver esta batalla,

Acude , en tanto , el pueblo hácia la valla ,
 Y tanto es el ardor con que lo anhelan
 Que muchos dellos , hasta el alba , velan .

La insana turba , que placer no siente
 Sino cuando la vista en sangre ceba ,
 Muestra su ansia impaciente
 De que vengan los héroes á la prueba .
 Mas Sobrino y Marsilio , que no ignoran
 El bien y el mal , que resultar ha della ,
 Reprueban la querella
 Y de Agramante la bondad deploran .

Uno y otro recuérdanle el perjuicio
 Que debe resultar de este combate ,
 Ora se muestre al tártaro propicio ,
 Ora Roger á Mandricardo mate .
 Del uno ú otro vale mas la espada
 Que diez mil de la turba allí apiñada ,
 Entre toda la cual , apena un hombre
 Hay que merezca de valiente el nombre .

Al monarca hacen fuerza estas razones ,
 Mas retractar no puede su promesa ,
 Y á los dos campeones
 Suplica que renuncien á su empresa ,
 Que una causa tan leve
 Mover armas tan inclitas no debe .

Si renunciar no quieren al combate ,
 Ruégales que difieranlo á lo menos
 Durante algunos meses , hasta tanto
 Que , de su reino huyendo con espanto ,
 Cárlos deje á los jefes sarracenos
 Su corona imperial , su regio manto .

Bien que á su rey no obedecer les duele ,
 Cada cual de ellos inflexible queda ,
 Que al uno y otro impele
 Honor á ser el último que acceda .

Mas que el rey , que Sobrino , que Marsilio ,

Y que cuantos, en vano,
De apaciguarlos tratan, á su auxilio
Llamando el llanto, el ruego, esfuerzos hace
La hija bella del rey Estordilano.

Y, corriendo hácia el hijo de Agricano,
Ruégale no rechace

De tan altos monarcas la plegaria,
Y le reprocha que cruel se place
En prolongar su situacion precaria.

« ¡Triste de mí! ¡ningun remedio veo;»
Dice, « contra el dolor que me avasalla!

« Que, acabada esta lid, otro deseo
« Te hará de nuevo revestir la malla.

« Mi alma tuvo un instante de recreo

« Al ver el fin de la primer batalla,

« Mas, terminada, ¡oh Dios! apenas esta,

« Emprendes otra, acaso mas funesta.

« En vano yo me holgaba con la idea
« De que un gran rey, un paladin tan fuerte

« Por mí quisiese, en singular pelea,

« Buscar el triunfo, y arrostrar la muerte.

« Hoy al ver que, por mínima que sea,

« La causa á riesgo igual basta á exponerte,

« Advierto que es ferocidad aleve,

« No amor por mí, lo que tus armas mueve.

« Si de este amor tan grande es el exceso,

« Cual tanta y tanta vez me lo dijiste,

« Por el que, en pago de él yo te profeso,

« Con tierno llanto y con acento triste,

« Te ruego des á la piedad acceso,

« ¿ Por qué esa enseña en conquistar insiste

« Tú afán? ¿ Te causa algun placer ó daño

« Verla en tu escudo ó en broquel extraño?

« Grave peligro sin ventaja alguna

« Vas á correr en tan feroz combate,

« Y un heroe perderá la media luna

« Ora muera Roger , ora te mate.
 « Si á mis clamores sorda la fortuna ,
 « Deja á Roger que el triunfo te arrebate ,
 « ¿ Cuál mi suerte será ? Piénsolo apenas ,
 « Y ya la sangre estáncase en mis venas.
 « Si de pintado pájaro prefieres
 « La vana imágen á tu propia vida ,
 « Piensa que mi dolor pondrá , si mueres ,
 « A mi existencia término en seguida.
 « A gozar de tu afecto los placeres
 « O á morir á tu lado decidida ,
 « De aquesa lid maldeciré el motivo
 « Si á tu muerte un instante sobrevivo. »

Así en la queja , el llanto y el reproche ,
 Pasa con su amador toda la noche.
 Por inmenso pesar , que en vano esconde ,
 Agitado él tambien , de la princesa
 Los bellos ojos , las mejillas besa
 Y , en lágrimas bañado , le responde.

« No así , mi caro bien , no así te afañes
 « Por cosa de tan mínima importancia.
 « Todos los paladines musulmanes ,
 « Unidos al rey Cárlos y de Francia
 « A los mas aguerridos capitanes ,
 « Hacer ceder no pueden mi constancia ;
 « Y tu temor de que Roger me venza ,
 « Me duele , me confunde y me avergüenza.

« Bien te debieras recordar con gozo
 « Que solo , sin broquel ni cimitarra ,
 « Asiendo un dia de una lanza un trozo
 « De cristianos rompí hueste bizarra.
 « Bien que lleno de envidia y de rebozo ,
 « El Sericano , á quien le escucha , narra
 « Que en Siria le vencí , y á fe que el paso
 « Roger cede en esfuerzo al rey Gradaso.
 « Tampoco él negará , ni Sacripante ,

« Ni Grifon , ni Aquilante , ni Isolerto ,
 « Ni otros mil , que debieronme de Atlante
 « El encantado alcázar ver abierto ,
 « Que á un mismo tiempo á Cárlos y á Agramante
 « Di mas de un jefe , reputado muerto.
 « Todos ellos recuerdan todavía
 « Las pruebas de valor que hice aquel dia.
 « Todos ellos recuerdan esta hazaña
 « Mas digna de renombre y maravilla
 « Que si solo venciera á toda España
 « Y á las gentes que Cárlos acaudilla.
 « ¿ Qué podrá contra fuerza tan extraña
 « Un mozuelo sin bozo en la mejilla ?
 « Cuando mis armas y mi espada mire ,
 « No dudaré que de pavor espire.

« ¡ Ah ! ¿ porqué no me fué dado hasta agora
 « Emprender con las armas tu conquista ?
 « Al verme combatir , fuera hoy , Señora ,
 « Por tí la suerte de Roger prevista.
 « Cese por Dios el llanto que te azora
 « Y el agüero fatal que me contrista ;
 « Piensa que solo por mi honor combato
 « No por ganar de un águila el retrato. »

Así dice él : la dama inquieta y triste
 De nuevo á su propósito resiste
 Con palabras que , puestas en su boca ,
 Movieran no á un mortal , mas á una roca.
 A ellas cediendo el tártaro , resuelve
 A su dama escuchar y contentalla
 Si á hablar de treguas Agramante vuelve.

Sumiso así á la voz de su señora ,
 Tal vez cesar hiciera la batalla ,
 Si de la bella aurora
 Al asomar el esplendente carro
 No llegara á la valla ,
 Tocando el cuerno , su rival bizarro.

Este sonido , que á la lid le llama ,
 Del tártaro resuena hasta en el pecho
 Y le hace que , del lecho
 Saltando , se arme sin tardar. La dama
 Lo ve , se duele , y gime ; mas el gesto
 Feroz del moro replicar le veda
 Y triste va , sin que estorbarlo pueda ,
 A presenciar combate tan funesto.

Apenas aguardando
 Que su cota le abroche un escudero ,
 En el corcel que fue del conde Orlando ,
 Monta , y parte ligero
 El tártaro hácia el sitio donde aguarda
 La turba siempre ansiosa de combates ,
 Y á dó , en medio de reyes y magnates ,
 En llegar el rey de Africa no tarda.

Súbito son de bélica trompeta
 Llena á mil de pavor. Cada guerrero
 Su lanza enristra , el yelmo se sujeta ,
 Empuja su corcel y , con tal furia
 Sobre el contrario cierra ,
 Que hace temblar los cielos y la tierra.

Del águila de Jove en cada escudo
 El dibujo se ve reproducido ,
 Cual en Tesalia alguna vez se vido ,
 Bien que con pluma siempre diferente.

Cuanto del uno y otro combatiente
 Es el poder , lo muestran las entenas
 Con que se hieren , sin moverse apenas.
 Rotas , émpero , viéronse muy luego
 Y el buen Turpin veraz nos garantiza
 Que mas de un trozo á la region del fuego
 Subió , y al suelo vino hecho ceniza.

Rotas las lanzas , el acero sacan
 Ambos y , en la cimera ,
 A un mismo tiempo , con furor , se atacan.

Hiérense sobre el yelmo ; y , de la guerra
 A la ley siempre fieles ,
 Golpe alguno no dan que pueda en tierra
 Heridos derribar á sus corceles.

Quien piense que esto entre ellos era un pacto
 La antigua usanza ignora , y yo le digo
 Que oprobio y mengua siguió siempre al acto
 De dar muerte al corcel de su enemigo.

Pararse el duro choque á entrambos hizo ;
 Mas sin romper su sólida celada.

Acércanse los héroes ; cada espada ,
 Golpes descarga espesos cual granizo
 Que , arrancando los cañamos y espigas ,
 Del misero labriego

Las esperanzas frustra y las fatigas.

Bien que de Durandarte y Balisarda
 Es inmenso el poder , la lid un juego
 Parece ; tal es la actitud gallarda
 Con que cada cual de ellos se resguarda :

Mas el tártaro , luego ,
 Sobre Roger descarga

Un golpe que , rompiéndole la adarga ,
 Penetra en la juntura de su cota

Y va hasta el pecho. Estremecido , nota
 El fiero golpe cada circunstante ,

Y por Roger se duele ; pues es cierto
 Que pocos hay que ver en este instante ,
 A Mandricardo no quisieran muerto.

Yo creo que algun ángel se interpuso
 Para salvar al paladin gallardo ;

Furioso aqueste , un golpe á Mandricardo
 Tan presto da y tan recio que le escuso

Si no lo dió de lleno ,

En cuyo caso vano

Fuera el broquel y el yelmo del Troyano.

Tan espantoso , empero , fue , que el freno

Al tártaro arrancando de la mano ,
 En libertad á Bridadoro puso ,
 Al cual ya conoceis , y el cual , confuso
 De haber perdido á su señor , el llano
 Tres veces recorriendo , á punto estuvo
 De arrojar otras tantas ,
 A su odiado raptor bajo sus plantas.

No muestra mas furor ni mas coraje
 Sierpe pisada , ni leon herido
 Como muestra el altivo abencerraje
 Luego que ha recobrado su sentido.
 Con su soberbia su valor se aumenta ;
 Y , á Bridadoro haciendo dar un salto ,
 Furioso avanza , con la espada en alto ;
 Derecho en los estribos se presenta
 Delante de Roger , en cuyo almete ,
 Creyendo hendirlo , con su espada apunta.
 Mas diligente que él , Roger no aguarda
 A que el golpe descargue , le acomete
 Y , de su espada con la aguda punta
 Abrele una ancha brecha
 Debajo á la clavícula derecha.

Con Balisarda , sale de la herida
 Roja y caliente sangre , que gran parte
 Atenuando el furor de Durandarte
 Al valiente Roger salvó la vida.
 De su corcel sobre la grupa , empero ,
 Le dobló á su pesar , y terminada
 Fuera la lucha por révés tan fiero ,
 A no ser de tal temple su celada.

En sí vuelve Roger ; y sin tardanza
 Por el diestro costado ,
 Sobre el rey Mandricardo se abalanza .
 Contra el hierro , apropósito encantado
 Con este solo objeto , nada valen
 La cota ni el broquel mejor templado.

De Balisarda á la virtud suprema
Cede el broquel del tártaro arrogante
Que, en su furor blasfema,
Y ruge con estruendo
Al de agitadas olas semejante.

Por Roger, en el flanco,
De nuevo herido, su broquel arroja,
Dó del pájaro blanco
Brilla la enseña; y, lleno de congoja
Y de rabia, ambas manos á su acero
Lleva, haciendo un esfuerzo postrimero.

« Basta » dice Roger, « basta, bien noto
« Que no merece tan gloriosa enseña,
« Quien así la desdeña,
« Porque en su brazo su broquel vió roto. »
Así diciendo, en su broquel recibe
Un nuevo golpe, á cuya furia extraña
No sé por qué milagro sobrevive.
Hendiendo su visera,
Sobre el arnés resbala Durandarte;
Del arzon, como cera,
La doble chapa con estruendo parte,
Y sobre el muslo de Roger descarga
Un tajo de que fue la cura larga.

Del uno y otro paladin la malla
Doble raudal de sangre ya amancilla,
Y, lleno de terror y maravilla,
Duda el pueblo del fin de la batalla.
Mas las dudas Roger quita bien presto.
Con su acero, que á tantos fue funesto,
De punta á su rival da golpe crudo
En el brazo privado del escudo.

Por el izquierdo lado, atravesando
La loriga al rey, entra
La espada de Roger, hasta que paso,
Para llegar al corazón, encuentra.

En vista , pues , de tan fatal fracaso
Fuerza es que Mandricardo , no tan solo
Por siempre su derecho
A la espada y al águila abandone ,
Sino al vivir que , en medio á su despecho ,
Sin duda á estos objetos antepone.

Bien que el golpe primero
De su vigor gran parte le sustrajo ,
Sin venganza no quiso
Dejar la vida el tártaro guerrero.
En el momento en que Roger el tajo
Le da mórtal , su espada aquel agita
Con furia tan atroz que , bien que grueso ,
El férreo cerco hendió de la celada ,
El almete cortó , la piel , el hueso
Y del guerrero fuerte
Profundizó en el cráneo una pulgada.
Al suelo , con las ansias de la muerte ,
Viene Roger y un mar de sangre vierte.

Viendo á Roger en tierra ,
Viendo en pié á Mandricardo ,
Que con la muerte largo rato lucha ,
Gente encontróse , y mucha ,
Que , en su favor , la guerra
Terminada creyó. Del pueblo iluso
Dividiendo el engaño Doralice ,
Al cielo gracias da , y á Dios bendice
Que fin tan grato á la batalla puso.

Mas luego que , por signos manifiestos ,
Conocen la verdad los circunstantes ,
Los que lloraban antes
Palpitan llenos de placer agora ,
Mientras , en otros semblantes ,
Se pinta una afliccion aterradora.

El rey , toda su corte , sin demora
Corren hácia Roger , que , no sin pena

Se puso en pie , le abrazan , le agasajan
Le dan la mas cordial enhorabuena.

Solo en Gradaso lidia

En este instante el labio con la mente ,
Que mientras gozo muestra , internamente
Se consume de cólera y de envidia ;
Maldiciendo el destino ó el acaso
Que el nombre de Roger sacó del vaso.

¿ Narraré la benévola acogida ,

Las caricias sinceras

Que hace su rey al jóven , cuya vida
En tal peligro ve ? Saber os baste

Que al viento sus banderas

Dar no quiso Agramante , ni las plantas
Del Africa mover , mientras á su lado

No tuvo al héroe á quien de gentes tantas
Reputa el mas valiente y esforzado ,

Y á quien hoy , muerto el tártaro guerrero ,
Estima el mas audaz del orbe entero.

En no menos que aqueste ,

Apreciando las damas y doncellas

Que , de Africa y de España entre la hueste ,
Vieron de Francia las regiones bellas .

La misma Doralice

Que , con húmedos ojos , considera
El cadáver del tártaro infelice ,

Se alistara tal vez á esta bandera

Si á ello un justo rubor no se opusiera.

Digo tal vez , pues , cauto , no me atrevo

A asegurarlo , bien que fácil fuese

Que su afecto rindiese

Al valor y á la gracia del mancebo

La que sabemos ya , cual , de lo ruevo

Siempre amiga , un instante

Vivir no pudo sin cambiar de amante.

Vivo , en amor ardió por Mandricardo ;

Mas ¿qué hacer puede ante un cadáver yerto?
 Tomar otro que al muerto
 Pueda suplir con ánimo gallardo.

No anduvo en llegar tardo
 El médico mas docto de la Corte,
 Que, examinando de Roger la herida,
 Afirma que responde de su vida.

Agramante, á su tienda
 Manda que, sin tardar, se le transporte,
 Y que allí, ante sus ojos, se le atienda
 Pues no quiere, de noche, ni de dia,
 Un instante dejar su compañía.

Sobre el lecho, con arte,
 Los despojos del tártaro el rey cuelga,
 Excepto Durandarte
 Que al Sericano en entregar se huelga.

A Roger con el resto
 De las armas del tártaro confia
 El hermoso corcel, don de valia,
 Que, en su furor funesto,
 Perdió Roldan. Mas basta por ahora
 Del buen Roger. A retornar me apresto,
 Hacia la dama que le aguarda y llora.

De la virgen de Amon contar intento
 La inquietud amorosa y el tormento.

A Montalban Hipalca retornando,
 Narró cuanto le avino
 Por causa de Frontino,
 El dia en que topó con Rodomonte.
 De Roger luego hablando
 Dijo por que incidente,
 Con Ricardeto, al borde de una fuente,
 Le halló, y á los guerreros de Agromonte.
 Luego refiere cual, en compañía
 De Roger, va á buscar al argelino
 Ansiosa de vengar la felonía

Que cometió quitándole á Frontino ,
 Y cual despues , cambiando de camino ,
 Cambió de plan ; la causa en fin le cuenta
 Por que Roger á Montalban no vino.

Una tras otra , expone cada escusa
 Que , para no venir , Roger alega ,
 Y la carta le entrega
 Que él para ella le dió. Con faz confusa ,
 Toma esta carta Bradamante y lee
 Mil cosas gratas ; mas , su dicha inmensa
 Se turba cuando piensa
 Que á Roger , en su escrito , no posee.

En vez de ver á aquel á quien adora ,
 Viendo solo un papel , suspira y llora
 De temor , de quebranto y de despecho.
 Diez veces , y otras diez la carta besa
 Y , si de amor deshecho
 No ve su corazon , es porque el llanto
 Que de verter no cesa
 Consumió de este incendio la pavesa.

La carta lee , ansiosa ,
 Seis veces , y á la amable mensajera
 Otras tantas acosa
 Porque lo sucedido le refiera.
 Vivo y copioso llanto ,
 Todo este tiempo , sus mejillas moja ,
 Y , eterno su quebranto ,
 Y eterna fuera su mortal congoja ,
 Si de ver á su amado sin tardanza ,
 No viniera á alentarla la esperanza.

Un término de quince ó veinte dias
 Fija Roger , y á Hipalca afirma y jura
 Volver á Montalban en este plazo.
 « Mas ¡ ah ! ¿ quién me asegura , »
 Exclama Bradamante , « que embarazo
 « No encontrará que de llegar le impida ,

« La libertad quitándole ó la vida.
 « ¡Oh mi caro Roger! ¿quién, quién creyera
 « Que de quien tanto te ama así te alejes
 « Por seguir la bandera
 « De un rey á quien es tiempo ya que dejes?
 « ¿Porqué, obcecado, al dar premio ó castigo
 « Del que te es fiel te olvidas, y proteges
 « Al que llamar debieras tu enemigo?
 « Mientras que á manos de Troyano (ignoro
 « Si lo sabes, mas sábenlo las peñas)
 « Tu padre pereció, tú las enseñas
 « Del hijo sigues, y del bando mouro
 « El esplendor sostienes y el decoro.
 « ¡Qué! ¿No vengas Roger este atentado?
 « Y ¿del que lo ha vengado
 « Así morir á un descendiente dejas
 « Sin piedad de su llanto y de sus quejas? »

A su ausente Roger así no cesa
 De decir, suspirando, Bradamante.
 Hipalca, á cada instante
 Recordando del héroe la promesa,
 A la virgen conforta
 Y á aguardar hasta el término la exhorta.
 Unida á sus consejos la esperanza,
 Último bien que el corazón conserva,
 A mitigar alcanza
 De la virgen, en fin, la cuita acerba.
 En Montalban, resuelta
 A demorar, aguarda
 De su Roger la suspirada vuelta.

No es culpa suya, empero, si retarda
 Este instante el guerrero,
 A quien obliga, ora una, ora otra causa,
 A hacer á su pesar mas de una pausa.
 Despues de la batalla que sostuvo
 Con el tártaro, en cama

Un mes , á pique de morir , estuvo .

La enamorada dama

Todo aquel dia lo aguardó , y en vano ,

Las noticias que obtuvo

De Hipalca al pronto , y luego de su hermano ,

(Que le contó como salvado habia

Con él á un tiempo á Mangis y á Viviano)

Bien que gratas , encierran , sin embargo ,

En medio del placer , un dejo amargo .

De Marfisa el esfuerzo y gallardía

Ponderaron Hipalca y Ricardeto ,

Y al escuchar que , solo , en compañía

De ella , camina su adorado objeto ,

Siente la hija de Amon pesar secreto ,

Y atroz sospecha en su ánimo se eleva .

« Si tan bella esa dama

Dice , « es cual todo el mundo lo proclama ,

« ¿ Quién , pues vive él con ella , quién me prueba

« Qué nuevo amor á mi Roger no inflama ? »

A dar crédito , empero , no se atreve

A tan fatal sospecha , y todo el dia

En que salir de incertidumbres debe ,

Lucha entre la inquietud y la alegría .

Mientras que , fija en Montalban , aguarda

Ver venir á Roger , llega al castillo ,

Una mañana el ínclito caudillo

Que , en edad el tercero ,

En gloria y dignidad es el primero

De la estirpe de Amon . Un solo paje ,

Viene con él . La causa de su viaje

Es que , á París de Brava retornando ,

El buen Reinaldo (que cual dije , corre ,

Por todo Francia á Angélica buscando) ,

Encuentra un caballero que le anuncia

La suerte que , en poder del de Maguncia ,

En breve á Mangis y á Viviano aguarda .

En partir pues no tarda
Hacia Agromonte. Allí , sabiendo que estos
Por Roger y Marfisa fueron puestos
Ya en libertad ; oyendo que castigo
Recibió de este crimen su enemigo ,
Y que Mangis , Viviano y todos ellos ,
A Roger saludando y á Marfisa ,
Juntos se van á Montalban , por vellos
Y abrazallos , camina á toda prisa.

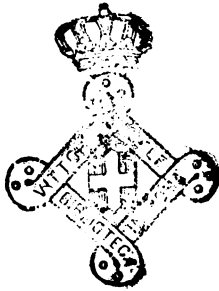
Allí llegando , abraza enternecido
A su madre , á sus hijos , á su esposa ,
A sus primos y hermanos , semejante
A golondrina que retorna al nido
Y á cada hijuelo hambriento
Reparte con su pico el alimento.

Un dia ó dos el paladin gallardo
En Montalban se queda , y luego parte
Con su hermano mayor , llamado Ugarte ,
Y con Ricardo , Ricardeto , Alardo ,
Viviano y Mangis. A su caro amante ,
Solicita aguardando Bradamente ,
A partir se rehusa ,
Que enferma está alegando por escusa.

Y era así la verdad ; que enferma gime ,
Mas no de fiebre ó corporal dolencia ,
Sino de una pasión , cuya violencia
Su faz altera y su razón oprime.

De Montalban Reinaldo , como dije ,
Parte pues con su gente , y se dirige
Hacia Paris. Como allí llega , y cuanto
Auxilio á Carlos da dirá otro canto.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



MAG 2021687

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	<i>Pág.</i>
Canto XVII.	4
Canto XVIII.	29
Canto XIX.	67
Canto XX.	88
Canto XXI.	118
Canto XXII.	134
Canto XXIII.	154
Canto XXIV.	184
Canto XXV.	208
Canto XXVI.	230
Canto XXVII.	259
Canto XXVIII.	289
Canto XXIX.	311
Canto XXX.	327

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

